

Vengadoras angelicales

Isak Dinesen



Cuando una tiene «nazis en el jardín y judíos en la cocina», lo mejor es ponerse a escribir una novela. Eso hizo Karen Blixen (más conocida como Isak Dinesen, autora de *Memorias de África*) en 1944, con su país ocupado por los alemanes, y de ello resultó *Vengadoras angelicales*.

En su momento, el libro se leyó como una alegoría política. Hoy sabemos que su contenido era mucho más ancho y más profundo. Una reflexión sobre la fuerza de la maldad, la potencia del amor, el significado y la necesidad del coraje. Y también una lúcida visión del papel contradictorio de la mujer en el mundo: adorada y ultrajada, apenas libre, objeto de comercio infame, manipulada hasta todos los abusos.

Lectura amena y reveladora, *Vengadoras angelicales* es el más ambicioso y completo trabajo narrativo de Isak Dinesen.

Lectulandia

Isak Dinesen

Vengadoras angelicales

ePub r1.1

Titivillus 21.01.15

Título original: *The Angelic Avengers*

Isak Dinesen, 1944

Traducción: Francisco Torres Oliver

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Vosotras las personas serias no debéis ser demasiado severas con los seres humanos que buscan alguna distracción cuando se sienten encerrados como en una cárcel, y no se les permite siquiera decir que son prisioneros. Si no consigo pronto divertirme un poco, me moriré.

Pág. 113

Primera parte

Caminos de rosas y senderos de espinas

1. *Una joven solitaria*

Una noche de primavera, una muchacha llamada Lucan Bellenden se encontraba ensimismada junto a la ventana de una enorme y preciosa casa de campo inglesa. Siguiendo la moda del decenio de 1840, su cabello abundante y dorado le caía en largos bucles sobre el cuello y los hombros. Llevaba un sencillo vestido negro que le ceñía el pecho delicado y los brazos, aunque formaba amplios frunces y pliegues por debajo de su delgada cintura. De cuando en cuando, se estrujaba o retorció suavemente los dedos entre estos pliegues negros; pero era su único movimiento.

Lucan era huérfana y estaba mal situada en la vida. Ya de niña había perdido a su madre; y hacía un año, al morir su padre, había visto desintegrarse su hogar, y a sus hermanos pequeños colocarse en casa de los parientes que podían mantenerlos. Ella también había tenido que tratar de ganarse el pan. Durante unos meses, fue acompañante de una rica anciana que en su juventud había sido una belleza, y cuyo corazón aún despedía violentas llamaradas de celos cuando sus viejos galanes, canosos o calvos, descuidaban la partida de *whist* o el vaso de ponche para contemplar el rostro encantador y la juvenil figura de la muchacha que andaba por la habitación. Lucan se había sentido sola en esta casa rica, como si no albergase a ningún ser humano; y ni siquiera el loro en su jaula, ni ninguna butaca o sofá, con sus tapizados de seda, se mostraron amablemente dispuestos hacia ella. Pero Lucan era tan joven que, en medio de la soledad y la depresión, conservaba en el fondo de su ser la inquebrantable convicción de que en alguna parte del mundo le esperaba algo hermoso y feliz. «Pronto será todo distinto», pensaba. Cuando su anciana señora falleció de repente a causa de un ataque, recurrió a una agencia de colocaciones de Londres, y por mediación de ésta consiguió un puesto de institutriz en la casa donde ahora estaba sentada.

El señor de la casa era un hombre de negocios, un caballero próspero, respetado, solemne y orgulloso, aunque de pocas palabras. Era viudo con tres hijos: dos niñas y un niño. Su esposa le había aportado una gran fortuna, pero había sido una mujer delicada y enfermiza, de manera que su vida había corrido peligro en el nacimiento de cada hijo. El señor Armworthy había deseado, más que nada en el mundo, tener un hijo varón que con el tiempo pudiese dirigir la gran empresa que él había fundado. Había considerado un duro golpe el que las dos primeras hubieran sido niñas. Por último, tras muchos años de viajes al continente y estancias en balnearios, su esposa dio a luz al hondamente deseado hijo, y lo pagó con su vida. Una desgracia más

dolorosa aún iba a sobrevenirle a este hombre solitario: pronto descubrió que el precioso niño era ciego. El padre se fue apartando cada vez más del trato con la gente, y se entregó casi por entero a sus negocios. Sólo raramente, durante un día o dos, iba a «Fairhill», su casa de campo, a estar con sus hijos.

El padre de Lucan había sido un hombre de ciencia, botánico de talento, adelantado a su época, y consiguientemente muy poco apreciado por ella, y combatido por cierto sector del clero. Tuvo muchos amigos entre los eruditos franceses y alemanes. Uno de ellos fue el doctor Braille, científico francés que había inventado el sistema de escritura para ciegos. Lucan había visto a este hombre famoso en su casa, y le había oído exponer sus ideas. Había aprendido un poco de su método de escritura, y ésta era la razón por la que el señor Armworthy la había elegido, entre gran número de solicitantes, como institutriz para sus hijos. En el fondo de su corazón, Lucan agradeció a su padre esta buena suerte, y tuvo la convicción de que aún la seguían sus ojos bondadosos. El niño era todavía demasiado pequeño para aprender a leer; pero Lucan jugaba con él, le enseñaba pequeños versos y canciones, y no tardó en querer a este niño inteligente e infortunado que le recordaba a sus hermanos pequeños. Aquí en el campo, se sentía ella más libre y alegre que en su primera colocación en la ciudad. Incluso en los meses de invierno, cuando el jardín y el parque amanecían blancos de escarcha, había disfrutado diariamente, en sus paseos con los niños, de la belleza del paisaje; y aquí también, por primera vez desde la muerte de su padre, había podido reír y jugar. Ahora estaba próximo el verano, y le parecía como si se acercara el principio de esa etapa feliz que tanto había esperado. En adelante, cada día le traería más dulces e intensas delicias.

Pensaba que el padre había llegado a notar y apreciar su trabajo con sus alumnos y su cariño por ellos. Había hablado un par de veces con ella sobre el futuro de su hijo, y esto era sin duda una prueba de confianza en ella, pues la vieja ama de llaves, el día de su llegada, le había advertido que ése era un tema que el señor Armworthy jamás abordaba, y que ella debía procurar evitar siempre. Le había sorprendido y halagado que un hombre que era casi tan viejo como su propio padre, y con muchos más conocimientos y experiencia que ella, la escuchara con atención, cuando le contaba sus pequeñas observaciones y proyectos. Cuando él le sonreía, una leve, extraña compasión recorría su ser entero; la sonrisa asomaba rígidamente, con dificultad, al rostro de él. Lucan pensaba que quizá hacía mucho que había perdido la costumbre de sonreír. Ahora dedicaba más tiempo e interés a sus hijos; y el último mes había prolongado un par de veces su estancia en el campo un día o dos. Como el tiempo iba mejorando, solía llevar a los niños y a su institutriz a dar un paseo en coche por los alrededores, donde había otras casas hermosas con sus parques y jardines. Lucan nunca había ido en un coche cómodo con un par de hermosos caballos. Por su padre, tenía conocimientos sobre plantas y flores, y le hacía ilusión ver cómo se extendían y florecían los jardines de los alrededores de Fairhill, y todo el paisaje encantador, y descubrir en sus paseos a pie y en coche las flores silvestres que

más le gustaban.

El sábado anterior, el señor Armworthy había llegado a su casa de campo más pronto que de costumbre, y había pedido que bajasen a su hijito al salón. Durante una hora, escuchó pacientemente la ansiosa relación de lo que él y su institutriz habían hecho durante la semana, y las primeras canciones que Lucan le había enseñado mientras le acompañaba al piano.

Cuando la niñera lo subió otra vez al cuarto de los niños, el señor Armworthy pidió a la joven institutriz que se quedase un momento. Empezó por preguntarle sobre su propio hogar y niñez. Lucan le contó cómo, a los catorce años, la habían llevado del internado al lecho de muerte de su madre, y cómo desde entonces había llevado ella la casa de su padre, y había procurado consolarle en su inmensa desgracia. Era como su madre, decía la gente; y podía darle alientos mejor que nadie, cuando se encontraba triste o deprimido. Hacía tanto tiempo que Lucan no hablaba con nadie sobre su hogar que olvidó su timidez ante este hombre grande y callado, y le contó con toda libertad sus paseos y conversaciones con su padre, así como sus juegos, aventuras y felices excursiones de descubrimiento con sus hermanos menores. Al final se interrumpió, turbada por haber hablado tanto de sí misma.

El señor Armworthy la escuchaba sin decir nada y la miraba con benevolencia.

—Veo —dijo tras un breve silencio— que su juventud, su corazón bondadoso y su confianza en sus semejantes pueden devolver la fe en la felicidad de la vida, incluso a quienes hace tiempo que la han perdido en este mundo.

Le cogió la mano que descansaba en el brazo del sofá, y se la llevó dulcemente a los labios.

Lucan se levantó en silencio, profundamente emocionada. Él se levantó también, y la acompañó caballerosamente hasta la puerta. Como la mantenía abierta para ella, Lucan tuvo que pasar muy cerca, y él le rodeó los hombros un instante con el brazo, y la estrechó levemente contra sí. Su padre solía cogerla de esta manera cuando ella le daba las buenas noches. Ahora le pareció que era su padre quien la acariciaba. Durante un fugaz momento, cedió a este contacto afectuoso. Inmediatamente después, cruzó la puerta, y, algo aturdida, subió las escaleras.

Cuando, a la mañana siguiente, después de marcharse el señor Armworthy para regresar a la ciudad, salió ella de la habitación donde enseñaba a las dos niñas a escribir con letra cuidada y regular, el criado le entregó una carta de su señor. En ella le decía breve y gravemente que le perdonase si, movido por un impulso momentáneo, se había olvidado de sí mismo, y la había asustado o incluso ofendido, cosa que estaba muy lejos de su intención. Era su deseo explicarse ante ella, y le rogaba que, el sábado siguiente, le concediese una entrevista en el salón, después de cenar, una vez que los niños se hubiesen acostado. Sentía mucho no poder explicarse hasta entonces. La carta concluía reiterándole su respeto y consideración.

En el primer momento, la carta no produjo en la muchacha ninguna impresión especial. Pero en el transcurso de la semana pareció cobrar importancia. Había

conocido a muy pocos hombres, y jamás había recibido una petición por carta. «Es mi futuro, es toda mi vida, lo que está en juego aquí», pensó.

Al principio le extrañó el que un hombre de tanta experiencia, a quien todos miraban con respeto, le consultara a ella cuestiones importantes sobre sus hijos y sobre el futuro de todos ellos. Pero no le extrañó la posibilidad de que la amara. Sabía, o percibía en el fondo de su corazón, que, para un hombre, una muchacha inocente podía significar toda la felicidad del mundo.

Sólo cuando, hacia las cuatro de la tarde, oyó rodar sobre la grava de la verja el carruaje que traía al señor, se sintió dominada por una violenta agitación ante la idea de que esta noche, y sin ayuda de nadie, tendría que decidir su destino. Mientras permanecía sentada junto a la ventana, estrujándose los dedos blandamente en el regazo y aguardando a que diesen las nueve en el reloj que había sobre la puerta de la caballeriza, trataba de dominar el tumulto de sus pensamientos y tomar una decisión.

2. La resolución de Lucan

«No, imposible. No puedo casarme con él, ya que no le amo.»

Éste había sido el primer pensamiento de Lucan al leer la carta del señor Armworthy. Pero aquí, junto a la ventana, empezó a sentirse desasosegada. Le parecía que todas las personas que conocía, de haberles contado sus proposiciones, le habrían aconsejado que aceptase. «No, mi padre no me lo habría aconsejado», pensó; pero inmediatamente después recordó cómo, ante la proximidad de la muerte, su poco previsor padre se había afligido por el futuro de sus hijos, y sobre todo por el de su única hija. Si él hubiese sabido que un hombre respetable y rico la iba a pedir en matrimonio, habría dejado este mundo con el corazón más aliviado. Lucan hubiera querido salir a pasear por el parque; como si allí, bajo los árboles enormes, hubiese tenido posibilidad de encontrar solución a su problema, o de sentirse libre para meditarlo más. Pero ya era de noche, y debía estar en casa.

Recordó cuántas veces se había reído su padre de ella porque, como su madre, sólo podía ver cada caso desde un ángulo.

«Para comportarse como una persona prudente y sensata, hija mía», le había dicho, «lo primero que se necesita es imaginación». Ahora trataba de utilizar su imaginación, de calcular las posibilidades, de evaluar y sopesar las proposiciones del señor Armworthy. Como Robinson Crusoe en su isla, pensaba, haría sus cuentas, y consignaría fielmente cada pro y cada contra.

Al buscar luego mentalmente un punto de partida se acordó del niño ciego que en este momento dormía en la habitación contigua a la suya. Lo habían puesto bajo su custodia, y durante estos meses lo había tenido a diario en el pensamiento; pero si ahora rechazaba al padre, no podría seguir en la casa, y tendría que separarse de él. Trató de cobrar ánimos frente al dolor que esta posibilidad le producía. «Hay muchos otros», pensó, «que pueden educarle mejor que yo. Pero», prosiguió con tristeza el curso de sus pensamientos, «¿le comprenderán lo mismo que yo? Es terco y caprichoso. ¿Serán pacientes con él?» Su atención se desvió del niño ciego a sus propios hermanos, ahora repartidos en diferentes casas y entre personas extrañas. Como esposa de un hombre rico podría ayudarles en el mundo. El mayor había deseado ardientemente llegar a ser un científico como su padre, y lloró con amargura al ver que tenía que abandonar el colegio y aprender contabilidad, a fin de poder colocarse después en alguna oficina. En cuanto el señor Armworthy conociese a sus hermanos, y comprobase lo buenos e inteligentes que eran, no tendría más remedio

que interesarse por ellos y buscarles buenos colegios. ¡Qué alegría y qué dicha sería que viniesen a visitarles aquí, durante las vacaciones, y verles corretear por el parque con los hijos del señor Armworthy! Se acordó de la vieja criada de la familia, y lo apenada que estaba cuando tuvo que despedirse..., ¡qué feliz, qué orgullosa se habría sentido, si hubiese podido ver esta casa enorme y elegante, y a su favorita como dueña de ella!

«¡Dios mío», pensó Lucan alarmada, «perderé todo esto! ¿Soy entonces una muchacha egoísta y mezquina que sólo piensa en sus propios sentimientos? ¿Qué es lo que me da miedo y me estremece perder si me caso con el señor Armworthy? ¿La felicidad? Pero muchas de las cosas en las que ahora he pensado son lo que la gente entiende por felicidad. ¿Qué es lo que le pido a la vida, y lo que siempre he anhelado y esperado?» Su corazón le contestó con toda claridad «¡Amor!»

Su padre y su madre se habían amado, y ese hondo sentimiento les había hecho felices, aun en la adversidad y en los momentos difíciles. En cuanto a ella, no había pensado jamás en la posibilidad de un matrimonio sin amor. Ante la idea de un matrimonio así sintió frío, como si hubiese descendido a un sótano. «¿No hay posibilidad, entonces», pensó, «de que pueda amar al señor Armworthy?» No: imposible. Era mucho mayor, y muy distinto de ella en todo; había estado casado ya. «Es eso, sobre todo», se dijo, «lo que hace imposible que me case con él. Podría ser mayor aún de lo que es, su voz más seca, y sus ojos más mortecinos y, sin embargo, ser aceptable. Pero ha besado ya a otra mujer y le ha puesto un anillo en el dedo; ha regresado ya a su hogar desde la iglesia, hace muchos años, con una esposa. ¿Qué representa, por otra parte», pensó un momento después, «renunciar al amor?»

Sin ningún esfuerzo, como si se lo mostrase otra persona, vio dibujarse ante sus ojos un cuadro sombrío. Nunca más se atrevería, como esposa del señor Armworthy, a abrir esos libros de poesía que hasta ahora habían sido su consuelo en la aflicción y la soledad; nunca más se atrevería a escuchar música, nunca más a gozar de la belleza y la fragancia de las flores. Pues todo eso le hablaba de un encanto y un hechizo de la vida que entonces ya no existirían para ella. ¿Podía seguir viviendo una mujer sin esas cosas?

—No —murmuró—; no, la vida no es ese desierto. La gloria con la que yo he soñado es real. ¡Quiero, debo creer en la felicidad!

Mientras escuchaba sus propios susurros, como un eco de ellos, volvieron a su memoria las palabras del señor Armworthy: «Su tierna juventud y su corazón bondadoso pueden devolver la fe en la felicidad incluso a quien la ha perdido hace tiempo.»

Se sintió hondamente conmovida. ¡Así que era ella, entonces, quien tenía algo que dar! Era el hombre rico, el dueño de esta casa grande y elegante, el desvalido, el que la necesitaba, y no podía vivir sin ella. Su vida había sido estéril. Ahora acudía a ella, y le suplicaba que la hiciese florecer y fructificar. Ahora se la traía a ella para que le diese calor.

Le pareció que, en este momento, podía mirar adelante y atrás y que se le hacían claras muchas cosas que hasta ahora no había comprendido. ¡Era el mundo de los ricos y los afortunados, el mundo poderoso que ejercía su poderío sin misericordia, el mundo que había rechazado a su padre, y que con su aflicción constante había llevado a su madre a la sepultura, y la había mirado a ella con arrogante frialdad cuando entró temblando a su servicio, era este mundo el que, esta noche, en la forma de un hombre grave y solitario, venía a ella a implorarle ayuda! A cambio, estaba dispuesto a darle todo aquello de lo que se había jactado antes: ¡la riqueza, el poder, y la estima de los hombres!

En la profunda quietud de esta noche de primavera una nueva satisfacción inundó todo su ser. La presente proposición de este mundo orgulloso suponía una satisfacción que no atañía a ella tan sólo, sino también a su padre y a todos sus amigos. Pero ella, lenta, suavemente, negó con la cabeza. Su padre había estado dispuesto a entregar la labor de toda su vida a cambio del reconocimiento de este mundo riguroso; su madre había entregado su vida. Ahora el mundo le ofrecía a ella sus riquezas a cambio de algo menos valioso que estas cosas; porque ni era una persona de talento como su padre, ni angelical y generosa como su madre. Pero esta noche, por una vez, este mundo frío y arrogante iba a saber lo que significaba una negativa. Esta noche sabría lo que era suplicar y ser rechazado. Recordó a la vieja dama a cuyo servicio había entrado a trabajar por primera vez. Acudieron a su memoria muchas cosas que habían ocurrido en su casa, y la invadió una sensación de triunfo.

«No», pensó un rato después, «no está bien; no es digno de la hija de mi padre pensar así. Le haré ver a ese pobre rico que le comprendo, y que se lo agradezco. Estoy dispuesta a considerar un honor su ofrecimiento. Haré las paces con todo ese mundo que él representa. Pero no me casaré con él. Aunque entrase ahora mi padre y me pidiera que me casara con él, no lo haría».

Miró el parque. Podía haber sido suyo. En cierto modo, lo había sido durante dos horas. ¡La casa entera, con todo lo que contenía, había sido suya! Lucan tenía poca idea de lo que significaba realmente una casa grande, y de la categoría que confería a su dueña. Pero era joven, y no podía dejar de darse cuenta de que era bonita. De repente, le vino a la memoria el vestido que llevaba una dama en una de las fiestas de su vieja señora, con el cual había soñado a menudo desde entonces. Era un vestido de gruesa seda rosa, y sus múltiples y ricos volantes iban orillados con una cinta preciosa. Como esposa del señor Armworthy podía haber llevado un vestido rosa como aquél. Podía haberlo tenido expuesto en su habitación, esperándola a ella tan sólo. Permaneció de pie unos minutos junto a la ventana, dejando que sus manos recorriesen lentamente su viejo vestido negro de merino, y le pareció sentir, en las yemas de los dedos, la dulce sensación de que rozaba la superficie de una tela gruesa y suave de raso.

En ese momento el reloj dio las nueve. Se puso pálida, y sin dirigir una sola

mirada al espejo, ni arreglarse sus largos bucles, salió de la habitación y bajó la escalera.

3. *Conversación por la noche*

El gran salón, con su mobiliario y cortinajes pesados y oscuros, estaba iluminado por una única lámpara. Pero en la chimenea, las llamas eran vivas y claras; encima colgaba un retrato de la difunta esposa del señor Armworthy, y al resplandor de las llamas parpadeantes parecía moverse vagamente. Lucan se encontró con la mirada del retrato, que pareció posarse afable y tristemente en su rostro. Había, quizá, dos contra uno en esta habitación. ¿De qué lado estaba la muerta?

El señor Armworthy se hallaba sentado junto a la chimenea con un libro sobre las rodillas; pero no había estado leyendo. Se levantó al entrar la muchacha en la habitación, y la condujo a una butaca que había frente a la suya. Vaciló unos momentos antes de hablar. Sus palabras brotaron lentas, y con cierta dificultad.

—Le agradezco, señorita Lucan —dijo—, que haya tenido la bondad de venir a hablar conmigo. Durante toda esta semana, fueran cuales fuesen mis ocupaciones, la he tenido constantemente en el pensamiento —hizo una breve pausa—. Asimismo —dijo—, he meditado a fondo la conversación que ahora voy a tener con usted. En primer lugar, antes incluso de empezar, tengo que hacerle una petición. No me va a ser fácil expresarme con la franqueza con que me toca hacerlo... en cuanto a usted, no debe arriesgarse a decidir nada hasta haber tenido tiempo suficiente para meditar mi pregunta. Por tanto, debe acceder a escucharme sin interrupción. Nuestro pacto será que, mientras hablo, usted se estará callada como una niña buena y obediente —esbozó una sonrisa ante sus propias palabras—; después, saldrá de esta habitación en silencio, a meditar mi propuesta.

Desvió la mirada. Lucan pensó: «¡Le cuesta pedir algo! ¡Jamás lo había hecho hasta ahora!»

—Mi vida —empezó el señor Armworthy, tras una nueva pausa—, ha carecido de aventuras amorosas. Jamás había imaginado que llegaría a sentir inclinación o simpatía por tal cosa. Sin embargo, en una etapa en la que casi creía haber dejado atrás mi verdadera vida, ¡ha venido a cruzarse en mi camino su inocencia y su juventud! Me tiene sorprendido y alarmado la fuerza de mis sentimientos. Me resulta extraordinario comprobar cómo mi destino entero, si me es posible emplear esta palabra, puede depender de otra persona; ¡de una joven, además! Y sin embargo, al mismo tiempo, me siento agradecido a la Providencia; porque, gracias a esto, he conocido la posibilidad de una especie de dicha totalmente distinta de cuantas he experimentado o imaginado. Esta noche —añadió—, tengo que abordar cuestiones

que quizá le parezcan prosaicas. Pero créame, lo último que quisiera es herir esa riqueza y ternura de corazón, esa fe encantadora en los ideales de la vida que, al observarla en usted, me ha emocionado y conmovido, y de la que yo mismo espero ahora una nueva y tardía felicidad.

»Pero mi larga vida me ha enseñado lo mucho que significan los medios puramente externos y materiales de la existencia para todos los seres humanos. Usted misma, señorita Lucan, ha pasado por muchas vicisitudes a las que nunca debía haber estado expuesta, y en las que he pensado a menudo con compasión: soledad, inseguridad, trabajo agobiador... porque su existencia carecía de una base material sólida y adecuada. Ahora quiero darle yo esa base, precisamente porque imagino que rodeada de un ambiente seguro y feliz, se desplegará plenamente su naturaleza, para dicha de quienes la saben comprender y apreciar. No, no me interrumpa, mi querida criatura —dijo, y le cogió la mano que descansaba en el brazo de la butaca—. Recuerde nuestro pacto.

»Es usted joven, y tiene toda una vida por delante. Deseo salvaguardar su existencia de una vez por todas, a partir de ahora mismo. No sé cómo imaginaré esa vida más feliz. Quizá no la conozca. Tal vez haya soñado con viajar por el continente. ¡Cómo me gustaría enseñarle los tesoros de Florencia, o llevarla por las ruinas de Roma! O quizá desee perfeccionar su precioso talento para la música, cosa que me produciría el mayor placer. O supongo que las obras de caridad para con los desheredados de este mundo satisfarían su naturaleza benévola y generosa. Ya hablaremos de todo esto a su debido tiempo. Cualquiera cosa que usted elija, me siento orgulloso de poderse la ofrecer en mayor medida de lo que haya podido imaginar hasta ahora.

»Mi dicha consistirá en protegerla y guiarla. Sé que siente usted un sincero amor por el campo, los jardines y las flores. He pensado regalarle una casita de su gusto, fuera de la ciudad...

—¿Fuera de la ciudad? —exclamó Lucan sorprendida.

—Sí —dijo él—; lo bastante cerca como para que mi trayecto hasta allí no resulte demasiado largo. Sin embargo, como usted misma comprenderá, no me atrevo a que esté excesivamente próxima. Sé que la convertirá en un auténtico lugar de descanso y en un refugio para el hombre que ha sufrido en la vida, y para el cual su inexperiencia e ignorancia del mundo poseen en sí mismas un atractivo especial. Seré feliz dedicándole todas mis horas libres al pequeño paraíso que usted cree allí para mí.

Sus ojos se posaron en la figura de la joven. Al resplandor del fuego, su cabello brillaba como el oro; sus mejillas y su cuello adquirían una tenue y delicada luminosidad; sus ojos azules, rodeados de espesas pestañas, estaban muy abiertos, y se encontraron con los de él, dotados de un brillo vidrioso e inquisitivo. En ese momento, él se sintió orgulloso de Lucan, tan bonita e inocente, y de su poder sobre ella. Desvió nuevamente la mirada, a fin de evitar la tentación de cogerla entre sus brazos y estrechar contra sí aquel cuerpo delicado, puro, espléndido.

—Comprenda, Lucan —dijo, conmovido al pensar que ahora podía permitirse llamarla de manera más familiar, y más aún al notar el hondo estremecimiento que sus palabras producían en la muchacha—, que me encuentro en una situación especial —guardó silencio un momento—. Aunque respeté en grado sumo a mi noble y difunta esposa, no hubo entre nosotros ese tipo de sentimiento que una joven como usted calificaría de romántico. Tras su muerte, mi hogar se quedó vacío. En otras circunstancias, quizá habría tratado de hacerlo más feliz casándome con una dama de mi propio círculo social. Pero como usted sabe, estoy sometido a prueba por una dolorosa desgracia: ¡tengo un hijo ciego! Como usted misma ha podido comprobar, es excepcionalmente inteligente. No he abandonado la esperanza de que, pese a su deficiencia física, pueda llegar a hacerse cargo de mi empresa mediante una cuidadosa preparación. Pero si tuviera un hijo más joven fruto de un segundo matrimonio, surgiría inevitablemente el conflicto, y me vería forzado a perjudicar a mi pobre hijo mayor.

En un tono completamente cambiado, prosiguió:

—De todos modos, no dude usted que estaré a su lado bajo cualquier circunstancia. Me ha hablado de sus hermanos pequeños. Supongo que quiere muchísimo a esos chicos.

—No —le interrumpió Lucan de repente en voz baja—: no debe hablar de mis hermanos.

—Sí, pequeña —dijo él con suavidad—; quiero hablarle especialmente de sus hermanos. Entiendo que son unos chicos brillantes, con talento, y sin ningún sentido práctico, igual que su padre...

—No —murmuró Lucan otra vez—; no nombre a mi padre.

—Sí, créame —dijo el señor Armworthy—; yo respeto a su padre. He pedido información sobre él, y pienso que mereció una suerte más afortunada. A veces — prosiguió, sonriendo suavemente para sí—, he comparado la ternura que siento por usted con la suya. Créame: puede confiar en mí; y tenga la seguridad de que, en todo cuanto pueda sucederle a usted, mostraré el cariño que él mismo habría querido darle, de haber podido. Puesto que declaro que ayudaré a sus hermanos hasta donde me sea posible (y puede que mi ayuda no carezca totalmente de valor para ellos), puede inferir por esto que cualquiera que esté cerca de usted lo estará también de mí, y será precioso para mí.

Se calló de repente, desvió la mirada, y volvió otra vez los ojos hacia la muchacha. Un momento después se levantó, y pareció esperar que ella se levantase también. Como seguía sentada en su butaca, inmóvil, como si no se hubiese dado cuenta de su gesto, la levantó suavemente, y le dio la impresión de que vacilaba en su brazo. Le transmitió su emoción a él.

—Y ahora —dijo el señor Armworthy—, deje que pase esta noche, antes de darme la contestación —se quebró su voz, y Lucan experimentó el mismo estremecimiento que sacudió su brazo—. Buenas noches, buenas noches, querida —

dijo—. Es difícil tener que separarme de usted de esta manera. Puede que tenga derecho a un beso de despedida. Pero no reclamaré este derecho aquí, ni en este momento. Pronto... pronto, espero, en un ambiente que le pruebe la sinceridad de mis sentimientos, quizá reclame algo más que... —se detuvo. El rostro del hombre serio y reservado se volvió de un rojo intenso y ardiente; su alto y elegante corbatín pareció habersele puesto súbitamente demasiado tirante; se quedó callado, y olvidó acompañar a la joven hasta la puerta.

Mientras el señor Armworthy permanecía de pie, inmóvil delante del fuego, siguiendo con la mirada su esbelta figura, ella, sin una palabra, y sin la menor muestra de aprobación o desaprobación, salió de la estancia.

4. Huida

Lucan subió a su habitación en un estado de confusión y angustia, como si alguien le hubiese propinado una sonora bofetada en cada mejilla. Lo más terrible, lo más amargo para ella, durante los primeros minutos, fue no haberle demostrado al señor Armworthy cuán profundamente le despreciaba. Se sentó en una silla, se levantó, y se sentó en otra. Se le encendía la cara y, luego, volvía a palidecer intensamente. Antes de bajar a hablar con el señor Armworthy, había invocado mentalmente a su padre y a sus amigos, pidiéndoles consejo y ayuda. Ahora le parecía que no había en el mundo nadie más que el hombre que la había ofendido, y ella.

Fue a la ventana; y en la oscuridad, observó otra vez las siluetas de los grandes árboles del parque. Lentamente, le volvieron todos los pensamientos que le habían pasado por la cabeza mientras contemplaba estos grupos de árboles hacía una hora.

Hacía una hora se había preguntado si podría llegar a amar al señor Armworthy. «Si le hubiese amado», pensó ahora, «¿habría podido hacer lo que me pide? No; entonces habría sido cien veces peor. Si hubiese estado dispuesta a entregarle mi vida entera, y él a cambio me hubiese ofrecido una pequeña parte de la suya, el tiempo y los sentimientos que le sobrasen de cuestiones más importantes... me habría muerto ante la idea de semejante proposición».

Mientras se repetía las palabras del señor Armworthy con labios temblorosos, y buscaba en su cerebro las respuestas que debía haberle dado, en lo más hondo de su conciencia decidió abandonar la casa. Incluso había abierto un cajón, y había sacado unas cuantas cosas: su monedero, en el que guardaba el salario de tres meses que acababan de pagarle, un camisón, y un par de guantes. Ahora estaba de pie, inmóvil, y trataba de concentrar todo su ser en la empresa que tenía ante sí.

Por nada del mundo quería volverse a encontrar cara a cara con el señor Armworthy. Debía irse esta noche. Muy metódicamente, como si estuviese preparada desde hacía mucho tiempo para este momento, guardó las ropas más necesarias en una vieja bolsa de viaje que había pertenecido a su padre. Pero no se atrevía a bajar por la escalera para salir; podía despertar a alguien de la servidumbre, o podía oírla el propio señor Armworthy, abrir su puerta, y sorprenderla. Además, no estaba segura de poder abrir el pesado cerrojo de la entrada.

Tendría que buscar otro camino. El balcón tenía una galería, y una vieja hiedra enroscaba sus fuertes tallos por todo el espacio que mediaba entre el suelo y la

balaustrada. Más de una vez se había imaginado, fantaseando, cómo podría trepar Romeo por ellos, como por una escala, hasta su habitación. No conocía el vértigo, y no tenía otra forma de salir.

No podía bajar por el balcón con el sombrero puesto porque le impediría mirar de lado. Lo ató a la bolsa de viaje con sus largas cintas, y luego se ató la bolsa a la cintura con el chal. Al salir al balcón y sentir en torno suyo el aire de la noche, cerró los ojos un minuto. Pensó en los niños dormidos; deseó haber podido despedirse de ellos. Pero habría sido demasiado arriesgado. Además, pensó, eran los hijos del señor Armworthy, ¡y algún día podían darle una sorpresa tan terrible como la que le había dado su padre! Hizo acopio de valor, puso una rodilla sobre la balaustrada y alargó el pie buscando apoyo a tientas en las retorcidas ramas de la hiedra.

La bolsa golpeó contra la pared un par de veces, y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Las ramitas y el follaje se le engancharon en la falda y se la levantaron por encima de la rodilla; así que, en la oscuridad, con las mejillas encendidas, pensó: «¡Menos mal que nadie puede verme!» En el piso siguiente, debajo de su habitación, había otro balcón. Le habría gustado descansar allí un momento; pero vio luz detrás de la puerta, recordó que era el dormitorio del señor Armworthy, y saltó apresuradamente de la ancha barandilla. En ese momento se le enganchó una rama en el pelo, como si fuese el mismo Armworthy quien la cogiera y tratara de detenerla, pero se rompió, y unos minutos después, al alargar el pie lo más posible, notó el suelo debajo.

Llevaba ramitas y hojas de hiedra prendidas en sus largos bucles, se había hecho sangre en la mano derecha, y tenía rota una de las medias. Estaba ardiendo a causa del esfuerzo y el triunfo, pero le temblaban las piernas; de manera que se sentó un momento en el suelo con la cabeza apoyada en las rodillas. Luego se levantó, se desató la bolsa y se puso el sombrero.

La pesada verja de hierro permanecía cerrada con llave durante la noche; pero en sus paseos con los niños había descubierto una puertecita en el muro que se cerraba por dentro sólo con un gancho, y se dirigió rápidamente hacia allí. Al cerrar la puerta tras ella, cerró una etapa de su vida: la feliz despreocupación de los últimos meses, las dudas de los últimos días, y el pánico de esta noche. Se sintió despojada de algunas esperanzas e ilusiones, tan pobre como antes, o más aún, ¡pero libre!

Ya desde el momento en que abrió el cajón en su dormitorio había sabido adónde dirigirse, y se encaminó inmediatamente hacia allí. A las once y media pasaba la diligencia de la noche por una encrucijada que estaba como a una milla de la casa del señor Armworthy, y se detenía allí si había pasajeros que recoger. Los cuatro fuertes caballos la alejarían rápidamente del lugar, y su alma entera se aferró a ellos y al cochero que los conduciría. Tuvo que detenerse un par de veces y dejar en el suelo la pesada bolsa. Le daba miedo llegar tarde para coger la diligencia, y siguió caminando lo más de prisa posible; pero no quería correr. ¡El señor Armworthy no la obligaría a eso! Cuando se acercaba ya a la encrucijada, completamente sin aliento, oyó dar las

once en el reloj de la iglesia del pueblo, y comprendió que había llegado a tiempo y que estaba a salvo.

Ahora había salido la luna, y el paisaje en torno suyo estaba envuelto en una bruma plateada. Se dominaba una gran perspectiva de campo liso y ondulado. La yerba estaba mojada de rocío. Lucan había salido muy pocas veces tan tarde, y nunca sola. Pero no estaba asustada. Como la persona que ha escapado de la prisión y de la odiosa presencia de un enemigo, sólo anhelaba soledad y espacios extensos.

Únicamente ahora cayó en la cuenta de que no había pensado adónde ir. La resolución de marcharse de casa del señor Armworthy la había traído a la parada de la diligencia. Sus pensamientos no habían ido más allá. Durante la noche, sabía, pasaba una diligencia hacia el norte y otra hacia el sur. Cansada y abatida, pensó que lo mismo le daba coger una que otra. No había nada en su existencia que pudiese decidir por ella.

Sus parientes se escandalizarían si fuese a pedirles refugio, huyendo de una colocación de la que les había hablado encantada en sus cartas. Si buscara otra, tendría que presentar referencias, y esto podría introducir nuevamente al señor Armworthy en su vida. No obstante, se daba cuenta de que tenía que dirigirse a alguna parte.

Por desgracia, pensaba, su padre había tenido razón, y la imaginación era efectivamente necesaria en la vida y ella era una muchacha sin experiencia, sin imaginación. Le dio tanto miedo ver llegar el carruaje antes de haberse decidido, como se lo había dado hacía poco la posibilidad de perderlo.

En su angustia, no se le ocurrió otro recurso que repasar el abecedario de cabo a rabo con la esperanza de dar con un nombre de ciudad o de persona a la que poder acudir. Casi había terminado de recorrerlo mentalmente sin resultado, y estaba a punto de desesperar, cuando en el último instante, en la letra «Z», se le ocurrió un nombre que encendió súbitamente una luz en las tinieblas que la rodeaban. ¡Zosine! «¡Dios mío, Zosine!», pensó. «Mi querida Zosine. Hacía una eternidad que no pensaba en ti. Pero ahora tienes que ayudarme.»

Zosine había sido su mejor amiga en el internado. Este colegio estaba un poco por encima de la esfera social de Lucan, y lo frecuentaban en su mayor parte hijas de nobles y ricas familias. Pero la hermana de su padre, que era la directora, había conseguido que la admitiesen, y Lucan había pasado allí unos años felices. Cuando se descubrió que ella y Zosine habían nacido el mismo día, las demás compañeras de clase las bautizaron las «gemelas».

Las dos niñas se habían prometido en aquel tiempo amistad eterna, y Zosine había pedido a Lucan muchas veces que fuera a pasar las vacaciones con ella, en la casa de su padre, llamada «Tortuga». Incluso había llegado a escribirle: «Nada de lo que tengo en “Tortuga” para divertirme me produce ningún placer, ya que no vienes a compartirlo conmigo.» Pero a partir del momento en que Lucan fue devuelta a casa, tras la muerte de su madre, no se volvieron a ver, y poco a poco habían dejado de

escribirse.

Era como si, durante sus años de preocupaciones, pobreza y dependencia, hubiese evitado la radiante imagen de su antigua amiga, y no hubiese querido acercarse a Zosine, o aparecer ante ella, siquiera con el pensamiento. Pero ahora, en estos instantes de auténtica angustia, aquella amistad de su niñez, con toda la dicha, el calor y la vida que había contenido, se alzó ante la joven solitaria, en la encrucijada; y Lucan la cogió y se aferró a ella.

La imagen de Zosine le llegó a la joven solitaria, en la encrucijada, como una irradiación de vida y de calor. «Sin duda», pensó, «deben de ser todos aquellos planes de fuga y aventura de Zosine, y nuestros secretos paseos nocturnos, lo que ahora me hace pensar en ella.»

En ese momento oyó el ruido del carruaje, surgieron sus luces en una vuelta del camino, y se acercaron.

5. *Compañeras de viaje*

La diligencia traqueteaba constantemente a través del paisaje iluminado por la luna con su cargamento de pasajeros adormilados que cabeceaban bajo la débil linterna, tosían y frotaban los cristales de la ventanilla para ver lo que llevaban recorrido.

En un rincón iba sentada una joven sin respirar ni moverse, con su bolsa de viaje junto a ella. Ahora se daba cuenta de que estaba mortalmente cansada y de que le dolían los miembros. De vez en cuando, el corazón le latía con violencia, como al descolgarse por la hiedra.

Pero ahora ya no estaba sola, tenía a una compañera de viaje consigo: Zosine estaba sentada a su lado. Todo lo de Zosine era infantil, bonito y alegre. Zosine tenía elegantes vestidos, sombreros y guantes que solía prestarle a Lucan cuando iban a la iglesia o salían a pasear con sus compañeras. De casa le enviaban cajas de fruta escarchada que compartía con su amiga. El soñar con la casa desconocida de la que venían todos estos tesoros había ocupado e intrigado a Lucan cuando tenía doce años. Ahora intentaba imaginar otra vez cómo sería, y cómo la recibiría cuando, huyendo, llegase allí en busca de protección.

Sabía que Zosine había perdido a su madre como ella, y que, como ella, amaba a su padre por encima de todo en el mundo. El señor Tabernor era un comerciante inmensamente rico; sin duda, pensaba Lucan, lo que llamaban un millonario. Poseía grandes propiedades en las Indias Occidentales; antes de pasar a él habían pertenecido a su padre y a su abuelo, quienes se habían casado con herederas de noble cuna. La madre de Zosine, sin embargo, no había sido rica; pero Lucan sabía que había sido una belleza, francesa de nacimiento, que había llegado de Santo Domingo, y que por ella tenía Zosine nombre extranjero. A juzgar por lo que Lucan había oído contar siempre, el hogar de Zosine debía de ser un paraíso terrenal de naturaleza única y fantástica. Habían traído muchos árboles y arbustos tropicales y los habían plantado en el parque. Había invernaderos con flores y frutas raras, y una enorme construcción de cristal con monitos y loros. Un extraño y exótico personaje, dentro de la casa misma, era la vieja negra Olympia, tan gorda que apenas cabía por las puertas. Había sido nodriza del Papá de Zosine, así que debía de ser tan vieja como las colinas; aunque pertenecía a cierta tribu que no envejecía jamás, seguía tan activa y parlanchína como un loro, y seguramente llegaría a los cien años. El hecho de que su Papá, decía Zosine, fuese grande y pesado como un elefante, se debía

enteramente al poder sobrenatural de la leche de su nodriza. Olympia, decía Zosine, era un verdadero ángel, y al mismo tiempo tenía algo de demonio. El día en que cesara el chorro de palabras de Olympia, estaría próximo el fin del mundo.

De pequeña, Zosine había estado también en las Indias Occidentales; más tarde, había visitado Francia, Alemania e Italia con su Papá, y esperaba ilusionada realizar otros grandes viajes. «No tiene que quedar cielo en el mundo», declaraba, «que no haya contemplado a Zosine Tabbernor». Poseía dos caballos de montar, cuyos nombres aún recordaba Lucan. En la memoria de su amiga, Zosine tenía todo el aspecto de una mariposa, siempre revoloteando al sol.

Mientras rodaba la diligencia, Lucan iba evocando cada vez más cosas relacionadas con Zosine. Recordó a su tía Arabella, prima del señor Tabbernor, vieja solterona tremendamente rica y tremendamente fea que, en los viejos tiempos, antes de que el padre de Zosine conociese a su mujer, había estado enamorada de él, y que por tanto no había llegado a casarse. Era la madrina de Zosine, a la que adoraba y daba todo lo que le pedía. Recordó también a su primo Ambrose. La madre de Ambrose había sido la hermana predilecta de Papá, y se había casado con el hijo de un conde. Cuando este espléndido personaje se hubo gastado todo el dinero de su mujer y hubo muerto, Papá se hizo cargo del hijo único de su hermana más joven: le metió en un elegante colegio, y a su debido tiempo pensaba ponerle al frente de todos sus negocios. Sí, muy probablemente, en el fondo de su corazón, esperaba ver a Ambrose casado con su hija. Pero en este capítulo, Papá se equivocaba, decía Zosine, porque Ambrose no era más que un pequeño petimetre y un farsante que gastaba dinero, ¡y confiaba en que Papá pagase sus deudas! Quizá llegara a ver Lucan ahora con sus propios ojos a todas estas personas, que habían desempeñado un papel importante en las fantasías de su niñez.

Poco a poco empezaron a apuntar las primeras claridades en la espesa niebla matinal. Lucan contempló un paisaje extraño. Vio los prados blancos de rocío, y el sol como un globo rojo oscuro en la niebla surgiendo de la tierra. Era como si la luz del día naciente armonizase con su huida y con sus recuerdos de Zosine. Se había atrevido a coger su destino con sus propias manos... ¡y el primer efecto era un amanecer!

En Staines, la diligencia cambió los caballos, y los viajeros bajaron. Un joven campesino con escopeta al hombro que no le había quitado ojo a Lucan desde que había empezado a clarear, la esperó junto al estribo de la diligencia, y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Pero ella se negó a entrar en la posada con él y los demás, y se quedó fuera. Tiritaba un poco con el aire de la mañana, y se ciñó el chal. A través de la ventana abierta oyó a sus compañeros de viaje pedir bebidas calientes y pan, y se dio cuenta de que tenía frío, que estaba cansada, y que le habría venido muy bien una taza de té. Pero no sabía cómo dirigirse al camarero o camarera de la posada, ya que, sin duda, era algo sumamente inusitado que una joven viajase sola. Otra diligencia que venía del oeste con destino a Londres se había detenido también

delante de la cuadra, y los cocheros estaban sacando los caballos de refresco. Como no tenía otra cosa que hacer, Lucan se puso a observar sus operaciones. La niebla había espesado, y el vaho de los caballos se mezclaba con ella. En ese mismo instante se dio cuenta de la presencia de una señora, y de que la estaba mirando.

La señora iba vestida de gris, y llevaba un pequeño velo gris alrededor del sombrero. Había llegado tan silenciosamente que a Lucan le pareció que había estado fundida con la niebla matinal, y que acababa de emerger de ella. Al pronto casi se asustó, y repasó su memoria para ver si había posibilidad de que la recién llegada la conociera de antes y la hubiera reconocido. Pero se tranquilizó al observar que la señora le sonreía. Estaba segura, también, de que no había visto nunca ese rostro ni esa figura.

La señora se encontraba probablemente entre los cincuenta y los sesenta años. «Una solterona», pensó Lucan. Era pequeña, angulosa, de pecho liso, con la cara larga y la nariz ancha y chata. Tenía unos dientes tan grandes y largos que parecía que no le cabían en la boca. Su cara y sus manos eran casi tan grises como el sombrero y el chal. Siguió sonriéndole a Lucan, pero durante largo rato no hizo el menor movimiento ni dijo una sola palabra.

Por último, comentó:

—La he visto bajar de la diligencia, querida. Yo he llegado en la otra diligencia. ¿Espera a alguien aquí?

Lucan, un poco turbada, le explicó que iba sola.

—¿No le vendría bien entrar a tomar una taza de té? —preguntó la señora—. Todavía tenemos tiempo —su voz era profunda, algo ronca; y, sin duda, pensó Lucan, procedía de alguna remota región del país: acentuaba las palabras de una manera rara—. No le dé ningún reparo —añadió—. Necesito perentoriamente una taza de té caliente, y me gustaría que me acompañase.

La desconocida señora era el primer ser humano que le dirigía la palabra desde que el señor Armworthy le diera las buenas noches. Tomó su amabilidad como un buen augurio, y aceptó la invitación con agradecimiento.

En la gran estancia común de la posada había un pequeño rincón que, mediante un biombo, habían convertido en reservado para viajeras. Aquí Lucan se arregló el pelo y se ajustó el sombrero ante el espejo de la pared. La pequeña señora parecía ser una viajera experta, y no tuvo ningún reparo en enfrentarse con el camarero. Quizá estaba acostumbrada también a hacer de dueña, ya que pareció crear una segunda pantalla, invisible, en torno a la muchacha, y tan sólo con una mirada severa alejó al joven rubicundo que se demoraba ante las tazas de té para contemplar su preciosa cara.

—¿De veras viaja completamente sola, mi joven señorita? —preguntó la desconocida mientras servía el té.

—Sí, voy sola —contestó Lucan.

—Pero habrá alguien que la reciba cuando llegue la diligencia, ¿no? —preguntó

la señora.

—No, no lo creo —dijo Lucan, y se ruborizó un poco.

La señora guardó silencio un rato; pero por encima de su taza de té, sus ojos grises y redondos seguían fijos en la muchacha. «¿Va a tomar posesión de un empleo? —preguntó de repente—. Si es así, espero que le resulte agradable. Es usted bonita, y parece inteligente. Deberían pagarle bien. Es muy grato para una joven tener vestidos y sombreros elegantes, y una pulsera o un broche para sujetarse el chal. Un sombrero nuevo podría sentarle maravillosamente a ese cabello dorado que todo el mundo parece admirar. La juventud pasa pronto.»

El té caliente y un panecillo tierno hicieron que Lucan se sintiese mejor. Pensó: «¡Esta pequeña señora tiene toda la pinta de una de esas hadas madrinas del libro de cuentos que yo tenía en casa! ¿Y si ahora me ofreciese transformar una calabaza en carroza, y cuatro ratones en caballos? No; se me olvidaba que ya tengo la diligencia y los caballos. ¡Me temo que lo que va a hacer es convertirlos en ratones otra vez para que no pueda seguir adelante!»

—Pero la esperarán en el lugar al que se dirige, ¿no? —insistió la desconocida.

Lucan no quiso decir que no otra vez; se limitó a negar con la cabeza. La señora se tomó un par de tazas de té en absoluto silencio. Como si no supiese qué hacer con sus enormes dientes, parecía haber adoptado la costumbre de masticar, o restregarlos suavemente unos contra otros, cuando no hablaba.

—Bueno, no es asunto mío —exclamó finalmente.

Los otros viajeros habían empezado ya a abandonar el local para subir a la diligencia. Lucan hurgó en su monedero para pagar su té.

—Ya ajustaremos cuentas después —dijo la señora—, en la diligencia. Porque no puede usted imaginar, querida, la negra suerte que tengo: ¡Se me ha olvidado algo importantísimo, de lo más importante para mí, en el lugar de donde vengo! Estoy pensando en volver para recogerlo, aprovechando la diligencia en que viaja usted. Así que podremos charlar amigablemente, y conocernos durante el trayecto.

Salieron juntas de la posada. Pero cuando se dirigían a la diligencia, que ya tenía aparejados los caballos de fresco y al cochero en el pescante, la señora aminoró el paso, se detuvo, y con la cara tensa y turbada meneó lentamente la cabeza un par de veces, como deliberando consigo misma.

—No —dijo—, no; no puede ser. Imposible. Tengo que despedirme de usted aquí, mi joven señorita.

Lucan le dio la mano.

La señora mayor seguía mirándola fijamente.

—Podría darle mi dirección —dijo muy despacio—; si fuera a Londres más adelante, en busca de colocación —se interrumpió otra vez y, bruscamente, casi con irritación, gritó—: ¡No, no; no debo hacerlo! ¡Me han dicho que no lo haga! —aún retenía uno de los dedos de la joven, y se resistía de tal modo a soltarlo que lo sujetaba con fuerza—. Pero es una lástima —murmuró con voz ronca—, una

verdadera lástima. Es usted una muchacha tan buena, tan pura, una paloma tan tierna, que sin duda aquél cuya voluntad debemos obedecer todos sonreiría al verla recibir lo que se merece.

Soltó de mala gana la mano de la joven, pero la siguió con sus ojos claros y redondos, mientras ella subía a la diligencia, hasta que el cochero hizo restallar el látigo, y se alejó.

Ahora que se estaba haciendo completamente de día, la diligencia pudo ir más de prisa. La niebla blanca se tragó rápidamente la posada con sus múltiples dependencias, los altos almiarés y los olmos corpulentos que la rodeaban. Poco después, el sol rasgó los velos que lo habían tenido cubierto. El joven campesino de la escopeta siguió observando fijamente a Lucan, de manera que no tardó ella en bajarse su propio velo. Detrás de él, pensó en muchas cosas: en la humillación, que quería olvidar, pero que de vez en cuando aún hacía que se le encendieran las mejillas; y en la vaga, dulce luz de esperanza que brillaba ante ella. Una o dos veces, pensó también en el encuentro con la señora desconocida. Ahora ya, a sólo una milla o dos de la posada, le parecía extraño e irreal. No sabía qué opinar.

6. Zosine

En Xanadú Kubla Khan mandó construir un inmenso palacio de placer...

En la memoria de Lucan resonaron los primeros versos de un poema que había leído con su padre, mientras recorría lentamente el enorme parque. Miraba en torno suyo, se detenía, y seguía andando otra vez. Su alegre rostro adquirió un sereno, dichoso resplandor.

Tortuga era, a la sazón, uno de los lugares más famosos de interés turístico del sur de Inglaterra. Durante un centenar de años, sus propietarios, todos ellos grandes viajeros, amantes y conocedores de la naturaleza, el arte y la artesanía fina, habían dedicado su tiempo y su fortuna a crear y perfeccionar este rincón. El primero había construido el edificio y trazado el parque y el jardín. El segundo, que se había casado con la viuda de un par, había embellecido el lugar, especialmente con graciosos estanques y canales artificiales. El tercero, actual propietario, que se había encontrado con la obra ya terminada, había añadido graciosamente, por así decir, multitud de detalles nuevos y fantásticos, de manera que ahora había inéditas, sorprendentes y encantadoras perspectivas que acogían la mirada por todas partes. Dejaba su propiedad generosamente abierta al público en determinados días de la semana, durante el verano, y esos días el parque y el jardín se veían concurridos por multitud de señores, señoras y niños que a menudo acudían desde grandes distancias, y que no acababan de saciar sus ojos en los encantos de *Tortuga*.

A la clara luz de esta mañana de mayo, la belleza del escenario se encontraba en su apogeo; el aire era fresco, suave, y estaba cargado de la fragancia de las flores y el follaje.

Lucan atravesó una larga avenida de floridos cerezos javaneses que parecían flotar por encima de su cabeza como nubes de un rosa exquisito. Algo más allá, las tenues y plateadas ramas de un sauce de China, con las hojas todavía sin acabar de abrir, se inclinaban como una elegante cascada sobre un estanque verde oscuro en el que flotaban unos cuantos cisnes negros. Aquí se sentó en un banco unos minutos. Había olvidado que no encajaba en este ambiente rico y deleitable, que su vestido tenía un desgarrón largo, y que la media que se había roto por la noche tenía un aspecto tan andrajoso que se la había quitado detrás de un árbol, en el camino, de forma que ahora —tras decidir que era mejor que la siguiese la otra— iba con los pies desnudos enfundados en sus polvorientos zapatos. Se sentía inmersa en una atmósfera

de encanto y de gratitud. Pensó: «Es verdaderamente maravilloso que haya personas con imaginación para inventar todas estas cosas, y con poder para convertirlas en realidad.»

La riqueza que había conocido en casa del señor Armworthy era una riqueza opresiva por así decir, pagada de sí misma; no la había seducido. Pero éste era como los lugares que había visitado en sus sueños, y le resultaba acogedor, casi familiar. En la gran verja que daba acceso al parque, el guarda, de pie junto a su caseta, le había dirigido, a ella y a su bolsa de viaje, un leve saludo con la cabeza, como si la hubiese estado esperando. En el parque vio jardineros y peones trabajando. Pasaron junto a ella con grandes cestos de flores, y la miraron también como si fuese gratamente esperada.

Al otro lado de una amplia terraza, donde salpicaban altos y transparentes surtidores, se alzó ante ella la mansión, luminosa al sol de la mañana, con su doble escalinata de mármol colosal, y una fila de columnas blancas. Aquí había gente ocupada en colgar farolillos. «¿Lo harán todas las noches», se preguntó Lucan, «para que los moradores de la casa puedan sentarse en esta terraza y disfrutar con la visión de las luces verdes, rojas y amarillas?» Un viejo criado salió de la casa a dar instrucciones a los hombres. Lucan recordó que Zosine había hablado del viejo y fiel John, el ayuda de cámara de su padre. Le pareció reconocerle en aquella figura pequeña y solemne; y haciendo acopio de todo su valor, se acercó a él, le dio su nombre, y le preguntó si podía ver a la señorita Zosine.

Tras observarla un minuto, el viejo criado le dijo que le siguiese, y le cogió la bolsa. Al llegar a la casa, pareció dudar si conducirla a la entrada principal o a un ala del edificio, cuando, en ese mismo momento, apareció una joven con un vestido a rayas en lo alto de la escalinata, entre las columnas. Dio una orden al criado con voz clara y sonora, se interrumpió, se protegió los ojos con la mano, y exclamó sorprendida:

—¿A quién traes contigo?

Era Zosine.

Lucan se quedó mirándola, mientras el viejo criado subía respetuosamente adonde estaba ella, y la joven descendía unos cuantos peldaños. Lucan reconoció en la esbelta y ágil figura a su antigua compañera de colegio. Pero no estaba preparada para encontrar a Zosine hecha ya toda una elegante y refinada señorita; se sintió profundamente impresionada por la aparición. Zosine intercambió un par de frases con el viejo criado; corrió luego velozmente hacia ella, se detuvo, y se quedó mirándola.

—¿La señorita Bellenden? —preguntó despacio—. ¿A qué ha venido? ¿Quién la envía? —Lucan se asustó y se angustió al ver que Zosine no daba muestras de reconocerla. El corazón empezó a latirle con violencia, y se sintió como si su vida dependiese de que venciera este inesperado contratiempo. Durante unos segundos, los dos jóvenes se miraron con gravedad.

—Sí, soy Lucan —dijo—. He venido por una invitación de hace años. Han cambiado muchas cosas para mí desde entonces. Mi padre ha muerto. Ya no tengo hogar. He huido de la casa donde estaba últimamente, para recurrir a usted.

—¿Lucan? —repitió Zosine lentamente, y a continuación, como sorprendida y atemorizada—: ¿Ha huido? ¿Dice usted que ha huido? ¿Por qué?

Lucan había pensado arrojarse al cuello de Zosine. Se había alegrado cuando el viejo criado le cogió la bolsa porque así iba a tener libres los brazos para poderlo hacer. Ahora, le tendió melancólicamente la mano derecha, más como despedida que como saludo.

—Sí, soy una fugitiva —dijo con labios temblorosos—. Si no quiere acogerme, no sé adónde ir.

Los ojos claros de Zosine, muy abiertos, estaban fijos en la cara de Lucan. Le estrechó la mano, pero dejó el brazo extendido, y mantuvo la distancia entre ellas.

—Fugitiva —repitió, con honda preocupación—. ¿Qué se siente, cuando se es una fugitiva? —y de repente, como si el contacto despertase su memoria dormida, su rostro se arboló intensamente.

—Lucan, ¿eres tú? —exclamó—. ¿Vienes aquí hoy? ¿Cómo es posible que no te haya reconocido en seguida? —se arrojó a los brazos de su amiga, retrocedió para mirarla, y la abrazó otra vez con todas sus fuerzas—. ¿Has venido por fin? ¡Y precisamente hoy! ¡Sigues siendo tan maravillosa como siempre! ¡No, eres incluso más! —durante un breve momento, guardaron silencio las dos.

—Yo te he reconocido en seguida —dijo Lucan, ruborizada y radiante—; ¡pero qué atractiva y elegante te has hecho!

—¿Yo? —gritó Zosine—. No; yo no soy atractiva. Cuando dicen eso de mí, lo hacen sólo para halagarme. Una señorita debe ser atractiva; de lo contrario resulta demasiado doloroso para su Papá. Es cierto que tengo un talle que muchas chicas envidian. ¡Pero tú, tú tienes un auténtico busto!

—¡Ah, qué maravilloso es estar aquí! —dijo Lucan.

Hablaban por hablar, como cuando dos muchachas se acarician suave y levemente. «Es extraordinario que hayas venido hoy», dijo Zosine, y aspiró profundamente.

—¿Hoy, por qué? —preguntó Lucan sorprendida.

—Porque es mi cumpleaños —exclamó Zosine—; ¡hoy cumplo dieciocho años, y Papá va a dar un baile en mi honor!

—¿Que es tu cumpleaños? —exclamó Lucan, y trató de ordenar sus pensamientos—. Entonces es el mío también.

—Claro, es el tuyo también —dijo Zosine—. ¿Lo habías olvidado? ¿Es que no hay nadie que te lo haya recordado? —dio un breve paso atrás, y miró a Lucan de pies a cabeza—. Has venido aquí completamente sola —dijo despacio, perpleja—. ¡No llevas medias! ¡Y estás muy pálida! Lucan, ¿qué te ha pasado? —la alternancia de angustia y felicidad de un momento antes había extenuado verdaderamente a la

muchacha; se le oscureció todo, y se le aflojaron los pies.

—¡Dios mío! —exclamó Zosine alarmada—; ¡estás enferma, te vas a desmayar! —rodeó la cintura de Lucan con sus brazos—. Apóyate en mí —dijo—. Yo te sostendré. Llama a Marie —ordenó al viejo criado que permanecía a cierta distancia—. Debemos entrarla en casa.

—No, no; puedo andar —protestó Lucan débilmente; pero en ese mismo instante la abandonaron sus fuerzas. Cerró los ojos, y sólo se dio cuenta confusamente de lo que ocurría a su alrededor, hasta que se encontró sentada en una butaca, en una habitación exquisita, con Zosine acercándole ansiosamente un vaso de vino a los labios.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Zosine con júbilo—, ahora tienes mejor cara. Te ha subido un poco de color a las mejillas. Sin duda llevas mucho tiempo sin comer, y estoy segura de que has caminado muchas millas. Marie —llamó a una preciosa doncella vestida de negro y con un pequeño delantal blanco que debió de seguirlas a la habitación—. Ve y dile al señor que tengo una noticia maravillosa para él. ¡Acaba de venir mi mejor amiga a ayudarme, hoy!

Lucan miró a su alrededor. En medio del esplendor exótico y fantástico de *Tortuga*, ésta era la habitacioncita más primorosa y cuidada que había visto en su vida. Sus paredes rosa estaban cubiertas de una muselina blanca transparente, fruncida, que se recogía en lo alto en un pequeño volante. La cama de cuatro columnas estaba adornada del mismo modo, y las preciosas butacas y el sofá tenían un tapizado de color crema con dibujos de rosas.

La mirada de Zosine siguió la trayectoria de la de Lucan en su recorrido por la habitación.

—Como ves —exclamó triunfalmente—, ésta es la habitación que mandé arreglar hace seis años, cuando creía que ibas a venir a quedarte conmigo. Y tú, niña mala, me engañaste, y no llegaste a venir. Pero ahora ya te tengo; ¡y esta vez puedes tener la seguridad de que no voy a dejarte marchar! Si algo te asusta o te aflige, confía en mí. Haré lo que sea por ti. Sí —repitió lenta y solemnemente—, ¡lo que sea! Y si has huido, como dices, me ocuparé de que nadie te coja. ¡No hay nada en el mundo que no haga yo por alguien que huye!

7. *El vestido rosa*

—¡Qué cosas ocurren en este mundo! —exclamó Zosine—. ¡Qué viejo perverso, qué seductor redomado! ¿Por qué no has acudido directamente a la reina?

—¿A la reina? —preguntó Lucan sorprendida.

—Sí, a nuestra joven y encantadora reina —dijo Zosine—. Su Majestad tiene sólo cuatro años más que nosotras. Es evidente que no consentiría que alguien tratase a una joven de esa manera tan abominable en su reino. O, si el asunto es demasiado horrible para tratarlo ella, podría pedir al príncipe consorte, un hombre agradable según he podido ver yo misma, que le diese su merecido.

Lucan había estado durmiendo hasta bien entrada la tarde entre mullidas almohadas, y bajo la colcha de seda de la gran cama de cuatro columnas. Poco después de dormirse, la dulce melodía de un vals vino a mezclarse con sus sueños. Medio se despertó; y Zosine, que aún seguía a su lado, le dijo:

—Es la orquesta, ensayando abajo en el salón.

Poco más tarde, tuvo la vaga conciencia de que Zosine y un señor muy corpulento y de largas y nobles patillas estaban de pie junto a su cama. Zosine estaba cogida a él y hablaban en voz baja y con gran excitación; pero Lucan no comprendió lo que decían.

Finalmente, se despertó del todo. Habían descornado las cortinas de la habitación, y todo parecía inmerso en una delicada bruma rosa. Observó con sorpresa que sus brazos salían de unas mangas de encaje y batista. Entonces recordó que Zosine y su doncella la habían desvestido, le habían puesto uno de los camiones de Zosine, y la habían metido en la cama. Bajo la penetrante mirada de Marie, Lucan se avergonzó por primera vez de sus viejas ropas. «No tienes por qué sentir vergüenza —dijo Zosine—. Hemos dormido en la misma habitación otras veces. Y desde luego, no nos hemos vuelto menos agradables de ver, desde entonces.» También le habían traído una bandeja con el desayuno a la cama, y Zosine le llevó la cuchara a los labios. Se echaron a reír a la vez, igual que en sus tiempos del colegio. Luego la había vencido un sueño profundo.

Ahora las dos muchachas, Lucan con un salto de cama de Zosine, estaban sentadas en el sofá, cogidas del brazo, y Lucan acababa de contar a su amiga todo lo que le había sucedido. Era como si su desventura se hubiera volatilizado en esta agradable habitación. Ahora casi era capaz de sonreír ante la ira y la indignación de Zosine.

—Tienes razón. No pensemos más en él —dijo Zosine—. No merece que conserves su imagen en tu dulce y preciosa cabeza. Pero creo que eres una chica —añadió meditabunda— a la que le van a suceder muchas cosas maravillosas en este mundo.

—¡Ah, estás completamente equivocada! —dijo Lucan—. ¿No recuerdas, cuando querías que yo tomase parte en alguna aventura, en el colegio, que siempre era demasiado tímida? Anoche mismo pensaba que tenía razón mi padre cuando me decía que carezco de imaginación.

—Pero quizá sea así como funciona el mundo —dijo Zosine—, y el destino pierde interés por las personas que son capaces de inventar por sí solas. Deja que las cosas ocurran en su imaginación. Pero en tu caso, procurará proporcionarte los sucesos más extraordinarios. Esta noche —añadió al cabo de un rato— nos estrujaremos el cerebro e idearemos algo realmente exquisito. Quiero que hoy seas la más guapa del baile; buscaremos a ver cuál de mis vestidos elegimos para ti. Es seguro que te vienen bien. Solíamos tener la misma cintura, y creo que la tenemos aún.

Se midieron solemnemente ante el espejo, espalda con espalda, y comprobaron que eran de la misma estatura.

—En el colegio —dijo Zosine—, mi pelo era igual de largo y bonito que el tuyo. Pero he estado enferma este invierno. Por eso me lo he cortado. De todos modos, tus bucles dorados serán siempre más perfectos que los míos de color castaño; y, desde luego, antes te envidiaba muchísimo tu cabeza de rayos de sol. Pero para decidir bien —exclamó de repente—, tendremos a Olympia con nosotras.

En casa del señor Armworthy, Lucan se habría horrorizado ante la inesperada aparición de la vieja, negra como el carbón, que entró un momento después. Pero aquí en *Tortuga* era como si Zosine le pusiese delante, jugando, las ilustraciones fantásticas de un libro que ya conocía desde niña. Olympia era exactamente la persona exótica y maravillosa que Lucan había imaginado hacía años. Era grande y voluminosa como un hipopótamo, de manera que, al entrar, llenó por completo el vano de la puerta; y parecía tan plácida y amable como un enorme animal salvaje del zoológico. En la cabeza llevaba una pequeña cofia de seda, muy llamativa. Debajo de esta cofia, su cara se ensanchaba hacia abajo hasta la barbilla, de forma que sus gruesas mejillas casi le ocultaban el cuello. Sus movimientos eran pesados; pero, al mismo tiempo, tenía una gracia extraña, sinuosa, contoneante.

Pero Olympia se mostró también tan muda como una ilustración de libro. Zosine le había dicho una vez a Lucan que era parlanchína como una cotorra. Ahora no abrió los labios; y a Lucan le dio la impresión de que sus ojos negros, sí, y sus gruesos brazos, que le colgaban flaccidos a ambos lados, delataban una especie de muda y furiosa desesperación. «Ha envejecido», pensó Lucan, «y sin duda, ahora añora su país natal».

Zosine colocó a Lucan en medio de la habitación, y a la vieja negra en una butaca

frente a ella.

—¡Mira! —dijo—. Mi Papá, que sabe que su adorada hija es un poco caprichosa y tiene antojos, me ha regalado tres vestidos nuevos para el baile de esta noche: uno rosa, otro azul y otro blanco. Pero he pensado en mi pobre Mamá, que era oriunda de Francia, aunque sus padres emigraron durante la Revolución, antes de que ella naciese, y no llegó a conocer su amado país. Aquellos viejos emigrantes odiaban la nueva bandera francesa tricolor; seguían adictos al antiguo pendón real, blanco, de Francia. Así que, ¿cómo voy a ponerme el vestido rosa o el azul, si me los colocan delante en forma de la Tricolor? Es el blanco el que voy a llevar esta noche. Sin embargo, los otros dos son muy bonitos también, por separado. ¿No es una preciosidad éste rosa, como el pétalo de una rosa fragante y húmeda de rocío que ignora lo bonita que es? ¡Es el vestido que te va, Lucan!

Lucan apenas podía creer que no estaba soñando cuando vio en el vestido que le enseñaba Zosine el duplicado exacto de aquél en el que tan a menudo había pensado. Era de raso, de color rosa pálido, con una ancha franja de encaje en torno a los hombros y los volantes; y para completar su perfección, iba adornado con capullos de rosa de musgo, tan vivos y frescos como si estuviesen acabados de coger del jardín. Sin duda debieron de emplear más de veinte yardas de gruesa tela de raso para hacer sólo la falda con volantes; y al pensar en ello, a Lucan se le encendieron las mejillas de un rosa tan encantador como el del vestido mismo. Volvió sus ojos felices y soñadores hacia su amiga.

—Sí; desde luego, ése es tu vestido —dijo Zosine.

Delante del espejo, Lucan, con creciente emoción y placer, se contempló transformada en una gran dama y en una belleza tan encantadora que su propia imagen le cortó la respiración. Entusiasmada y ansiosa como si estuviese vistiendo a una muñeca, Zosine buscó y pidió diversos adornos. Mandó a Marie que le trajese pendientes, pulseras, una guirnalda de flores para el hermoso cabello de Lucan, una cinta de terciopelo negro para su blanco cuello, y para completar, un par de pequeños guantes blancos con los bordes festoneados. Le dirigió a la vieja negra más de una mirada furiosa e indignada porque permanecía en su silla callada como si no se diese cuenta de que la obra maestra de Zosine avanzaba hacia la perfección. Sólo una vez, al pedirle Zosine a su vieja nodriza que arreglase el encaje alrededor de los suaves hombros de Lucan, alzó uno de los largos y dorados bucles de la muchacha con su mano, y pareció maravillarse del color y del brillo.

Mientras las tres mujeres se encontraban absortas en su tarea, el viejo lacayo o mayordomo, a quien Lucan había visto en el jardín, entró a pedir ciertas instrucciones sobre el baile de la noche. Pero Zosine le despidió.

—Prefiero estar contigo —dijo—. Papá se encargará de todos los demás detalles. Por desgracia, luego se sentirá cansado, y tendrá que abandonar el baile temprano para retirarse a dormir. Y será libre de hacerlo. Está tan terriblemente gordo, pobre Papá, que su corazón no resiste el menor esfuerzo.

Dio un paso atrás, y aspiró profundamente de contento.

—¡Estás maravillosa! —exclamó—. ¡Cómo quisiera parecerme a ti!

—Pero esto no es más que un juego, una broma, Zosine —dijo Lucan—; yo no puedo llevar tu vestido.

—¡Vas a poder hacer mucho más que eso! —exclamó Zosine, como si de repente se le hubiese ocurrido una idea. Y como si no hubiese límites ya para sus caprichos, abrió las puertas de todos los armarios, sacó todos los cajones de la habitación, y esparció el contenido por la cama, por el sofá y por los sillones.

En un instante, montones de delicadas y perfumadas prendas interiores, medias de seda y enaguas cubrieron todo el mobiliario; los sombreros y los chales fueron arrojados encima, junto con pares y más pares de elegantes zapatitos. Lucan, completamente deslumbrada, recordó lo que le había dicho la señora de la posada. ¿Era esto efecto de su poder mágico? Trató de contener a su amiga.

—¡Zosine, Zosine, basta! —gritó—. ¿Acaso crees que voy a aceptar todo esto? Te quedarías sin nada.

Zosine se detuvo y la miró.

—Escucha —dijo repentinamente seria—, voy a decirte algo. A partir de mañana, no me pondré nada de todo esto. Así que es mejor que te lo quedes tú.

Lucan imaginó que estaba a punto de tener lugar algún gran acontecimiento en la vida de su amiga. Sin duda, Zosine se iba a casar; tenía el ajuar preparado, y ésta era la razón por la que se deshacía tan irreflexivamente de toda su ropa de soltera. Sujetando aún la mano de Zosine, que había cogido para detener sus locas travesuras, escudriñó sonriente su rostro.

—Dime —le preguntó suplicante—, ¿va a venir esta noche tu primo Ambrose?

—¿Ambrose? —preguntó Zosine, mirándola de frente a su vez—. ¿Por qué se te ha ocurrido preguntarme por él?

—En otro tiempo solías hablarme mucho de él; pensé que quizá seguías teniéndole cariño —dijo Lucan—. Por supuesto, debes confiar en mí, si vas a anunciar tu compromiso esta noche.

—¡Ay, pobre Ambrose! —prorrumpió en risas Zosine—; es el único de todos mis amigos al que no verás esta noche. Ha cogido un terrible catarro, y no puede venir al baile. ¡Sí, Ambrose es un galanteador impenitente! Pero te confesaré una cosa: mañana, con toda seguridad, vendrá a decir que nunca más me hará proposiciones. Lo cual no me va a matar de pena, ni mucho menos. No voy a pensar en enamorados esta noche —añadió gravemente.

Había algo en la actitud de Zosine que confundía y tenía perpleja a su amiga. Era como si, por debajo de su infantil y atolondrada superficie, se agitaran grandes oleajes de incertidumbre y de pasión. Lucan no podía imaginar que Zosine hubiese sufrido jamás inquietudes o tristezas; pero pensó: «Si siempre está dominada por esos arrebatos emocionales, y cambia de humor tan rápidamente, ¿cómo es posible que haya alcanzado los dieciocho años?»

Zosine afrontó su mirada como si leyese sus pensamientos.

—Escucha —dijo lentamente—, esta noche vas a ser la reina del baile, y vas a tener a todos nuestros galanes a tus pies. Pero no debes enamorarte de ninguno de ellos. Bueno —añadió en el mismo tono, tras una pausa—; si puedes hacer que alguno de ellos se enamore de ti de manera tan fulminante que se declare inmediatamente, y podamos anunciar vuestro compromiso durante la cena, entonces sí. Pero si no, ¡no! Si me quieres algo —exclamó, arrojándose al cuello de Lucan—, debes darme tu palabra de honor de que no lo harás.

8. El baile de cumpleaños de Zosine

El baile es para una joven no sólo una experiencia o una aventura; es una revelación. Cuando baila, se da cuenta de por qué existe, y por qué ha nacido. Como el poeta en el momento de la inspiración, transportado y hermoso, se siente intérprete del universo, así la joven, al deslizarse por el piso, concibe la verdad sobre ella y sobre la vida. En ese instante, el poeta es espíritu únicamente. Pero una joven es eminentemente cuerpo; y la beatitud para ella reside en la perfecta armonía entre la materia y el espíritu. Nota sus miembros inspirados y alados; sus pies pequeños toman el mando, y unos poderes celestiales descienden al baile y le rinden obediencia.

Lucan había seguido un curso de baile en el colegio, pero nunca había sido una alumna brillante. No tenía idea de que, cuando la llevara una gran orquesta, y la guiara una pareja experta, bailarían como si hubiese venido al mundo a ritmo de vals. Zosine se había ocupado de que tuviese el programa completo; o lo habría hecho, si los ardientes galanes no se hubieran apiñado espontáneamente alrededor de la chica del vestido rosa. Durante el primer vals y los lanceros era el hechizo de la música lo que la guiaba; pero después del segundo vals, su propia naturaleza se sintió atraída un paso más, y fue a la vida misma a lo que se rindió. Estaba enamorada. Pero este sentimiento lo aplicaba a cada una de sus parejas; de manera que era incapaz de preferir a uno más que a otro, e incluso de distinguir claramente una figura negra y elegante, un rostro ansioso y admirado, de los siguientes. Sabía que las emociones de esa noche eran misteriosas, pero no las sentía peligrosas. Inocentemente, pensó que si el señor Armworthy le hubiera ofrecido un baile cada noche del año, habría tomado sus proposiciones en consideración. Las otras jóvenes del baile observaban a la desconocida con creciente interés y envidia. Las viejas señoras que escoltaban a sus hijas o sobrinas se habían puesto sus impertinentes.

Tres enormes arañas centelleaban sobre un mar ondulante de colores animados, de rítmicos movimientos y de caras radiantes. El salón y las habitaciones contiguas estaban llenos de flores, y los vestidos de seda y encaje de las damas eran alegres y variados como enormes ramos. Los caballeros vestidos de negro parecían estar allí sólo para hacer resaltar la luminosa gracia femenina. Algunos, vestidos de uniforme, dieron a Lucan la impresión de competir caballerosamente con su propia feminidad y al mismo tiempo rendir caballerosamente sus armas ante ella. Los altos ventanales del salón daban a la terraza. Aquí, entre baile y baile, las parejas paseaban bajo largos

festones de farolillos. En el extremo de la estancia había un invernadero. En su penumbra se distinguían confusamente palmeras, heléchos gigantes y enredaderas; en el centro de su piso de mármol, un esbelto surtidor jugaba en el aire.

El señor Tabbernor había inaugurado el baile con su hija. El corpulento señor se limitó a hacer girar la grácil figura de Zosine hasta la mitad del salón; pero durante estos escasos segundos se hizo patente que en otro tiempo había sido un magnífico bailarín, y en las sonrisas que su actuación despertaba había bastante admiración. Era como si un majestuoso elefante hubiese tomado por un momento posesión del piso.

A los ojos de Lucan, el dueño de la casa, con quien sólo había hablado brevemente antes del baile, era un benévolo protector; porque, a pesar de la diferencia de edad y de tamaño, era en cierto modo como Zosine. La viveza de carácter, la seguridad en sí misma de la muchacha, se adivinaban también tras la máscara colosal de este señor de edad; pero aquí se encontraban sosegadas, y confirmadas en una serenidad especial, grandiosa. «Estas personas», pensó Lucan, «ignoran lo que significan las inquietudes y las desgracias. No saben nada de la vida rutinaria que llevan otros». Trató de imaginar cómo se viviría de esta manera.

—Ésta es mi mejor amiga —había declarado Zosine cuando esperaban a que el primer carruaje llegase ante la enorme puerta, y mientras el viejo criado John ordenaba que se encendiesen las velas en lo alto de la escalinata—. ¡Bésala, Papá! Te doy permiso para que lo hagas; aunque, en general, es exageradamente pudorosa: ¡se ha descolgado de una torre, y ha cruzado un bosque de noche, huyendo, porque un señor viejo como tú pretendía besarla!

Entre baile y baile, el señor Tabbernor iba de grupo en grupo de invitados, saludándoles, o gastando bromas a las jóvenes bonitas. Durante uno de estos paseos, Lucan se fijó en un joven que, aunque no se explicaba exactamente por qué, le pareció diferente del resto de la reunión. Iba vestido con suma elegancia, llevaba las patillas y el cabello rizados y engomados, y parecía seguir al señor Tabbernor adonde fuera con una especie de pegajosa admiración. Al detenerse el viejo caballero a hablar con ella, se les había unido dicho joven, se había presentado a ella personalmente, y le había dirigido una serie de exageradas alabanzas antes de alejarse otra vez en pos de su anfitrión. «Seguramente», pensó Lucan, «es un joven de la oficina del señor Tabbernor deseoso de subir rápidamente». Cuando, poco después, se sentaron juntas ella y Zosine, y pasó por delante este joven, Zosine exclamó:

—Mira, has hecho una conquista. Me alegro de que le hayas sorbido el seso, y se olvide de su deber esta noche. Ahora viene el cotillón —prosiguió—; y tengo un ruego importante y humilde que hacerte, Lucan. Papá no podrá seguir diciéndonos cosas graciosas. Seguramente, irá al invernadero y se sentará un rato a mirar, mientras nosotros nos divertimos. Serás un tesoro si le haces un poco de compañía, y le das permiso para que se fume uno de sus repugnantes cigarros durante el próximo baile. Es una odiosa costumbre que la gente adquiere en las Indias Occidentales. Sé que es una crueldad apartarte de nuestros jóvenes. Pero yo no puedo abandonar a mis

invitados, ni dejar tampoco que mi pobre Papá se sienta completamente abandonado.

Lucan suspiró ligeramente por tener que dejar el baile; pero se alegró de poder prestar un servicio a Zosine. Así que les siguió a ella y a su padre, el cual le dio las gracias con ceremonioso encanto por su amabilidad, cruzaron la estancia, y entraron en el invernadero. Su aire húmedo y cálido estaba cargado de olor a tierra, a plantas y a multitud de flores exóticas.

Había dos grandes sillones cerca de la entrada del salón, cuyas puertas de cristal estaban abiertas. Detrás, las altas palmeras y las enredaderas formaban una espesura densa y verde, como si uno estuviese sentado en el lindero de una selva tropical. Zosine dijo:

—Ahora, Papá, vas a estarte muy quietecito, y te contentarás con mover los ojos para ver cómo me divierto yo.

Antes de dejarles definitivamente, regresó un par de veces, y rodeó el cuello de su padre con los brazos.

«¡Cómo se quieren y se comprenden los dos!», pensó Lucan.

El señor Tabernor le pidió permiso a Lucan para fumar, y encendió un gran cigarro. Se quedó muy quieto, como Zosine le había ordenado, y siguió con leve y afable sonrisa las evoluciones de los que bailaban.

—Es una melodía preciosa —comentó; y le contó a Lucan cómo en sus tiempos jóvenes tocaba el violonchelo y había disfrutado siempre muchísimo con toda clase de música—. Cuando se ha dejado atrás más de la mitad de la vida —dijo—, uno tiene a menudo la impresión de que ha malgastado el tiempo persiguiendo objetivos y ambiciones que carecían de valor real, mientras que ha descuidado cosas hacia las que su naturaleza sentía verdadera inclinación. Conozco el nombre de su padre —añadió tras una breve pausa—. He leído sus libros. Me han ayudado a comprender cómo cada pequeña partícula de la creación confirma su unidad. De niño, viví en las Indias Occidentales, de donde han venido también algunas de las plantas que nos rodean. A menudo siento deseos de volver allí. Durante estos últimos años he pensado muchas veces que la mejor manera de pasar la vejez puede ser muy bien la de los piadosos ermitaños de la antigüedad: bajo la corona de una palmera, con las sombras de los pájaros y de los pequeños monos que juegan en lo alto a nuestros pies, e infiriendo de cada detalle del mundo la verdad universal. Zosine es hija única —dijo al cabo de un rato—; siempre he deseado que hubiese tenido una hermana. Yo tuve tres; la gente las llamaba las gracias de *Tortuga*. Me duele decir que hoy no vive ninguna. Dos encontraron la felicidad en el mundo; la tercera tuvo un triste destino. Pero siempre permanecieron unidas. De mayores, mi padre les regaló tres hermosos juegos de joyas, uno de ópalo, otro de piedra nefrítica o jade, y el tercero de esmeralda. Más tarde, mandaron quitar tres de las piedras más bonitas y engarzar una de cada clase en tres anillos, de manera que las iniciales de las piedras formasen la palabra «*One*»^[1]. Las tres se llevaron sus anillos a la sepultura. Quisiera que fuese usted una hermana así para Zosine. Desgraciadamente, creo que mi hija se parece

demasiado a su padre.

Cayó en un profundo ensimismamiento; pero consiguió salir de él, y encender un nuevo cigarro.

—Le traeré una flor rara —dijo con una sonrisa—, y le pediré que la guarde. Será el testimonio de mi gratitud, por haber sacrificado el baile por un viejo.

Se levantó muy despacio, dio un paso o dos, y se internó entre las palmeras. En ese momento, Zosine bailaba ante ellos en brazos del joven del cabello engomado. Por un segundo. Lucan pensó con desaliento en la posibilidad de que Zosine estuviese enamorada de este joven, y empeñada en casarse con él en contra de los deseos de su padre. En efecto, ésta podría ser la causa de su secreta agitación, y de la tristeza del viejo señor. Antes de que tuviese tiempo de reflexionar sobre tan dolorosa perspectiva, regresó el señor Tabbernor, y volvió a sentarse junto a ella. Entre los dedos de una mano sostenía aún su cigarro encendido, y entre los de la otra, una flor de intensa fragancia y color crema que, sin decir una palabra, tendió a la muchacha.

—La conozco —exclamó Lucan, satisfecha de sus conocimientos—; es una orquídea, la flor de la vainilla. Llega a hacerse árbol en los ambientes húmedos —se la llevó a la cara, y aspiró su dulce perfume—. Las flores —dijo— se reconocen siempre. No se puede confundir un perfume con otro. No pueden fingir ser otra cosa de lo que son.

—No —dijo el señor Tabbernor.

9. Una extraña pareja de baile

Las variadas figuras del cotillón evolucionaban por el salón y, a cada segundo, introducían nuevas y encantadoras sorpresas. Entró un carrito tirado por dos cabras de Angora blancas como la nieve y cargado con ramos de flores; fue asaltado y saqueado, e inmediatamente después, como un torrente elíseo, empezaron a llover del techo cientos de rosas. Durante la siguiente figura, introdujeron en el salón una pequeña pagoda dorada y brillante; y, desde ella, una china minúscula se puso a distribuir exquisitos abanicos y delicadas campanillas plateadas. La gran estancia aleteaba y gorjeaba como una pajarera. Las jóvenes, con los brazos cargados de flores, tenían el rostro encendido de felicidad al verse admiradas y galanteadas, mientras que los galanes más cautivadores se pavoneaban con el pecho cubierto de estrellas y cintas como maduros y dignos generales.

De vez en cuando, el señor Tabbernor dejaba el cigarro en un tiesto para aplaudir alguna figura especialmente graciosa. Zosine consiguió librarse un momento de la cadena de bailarines. Con su vestido blanco ondeando a su alrededor, corrió al invernadero, prendió un ramillete de flores en la solapa de su padre, y regresó. Una multitud de jóvenes preciosas, siguió su ejemplo y cuando se incorporaron flotando al baile otra vez, el viejo señor les envió un beso con los dedos, pero no pronunció una sola palabra. La misma Lucan tenía una rica colección de flores en el regazo, aunque hubiera querido salir a bailar. Pensó: «¡Dios mío! ¡Ojalá pueda permanecer en esta casa algún tiempo más; un mes, o una semana! ¡Ojalá dure este sueño un poco más!»

El señor Tabbernor se aclaró la garganta un par de veces, apartó ligeramente el cigarro de su pechera, y dijo:

—Mire: Zosine está bailando. Y todos esos jóvenes caballeros que bailan a su alrededor la admiran o la adoran. Unos *porque* es una joven rica y heredera; otros, *aunque* es heredera e hija de un millonario. Puede que haya también entre sus galanes algún joven idealista que la adore *a pesar de* que sea la futura dueña de tantos millones. Pero en el pensamiento de todos ellos es, inevitablemente, en uno u otro sentido, la heredera, el ave dorada; en pocas palabras, el buen partido, ¡el botín! Como usted sabe, en los museos hay retratos de santas pintados sobre fondo dorado. La santa seguirá siendo evidentemente la misma, aun cuando le quitemos el fondo. Pero si lo hacemos, el carácter del cuadro habrá cambiado por completo. Lo mismo le ocurriría a nuestra maravillosa Zosine, a los ojos del mundo y de sus adoradores, si desapareciese de repente el fondo dorado de su posición sobre el que ahora la

observan.

—No, eso es imposible —dijo Lucan.

—Sí, créame; yo conozco el mundo —dijo el señor Tabbernor—. Pero ¿puede culparse a estos jóvenes petimetres de semejante estado de cosas? No; no se puede. El amor a las cosas bellas es el instinto que ha hecho avanzar a la humanidad de la barbarie a la civilización. Nuestra existencia entera se basa en ese instinto. Nos lo imprimen en nuestras mentes infantiles durante la etapa del colegio. A veces creo que un poco desconsideradamente; luego, continúan predicando escrupulosamente lo mismo en las universidades. Sin él, no se puede ser persona civilizada... de modo que dudo que se pueda ser persona civilizada sin contraer una deuda con él. Han tenido que pasar siglos (mil ochocientos cuarenta años, ¿no?) para que llegáramos a un punto en que sabemos verdaderamente por instinto que el amor sin encajes no es sino una aventura mediocre. La industria del encaje, que (como estoy seguro de que sabe usted, mi querida señorita) emplea a miles, más, a cientos de miles de personas, se apoya en este refinado y civilizado punto de vista. Bien, hemos llegado hasta aquí, hemos alcanzado esta convicción; ¿y cuál es la consecuencia para un hombre galante, para un auténtico caballero? Respuesta: que no expondrá bajo ningún concepto a la mujer que idolatra al riesgo de ofrecerle un amor que, sin encajes, no sea digno de ella. No es en absoluto una falta de respeto por la mujer lo que le obliga a hacer eso. Muy al contrario, es nuestra inquebrantable veneración a la mujer en general y, en particular, a la joven que casualmente adoramos. Todo —prosiguió el señor Tabbernor—, todo aquello por lo que los seres humanos, desde la bárbara Edad de Piedra (de la que no hace falta que hablemos aquí, puesto que los dos la conocemos bien) han trabajado y se han esforzado, se ha hecho en realidad para rodear a la mujer de un medio apropiado, acorde con ella, y que sea digno de ella también. Aún no hemos alcanzado, ni mucho menos, nuestro objetivo. Pasarán probablemente otros mil ochocientos cuarenta años, antes de que podamos dar a la mujer, joya de nuestra existencia, el engaste que se merece. Pues el mundo entero se encuentra todavía en estado embrionario, y como es evidente la mayor parte de lo que se ha realizado ha sido por vía de experimento. Pero la Providencia, con toda consideración, nos ha dado a la vez una meta y una norma en el divino sexo. Cualquier joven como Zosine o como usted se halla, en realidad, quinientos años por delante del torpe y salvaje macho. Somos conscientes de esta realidad; nos complace luchar porque este tosco mundo de hoy se ponga a la altura de ustedes, y armonice con sus encantos. Pero, en caso de que la empresa resulte imposible, ¿qué le quedará al avergonzado bárbaro? Nada, sino quitarse el sombrero y declarar: «Gracias por el ideal con que han favorecido ustedes mi esfera de comprensión. La baja y vulgar realidad que hay aquí, en el interior de mi lamentable persona, se despide de él, y de usted. Nadie puede lamentarlo más que yo.»

Lucan estaba sorprendida de oír hablar al viejo señor en estos términos. Incluso su voz parecía haber cambiado. No supo qué contestar, y durante un rato permaneció

en silencio. Esto pareció desconcertar en cierto modo a su compañero. Al cabo de un rato, se aclaró la garganta otra vez, y dijo:

—A decir verdad, no debería hablar de la mujer, el amor o los encajes. No es mi especialidad. Como usted sabe, soy hombre de negocios, y es de negocios de lo que entiendo. Del dinero, de los activos, los pasivos, el interés acumulado, y demás. Ésa es mi ocupación. Sólo de vez en cuando, en un momento libre y feliz, me atrevo a ocuparme de la belleza de la vida. Podría sentirme tentado de hablarle de mi última gran especulación. Estoy seguro de que le produciría mareo. El mundo de los negocios, que es mi verdadero elemento, está lleno de tremendos problemas, desencantos y quimeras. Imagine, por ejemplo, mi encantadora señorita, que un comerciante añade a un barril de vino el diez por ciento de agua. Si tuviera que añadir nueve galones más de agua, la mezcla contendría tanta agua como vino. ¿Cuántos galones de vino tenía, pues, al principio?

Por un momento, Lucan consideró la posibilidad de que el viejo señor se hubiera tomado a toda prisa una copa de algo fuerte detrás de las palmeras mientras le cogía la flor. Pero parecía completamente sereno y, desde luego, muy satisfecho de su largo discurso; y prosiguió alegremente:

—Si le contase la historia de mi niñez y mi juventud, al tiempo que me admiraría por lo que he logrado en la vida, me tendría lástima por los esfuerzos tan agotadores que me han costado estos resultados. El hombre sería efectivamente más feliz, si el dinero no fuese una necesidad tan indispensable y si, como algunos filósofos parece que han proclamado, pudiese de veras vivir en idílico contento sin él.

Como antes, Lucan pensó que no había nada que contestar, y su silencio esta vez hizo que el señor Tabbernor se sintiese sumamente incómodo. Tras una breve pausa, le preguntó a Lucan:

—¿De qué estábamos hablando antes de ir yo a cogerle la flor?

—Hablábamos de sus hermanas —contestó Lucan.

—¿De mis hermanas? —exclamó el señor Tabbernor—. ¡No, imposible! Pero calle, por Dios, tiene razón; hablábamos de mis hermanas. Una de ellas era digna de verdadera lástima... ¡coincidiría conmigo, si conociese a su hijo! ¿No hablábamos de él, quizá?

Aquí concluyó el cotillón, cesó la música, y las parejas se dispersaron por todas partes.

Zosine entró rápidamente en el invernadero, todavía sin aliento de tanto bailar.

—Vamos, Papá, cariño —dijo—, llevas ya sentado aquí bastante, observándonos a todos como un ídolo amable. Te doy permiso para que vayas a acostarte. Pero antes de dejarnos, te regalaré la última flor del cotillón, para demostrarte que eres todo un caballero seductor.

El señor Tabbernor se levantó de su sillón, tan despacio y con tanta dificultad, que Lucan se confirmó en la creencia de que había bebido algo. Apoyándose en el brazo de su hija, cruzó el largo salón lentamente y con una dignidad casi exagerada. Se

detuvo un par de veces para intercambiar unas palabras con sus invitados. Al final del salón cruzó ante el joven al que Lucan había visto con poco agrado bailar con Zosine. Se detuvo delante de él, y sonriendo, le cogió por la solapa.

—Espero —dijo con manifiesta amabilidad y simpatía— que haya tenido una noche agradable. Soy viejo. Tengo que dejarles. Pero en la cama, ahí, justamente encima de su cabeza, me seguirán llegando al oído las dulces melodías y los vales. Con el pensamiento, estaré cerca de toda esta juventud y, le doy mi palabra, de usted en particular.

Su viejo criado le esperaba en el umbral, así que dejó el brazo de Zosine para apoyarse en el de John. Desde el salón, aún fue posible seguir su pesada figura mientras, muy lentamente, paso a paso, subía por la ancha escalera.

Zosine le miró unos segundos; luego, con los ojos brillantes, se volvió hacia la multitud del salón.

10. Conversación al amanecer

Las velas de las arañas casi se habían consumido. Más allá de las ventanas, la madrugada de mayo hacía que los farolillos pareciesen frutos extraños y relucientes en los árboles, y la yerba estaba mojada de rocío matinal. Los invitados se estaban despidiendo. En contra de la costumbre de la casa, ninguno de ellos se iba a quedar en *Tortuga*. Papá, les informó Zosine, le había pedido que empezara su primer año de mayoría de edad con él a solas. Hizo una reverencia a las nobles señoras, abrazó a todas las jóvenes, y dio a besar su mano unas cincuenta veces a los apuestos caballeros. El último en abandonar la casa fue el joven dandy del cabello engomado. Se fueron yendo coche tras coche, y el gran salón de baile quedó vacío.

—¡Ahora, todo ha terminado! —exclamó Zosine, y aspiró profundamente—. ¡Gracias a Dios! Ven conmigo ahora, de prisa —cogió a Lucan de la mano, y la arrastró consigo escaleras arriba. Se detuvo un momento en el amplio rellano. Se había puesto muy pálida. Después, abrió la puerta que tenían delante.

La gran habitación en la que entraron, igual que la enorme cama de cuatro columnas que había en el centro, estaba tapizada de brocado carmesí. Junto a la cama, como asistentes a un velatorio, estaban de pie el viejo John y la negra Olympia. El anciano tenía el rostro blanco. La negra estaba absolutamente callada; aunque antes sus brazos habían colgado flaccidos, ahora los tenía cruzados sobre su enorme pecho. Su rostro estaba bañado en lágrimas, pero al mismo tiempo radiante de un triunfo secreto y misterioso. En el lecho, yacía el señor Tabbemor, con la colcha hasta la barbilla, de forma que sus largas y blancas patillas descansaban en ella. Jadeó dificultosamente un par de veces; pero al volver la cabeza y descubrir a su hija, saltó de la cama con asombrosa destreza, jadeó otra vez, y exclamó:

—¡Por fin!

Zosine no miró a su padre, sino a John. El viejo asintió solemnemente con la cabeza.

—Todo ha ido bien, señorita —dijo con voz temblorosa—. El señor ha salido de la casa sin que se enterase absolutamente nadie. Ahora está en camino; y con los relevos que ha dispuesto a lo largo de todo el trayecto, se encontrará a bordo del barco antes de mediodía.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Zosine otra vez, alzando los brazos.

El señor Tabbemor se acercó lentamente al gran espejo, se quitó la chaqueta negra, y se sacó del pecho y del vientre un par de abultados cojines que dejó caer en

el suelo. Se manoseó precavidamente la cara, hizo una mueca, luego desprendió sus hermosas y onduladas patillas, y las dejó caer lo mismo que los cojines. Por último, se quitó toda la tersa y reluciente coronilla con delicados y venerables mechones blancos, y se volvió directamente hacia las muchachas. En menos de un minuto se había transformado en un joven gallardo y rubicundo de piernas largas.

—Cariño —le dijo a Zosine—, cuando pienses en mí en el futuro, ¿querrás recordar que por tío Theodore, he aguantado toda una noche debajo de la colcha? Ahora me doy verdadera cuenta del aspecto que tendré dentro de treinta años, y de lo que sentiré entonces al tener el rostro de la chica a la que abrazo a más de tres pies de distancia.

Zosine rodeó el cuello del joven con sus brazos y le besó.

—Toda mi vida te consideraré mi mejor amigo en el mundo, Ambrose —exclamó—. Y de ahora en adelante, jamás discutiré con Papá cuando diga que vales más de lo que pareces.

Se volvió hacia la petrificada Lucan, y le sonrió débilmente.

—Mi pobre e inocente palomita —dijo—. No sabes nada, y estarás pensando que nos hemos vuelto locos Ambrose y yo. Ven a sentarte conmigo. Estoy tan cansada que las piernas no me sostienen ya. Pero te lo contaré todo.

»A Papá le ha sobrevenido una terrible desgracia —dijo, y otra vez aspiró profundamente—. Le ha salido mal una de sus grandes especulaciones. Ha perdido todo lo que poseía en este mundo. Y por si fuera poco —exclamó—, unos malvados, envidiosos de Papá, han intentado acusarle de estafador y de tramposo. ¡Querían encarcelar a mi Papá! —le temblaban los labios; tuvo que esperar un minuto, antes de poder seguir.

»Comprenderás —dijo— que eso no podía ser. Papá no tiene el corazón fuerte. Podría morir en la cárcel, incluso antes de que se llegase a aclarar ese horrible malentendido. Hemos tenido que alejarle, enviarle a las Indias Occidentales, donde esos malvados no pueden cogerle, y desde donde lo va a explicar todo. “Dadme seis meses” dijo Papá “entonces habrá terminado la cosecha de tabaco en Cuba, y volveré a ser un hombre rico; sí, más rico de lo que he sido hasta ahora”. Entonces, desde luego, lo lamentarán sus enemigos.

»Sí, Papá ha tenido que huir como tú; y de un peligro más monstruoso. Nos habían informado que la policía vendría a llevárselo de *Tortuga*. Sólo gracias a que Papá tiene muy buena reputación y muchos amigos, y a que ha dado más dinero para obras de caridad que nadie en Inglaterra, ha conseguido que accedieran a esperar a que terminase mi baile de cumpleaños. ¡Pero le han tenido vigilado incluso aquí, en su propia casa! La policía tenía un agente secreto en el baile. ¡Oh, se merece que le haya burlado, ese estúpido y engomado *braggadocio*! No sabían que John, Olympia, Ambrose y yo podíamos tener un poco de imaginación a la hora de salvar a Papá... No sabían tampoco que en el fondo del invernadero hay una ventana a la que se puede adosar una escala. Cuando Papá dio la vuelta a una palmera para traerte la flor,

salió por esa abertura con ayuda de John, y bajó por la escala. ¡Imagínate, mi pobre Papá, con lo gordo que está, bajando por una escala!

»Ambrose estaba oculto en el invernadero desde por la mañana temprano, vestido como le has visto allí. Fue Ambrose quien, en el momento en que desapareció Papá, regresó y se sentó contigo. Mientras el agente viera a Papá sentado en su sillón y con su cigarro, la policía se sentiría segura de que lo tenía custodiado. El momento crítico fue cuando tuvo que cruzar el baile. Pero entonces toda la gente estaba un poco mareada, después de la última figura del cotillón. Y Ambrose, como ves, se parece muchísimo a Papá, y ha desempeñado muy bien su papel. ¿Lo hizo bien también cuando hablaba contigo en el invernadero?

Llena de asombro, Lucan trató de recordar la conversación del invernadero.

—No —exclamó—, no; le noté tan cambiado que casi pensé que se había emborrachado.

—La verdad —exclamó Zosine— es que había pedido que le llevaran un par de botellas de champán. Pero Ambrose siempre tiene más sensatez cuando ha bebido algo.

Se levantó del sofá, fue a la ventana, y se asomó.

—Así es como se ha ido —dijo—. Ahora corre hacia allá lo más de prisa que pueden llevarle los caballos. Va completamente tranquilo y confiado, y piensa en mí. Sí, Papá: piensa en mí. Yo haré lo que sea por ti.

Se volvió otra vez hacia los demás.

—Nadie, nadie en el mundo —exclamó con apasionamiento—, sabe lo que he pasado, lo que he soportado estos días y estas noches. Es terrible tener que engañar a los que te rodean. Pero, al mismo tiempo, tiene algo de fascinante poder ejercer todas tus facultades. Es un juego fatal, perverso, creo. Sin embargo, es un juego; tienes la impresión de que podrías seguir jugándolo eternamente. Pero ahora estoy más cansada de lo que creía posible. ¡Cuando ha pasado el peligro, uno se sienta para morir! Soy dichosa; pero me he quedado sin fuerzas, y he cambiado. Creo que he envejecido.

—Probablemente, dices lo que piensas —dijo Ambrose—; y eso es todo lo que uno espera de una dama. Pero dudo que sepas lo que estás diciendo. ¿Te das cuenta de que mañana las autoridades judiciales embargarán la casa con todo su contenido? No te queda nada ya en el mundo, mi pobre prima.

—¡Bueno! —exclamó Zosine—, ¿qué importa eso, si Papá está a salvo?

—Conozco algo a los acreedores —dijo Ambrose pensativo—. No es un círculo en el que me gustaría moverme, si pudiese evitarlo. Pero en tu caso —añadió—, probablemente te dejarán conservar tus vestidos y tus joyas; y si les dices que los muebles de tu habitación te pertenecen también, puede que no se los lleven. Algo es algo.

—¿Y tú crees —exclamó Zosine— que voy a conservar nada de todo eso? Cuando Papá era rico, lo que él tenía era mío. Ahora, pueden quedarse con todo lo

que tengo. Andaré descalza, venderé flores por las calles, antes que aceptar nada de gentes que desconfían de Papá.

—Bueno, no tendrás que ir descalza —dijo Ambrose—. Confío en tía Arabella. *Amor vincit omnia*. Es latín; lo aprendí en el colegio. No puede fallarnos ahora. Ha adorado a tío Theodore toda su vida, y es una de las solteras más ricas de Inglaterra. Todo el mundo sabe que con el tiempo heredarás cuanto posee. Ahora, estoy seguro de que se alegrará de adelantarte una parte de la herencia, a fin de que podáis sentaros las dos cogidas de la mano, a charlar de tío Theodore.

»En cuanto a mí —prosiguió Ambrose tras una pausa, mientras seguía quitándose cuidadosamente el maquillaje con un pañuelo, como había estado haciendo durante toda la conversación—, el panorama se presenta algo más sombrío. Hasta esta madrugada he sido el frívolo pero encantador Ambrose Leppinghall, que iba a ser socio y, en cierto modo, heredero de su millonario tío. Pero cuando mañana me pasee por Piccadilly o me presente en mi club, no seré más que el pobre e inútil Ambrose Leppinghall que, bien lo sabe Dios, sólo sirve de lección a los jóvenes frívolos de la ciudad. Bueno —terminó, con una sonrisa forzada—, tío Theodore siempre me ha dicho que soy jugador por naturaleza. Si es así, tendré que seguir este juego. Tío Theodore es jugador también. Puede que en este momento se esté divirtiendo con el suyo.

Lucan había estado escuchando la conversación con alarma y angustia por su amiga. Ella misma había perdido a su padre y estaba sola. Pero en su desventura no se habían mezclado la vergüenza, la duda, ni la zozobra respecto del ser querido que había perdido; tales cosas, le parecía a ella ahora, eran sin duda un peso mucho más agobiante. Se levantó, presa de una intensa emoción, y rodeó a Zosine con el brazo.

—Zosine —exclamó—, tu padre me dijo anoche que fuese tu hermana. Estoy acostumbrada a ser pobre. Estoy acostumbrada a estar sola. Tú me has acogido como amiga, cuando me sentía desamparada y asustada. Deja ahora que me quede a tu lado y trate de ayudarte.

11. Epitafio del señor Tabbernor

Aún después de salir el sol, y dar a los vestidos de gala de las dos jóvenes y al traje desordenado de Ambrose un aspecto irreal, como si fuesen disfraces de máscaras, los reunidos allí seguían hablando del hombre que se había ido.

—El señor Tabbernor —dijo el viejo John solemnemente— ha sido un amo como no veré otro en la vida. Las gentes aburguesadas no saben qué nos satisface y qué no, a su servicio. A menudo creen que preferimos servir a un señor respetable, razonable y dócil, del que se sabe qué se puede esperar. Hacen lo posible por mostrarse razonables y dóciles con nosotros. Pero como comprenderán, señorita Zosine y amo Ambrose, respetables, razonables y dóciles sabemos serlo nosotros; y no exagero si les digo con toda franqueza que yo lo soy. Y que entre gentes de la misma clase, el uno debe mandar y el otro obedecer. Eso no tiene sentido, y es indigno de seres humanos.

»En cambio, nadie podía decir qué iba a hacer el señor Tabbernor de un día para otro. En ese sentido, no me dejaba vivir. Por eso mismo era magnífico y extraordinario servirle; como lo es servir al Todopoderoso. De repente se le ocurría regalarle a uno un reloj de oro y diamantes. Sabe Dios qué podía hacer uno con él. Pero a veces, cuando ibas y le pedías el sueldo, se negaba a pagar sin saber él mismo por qué, que Dios le bendiga. Cuando las cosas le iban bien, se impacientaba, como si le corriese prisa deshacerse del dinero que estaba ganando. Pero en los tiempos difíciles, cuando había millones en peligro (yo he conocido esos momentos antes de ahora), y cuando todos los demás temblaban de miedo y de alarma, el señor Tabbernor sonreía y ronroneaba como un enorme gato. Y en la adversidad, mostraba al mundo un rostro radiante. Yo estaba ya en la casa cuando falleció nuestra querida ama. Yo también he perdido a mi esposa, señorita Zosine. No lloré ni gemí. Creo que afronté mi desgracia, como suele decirse, como un hombre. Pero no fui capaz de poner cara risueña.

»Así que, después de haber estado con el señor Tabbernor toda mi vida, ¿cómo voy a entrar al servicio de un señor que en realidad no es muy distinto de mí, si hacemos la salvedad de que tiene una casa más grande, una vajilla más bonita, y unas ropas y un carruaje más elegantes? He hecho bien en ir ahorrando un poco de dinero aquí. La casa del señor Tabbernor me ha permitido hacerlo. De todos modos, si quiere tomarme a su servicio, señor Ambrose, me encantaría quedarme con usted.

—Por ahora no es posible, John —dijo Ambrose.

John suspiró profundamente, y se retiró hasta la pared.

Al quedarse callado, la negra Olympia dio un paso. Recorrió lentamente con la mirada toda la habitación, se golpeó el pecho con el puño, y alzó la voz:

—Yo también les quiero hablar de mi amo —dijo—, ahora que se ha ido. Todo lo que John ha dicho no son más que alabanzas de hombre blanco, sopa desustanciada. Pero yo soy una mujer salvaje. Hace muchos años que ando por las calles y las carreteras de ustedes, y sigue sin gustarme entretenerme en ellas; es como si caminase sobre una cuerda. Ahora lloraré y gemiré, igual que si estuviese en las selvas vírgenes de mi tierra natal. Mi amo, que ha sido también mi hijo, ha cruzado el mar, y no me ha llevado consigo, aunque me habría hecho mucho bien si me hubiese devuelto a Santo Domingo, donde fui su nodriza. Si no lo hubiese sido, entonces me habría muerto de pena. Ahora puede que muera de pena aquí.

»Cuando yo tenía catorce años, señorita Zosine y amo Ambrose —prosiguió Olympia, aspirando profundamente—, era bonita como una flor. Pertenecía a una gran familia con una casa inmensa: la casa del abuelo del padre de usted. Era doncella de las hijas de la casa. Yo las vestía para sus bailes y fiestas de gala, y ellas me vestían a mí. Cuando les empolvaba sus cabellos largos y sedosos, ellas en broma me empolvaban también mi cabello rizado. Me adornaban con sus corsés de satén, y... ¿lo creerán ustedes?, yo tenía el talle más esbelto que ellas. Cuando el hijo mayor de la casa cumplió dieciocho años, el amo me entregó a él. Era costumbre en las grandes familias, cuando los hijos no eran bastante mayores para casarse con una mujer blanca de otra gran familia, darles una muchacha negra bonita y decente en la que complacerse. Las hermanas no sabían nada. Las jóvenes señoritas, unos ángeles, no sabían nada de esas cosas. Pero al darse cuenta del cariño que me tenía, se reían de su hermano, y me llamaron la Venus de Ambrose; pues se llamaba Ambrose como usted, y Venus significa dulce amiga. Pero a mi viejo amo le preocupó eso. Como el señor Ambrose me quería mucho, dispuso que su hijo hiciese un viaje largo; y en su ausencia me casó con un negro muy respetable cuyo nombre no recuerdo ya.

»Ahora, hay algo sobre nuestra isla de Santo Domingo que ustedes no saben. Allí, en los bosques, tenemos nuestras propias costumbres. Tenemos una gran serpiente, magia y cosas totalmente incomprensibles para ustedes. Celebrábamos reuniones en el bosque, cantábamos, bailábamos y sacrificábamos cabritos a la gran serpiente. Y al que conoce a la serpiente y sabe sus deseos, y a quien todos debemos obedecer cuando manda alguna cosa, le llamamos *Papa le Roi*. Es el gran sacerdote de nuestra isla, de la misma manera que aquí en Inglaterra lo es el arzobispo, que Dios le bendiga. Mi abuelo fue *Papa le Roi* hasta que murió. Era un hombre grande, gordo y guapo. Pero al morir él, y no haber ningún sacerdote, las danzas en el bosque dejaron de ser lo que habían sido; dejaron de alimentar a la gran serpiente; no hubo ya gran magia allí.

»Y entonces —prosiguió Olympia, mirando pensativa ante sí, y cada vez más ensimismada—, llegó un hombre espantoso a Santo Domingo. Había sido negrero, y

era muy rico. Pero se limitó a construir una casita para sí, lejos del resto de la población. No se trataba con ninguna de las grandes familias del lugar, y enterraba todo su dinero en la arena. Era un hombre horrible. Era blanco, desde luego; pero tenía el aspecto gris; su cara era gris, lo mismo que sus manos. Era ya demasiado viejo para seguir con el tráfico de esclavos, y no se había atrevido a regresar al lugar de Inglaterra de donde procedía, después de las cosas que había hecho.

»¡Sí, era un hombre horrible! Andaba detrás de la carne humana como los leopardos de África por la noche. Unos decían que una vez, en un viaje, había naufragado su barco, y que él se había salvado en un bote junto con otro blanco y un esclavo negro; y que cuando estaban a punto de morir de hambre, los dos blancos mataron al negro y comieron de su carne; después, echaron a suertes quién moriría a continuación, ganó el viejo éste, y se comió a su amigo antes de ser recogido por un barco. Aquello le aficionó a la carne humana, y se le hacía la boca agua cuando pensaba en ella. Otros decían que había aprendido a comerla en África, con nuestras viejas tribus. Pero, ¿está bien que un blanco coma carne humana? Había también quien decía que había vendido su alma a ese Diablo, del que hablan los blancos y del que se cuentan cosas en la Biblia. Pero de eso yo no sé nada. Y nos dijo: “He estado en África, en los mismos lugares en que vivieron vuestros padres. He conocido a vuestra tribu, tal como era antes de que los amables blancos la ayudasen a llegar a América. He aprendido vuestra antigua magia, y he visto allí serpientes más grandes que las que han visto jamás vuestros ojos. Ahora soy yo *Papa le Roi*.”

»Fue algo muy malo, muy desagradable, hijos míos —dijo Olympia—; la gente negra hacía magia en la oscuridad de la noche; así era como debía ser. Pero, ¿qué tenía que hacer allí un hombre blanco? Aquel viejo no podía cantar; sólo podía hablar en voz baja, porque tenía una voz débil y ronca. Sin embargo, era un hombre que tenía gran poder. Pronto fue imposible vivir sin él, y gentes que nunca habían ido antes al bosque, acudían ahora de todas partes de la isla. ¡Oh, qué grande fue nuestra alegría entonces! Gritábamos, chillábamos de contento. Caíamos en éxtasis de gozo y de dicha.

»Y un día dijo el hombre gris: “La serpiente quiere que sacrifiquemos un cabrito sin cuernos.” Y poco después desapareció un niño, y luego otro. ¡Ah! Pero estos niños pertenecían siempre a los negros de la plantación; nunca a las casas.

»Por aquel entonces tuve yo un niño —prosiguió la vieja negra—. Pero no me ocupé mucho de él; porque yo quería tener un niño blanco, hijo de amo Ambrose. Mi viejo amo y su esposa mandaron bautizar al niño; y el negro con el que me había casado, y cuyo nombre he olvidado, dijo: “Ahora tenemos un hijo acristianado. Será mejor que no acudamos a las danzas de la noche.” Pero eso, hijos míos, no le gustó a nuestro *Papa le Roi*, pues quería que fuese yo, porque cantaba y bailaba mejor que las otras mujeres. Además, no quería soltar a nadie, sino que pretendía tener a toda la gente en su puño. Y este hombrecito gris, que nunca fue invitado a una casa decente, y que no tenía coche ni caballos, sino que andaba por los caminos como un negro,

pasó por delante de mí, levantando el polvo detrás como si fuese verdaderamente el demonio arrastrando su larga cola. Y al pasar me susurró con su voz áspera: “Ella está esperando. ¿Va a ser en vano?” Y prosiguió su camino hacia el bosque.

»Cuando la señorita Eulalia, mi quinta señora, iba a casarse, naturalmente, tuvimos una fiesta preciosa en la casa. Hubo veinte platos en la cena, y una orquesta de cincuenta violines y tambores en el baile. Amo Ambrose había vuelto ya con la joven señorita con la que ahora estaba prometido en matrimonio. Y por la noche, mientras la música tocaba dulcemente, me dijo: “Ven, Olympia, negrita querida; ven conmigo esta noche por última vez.” ¡Ay, fue más de lo que yo podía resistir, el que mirase y tocase de aquella manera! El negro con el que estaba casada yacía borracho en el jardín. Pasamos esa noche dichosos como dos ángeles en el cielo, señorita Zosine y amo Ambrose. Me dijo: “Jamás olvidaré tus besos, Olympia.”

»Pero de madrugada —exclamó Olympia con voz espantosa—, cuando volví a mi casa, el niño no estaba.

»Entonces recordé que era mi hijito, que había nacido de mi cuerpo, y me pareció más precioso porque era negro. Entonces resonaron en mis oídos las palabras que había dicho el viejo sacerdote blanco sobre el cabrito sin cuernos. Lloré y gemí, en aquella hora del amanecer, con tanta fuerza que todos los hombres y mujeres de color de la casa acudieron y me rodearon. Lloraron y gimieron conmigo; pero dijeron: “No hables de esto, o el amo y su esposa querrán saber qué ha sido de los otros niños que desaparecieron, y descubrirán que nosotros lo sabíamos.” Yo pensé también en lo que la joven señorita de amo Ambrose le diría, si se llegaba a enterar de que había pasado conmigo toda la noche. Entonces decidí decir que mi hijito había muerto, y que ya lo habían enterrado; y todos los demás dirían que habían asistido al entierro.

»Sin embargo, no podía dejar de llorar —siguió contando Olympia con voz débil—. Oía mis propios lamentos, y pensaba: “Debo seguir llorando así, hasta que consiga que muera el *Papa le Roí* gris.” Bajó la familia, y dijo: “Olympia ha perdido el juicio.” Bajaron los recién casados soñolientos. Y dijo la esposa: “Nadie puede resistir tus alaridos, Olympia.” Sin embargo, aquella dulce paloma lloró conmigo. Pero la señorita Clara, que se había casado el año anterior, declaró: “Es su leche que le molesta. La tomaré como nodriza para mi hijo. Así tendrá otra cosa en que pensar.” La esposa del amo dijo: “No; no mientras siga gritando de esa forma. Puede pasarle a la leche.” Pero la señorita Clara fue siempre como su hijo, el papá de usted, Zosine. Y contestó: “Eso son tonterías, Mamá.” Yo grité: “No seré nodriza de un niño blanco. Veo la cabeza de un demonio en mi pecho. Veo la cabeza de una serpiente enorme que me chupa la leche.” Pero ellas insistieron, y me pusieron al niño en los brazos.

»¡Ay, Zosine! —exclamó Olympia—; su Papá fue un gran hombre con más poder incluso que el demonio aquel de los bosques. Tenía tanta fuerza en su boquita que me extrajo la furia y la desesperación del corazón como se extrae el veneno de la carne del que ha sido mordido por una serpiente. Me extrajo el miedo. Me extrajo mis grandes pecados. Los había pagado ya; entonces volví a ser una mujer buena otra vez.

Cuando estaba atiborrado de leche y se quedaba dormido, entonces podía dormir yo. ¿Recuerdan todos ustedes cómo era capaz de sonreírle a una persona? Pues de esa manera me sonrió primero a mí. Me conocía, me miraba a los ojos igual que me miró ayer al decirme adiós. Ningún otro ser humano en el mundo podía haberme ayudado; pero él no era como los demás seres humanos. Cuando llegó la hora en que pudo hablar, dijo: “Olympia, mi pan de azúcar moreno.” ¿No debo proclamar ahora sus alabanzas ante todo el mundo? ¿No deberían comprender los tribunales y todos sus acreedores que deben dejarle marchar, por su nodriza?

Olympia aspiró otra vez profundamente, y miró en torno suyo con gesto grave y orgulloso, como desafiando a unos enemigos invisibles.

—¿No debía yo alejarles de él —dijo lentamente—, si podía, mientras me quedase vida? —metió la mano en un hondo bolsillo de su falda fruncida, y sacó una pistola vieja y pesada—. No se habrían atrevido a acercarse a él —declaró—, mientras la Olympia de mi amo se hubiese mantenido sobre sus dos piernas —con su mano libre se levantó un poco la falda como para mostrar a su auditorio lo sólidas que eran estas dos piernas todavía; y señalando el suelo con la boca del arma, trazó un círculo en torno suyo, hizo un gesto afirmativo a Zosine y a Ambrose, y se guardó nuevamente la pistola—. De todas maneras —dijo—, teníamos que habernos ido juntos, amo Theodore y yo.

Se quedó callada, cruzó los brazos sobre el pecho, y apoyó la cara en ellos.

Zosine había escuchado a medias su relato. Lucan estaba demasiado perpleja para decir nada. Ambrose preguntó:

—¿Y no sabes lo que fue de ese demonio de sacerdote?

—Sí —dijo Olympia, y alzó los ojos pensativamente—. Sí lo sé. Una mañana apareció colgado de una soga, en su casa.

12. Sobre las ruinas

Lucan había dicho que estaba acostumbrada a ser pobre, y que creía que Zosine podría beneficiarse de sus dolorosas experiencias. Pero ya el primer día se dio cuenta de que la catástrofe que tenían que afrontar era totalmente distinta de la clase de desgracia con la que ella estaba familiarizada. Pensaba, o intuía vagamente, que hasta ahora había sido como un pajarillo en invierno, construyendo el humilde nido que debía dar cobijo a su padre y a su hermano. Pero aquí se encontraba en medio de un edificio que acababa de derrumbar un terremoto. A cada momento se desprendían nuevos montones de piedras y vigas sobre ella, de manera que se sentía vencida y desalentada, y su impulso era echar a correr.

Zosine hablaba poco y dejaba todas las decisiones a su amiga. De esta forma recayó en Lucan, que sólo llevaba veinticuatro horas en la casa, la misión de disponer la vida diaria y dar órdenes a la numerosa servidumbre. Había llegado como una extraña y una fugitiva a un palacio radiante. Al día siguiente era, por así decir, dueña de ese palacio. Pero entretanto, el palacio parecía hundirse y desvanecerse a su alrededor.

No se atrevió a dejar que Zosine viese las cartas que habían llegado para el señor Tabbernor, recibió personalmente a los desconocidos funcionarios que al parecer venían a tomar posesión de la casa, y procuró mantenerles alejados de su amiga.

Lucan había llevado las cuentas de su padre y, modestamente, conocía un poco el trabajo. Zosine hablaba de las especulaciones de su padre como habría hablado del tiempo; y la verdad es que sabía muy poco sobre el particular.

Pero por sus explicaciones, y por lo que oía a su alrededor, Lucan dedujo que el Papá de Zosine se había embarcado en una gigantesca y exorbitante especulación. Al parecer, tenía relación con el tabaco de Cuba, donde el señor Tabbernor había calculado dominar el comercio entero de ciertas clases; pero no había emprendido este negocio en su propio nombre, y en Inglaterra no se sabía nada del asunto. Había sufrido grandes infortunios, incendios y naufragios. Había gastado su capital disponible, había hipotecado sus títulos y propiedades, incluso *Tortuga* con todo lo que contenía. Y cuando sus acreedores amenazaron con tomar posesión, echó mano de varios depósitos, Lucan no sabía si legalmente o no, confiando o esperando que sus especulaciones le aportasen dinero otra vez. Al huir se había llevado todos sus papeles.

A Lucan le asombraba que personas que tenían cuanto se puede desear en este

mundo lo arriesgasen todo para ganar más. Pero ni siquiera en su interior le hacía el menor reproche al padre de Zosine; y con sus preocupaciones diarias tenía bastante en que pensar.

Al día siguiente de la huida del señor Tabbernor, las autoridades judiciales se presentaron en *Tortuga* y precintaron o intervinieron cuanto había de valor en la casa. Lucan estaba asombrada y casi estupefacta ante la suntuosa vajilla, la preciosa porcelana, las colecciones y tesoros extraordinarios que fueron sacados y evaluados. Las mismas cifras le parecían fantásticas e incomprensibles, hasta que se habituó en cierto modo a ellas, casi como el discípulo de un astrónomo que, al copiar sus investigaciones, llega a familiarizarse con las cifras inacabables de las distancias del universo. «¿Se puede vivir verdaderamente con este tren?», pensó. Y suspiró al ver la vanidad de los hermosos sueños y de toda la gloria mundana.

Incluso los secos y pedantes funcionarios del juzgado, habituados a ver ruinas a su alrededor, sintieron compasión por las dos jóvenes abandonadas en la enorme casa. Zosine obtuvo permiso para permanecer en sus habitaciones y llevarse lo que quisiera de sus pertenencias. Podía haber conseguido muchísimo más, de no haberse negado tercamente desde el principio a aceptar nada que pudiera considerarse un favor. Parecía decidida a compartir en lo posible la situación de su padre. Su viejo abogado, que trató de afrontar la situación con ella, tropezó con una oposición infantil, apasionada, casi hostil. Lo único que la hija del nabab consintió en conservar fue la ropa que le había regalado a Lucan la noche del baile. Por su parte, Lucan pidió consejo al anciano señor, y cogió aquellos vestidos y artículos que consideró más útiles para su amiga.

Los días siguientes, de la mañana a la noche, estuvieron ocupados por las visitas de los familiares del señor Tabbernor, que llegaban con gran precipitación y alarma a *Tortuga*.

Pesados y pomposos carruajes se detenían en la puerta, como en la noche del baile. De ellos descendían graves y viejos caballeros de pechera almidonada, y señoras con pelliza de seda y sombrero de terciopelo, con la inquietud o la indignación pintadas en sus semblantes. Zosine recibió personalmente a los dos o tres primeros, y Lucan no oyó la conversación que tuvo lugar entre ella y sus tíos. Pero cuando los carruajes volvieron a ponerse en marcha, Zosine le contó a su amiga con las mejillas encendidas todo lo que había dicho, y Lucan la escuchó con angustia; porque le parecía que, a cada visita, la situación se volvía más insegura. Se daba cuenta de que la dificultad aquí, como ante las autoridades judiciales, provenía del hecho de que Zosine no toleraba una sola palabra de censura sobre su padre. El más suave reproche la hacía reaccionar violentamente; y durante la primera visita, esta circunstancia había abierto una clara brecha entre ella y los parientes que habían venido a ayudarla. Se sentía tan indignada y herida que a los pocos días se negó categóricamente a recibir a nadie de su familia. Era a Lucan a quien le tocaba recibir ahora a los irritados caballeros y señoras, y explicarles turbada su presencia en la casa

y la actitud de su amiga. Un viejo tío que había venido precipitadamente de muy lejos para ayudar a su sobrina estuvo esperando todo el día, y al final tuvo que marcharse sin haberla visto.

Cuando volvían a quedarse solas las dos, Lucan intentaba a veces razonar con su amiga; pero Zosine no quería escucharla. No obstante, era evidente que cada día confiaba más en su antigua compañera de colegio. A menudo le cogía la mano, la besaba y le hablaba de su padre. «Ahora Papá tiene Irlanda a su espalda», decía. Sus pensamientos estaban en el mar; y *Tortuga* y lo que allí ocurría apenas parecían existir para ella. Era como si cerrase los ojos y, en la oscuridad que la envolvía, se agarrase al brazo de la otra muchacha; y Lucan, con profundo pesar, recordaba al niño ciego al que había servido de guía también. Por la noche, mientras Zosine dormía, ella permanecía despierta y pensaba en el futuro de su amiga y en el suyo. Le había escrito a una tía que tenía, su pariente más próxima, diciéndole que había dejado su colocación, y que ahora estaba en casa de una amiga, mientras buscaba otra. La habría buscado efectivamente, si la dependencia de Zosine respecto de ella no lo hiciera imposible. Poco después, dejó de pensar en sí misma y dedicó todo su tiempo y sus pensamientos a Zosine.

Ambrose, el primo de Zosine, iba a menudo a *Tortuga*. Todavía tenía alojado allí un hermoso caballo que su tío le había regalado; y cuando no lo hacía galopar por los alrededores, andaba pidiéndole consejo a Lucan sobre si debía conservarlo o venderlo. Ambrose era el único de la familia al que Zosine recibía sincera y cordialmente. Jamás hablaban de la posibilidad de un futuro común; pero recordaban su niñez, y los juegos y las bromas de sus tiempos felices. En su compañía, Zosine aún reía y bromeaba. Parecía como si, aparte de Lucan, Ambrose fuera su único amigo, y como si los tres fueran ahora a permanecer unidos frente al mundo entero. De vez en cuando, Ambrose preguntaba si Zosine tenía noticias de tía Arabella. Zosine también esperaba saber de ella, o verla llegar a la casa. Cada día que pasaba, la desconocida anciana se volvía una figura más importante en el pensamiento de Lucan. «Es distinta de todos los demás», decía Zosine. «Amaba a Papá.»

Un día Ambrose, un poco deprimido, interrogó a su prima largamente sobre una de sus amigas, una heredera escocesa. Era evidente que estaba pensando pedir la mano de esta joven y construir su futuro sobre esta perspectiva. Cuando se marchó, Zosine le dijo a Lucan: «Pobre Ambrose. Le resulta demasiado duro. Es un completo inútil.» Sin embargo, se enfadó mucho con Lucan, por primera y única vez en su larga amistad, cuando su amiga se atrevió a insinuar la eventualidad de que aquella señorita pudiera rechazar a su pretendiente.

Sólo en una ocasión vio Lucan a su amiga hondamente deprimida. Fue el día en que tuvo que despedirse de sus caballos. No paró de llorar en toda la tarde. Habló largamente de cada uno de ellos, refiriéndose a sí misma como una buena amazona, de una forma particular, infantil, conmovedora, como si hablase de una chica que hubiese muerto.

Entre la numerosa servidumbre de *Tortuga* reinaba un grave silencio. Lucan dedujo que debían de querer mucho a su amo. Al finalizar el mes, la mayoría abandonó la casa; y producía una extraña impresión ver cómo el enorme edificio se iba vaciando de vida y de movimiento. Cuando se sacó y se hizo el inventario de la vajilla, fue como si el viejo John recogiese su propia existencia y la depositase en silencio en la tumba.

Olympia era muchísimo más enérgica; pero su energía aturdiría a menudo a Lucan. La vieja negra estaba celosa de la nueva amiga de Zosine, y criticaba todo lo que hacía. Cuando Zosine se retiraba a su habitación y se cerraba con llave, Olympia se colocaba delante de la puerta en una silla, y se estaba allí sentada durante horas, sombría y furiosa, como petrificada por la aflicción. Lucan se preguntaba a veces si la catástrofe no le habría trastornado el juicio a la vieja negra. Ahora confundía a menudo a Zosine con su padre, y hablaba de la muchacha como si fuese su hijito o amo Theodore. Cuando, durante el registro, sacaron una caja grande con juguetes que al parecer habían pertenecido a un niño, Olympia tuvo un arrebato de furia; empezó a chillar de manera amenazadora, y trató de arrebatársela la caja a los que la transportaban, hasta que un señor anciano y afable del juzgado se encogió de hombros, y dejó que se la llevase. Olympia desapareció inmediatamente con la caja, y sin duda la ocultó en un lugar que sólo ella conocía, ya que Lucan no la volvió a ver más.

Para distraer a su amiga, Lucan le comentó la valerosa lucha y el triunfo de la vieja negra. Zosine la escuchó, seria y callada.

—Vieja loca —le dijo a Olympia—, ¿por qué te entrometes en los asuntos de *Tortuga*? Esos señores se ríen de ti. Saben muy bien que no hay ninguna fuerza dentro de toda tu grasa. Si hubieran querido, te habrían sentado en una silla como si fueses una muñeca, y te habrías tenido que quedar ahí. Te estás poniendo en ridículo a ti misma, y a Papá.

Olympia no movió un solo músculo de su rostro, pero se alegraba calladamente de su triunfo.

—¿Y qué? —dijo—. ¿Debía dejar que se llevasen la pequeña hacha y la pistola de juguete de amo Theodore? ¡Yo tengo más sentido común, y sé de sobra que esas cosas nos pueden servir! Es bueno tener un hacha en la mano.

A todo esto, Lucan empezaba a estar preocupada por el equilibrio mental de Zosine. Seguía encerrada en sus habitaciones tan estrictamente como si se hubiese encarcelado allí a sí misma, en lugar de su padre. Sólo después de continuas insistencias, consiguió Lucan hacerla salir al jardín y al parque. Aquí las dos muchachas pasearon juntas durante las hermosas noches de mayo, y aquí Zosine hablaba a veces de los acontecimientos del día.

Una de esas noches le dijo a Lucan:

—Has sufrido mucho, y no eres mayor que yo. Me pregunto si son los sufrimientos los que te han hecho tan excepcionalmente prudente y buena. Yo no he

sufrido. Mi madre murió al nacer yo, y no me hablaron de ella hasta que tuve nueve años. Entonces me enseñaron su retrato. Y fue como si hubiese encontrado una felicidad más en el mundo. Un ángel dulce y hermoso me quena, me seguía a todas partes, y cuidaba de mí. ¿Puede realmente ser verdad lo que dicen los viejos, que los seres humanos se hacen mejores en la desgracia? Siempre he creído que decían tonterías a propósito, para darse importancia.

13. La carta de tía Arabella

Un día Ambrose le trajo a Lucan un pequeño mazo de papeles atados con una cinta de seda.

—Son unos poemas que le escribí a Zosine en el colegio y en la universidad —le dijo—; época en que lo consideraba mi deber. Cuando pienso ahora en esa etapa de mi existencia, veo que he vivido en un estado de beatitud de color rosa, como futuro heredero de tío Theodore y futuro marido de Zosine. Ella no estaba enamorada de mí y, en general, no pensaba mucho en mí; pero al final puede que hubiera cumplido los deseos de mi tío. Son poemas enormemente melancólicos, señorita Lucan. Me han hecho reír en medio de nuestra desventura. Quizá hagan reír también a Zosine... e incluso a usted. Apuesto a que ya se rió de mí, cuando estábamos en el invernadero. Pero bien sabe Dios que no era fácil mantener la conversación, cuando cada palabra podía suponer la vida o la muerte de tío Theodore.

Lucan no pudo por menos de echar una mirada a los poemas. Efectivamente, le hicieron reír, y se los llevó con la esperanza de que pudieran animar a Zosine. Encontró a su amiga junto a la ventana del cuarto de estar. Zosine también tenía un papel, y lo estaba mirando. Estaba muy pálida; y alzó sus ojos limpios, oscuros.

—He recibido noticias de tía Arabella —exclamó, y le tendió la carta a Lucan—. No, espera —dijo, y se la cogió otra vez—. Te la leeré en voz alta. Quiero ver cómo suenan sus palabras, cuando las oigas tú.

La carta no tenía encabezamiento; o se lo saltó Zosine; y empezó directamente:

Desde que huyó tu Papá —a Zosine le tembló la voz, y se detuvo un instante ante la palabra «huyó»—, he estado esperando noticias tuyas. Esta carta es, en realidad, contestación a la que tu Papá debía haberme enviado antes de marcharse del país. No es culpa mía si ahora la recibes tú en su lugar. No habría sido así, si se hubiese acordado de darme su dirección.

Cuando yo era joven, amaba a tu Papá. Pero él me despreció porque era fea; aunque yo sabía que no lo era tanto como él creía. Mi amor por tu Papá, y su menosprecio por mí: estas dos cosas han sido la gran aventura de mi juventud; sí, fueron mi juventud misma. La noción de la vida, con arreglo a la cual te escribo ahora, es por tanto obra de tu Papá. Lo digo sin amargura, ya que evidentemente es bueno y útil aprender a conocer la vida. Por eso mismo, debes leer mi carta también sin amargura.

Incluso después de que tu Papá se casara con tu Mamá, que era una belleza, me habría entregado a él sin vacilación, si por un momento me hubiese dado a entender que me quería. Pero ese momento no llegó jamás, y puedo darle las gracias —sí, hoy se lo agradezco de veras—, porque así me iré doncella a la tumba.

Ahora, los dos somos viejos, y la cara ya no decide nuestros destinos (y de mí, que he conservado la línea, puede decirse en todo caso que tengo tan buen aspecto como Theodore). Ahora había llegado el momento en que, para salvar su felicidad y su honor, era dinero lo que necesitaba. Ese dinero lo tenía yo. Él lo sabía muy bien; sabe que soy mujer rica, una de las más ricas de Inglaterra. Pero, además, le habría entregado cuanto poseo en el mundo, si por un momento me hubiese dado a entender que lo necesitaba. Por él, he perdido la felicidad de mi juventud; la gran felicidad con la que podía haber soñado en mi vejez, habría sido sacrificar mi fortuna por él, y convertirme en un ser pobre y desheredado, como lo es hoy tu Papá, a fin de salvarles de la ruina a él y a su hija.

Pero no debía ser así, y me ha despreciado otra vez. Yo ni siquiera sabía que corría peligro hasta que, por boca de desconocidos, me enteré de que ya estaba perdido. Hoy, por deseo y decisión suya, me encuentro sentada aquí, hecha una vieja y fría doncella, sobre un montón de oro viejo y frío que para mí tiene tanto valor como un montón de viejos harapos. Ha sido elección suya, y no me quejaré de ello, ni sentiré lástima de mí misma, como tampoco la sentiré de él o de ti. Y esta seguridad es lo mejor que, en la actual situación, puedo darte.

No es probable que nos volvamos a ver en la vida. ¿Por qué iba a querer volver a verte? Bastante tengo con que cada cosa que poseo me recuerde a diario la imagen de tu Papá en la miseria y la vergüenza, y que mi riqueza confirme a cada instante el hecho de que jamás he existido verdaderamente para él, ni como amiga en la hora de la necesidad, ni como mujer en los días de juventud. Éste es el pensamiento que me acompañará a la tumba.

Observarás que, al escribir todo esto, me tiembla la mano. Me sorprende; no sabía que aún fuese capaz de sentir tan profundamente. Pero no te tomes las cosas demasiado a pecho. Sé que tu Papá está en este momento soportando cargas tan pesadas como las mías, y que la más agobiante de todas es la preocupación por ti y por tu futuro. Sé de sobra que te tocará sufrir en la vida. No me resulta agradable pensar en estas cosas, pero ahí están, tanto si quiero pensar en ellas como si no.

No; en realidad, tu Papá nunca ha sabido de mi existencia. Tú, que eres como él, no tardarás en olvidarme. Yo misma, solamente, tendré que recordarme hora tras hora que todavía existo, y que mi vida es lo que es. De esta forma, cada uno de nosotros cumplirá el destino de nuestra naturaleza, y

mantendrá esa dignidad que consiste en aceptarlo.

Por última vez se despide de ti,

tu tía Arabella.

Zosine dejó la carta, y permaneció unos instantes junto a la ventana, erguida y pálida, abstraída en sus pensamientos.

—Sí —dijo—; suena muy distinto cuando se lee en voz alta. Pero es igual de terrible. He aquí una persona a quien efectivamente Papá ha hecho daño. Nunca he tenido en cuenta las acusaciones que otros han lanzado contra él. Hablan de deudas, de lo que él les debe. No entiendo de esas cosas. Pero con tía Arabella, Papá tiene una deuda que le va a costar mucho saldar —se llevó la mano al corazón—. No puedo aceptar —dijo—, por lo que atañe a los acreedores de Papá, como ellos dicen, su activo y su pasivo. Soy una chica ignorante y frívola. Nadie espera que llegue a ganar dinero suficiente para pagarles. Pero en el caso de tía Arabella, acepto el activo y el pasivo.

—¡Ay, Zosine! —dijo Lucan con tristeza—, qué poco comprendes a tu tía. Para ella sería la dicha más grande del mundo, y el mejor consuelo en su aflicción, que fueses a pedirle ayuda. Has olvidado que aún os quiere a ti y a tu Papá.

—No —dijo Zosine—, no lo he olvidado. Pero tampoco he olvidado que es una mujer orgullosa. Y Papá y yo, que le hemos hecho tanto daño, también tenemos nuestro orgullo. Jamás volverá a ponernos los ojos encima —apretó la carta contra su pecho—. Juro —declaró lenta y solemnemente— que nunca más, ni para salvar mi vida, mencionaré a tía Arabella, ni su carta.

Lucan se quedó estupefacta. Le pareció que Zosine, con terquedad infantil, estaba rechazando su única tabla de salvación. ¿Qué sería ahora de ella?

—Haces mal en hablar así —exclamó—. Te comportas como si tu padre y tú estuvieseis en un escenario, donde lo verdaderamente importante es impresionar con palabras y gestos. Pero no estás en un escenario. Tenéis toda una vida para pensar en ello. Ese juramento que acabas de hacer no es digno de ti, ni de una persona sensata.

Zosine la miró.

—No, Lucan —dijo—; Papá y yo debemos resistir y caer juntos. Pero puesto que has estado con nosotros... aunque eres muy distinta de él y de mí, no te afligiré. En pago a tu simpatía y lealtad te prometo que, si con ello puedo salvar la vida, mencionaré a tía Arabella y su carta —aspiró profundamente—. Pero jamás hasta entonces —exclamó. Tras una pausa, cogió la mano de Lucan, la atrajo hacia sí, y la besó—. Ven; vamos a quemar la carta —dijo.

Le echó una última mirada.

—Se me olvidaba leerte la posdata —dijo, y leyó en voz alta:

P. D.: ¿Qué vas a hacer con Olympia? A esa chiflada no la soportarán en

ninguna casa decente. Envíamela. La cuidaré el tiempo que le quede de vida.

Esa misma tarde Zosine le contó a Lucan que en el curso de la semana había recibido tres proposiciones matrimoniales.

—Una —dijo—, de un caballero que ya había pedido a Papá mi mano. En aquella ocasión le dijimos que no. ¿Qué te parece?, ¿se imaginará que le voy a aceptar ahora? Las otras dos son de dos jóvenes que no me habían pedido nunca relaciones. ¿Por qué se les habrá ocurrido hacerlo ahora?

14. *Contra todo el mundo*

Zosine había calculado que el viaje de su padre duraría seis semanas. Al final de este plazo, le dijo a Lucan:

—Ahora puedo pensar en el futuro.

Lucan se había sentido casi enfadada con su amiga porque parecía vivir sólo el momento presente y evitar todo pensamiento del mañana. Ahora dedicó toda su experiencia e imaginación a la tarea de aconsejar y ayudar a Zosine. Pero, al mismo tiempo, se daba cuenta con angustia de su propio desvalimiento, y de lo difícil de su situación.

—No creas que le tengo miedo al futuro —dijo Zosine—. Sé que tendré que sufrir un aprendizaje antes de servir para algo en este mundo. Pero he pensado que quizá resulte casi divertido ser, durante un tiempo, prudente y discreta como tú. Ahora sólo hay un pensamiento que me asusta. No nos separaremos, ¿verdad, Lucan?

—No te dejaré mientras pueda serte de alguna ayuda —dijo Lucan—. He acudido a ti como una fugitiva sin hogar.

—Sí, gracias a Dios que has acudido a mí como fugitiva —dijo Zosine—. Si tuvieses hogar, tendría que dejarte regresar a él. En cambio así, podemos prometernos alianza y fraternidad, como los caballeros antiguos, y permanecer unidas hasta la muerte —se estrecharon la mano y se sonrieron; pero les temblaban los labios.

—Desde luego, es una alianza solemne —dijo Lucan—. Somos dos chicas de dieciocho años y seis semanas. Apenas hay un ser humano contra el que podríamos protegernos, si tuviéramos que poner a prueba nuestras fuerzas. Y nos proponemos enfrentarnos al mundo entero.

—Has dado en el clavo —exclamó Zosine—. Ahí es exactamente donde está nuestra ventaja. No somos más que dos frágiles chicas, y es evidente que, a pesar de nuestro talento, cualquier hombre puede ponernos un ojo morado. Pero es igualmente evidente que incluso el hombre más fuerte de la tierra, el mismo Hércules, fracasaría, y se encontraría en la misma situación, si tuviera que enfrentarse también a todo el mundo. La fuerza con que nos supera a ti y a mí carecería de importancia. Lo que conviene es probar que en nuestro caso se trata siempre de luchar contra la humanidad entera, y de evitar la lucha con cualquier ser humano en particular. De arrojarle el guantelete al mundo entero, Lucan. Entonces seremos tan fuertes como Hércules.

—El mundo entero —repitió Lucan pensativa—, en nuestro caso, estará

apropiadamente representado por una agencia de colocaciones. No quiero volver a la que acudí antes porque me preguntarían sobre mi empleo anterior. Pero esas agencias suelen anunciarse en el periódico. Busquemos en él —las dos muchachas juntaron sus cabezas rubia y morena sobre el periódico del día, y recorrieron muy serias la lista de agencias de colocaciones de Londres.

—No resulta agradable ser señorita de compañía —dijo Lucan—; sin embargo, si mi vieja señora no hubiese muerto, probablemente estaría hoy a su servicio. Pero como te he dicho, durante un tiempo he sido muy dichosa como institutriz.

—Pero yo no puedo ser institutriz —replicó Zosine con desaliento—. No he aprendido nada que pueda enseñar a otras chicas.

—Sabes francés e italiano —dijo Lucan—. Sabes recitar poesía y tocar la guitarra. Quizá encontremos colocación como institutrices.

—De la que tendremos que huir en plena noche porque somos demasiado bonitas. No, tienes razón —se interrumpió al ver la cara triste y perpleja de Lucan—; debemos tener fe en nuestra suerte, o jamás llegaremos a ninguna parte. Tenemos que conseguirlo. Ahora cuéntate los botones del corpiño mientras yo cuento los anuncios, a ver si nos traen suerte. Y cuando hayamos elegido, nada nos hará cambiar de parecer. Lo peor que podría sucedernos sería perder la confianza y correr de agencia en agencia. Pase lo que pase, creeremos que nos guía un ángel. ¿Cuántos botones tienes?

—Once —contestó Lucan.

Así fue como las dos jóvenes, dos meses después de su cumpleaños, en una pequeña casa de huéspedes de Londres, cuyo nombre conocía Lucan por su tía, se ataron el sombrero y emprendieron una larga peregrinación.

Era julio. Lucan observó que Zosine, que siempre había vivido en Londres rodeada de lujo, parecía pálida y cansada por el calor. Ella misma, ante este ambiente pobre y sin alegría, se sentía extrañamente culpable con respecto a su amiga, como si la hubiese traído deliberadamente a él.

Tortuga parecía ya muy lejana. Zosine había dicho que no le daba pena dejar la casa y el parque; tan segura estaba de regresar tras un breve período, en compañía de su padre, cuando hubiese triunfado sobre sus enemigos. Se había despedido apresuradamente de John y de Olympia, que eran los únicos miembros de la servidumbre que ahora quedaban en *Tortuga*. Por un instante, a Lucan le pareció que el abandono de *Tortuga* le resultaba más doloroso a ella que a Zosine. Pero durante el viaje a Londres Zosine se desmayó en sus brazos, estuvo inconsciente una hora, y la hizo temer por su vida. Lucan percibía un mundo duro y despiadado a su alrededor.

Pero tan pronto como Zosine recobró sus fuerzas, rechazó los tristes presagios de Lucan. La misma pobreza con la que entraba en contacto por primera vez le parecía casi fascinante, como una representación trágica o cómica en el escenario. Se quedó sorprendida al ver los serviliteros de la casa de huéspedes; pidió a Lucan que le explicase su uso, y no creyó una palabra de la explicación. Al verlos, invariablemente

echaba a reír. Pasear a pie por las calles, vestirse lo más modestamente posible de forma que nadie se fijase en ella, sentarse en los humildes bancos de los parques... todo esto le parecía a la rica, mimada y caprichosa Zosine una especie de cuento de hadas. Un día pasaron por delante de una magnífica casa junto a un parque.

—Ésa era la casa de Papá, en Londres —dijo Zosine a su amiga.

Ambrose era la única persona que conocía la dirección de ellas, e iba a verlas. La primera vez se quedó mudo de asombro al ver la casa de huéspedes; pero más tarde parecía sentirse a gusto allí y les llevaba grandes cajas de bombones, fruta y ramos de flores. Incluso las invitó a la ópera; y Zosine aceptó la invitación, a condición de que se sentasen en la última fila de paraíso para que no la viesen sus antiguos amigos desde los palcos. Pero al regresar del teatro, iba más seria y callada que de costumbre; y no quiso repetir el experimento.

La noche anterior a su primera visita a una agencia de colocaciones, Zosine soñó que los empleados, al darles ella su nombre, se reían de su padre, y repetían las calumnias que se decían de él. Vivía siempre con el temor de que sucediese tal cosa, y por la mañana, llena de zozobra, le preguntó a Lucan si en adelante podía utilizar su apellido, y hacerse pasar por su hermana.

—Me temo que somos demasiado diferentes para que nos crean hermanas gemelas —dijo—; pero con mi ridículo pelo corto, probablemente puedo parecer más joven que tú. Diremos que nos llevamos diez meses.

En su papel de hermana se mostró ahora especialmente afectuosa y sumisa a Lucan.

La agencia a la que acudieron, y en la que, durante las semanas subsiguientes, tuvieron que pasar gran parte del día, estaba en una calle estrecha, y daba a una oscura plazoleta. El mobiliario se veía reluciente por el uso, y el papel de las paredes estaba descolorido y grasiento. Pertenecía a un matrimonio: un señor alto, delgado, calvo y de gruesos lentes, y una señora bajita, rechoncha y descolorida. Era la señora Quincy la que atendía casi todos los asuntos, y trabajaba sin parar de la mañana a la noche. Hacía lo posible por ayudar a sus clientes, y se esforzaba por levantar el ánimo de las chicas cuando pasaban las primeras semanas sin ningún resultado. Pero en su propia actitud había tanta resignación, tanta familiaridad con las penalidades de la vida, y tan poca fe en ninguna clase de milagro, que sus consuelos eran descorazonadores para las chicas.

Su marido, que participaba muy poco en la marcha del establecimiento, era persona de temperamento romántico. Proporcionaba a las dos chicas una información detallada y sorprendentemente precisa de los señores y las señoras que acudían en busca de una acompañante o una institutriz. Al principio, a las muchachas les daba miedo cuando enfocaba hacia ellas sus lentes escrutadores; pero sin duda parecían tan jóvenes y sencillas, que jamás se le ocurrió desconfiar de ellas. Se convenció de que sólo les interesaba su conversación; y como tenían que esperar en la oficina, las distraía con fantásticas historias sobre otros clientes suyos. Cuando, más tarde, se

desvestían para acostarse, comentaban entre sí estas historias. Generalmente, a Lucan la hacían sonreír. Zosine a veces se las tomaba completamente en serio; otras veces, la hacían reír a carcajadas.

Entretanto, su búsqueda de una misión en este mundo avanzaba muy despacio. Durante todo el día, eran objeto de miradas y preguntas inquisitoriales; pero cuando llegaba la noche, se encontraban con que no habían avanzado mucho por el camino del éxito. Varias señoras de edad casadas o solteras que buscaban acompañante, y varias madres dignas y tiernas que querían que sus hijas recibiesen una formación sobre modales, francés e italiano, habían surgido a la existencia para desaparecer a continuación. Un joven petimetre encargado de buscar una *liseuse* para su mamá, dirigió tan ardientes miradas al precioso rostro de Lucan que Zosine estuvo tentada de darle una bofetada; pero cuando la madre se presentó en la agencia para inspeccionar a la muchacha, evidentemente decidió poner fin en el acto a las tiernas inclinaciones de su hijo.

Lucan y Zosine descubrieron muy pronto que su mayor obstáculo estaba en su decisión de permanecer juntas. Lucan tuvo un par de ocasiones en que podía haber conseguido una colocación satisfactoria; pero la había rechazado al ver el terror de Zosine ante la idea de quedarse sola. Ella misma consideraba cualquier posible separación de su amiga como una catástrofe. Sus infortunios las habían unido; la antigua amistad del colegio se había convertido durante estas semanas en una pasión. Se llamaban hermana la una a la otra incluso cuando estaban solas. Eran felices en mutua compañía.

Sin embargo, la situación no podía continuar así. Su pequeño capital menguaba rápidamente. Ni aun la prudente economía de Lucan podía hacerlo durar eternamente. Lucan se acordó de la vieja señora de la posada, que le había insinuado la posibilidad de ofrecerle una buena colocación. Ahora podía haberse convertido, quizá, en el ángel salvador de las infortunadas muchachas. Pero Lucan no tenía sus señas.

—¿No podríamos intentar entrar en el ballet? —exclamó Zosine—. Aunque ahí podrían localizarnos nuestros parientes, y poner rápidamente fin a nuestra carrera —su infantil atolondramiento producía profundos desencantos en Lucan. Se preguntaba ésta si, en definitiva, no sería mejor para Zosine hacer las paces con sus tíos y volver a su propia esfera social.

Pero al mismo tiempo, la dependencia de Zosine respecto de ella le daba fuerzas. Así que consolaba y daba alientos a su amiga.

—No te desanimes —decía—. Si resistimos, todo saldrá bien al final. Es mejor reducir nuestras pretensiones, y soportar la mala racha. Si logramos conservar nuestro amor propio, nos ganaremos el respeto de los demás.

A las dos les parecía algo espantoso y casi antinatural tener que ocuparse del trabajo y de cuestiones prácticas sin la ayuda de un hombre. A menudo se sentían como un par de mujeres toscas y hombrunas; y a veces, al deambular por las calles sin la escolta de un caballero, tenían la misma sensación que si hubiesen salido a

medio vestir o en camisón. Con frecuencia sucedía que los jóvenes les decían cosas en la calle. Esto las asustaba terriblemente, y tomaban la precaución de bajarse el velo del sombrero cada vez que salían. Pero al mismo tiempo, sus conversaciones por la noche giraban ahora invariablemente en torno a Ambrose, al señor Tabbernor, al viejo John o al mismo señor Armworthy, como si tuviesen necesidad de conservar un elemento masculino en su existencia.

Así les andaban las cosas, desalentadoramente, cuando un día la señora Quincy les escribió diciéndoles que fuesen a la agencia lo antes posible, ya que tenía buenas noticias para las dos.

15. El reverendo señor Pennhallow

—Han tenido ustedes una suerte realmente maravillosa, queridas —exclamó la señora Quincy cuando las muchachas, llenas de expectación, se sentaron en su pequeño despacho—. Un caballero respetable, piadoso y culto, el reverendo señor Pennhallow, y su señora, deseosos de hacer una buena obra, quieren acoger en su casa gratuitamente a dos jóvenes educadas y con escasos recursos, para formarlas y perfeccionarlas. El señor Pennhallow, a causa de su salud, vive en Francia..., país, sin duda, muy interesante. Espero la visita de este reverendo señor dentro de media hora.

Lucan y Zosine se miraron. En su imaginación se veían ya en Francia, en el campo, lejos de todas sus tribulaciones.

El señor Quincy terció desde el otro lado de una mesa vieja y manchada de tinta:

—Estoy en la feliz situación —dijo— de poder dar información concreta sobre el particular. La familia Pennhallow es muy conocida en el norte de nuestro país, donde durante muchas generaciones ha llevado a cabo una noble obra, y tiene gran influencia. Pertenece a una secta religiosa severa y ascética, cuyo nombre he olvidado, que predica la segunda venida de Cristo, y afirma que está próximo el fin del mundo. Han sido todos predicadores muy admirados. Pero han sido más respetados aún por su moral pura y elevada. El abuelo de nuestro (me tomo la libertad de emplear la palabra «nuestro») reverendo señor Pennhallow fue considerado casi un profeta y un oráculo en su país, y todavía se cuentan de él muchas leyendas maravillosas. Desde luego, hay también habladurías sobre ovejas negras en la familia. Pero esas habladurías se deben a menudo a la envidia, o a la falta de comprensión de lo grande y lo excepcional. El reverendo Pennhallow, en su temprana juventud, fue preceptor de algunos de los nombres más conocidos de la región. Hace siete años tuvo la desgracia de perder la voz (debilidad al parecer frecuente en la familia), y se vio obligado a retirarse. Desde entonces vive en Francia, sin duda entregado a sus estudios eruditos, y viene de tarde en tarde a Inglaterra. Sería un privilegio vivir al lado de este hombre, y bajo su mirada. Las felicito, señoritas.

En ese momento, el pomo de la puerta giró suavemente, y entró un viejecito silenciosamente en la habitación. Iba vestido de una manera tan rara y anticuada, con una levita negra, larga y raída, unos zapatos gruesos, un viejo y ridículo sombrero de copa, y con un paraguas descolorido en la mano, que parecía más un sacristán de pueblo que un clérigo, Zosine se llevó el pañuelo a la boca para sofocar su risa. Pero, pese a su vieja indumentaria, se condujo con sorprendente, casi solemne dignidad, al

saludar, primero al señor y la señora Quincy, y luego a las dos muchachas. Hablaba muy bajo, pero no parecía sufrir ninguna dolencia en la garganta o en la voz. Más bien daba la impresión de que moderaba deliberadamente el tono por alguna consideración especial hacia la persona a la que se dirigía.

—Así que estoy, entonces —dijo, mirando a Lucan y a Zosine—, en presencia de mis dos futuras hijas, ¿no? Es un privilegio y una dicha que se me conceda el guardar y guiar a las jóvenes de este mundo, en su peligroso paso por la vida. Pero las ovejas deben sentirse también confiadas y felices bajo la custodia de su pastor. Soy viejo, y tal vez ignore cuáles son los deseos y los sueños de un par de jóvenes, pero lo que puedo dar, lo ofrezco de corazón. Si ustedes, mis queridas señoritas, desean aumentar sus conocimientos y enriquecer su espíritu, aún puedo serles de utilidad. Me esforzaré en enseñarles la historia de la humanidad, y las lenguas de otros países. Sí, y si quieren, también las lenguas clásicas; aunque hay personas que consideran tales estudios poco femeninos. Los niños y jóvenes que en otro tiempo fueron discípulos míos lograron hacer que la enseñanza fuese para mí un placer. Preveo que lo mismo nos sucederá a ustedes y a mí.

El señor Pennhallow se encontraba entre los cincuenta y los sesenta años; era bajo y menudo de estatura, pero erguido y sosegado. Su cabello fino era casi blanco; y debajo, su larga cara tenía un extraño tono gris oscuro, propio de la persona que ha vivido mucho sin salir de casa. Tenía las facciones toscas y bastas, como talladas rudimentariamente en madera, con dos grandes arrugas, que le bajaban de la nariz a las comisuras de la boca; nariz ancha, labio superior largo, y boca apretada. Pero eran sus ojos lo que más hondamente impresionaba a quien miraba. Eran muy claros, limpios, alertas y penetrantes, y al mismo tiempo parecían mirar fijamente objetos lejanos, como si tuviesen doble fondo. En ese momento, al posarlos en las dos jóvenes, un débil rubor, como de placer, afloró a sus largas y grises mejillas.

Lucan le miró a su vez, y pensó que se parecía a alguien a quien había visto, aunque no consiguió recordar quién.

Después de sentarse, el señor Pennhallow, amable y lentamente, con las manos entrelazadas sobre el mango de su viejo paraguas, hizo a las muchachas unas cuantas preguntas sobre sus vidas, su situación y sus gustos. En el curso de la conversación les sonrió bondadosamente un par de veces, y su sonrisa fue tan notable como sus ojos. Era como si pudiese sonreír más intensamente que los demás, pero contuviese su alegría por alguna indulgencia especial para con las personas a las que sonreía. Al principio, Zosine pensó que las profundas arrugas que tenía alrededor de la boca se debían a las meditaciones y las vigiliadas, y quizá también a las preocupaciones, al intenso trabajo y a la pobreza. Ahora pensaba que se le habían hecho porque, en el curso de su larga vida, este pequeño señor había sonreído a menudo.

Detenidamente, sin prisas, describió a las jóvenes la clase de vida que les aguardaba en Francia. Él y su esposa llevaban una existencia apacible en una casa tranquila y solitaria, rodeada de un entorno hermoso y romántico. Allí sus ahijadas, al

igual que ellos, pasarían los días entre libros y estudios, o trabajando en la casa y en el huerto. De vez en cuando, hacía una pausa y parecía abismarse en sus propios pensamientos. Y mientras permanecía así, callado e inmóvil, se pasaba suavemente la punta de la lengua por los labios.

Después de uno de estos silencios largos, dulcemente, y como al azar, preguntó a las muchachas si no tenían a nadie en el mundo. Al contestarle ellas que no tenían familia ni amigos, suspiró profundamente. Dudaba, comentó con humildad, que hubiese muchos seres humanos que sintiesen una compasión más honda por la suerte de las jóvenes que estaban solas en el mundo que la que, por determinados motivos, sentía él. Era una dolorosa situación; era angustioso saber que unas criaturas dulces, puras e indefensas se encontraban a menudo desamparadas, sin ayuda ni guía en la vida. Había dedicado mucho tiempo y muchas meditaciones a este problema. Tenía que haber alguna posibilidad de proporcionar hogar, cobijo y ocupación en la vida a jóvenes así, y, al mismo tiempo, permitir que el mundo se beneficiase de la dulzura y singular vigor de sus naturalezas.

La señora Quincy estaba hondamente conmovida por su discurso, y de vez en cuando lanzaba una fugaz mirada a sus jóvenes clientas para ver si lo apreciaban ellas también. Cuando terminó de hablar, la señora Quincy le preguntó deferente si llevaba a cabo esta obra por pura filantropía. El señor Pennhallow meditó un momento la pregunta; luego, con semblante impasible, contestó que él y su mujer habían perdido a una hija joven. En memoria de esta hija, querían abrir sus puertas a estas dos jóvenes sin hogar. En su casa, sus hijas adoptivas ocuparían el sitio de la hija muerta. Sin embargo, no pretendía que se sintiesen atadas antes de saber lo que hacían. Así que les proponía que aplazasen su decisión hasta haber transcurrido un año.

Había venido él solo a ver a las dos jóvenes, prosiguió poco después, antes de traer a su esposa, por la importancia que este asunto tenía para ella. No quería que sufriese una decepción. Pero, añadió, se alegraba de comprobar que, en este caso, no había ningún peligro al respecto. Era la Providencia quien reunía a los cuatro.

Se quedó tan ensimismado que la señora Quincy, para romper el silencio, le preguntó si no se le había ocurrido hasta ahora acoger a una muchacha sin hogar para que ocupase el sitio de su hija. El señor Pennhallow alzó la mirada. Como antes, pareció fijar sus ojos claros directamente en la persona a la que hablaba y, al mismo tiempo, abstraerse en la contemplación de cosas extrañas y maravillosas, lejanas e invisibles a los demás. Sí, dijo, él y su esposa habían hecho la prueba anteriormente. Dejó escapar otro hondo suspiro, y sus oyentes comprendieron que detrás de su silencio había una triste experiencia.

Informó a la señora Quincy que volvería a pasar por la agencia en espacio de un día o dos, con su esposa, para ultimar la transacción. Un momento después se había ido. A pesar de su lentitud y dignidad, andaba, con sus pesados zapatos, casi silenciosamente. Se había ido de la habitación sin un ruido.

Las dos jóvenes, hasta este momento, no habían decidido si aceptar o no el

ofrecimiento del reverendo señor Pennhallow. Pero ahora les fue difícil resistirse al sincero y amable triunfo del señor y la señora Quincy, y a sus gozosas felicitaciones. Más que éstas incluso, algo en la actitud del anciano parecía hacer imposible una negativa. Este señor pequeño, reposado y humilde debió de dirigir su congregación con la autoridad y la fuerza de un profeta.

Lucan estaba acostumbrada a escuchar las risas o los comentarios indignados de Zosine sobre las señoras y los señores que pasaban por la agencia tan pronto como cerraban la puerta tras ellos. Hoy ella habló del futuro. En cambio, Zosine permaneció callada. Sólo cuando tuvieron a la vista su propio portal, exclamó:

—¡Qué extrañamente contento y feliz se veía a ese anciano! Me gustaría saber cómo lo consigue. Porque parece pobre y solitario; y, en todo caso, es viejo y feo. Sin embargo, no sé si he conocido en mi vida a un ser humano tan contento y complacido con el mundo como él. ¿Podrá enseñarnos este arte también?

—Dentro de un año —volvió a decir, después de quitarse el sombrero y sentarse en su pequeña habitación—, todo habrá vuelto a ir bien otra vez. Papá habrá regresado para entonces. Y me encontrará mucho más despierta y formada que cuando se marchó. Se sentirá orgulloso de mí. Porque pienso sacar provecho de la sabiduría del señor Pennhallow. Quiero aprender mucho de él, en Francia.

A la mañana siguiente volvió a hablar del viejo clérigo, y preguntó a Lucan si había soñado con él.

—No, no he soñado nada —dijo Lucan. Zosine parecía muy pensativa—. Yo he soñado con él —dijo. Pero no le explicó qué sueño había tenido.

Dos días después se encaminaron otra vez a la agencia de la señora Quincy para entrevistarse con el señor y la señora Pennhallow.

Lucan se llevó un ligero sobresalto, y palideció al reconocer en la señora Pennhallow a la señora que, la noche de su huida, la había abordado en el exterior de la posada, y a quien ella había tomado por una vieja doncella y, en broma, por un hada madrina. La señora Pennhallow iba vestida igual que entonces, con un velo gris alrededor del sombrero, y como entonces, restregaba los dientes unos contra otros cuando no hablaba. Pero en la posada se había acercado a Lucan, había trabado conversación con ella, y había dado la impresión de que tenía muchas cosas de qué hablar. Aquí, en presencia de su marido, no abrió la boca. Sólo un par de veces clavó los ojos tan escrutadoramente en la cara de Lucan que la muchacha se sintió confundida. Lucan notó también que intercambiaba unas palabras en voz baja con su marido, y que a continuación la miraba a ella. El reverendo señor Pennhallow se quedó pensativo un momento. Luego movió negativamente la cabeza, y siguió hablando con el mismo sosiego que antes. Pero más tarde, la señora Pennhallow, cuando su marido conversaba con la señora Quincy, se acercó medio de lado a Lucan y le comentó lacónicamente:

—Creo que nos hemos visto antes.

Su actitud produjo a Lucan un ligero desasosiego, y no hablaron nada más.

Esta vez la entrevista no duró mucho. El acuerdo entre el viejo matrimonio y las jóvenes se efectuó verbalmente y de manera informal. La señora Quincy recibió su comisión, y se despidió afectuosamente de sus jóvenes clientas. El pequeño grupo de los cuatro debía emprender el viaje a Francia a la semana siguiente.

A partir de su entrevista con el viejo clérigo, una singular reserva o timidez se apoderó de las dos muchachas. No trazaban ya por las noches, entre risas, el cuadro de su futuro. Tenían la impresión de que la suerte estaba echada. Y de manera extraña, les parecía que ellas mismas no intervenían para nada en la decisión. Habían pasado a poder de otra persona, a manos de un clérigo rural, viejo y casi ridículo... cosa que había estado muy lejos del programa de las dos jóvenes conquistadoras.

Lucan no le dijo a Zosine que ya conocía a la señora Pennhallow. Pero un día le preguntó a su amiga qué pensaba de la vieja señora. Zosine meditó un rato la pregunta.

—A decir verdad —dijo—, me inspira compasión. Me parece que es muy desgraciada.

En el transcurso de esa semana, dijo Zosine:

—¡No le diremos a nadie adónde nos vamos! Le escribiré al viejo tío Archibald, que es mi procurador, diciéndole que voy a pasar una temporada con unos parientes de Mamá. Eso le enfadará; a él y a todos mis tíos, ya que la familia de Papá ha tenido siempre a menos a Mamá porque no era de la misma posición que ellos. Además, Mamá procedía de Francia, y seguramente queda algún pariente suyo allí; así que, en cierto modo, puede que esté diciendo la verdad. Me habría gustado despedirme de Ambrose —dijo otro día—. Me ha prometido informarme tan pronto como tenga noticias de Papá. Pero está en Escocia con la familia de su futura esposa. No le puedo dar ni siquiera mi dirección. Pero después estaré orgullosa de haberme valido por mí sola, sin el consejo ni la ayuda de nadie.

Cuando recogían sus escasas pertenencias, Zosine dejó de repente lo que tenía en las manos.

—Alto —exclamó—. Voy a llevar un vestido bonito en el viaje, pase lo que pase. Y tú, Lucan, vas a llevar otro igual. Aunque en Francia, al principio (puesto que no se sabe qué maravillosas aventuras pueden ocurrirnos después) no seamos más que las hijas adoptivas de un cura rural y su esposa, nos pondremos guapas para salir de Inglaterra.

Así que escogió dos elegantes vestidos para su amiga y para ella, y añadió chales, sombreros, zapatos y guantes a juego.

—Cruzaremos el Canal —exclamó, besando a Lucan— como dos grandes y encantadoras señoritas sin un problema en este mundo.

Segunda parte

Los canarios

1. *La granja francesa*

A seis millas del pueblo de Lunel, y como a una milla y media de la aldea de Peyrac, en un huerto rodeado por una tapia baja de piedra, se alzaba una casa larga y rosada. Se llamaba «Sainte-Barbe», y en otro tiempo había sido el edificio principal de una granja.

La casa tenía una extraña historia, y aún ocupaba un lugar privilegiado entre las granjas de la vecindad. Mientras que toda la tierra de los alrededores pertenecía al señorío feudal de «Joliet», Sainte-Barbe era propiedad alodial; hacía cincuenta años que lo era, desde los tiempos de la Revolución. En esa época tuvo lugar allí una tragedia. Un comisario de la Convención se había presentado de pronto a la región, y se había alojado en Sainte-Barbe. Por la noche mandó detener al señor del *château*, acusándole de haber ayudado a un príncipe real, pariente del rey Luis, cuando huía de Francia. El prisionero fue conducido a Sainte-Barbe y fusilado allí. Unos días más tarde el *château* de Joliet ardió parcialmente; pero la señora y su hijo se salvaron. Siguieron viviendo en lo que había quedado de su hogar hasta que regresó el rey Luis XVIII, les fueron restituidos todos sus derechos, y se mandó reconstruir el *château*.

Pero la viuda del asesinado, a partir de aquella noche sangrienta, no quiso saber nada de Sainte-Barbe. Decía que pesaba una maldición sobre la casa. Ya no quiso que la granja perteneciese al señorío de Joliet, ni quiso aceptar precio alguno por ella. Adscribió los prados que antes habían pertenecido a Sainte-Barbe a las granjas arrendadas de la vecindad, y dejó la casa y el huerto, donde se llevó a cabo el asesinato, al granjero que vivía allí, del que, aunque nada pudo probarse contra él, se sospechaba que había traicionado a su señor.

Sainte-Barbe no pudo subsistir como granja. El propietario la convirtió en posada; pero sus vecinos la evitaban, y tuvo que cerrar. Su hija heredó la casa, y con ella la mala fama de su propietario; pero ella sabía desde hacía tiempo que era rechazada. Vivió apartada, y trabajó tenazmente con la esperanza de volver a comprar algún día los prados y viñedos que habían pertenecido a Sainte-Barbe. Se casó con un peón de labranza para tener mano de obra barata para sus fines, pero éste no pudo soportar el aislamiento, el exceso de trabajo, o la avaricia de su mujer. Huyó, se alistó como soldado, y no volvió a saberse de él. Su mujer se quedó sola otra vez, trabajó con tesón, y ahorró dinero. Se llamaba Baptistine Labarre. Mayor ya, alquiló la casa, y entró ella misma al servicio de sus inquilinos como ama de llaves y cocinera. Sus nuevos amos eran un viejo clérigo inglés y su esposa.

Los campesinos de la vecindad escandalizaron al principio ante tan insólita clase de inquilinos, hasta que su propio párroco les informó que en Inglaterra los clérigos tenían libertad para casarse. Pero siguieron considerando gente rara a los ocupantes de Sainte-Barbe, al igual que el lugar, y les visitaban rara vez. Por su parte, el clérigo inglés y su esposa eran personas retraídas, y era evidente que no tenían el menor deseo de tratarse con sus vecinos. Hacía cinco años que vivían en Sainte-Barbe, y no habían hecho ninguna amistad.

Era ya de noche cuando la tartana que traía del pueblo a los viajeros se detuvo ante la verja del huerto. En el momento en que el señor Pennhallow tiraba de la campanilla, cayó una estrella. Zosine, con una sonora exclamación, llamó la atención de sus compañeros de viaje sobre el hecho, y los ojos de todos ellos siguieron el rastro delicado, luminoso, por el cielo. Al extinguirse, dijo Zosine:

—He tenido un deseo.

—Yo también —dijo Lucan.

—Y yo —dijo el señor Pennhallow, y rió brevemente.

Se encendió una luz detrás de los postigos de la casa. Poco después, salió un joven con una linterna y abrió la puerta. El señor Pennhallow se dirigió a él en francés, con acusado acento inglés, y le llamó «Clon».

En la puerta de la casa les recibió una robusta campesina con una toca blanca. A la luz de la lámpara, las muchachas vieron que la persona que había abierto la puerta era un chico muy joven, un chiquillo, alto y membrudo, con la cabeza grande y la cara pálida y hosca.

Por un corredor encalado y suelo de losas pasaron a una estancia larga y baja de paredes verdes, suelo brillante, y con chimenea. Aquí encontraron primorosamente puesta la mesa con la cena para los viajeros.

—Esta casa —dijo el señor Pennhallow mientras se sentaban a cenar— fue en otro tiempo el centro de prados y viñedos, no una pequeña vivienda. El granjero y sus peones comían juntos en esta habitación, como era costumbre en la provincia; y podemos hacernos idea de lo próspero que era el hombre, y de la gente que tenía empleada, por esos dos ganchos para planos que hay en el techo, nada menos.

El viejo estaba visiblemente contento de haber llegado a su destino. Al entrelazar sus manos sobre la mesa para bendecirla, sus palabras, casi sonaron a una acción de gracias.

—Estas personas —le dijo Zosine a Lucan más tarde— tenían terror a marearse en el barco; o a que las secuestrasen los salteadores durante el trayecto por Francia. Ahora dan gracias a Dios por haber llegado tan fácilmente.

—Han estado muy pendientes de nosotras todo el viaje, también —dijo Lucan.

—¡Sí, están orgullosos de nosotras! —exclamó Zosine—. Casi nos han exhibido ante los demás pasajeros del barco, y de las diligencias. Y es que eres muy bonita —añadió—. Estaban orgullosos de llevar a una chica tan guapa a su lado.

La casa tenía una construcción irregular, con muchas escaleras y recovecos, una

cocina muy amplia, y un corredor largo. Estaba amueblada con sencillez, pero limpia y ordenada. Se notaba que hacía años que el señor Pennhallow vivía en ella, ya que la vieja granja francesa había adquirido el precioso aspecto inglés. Había cuadros con escenas bíblicas en las paredes; y en las estanterías, filas de libros clásicos ingleses encuadernados en piel. El dormitorio de las dos chicas, contiguo a la alcoba de sus anfitriones, abría una puerta al corredor. Esta habitación estaba también sobriamente amueblada, pero era bonita y acogedora, con cortinas blancas en la cama, una mesa de trabajo, y dos sillas viejas de madera junto a la ventana. El aire aquí olía un poco a humedad y a cerrado, como un sitio sin habitar desde hacía tiempo. Lucan abrió la ventana y se asomó. En la oscuridad vio confusamente un par de altos álamos dentro del recinto del huerto, y detrás de ellos la silueta de una colina larga y baja. Zosine se acercó a su amiga y le rodeó la cintura con el brazo.

—Sabe Dios —dijo, después de estar mirando un rato, de pie, muy juntas— cómo, de entre todas las casas de Francia, ha venido a dar con ésta nuestro reverendo señor Pennhallow. Si no me llegan a traer directamente a ella en barco y en diligencia, jamás habría sospechado que existía. Y sin embargo, durante todo el viaje he tenido la sensación de que nos traían hacia un destino concreto... sí, que nos traían aquí, y que no podíamos desviar nuestro curso hacia ningún otro lugar del mundo. Y el lugar que nos aguardaba, como hemos visto, era Sainte-Barbe. ¿Cuál es la atracción mágica de Sainte-Barbe, Lucan? ¿Crees que hay enterrado un tesoro en el jardín, y que un día el señor Pennhallow nos dirá que lo saquemos? ¿Y crees que nos espera la felicidad aquí, en esa larga estancia donde hemos cenado?

—Mi padre —contestó Lucan tras un breve silencio— decía siempre que cuando preguntamos a los demás sobre nuestros asuntos, podríamos contestarnos mucho mejor nosotros mismos, si nos atreviésemos a hacernos la pregunta lo bastante en serio. Consulta a tu corazón.

—Entonces creo que seremos felices aquí —dijo Zosine pensativa—. Estoy segura de que significamos mucho para el señor Pennhallow, y que le costaría prescindir de nosotras. Y creo que nos enseñará infinidad de cosas de las que ahora no sabemos nada. Cuando nos vayamos de Sainte-Barbe, seremos distintas de lo que ahora somos. Y también creo de verdad que hay efectivamente un tesoro enterrado en el jardín, y que no tenemos más que localizar su sitio exacto. Escucha —añadió, ya que en ese mismo instante un pájaro nocturno profirió un chillido breve, lúgubre—. Es un eco que viene del futuro, de nuestros golpes de azada, al desenterrar el tesoro.

»Pero esta noche —prosiguió, cerrando la ventana y volviéndose de cara a la vela de la mesa— he pensado que, del mismo modo que nos hemos alejado de Inglaterra, nos hemos alejado también de las ideas que teníamos allí. Entonces pensábamos que seríamos libres e independientes en cuanto saliésemos al mundo. Pero aquí en Sainte-Barbe siento como si este viejo clérigo nos rodease por todas partes mucho más que la cerca de ahí abajo. Yo podría saltar esa cerca con facilidad. Pero, ¿puedo saltar por encima de ese viejo? ¿Y cómo vamos a luchar ahora contra el mundo entero, como

habíamos decidido?

El paisaje alrededor de Sainte-Barbe era despejado y pedregoso. Al principio, su falta de color decepcionó a las jóvenes inglesas. Pero, por otra parte, era tan diferente de cuantos habían visto hasta entonces, que no tardó en impresionarlas hondamente. Sus viñedos y olivares, y las largas filas de álamos que protegían los campos contra el viento frío del norte, el «mistral», les parecieron románticos y misteriosos. Las casas del pueblo, de piedra gris y pizarra plana, estaban pegadas unas a otras configurando una larga calle y una especie de plaza de mercado. La mayoría tenían postigos en las ventanas, lo que daba un aspecto secreto a la aldea.

Era un verano seco. De vez en cuando aparecían grandes nubes, y el polvo formaba altas espirales sobre los caminos; pero no llovía. Por la noche, Baptistine abría la puerta de la entrada, y aspiraba solemne el aire para ver si percibía algún indicio de lluvia; a continuación movía negativamente la cabeza y comentaba que éste era un año muy raro. Puede que sucedieran cosas extraordinarias antes de que finalizara.

Baptistine era una mujer extraña, avara, que vigilaba todas las cosas de la casa y del huerto, pero podía permanecer muda durante días. Sin embargo, tenía cantidades inagotables de información sobre los vecinos de la comarca y a veces se volvía repentina y hoscamente comunicativa con las muchachas. En esos momentos, no era sobre las virtudes de las gentes de Peyrac sobre las que se extendía; hablaba de ellas con mordacidad y malicia, como si encontrase un secreto gozo y alegría en la fragilidad y la estupidez de los seres humanos.

Un par de días después de su llegada, el reverendo señor Pennhallow les habló de Clon, el ayudante de Baptistine.

—Ese pobre chico —dijo—, con lo joven que es, ha estado ya en la cárcel. Mentalmente, es sólo un crío, un inclusero que no ha conocido a sus padres; y no le han enseñado a su debido tiempo la diferencia entre el bien y el mal. Le he recogido en mi casa por caridad, y me he prometido a mí mismo no decir a nadie jamás qué es lo que le llevó a la cárcel.

2. *La vida diaria*

Si seis meses antes les hubiesen dicho a Lucan y a Zosine que iban a pasar los días entre libros áridos y polvorientos en compañía de un viejo menudo y polvoriento, habrían sentido pánico, o se habrían echado a reír. Pero el señor Pennhallow era profesor por la gracia de Dios; y de su mano entraron maravillosamente, casi devotamente, en el templo del saber.

Les había informado que, en la soledad de Sainte-Barbe, estaba terminando una gran obra filosófica y religiosa en la que llevaba trabajando muchos años. A menudo le veían absorto en su manuscrito, y le oían garabatear en él hasta altas horas de la noche; y durante la primera semana, las lecciones que daba a las muchachas parecían más un pasatiempo que una verdadera tarea. Pero llevado de su propio genio, no tardó en entregarse por completo a su trabajo de profesor de tal modo que se olvidó del tiempo, haciendo que lo olvidasen también sus discípulas, las cuales seguían con los libros hasta que se hacía demasiado de noche para leer. Era como si durante mucho tiempo hubiese estado deseando que llegara la ocasión de mostrar el poder de su mente, y ahora, con una especie de embriaguez, se entregara a ello en cuerpo y alma.

Dentro de su cabeza gruesa y toscamente formada tenía almacenado un caudal de conocimientos que casi parecía excesivo para una sola persona, y que debía de haberse acumulado allí durante muchas generaciones. Cuando decía: «Mi abuelo dedicó mucho tiempo a estos estudios», o «mi bisabuelo publicó un libro sobre este tema», a Lucan y a Zosine les daba la impresión de que sus antepasados, por un proceso mágico especial, habían transmitido su saber a su descendiente. No obstante, el encanto real de la clase no residía en la omnisciencia del profesor. Lo que fascinaba y arrobaba a las muchachas era su excepcional capacidad para evocar alegremente, y como jugando, épocas remotas y acontecimientos y personajes largo tiempo olvidados. Moisés y el faraón adquirieron vida para sus discípulas, bajo formas gigantescas y vagas, del mismo modo que Ricardo III, Tamerlán o el doctor Fausto. Les daba la impresión de que habían estado presentes cuando Nerón tocaba el arpa y Roma ardía a sus pies. Siguieron con horror y aflicción a la Doncella de Orléans desde el tribunal y las caras pétreas de sus jueces hasta la prisión y la hoguera. Y toda su vida recordaron —aunque jamás hablaron de ello— cómo, al regresar Ulises, las infieles siervas fueron colgadas de una cuerda como tordos, y allí «agitaron sus pies algún rato, aunque no mucho».

Lucan había estudiado historia con su padre; pero para Zosine, el ámbito del saber era casi desconocido. En el colegio había evitado las clases cuanto le había sido posible; y más tarde, en su hogar feliz y en sus viajes, había dedicado poco tiempo a los estudios. Ahora, con toda su naturaleza afectada por los acontecimientos de los últimos meses, buscaba refugio en este mundo nuevo. No tardó en adorar al viejo profesor, cuyo aspecto le había hecho soltar una carcajada no hacía mucho, con el romántico entusiasmo de una colegiala. Ya no lo consideró feo, sino que confesó gravemente a Lucan que Sócrates debió de parecerse a él.

—Cuánto tiempo y cuánto trabajo ha debido de costarle al señor Pennhallow aprender todo lo que sabe —dijo un día Lucan a Zosine.

—No lo ha aprendido —replicó Zosine—; lo ha visto realmente, o lo ha vivido. Estoy convencida de que ha tenido varias existencias sucesivas, y que conoce cosas que permanecen ocultas para todos los demás.

Zosine se llevaba los textos de latín a la cama; y, cada una con una vela, las muchachas seguían estudiando, o se leían en voz alta la una a la otra hasta pasada la media noche. Nunca se les ocurrió pensar que, conviviendo con otras chicas, habrían corrido peligro de que las tomaran por empollonas. Empezaban a hablarse en latín y, con los dedos llenos de tinta, discutían de ciencia o de teología con el mismo interés que si fuesen un par de jóvenes y entusiastas doctores.

Zosine se sentía culpable a veces porque ocultaba parte de la verdad sobre sí misma al viejo que le había abierto tan ricos y nuevos horizontes. Una o dos veces estuvo a punto de confesarle su verdadero nombre e historia. Pero por su padre, se había prometido a sí misma no mencionar el pasado. «Puede que, aunque se lo diga», se excusó ante Lucan, «no signifique nada para él. Esas cosas son demasiado mundanas para que despierten su interés». En otra ocasión declaró solemnemente a su amiga: «Lo sabe todo ya. Sabe más sobre nosotras que nosotras mismas.»

El viejo tenía también algo de artista, y hacía pequeños bocetos a lápiz de paisajes o flores. De tarde en tarde, avanzada la noche, sacaba una flauta anticuada y singular, y la tocaba en el largo comedor. Su repertorio incluía viejas y dulces melodías, y alguna extraña y exótica tonada. No era ningún virtuoso, pero tocaba con un encanto raro e inexplicable que hacía que las muchachas escuchasen con el aliento contenido y suspirasen profundamente cuando terminaba.

—Qué vida más ilustre —decían— ha debido de llevar este anciano, hasta que se le volvió la voz áspera y cascada. Y qué fortaleza más grande tiene para no manifestar jamás ningún pesar por ello, y mostrarse siempre feliz y contento en su casita solitaria, en compañía de una esposa simple y gris.

La señora Pennhallow no tenía ninguno de aquellos poderes magnéticos e inspiradores que adornaban a su marido, ni su profunda y reflexiva serenidad. Todo lo que acometía lo hacía a saltos y trompicones; «como un carruaje por un camino pedregoso», decía Zosine. Con todo, los libros también transfiguraban a esta mujer torpe y de pecho liso, y enseñaba inspirada por una especie de pasión o de éxtasis,

igual que el hombre; y como él, se enfrascaba en su tarea y se olvidaba del tiempo.

—Me da la impresión —dijo un día Zosine a Lucan con aire pensativo— de que los dos enseñan como esas personas que, tras haber estado a punto de morir de sed, por fin pueden beber del manantial hasta saciarse. O como los alcohólicos que, después de una larga abstinencia, se encuentran con un barril de vino. ¡Y nosotras! —añadió—. ¿Recuerdas cómo hablábamos en Londres de conquistar el mundo? ¡En cierto modo, hemos conquistado el mundo! ¡O nos lo han abierto estos dos viejos y poderosos magos! Les debemos mucho, Lucan. Quisiera poder pagarles esto algún día.

Sólo cuando se terminaba la clase y apartaban los libros, volvía a asumir la señora Pennhallow su anterior actitud brusca y malhumorada. Entonces, inmóvil en su silla, se quedaba a veces con los ojos tan fijos en el rostro de las muchachas, como si estuviese haciendo algún tipo de cálculo mental, que éstas se sentían completamente turbadas.

—Te mira a ti —dijo Zosine a Lucan—. Tiene los ojos vidriosos. Ha estado en el armario del rincón —por divertirse, y sin creer en realidad en su teoría, Zosine había dicho a su amiga que a la buena señora le gustaba la bebida, y que a veces se escanciaba un vaso de ron—. O si no —prosiguió—, es que envidia tu belleza. Cada día estás más guapa; y puede que nuestra madre adoptiva, cuando no te quita ojo de encima, esté tratando de sorber la belleza de tu cara y apropiársela.

—He leído, o he oído decir —dijo unos días más tarde—, que cuando un matrimonio es muy feliz, acaban pareciéndose los dos muchísimo. Es lo que les pasa al señor Pennhallow y a su mujer. No se puede felicitar precisamente a ninguno de los dos por eso.

Sin embargo, rara vez bromeaban las muchachas a propósito de sus padres adoptivos. Ya que, aparte de la intensa atmósfera espiritual, había en Sainte-Barbe un influjo que afectaba y conmovía a sus dos moradoras más jóvenes, y las llenaba de una nueva devoción por su profesor, y de una especie de risueña gratitud hacia su vieja esposa.

No tardaron en darse cuenta claramente de que eran inestimables para el viejo matrimonio; sí, que eran su más preciada posesión, y las niñas de sus ojos. Tanto el señor Pennhallow como su mujer eran reacios a dejar que se alejasen de su vista. Si salían a dar un paseo y volvían más tarde de lo que habían pensado, encontraban al viejo o a su mujer en la puerta, llenos de afectuosa inquietud. A veces, cuando se iban a dormir, se entreabría la puerta suavemente, y asomaba el rostro de la señora Pennhallow, como para cerciorarse de que seguían allí; y avanzada la noche, oían sus pasos en el corredor, delante de su habitación. El señor Pennhallow nunca les hablaba sin una leve y amable sonrisa, y su mujer, cuando se dirigía a ellas, suavizaba su voz ronca. En el caso de Zosine, que había sido mimada y consentida toda su vida, esta omnipresente y vigilante ternura no siempre era bien recibida. Incluso se impacientaba, y se quejaba de que la trataran como si fuese un bebé. Pero a Lucan, a

la que hacía tanto tiempo habían dejado que cuidase de sí misma, esto la conmovía profundamente. Pensaba a menudo en aquella hija muerta de la que habían hablado los dos viejos, y se sentía agradecida a la pobre difunta por el cariño con que ahora la rodeaban a ella.

Los padres adoptivos, poco después de la llegada a Sainte-Barbe, habían pedido a sus hijas que les llamasen «Padre» y «Madre». Y a veces las muchachas, por agradecimiento, cuando se dirigían a la señora Pennhallow, empleaban la palabra «Madre»... aunque lo hacían con cierta renuencia o timidez, ya que en la seca y austera figura de la vieja mujer había muy pocos de los atributos que generalmente acompañan a ese dulce y sagrado nombre. Pero Zosine, con admiración y devoción, casi desde el primer día de sus lecciones, había encontrado un nombre para su viejo profesor. Le llamaba «Maestro», y casi nunca se refería a él más que como «nuestro maestro».

La solicitud de los viejos era aún más conmovedora o patética porque era evidente que no estaban acostumbrados a la compañía de jóvenes, y no parecían tener idea de cómo expresar sus sentimientos hacia ellas. Cuando no les daban clase, tenían muy poco que decirles, y muy a menudo les hablaban como si fuesen niñas pequeñas o como si ellos mismos estuviesen en cierto modo en una segunda infancia. Pero también mandaban a Baptistine que les hiciese bizcochos, o les regalaban un gatito o un pájaro en una jaula. Como Zosine había dicho, estaban orgullosos de sus hijas adoptivas; las mandaban a Peyriac a recoger el correo, y a su regreso les preguntaban si se habían encontrado con mucha gente por el camino, como si estuviesen deseosos de exhibirlas. Más de una vez manifestaban su pesar por no conocer a las personas de la vecindad, a fin de habérselas podido presentar a las muchachas.

Una noche, cuando las dos estaban estudiando sus lecciones del día siguiente, el viejo clérigo, sentado junto a la lámpara, se quedó mirándolas largo rato con el rostro radiante de bondad. Entrelazó las manos sobre la mesa, y con su voz baja y cascada, dijo a su mujer: «Así que al final, querida, nos hemos convertido en un par de verdaderos pastores para nuestras blancas ovejitas.» Su esposa coincidió con él, con una risita que sonó de manera extraña, como si no estuviese acostumbrada a reír.

A Lucan y a Zosine les parecía que los dos viejos hablaban muy poco entre sí. Sin embargo, discutían sobre cuestiones de las que las dos muchachas nunca habían oído hablar, ni entendían nada, ya que en tales momentos empleaban palabras y giros desconocidos para ellas. Pero si advertían que sus discípulas podían oírles, interrumpían inmediatamente la conversación.

—Probablemente —decía Lucan— están hablando de alguna cuestión erudita o teológica, y saben que es demasiado complicada para nosotras.

Por la noche, cuando estaban en la cama, las muchachas les oían conversar mucho tiempo en voz baja, en el comedor. «Ahora hablan del libro del Maestro», se decían.

A veces, los viejos bajaban pesados libros de cuentas, y se enfrascaban en ellos durante horas. «El señor Pennhallow —decía Lucan— debe de llevar sin duda las

cuentas de muchas instituciones caritativas.»

—Cuando están sentados así —decía Zosine—, con sus viejas cabezas juntas, te das cuenta claramente de que pertenecen a una secta religiosa que espera algo. ¿La segunda venida de Cristo? ¿El fin del mundo? No entiendo de teología. Pero veo en sus rostros que están alerta. Los dos esperan algo con toda serenidad.

3. Clon

El reverendo señor Pennhallow era asceta por naturaleza: no comía carne, no bebía más que agua y, como los ermitaños de la antigüedad, se alimentaba principalmente de pan seco y de yerbas. La señora Pennhallow no tenía el menor interés por la casa; todo su pensamiento estaba puesto en su marido y sus libros. Pero *madame* Baptistine, como la mayoría de las francesas, era una competente ama de casa, y la comida en Sainte-Barbe era abundante y agradable.

Además, Baptistine sabía bastante de horticultura. Vendía verduras y fruta en Peyriac, y los días de mercado hacía que Clon le llevara las mercancías en un carrito tirado por un burro, hasta Lunel, donde tenían fama sus lechugas frescas, sus melones dulces y sus jugosos melocotones.

Por la mañana temprano, y por la tarde, cuando refrescaba después de un día de calor, las dos muchachas inglesas trabajaban con Clon en el huerto. Para Lucan y Zosine era grato cambiar las lecciones dentro de la casa por plantar y sembrar, atar los melones y llevar agua limpia del pozo a los semilleros. El burrito gris se convirtió muy pronto en favorito y predilecto de Zosine. Lo almohazaba, le daba azúcar y lo llevaba del ronzal a pastar por los bordes del camino, fuera de la cerca. Lucan sentía un amor instintivo y profundo por todas las plantas y flores. Desherbaba y regaba cuidadosamente las largas filas de judías y calabazas. Seguía las instrucciones de Clon sobre cómo debía cavar y hacer caballones; pero muchas veces también era capaz de enseñar al chico nuevas formas de tratar el suelo y las plantas jóvenes.

Durante estas horas apacibles en el huerto, las muchachas hablaban de sus estudios y del pasado; y un tiempo después, empezaron a hablar también del futuro y a preguntarse qué sería de ellas cuando, llegado el momento, tuvieran que abandonar Sainte-Barbe y salir al mundo. Zosine esperaba grandes cosas de la vida. Cuando Papá regresase, decía, harían un viaje juntos a China, y no se casaría y sentaría la cabeza, aseguraba, hasta haber tenido pretendientes en todos los países del mundo. Lucan escuchaba sus fantasías; ella, en cambio, no podía trazar esos cuadros fastuosos y atrevidos del futuro. Para ella, el futuro se encontraba detrás de un velo: unas veces incoloro, otras, iluminado por una luz mágica y misteriosa. Lo esperaba callada y obediente. «Tal vez», pensaba, y se sonreía mientras transportaba con el delantal una carga de guisantes a la casa, «tal vez soy en realidad una adventista, igual que el señor y la señora Pennhallow».

Clon era un chico taciturno. Estaba muy orgulloso de su fuerza, y declaraba

arrogantemente a las muchachas que podía cavar una sepultura más deprisa que el sepulturero de Peyriac. Pero era tímido y desconfiado; a veces casi parecía tenerles miedo, y las seguía con sus ojos oscuros y asustados mientras andaban por el huerto. Zosine, que sabía muy poco de timidez ni de gente tímida, decía a su amiga que el chico no estaba bien de la cabeza. Pero Lucan se daba cuenta de que su actitud hosca y atemorizada se debía a que había estado en la cárcel. Pensaba en sus hermanos pequeños, y compadecía a este chico solitario. «Es injusto, es una vergüenza», decía a Zosine, «que un pobre chico que quizá haya robado una vez un pan en una panadería cuando tenía hambre, haya sido encarcelado como si se tratase de un malvado, haciendo así que tema y evite ya para siempre al resto de los seres humanos». La serena y dulce afabilidad con que el Maestro trataba al chico, la inagotable paciencia que mostraba con él, impresionaban a las muchachas, y hacían que Zosine soportase también su tosco y singular comportamiento. Cuando un día, Clon, partiendo leña, se cortó gravemente en un dedo, ella se lo lavó y se lo vendó. Esta amabilidad y simpatía parecieron sorprender al chico, e incluso ofenderle en cierto modo. No obstante, a partir de entonces, la seguía con la mirada mientras ella trabajaba en el huerto, y le acarreaba pesados cubos del pozo.

A Clon le había enseñado su amo a fecundar las matas de melones llevando el polen de una a otra con un palito. Al principio el señor Pennhallow había dudado en permitir que sus muchachas participasen en una operación tan estrechamente relacionada con los misterios de la vida; pero descubrió que Lucan tenía ya bastantes conocimientos de esa práctica y que, en su inocencia y su amor a la naturaleza, no la relacionaba con ningún secreto pensamiento.

Un día hermoso y despejado se encontraban solos ella y Clon trabajando en el melonar. Un poco cohibida porque no conseguía expresarse en francés como hubiera deseado, la muchacha trató de hacer que el chico se confiase a ella. Evitó aludir a su pasado porque comprendía que encerraba demasiada negrura y dolor; pero le habló de su propio hogar en Inglaterra, y de cómo en él todos hacían lo posible por ser amables y generosos con los demás.

Clon la escuchaba con el rostro impasible, hermético, y con una débil y casi burlona sonrisa. Pero al enderezarse los dos, entre las filas de melones, se quedó de pie un momento, sumido en hondos pensamientos.

—Yo también —exclamó de repente—, yo también traté una vez de hacer algo bueno. Yo también traté de ayudar a alguien. A alguien —prosiguió, con una expresión extraña en su rostro ceñudo— que tenía el cabello como usted. Y que me habló de la misma manera —se quedó callado e inmóvil un minuto—. Pero nadie lo sabe —añadió en voz baja, de malhumor.

Lucan le miró a la cara con sus ojos claros y azules.

—Sí, Clon —dijo con suavidad—. Él, que lo ve y lo sabe todo, sabe eso también. El chico la miró, volvió los ojos hacia la casa, y palideció intensamente.

—No, no —exclamó; y no quiso decir nada más.

Al día siguiente se acercó a la muchacha con una rara y misteriosa excitación reflejada en el semblante, y le mostró orgulloso una ardillita que había atrapado y que sujetaba con sus grandes e informes manazas llenas de manchas. Le iba a enseñar algo, dijo, ahora se iban a divertir. Cuando, con leve sonrisa, le preguntó Lucan qué iba a hacer con la pequeña bestezuela asustada, él le explicó sus intenciones; y eran tan crueles e insensatas que al principio, horrorizada, se tapó los oídos; luego, completamente pálida, le ordenó que soltase a la ardilla y dejase que se fuera. Clon no la entendió, o no quiso obedecerla; se limitó simplemente a apretar más a la ardilla contra su pecho.

—Clon —gritó Lucan, esforzándose en dar firmeza a su voz temblorosa—, ¿has olvidado lo que te dije ayer de Él, que lo ve todo? ¿No has pensado lo que te diría, si te viese torturar a una criatura inofensiva que no te ha hecho ningún daño?

Clon se quedó mirándola un momento, como si aquellas palabras fuesen incomprensibles para él. Luego, lentamente, una sonrisa dura, salvaje, se ensanchó en su rostro.

—¿No le gustaría a Él? ¿No lo encontraría bien?

Lucan pensó que, después de todo, Zosine tenía razón, y que el chico era anormal. Llena de alarma y de indignación, trató de quitarle el animal y dejarlo escapar. Clon se había puesto igual de pálido que ella, y la miró irritado.

—¿Cuándo se van de aquí? —exclamó de repente con voz salvaje y amenazadora.

—¿De aquí? —preguntó Lucan.

—Sí, de aquí —repitió él.

—¿A dónde quieres que nos vayamos, Clon? —preguntó seria.

—¡Lejos! ¡Adonde sea! —gritó él—. ¡Lejos de aquí! Como las otras *mesdemoiselles* que estuvieron aquí antes.

En la cena, el señor Pennhallow, que al regresar de su trabajo diario había visto de lejos hablar a Lucan y al chico, le preguntó sonriente a la muchacha de qué había estado discutiendo con aquel pobre y tímido chico de pueblo. Lucan no quiso o no tuvo valor de mencionar la ferocidad de Clon. Contestó, algo confundida:

—Me ha dicho que ha habido otras señoritas antes que nosotras. No sé a qué se refería.

Le había sublevado tanto la crueldad del chico que por la noche, pensando en el pequeño e indefenso animal en sus manos, no podía dormir. Mientras permanecía despierta en la cama, recordó que se había dejado la regadera en el sendero del huerto. En otra ocasión, habían regañado a Clon por cierto olvido suyo o de Zosine. No quiso que volviera a ocurrir. Muy sigilosamente, a fin de no despertar a su amiga ni a nadie de la casa, se puso el chal y salió a guardar la regadera en el pequeño cobertizo que había en un ángulo de la tapia, donde se guardaban todas las herramientas. Todavía había la suficiente luz para ver por dónde iba. Recogió la regadera del sendero, donde la había dejado.

Cuando iba a abrir la puerta del cobertizo, se detuvo, aterrada al oír un gemido

apagado y largo en su interior. Sonaba como si hubiese allí encerrado un ser humano y se lamentara en la soledad de la noche.

Se quedó en el sendero, llamó un par de veces en voz alta; por último levantó el picaporte y abrió la puerta. Clon se desplomó hacia fuera, y cayó de bruces en el suelo, delante de ella. Parecía sobrecogido de terror, e incapaz de levantarse. Temblaba de pies a cabeza, y seguía gimiendo ronca y lastimeramente. Lucan pensó que seguramente se había quedado dormido en el cobertizo, y que alguien, sin saber que estaba dentro, lo había dejado encerrado. Lucan se quedó mirándolo un rato sin hablarle, ya que no podía olvidar ni perdonar sus ojos ansiosos y perversos cuando apretaba a la ardilla contra sí. Por último, dominó su repugnancia, se inclinó, y le puso una mano en el hombro.

—Clon —dijo; y trató de levantarlo.

—No puedo salir —gimió él—. No puedo salir —temblaba con tal violencia que le castañeteaban los dientes; y Lucan sólo entendió sus frenéticas y desesperadas palabras después de que él las repitiera varias veces.

Lucan le sacudió con suavidad por el hombro, y, finalmente, le puso de pie. Él se agarró a su mano y se quedó mirándola en la oscuridad, como si no diese crédito a sus ojos. Por último, al reconocerla, cayó de rodillas otra vez, y apretó su cuerpo contra los vestidos de ella.

—¿Ve usted? —exclamó—. ¿Ve usted? ¡Él lo sabe todo! ¡Se entera de todo! —se le había puesto tan ronca y aterrada la voz que Lucan se asustó al oírsele—. Nunca más hablaré de las *demoiselles* que se han ido —gritó—. ¿Qué me importa a mí lo que les haya pasado? Nunca más volveré a hablar de ellas.

4. Mazeppa

A veces, cuando Baptistine rompía su hosco silencio y distraía a las muchachas inglesas hablándoles de gentes y sucesos de la vecindad, había dos nombres que aparecían constantemente en sus historias. El primero era Joliet, señorío al que había pertenecido Sainte-Barbe, y que la rodeaba por todas partes; el otro era De Valfonds, familia a la que pertenecía la tierra y que residía en el *château*. De este lugar y de estas gentes, la dura y despectiva mujer hablaba con respeto, en contra de su práctica habitual. Tal vez parecía extraño que, habiendo sido expulsada de Joliet, y pudiendo culpar de su aislamiento a la familia De Valfonds, sintiese todavía un fuerte apego a estos dos nombres. Pero Lucan y Zosine comprendieron que la propiedad y la familia, a las que los antecesores de esta campesina habían servido durante tantos cientos de años, conservaban todavía a sus ojos el esplendor de un reino y de una familia real.

Ninguna tierra de Francia, declaraba orgullosamente Baptistine, estaba trabajada como la de Joliet; ninguna comarca producía mejor vino; en ninguna parte había granjeros, arrendatarios y peones más prósperos o más contentos. Incluso el antiguo dueño, que había sido asesinado en el huerto de Sainte-Barbe, había sido un amo justo e indulgente en una época en que otros grandes señores oprimían y maltrataban a los campesinos. Su viuda, que cuando él murió sólo contaba veinte años y había permanecido en la propiedad cuando otras grandes familias emigraron de Francia, había dirigido los trabajos con el mismo espíritu que él, pero añadiendo un rasgo nuevo a la tradición de la familia: después del asesinato, ningún Valfonds había abandonado la provincia. Vivieron y murieron en Languedoc. Baptistine recalcaba también con orgullo esta característica, como si con ella la familia se hubiese apropiado de la provincia. Aún vivía en la mansión la viuda del asesinado barón de Valfonds. Su único hijo y su esposa habían muerto; ahora era su nieto el propietario, y vivía con su abuela. Este joven noble tampoco había salido nunca de la comarca, ni había visitado París. Permanecía dentro de los límites de la región de Languedoc, y había que buscarle en su propia tierra.

Todo esto excitó enormemente la imaginación de las dos jóvenes inglesas. Joliet se convirtió para ellas en un castillo de cuentos de hadas, y en parte de la historia de Francia que precisamente estaban estudiando. Al abordar el tema de las cruzadas, era ahora un Valfonds quien emprendía la marcha hacia Tierra Santa mientras su dama agitaba su largo velo desde las almenas de Joliet. Pero llegó un día en que volvieron a la vida real. Transcurridos un mes o dos, adoptaron la costumbre de pasear por los

caminos que atravesaban el precioso bosque de Joliet. Desde un banco podían ver el blanco edificio entre los árboles.

Al pie de la larga colina sobre la que se alzaba el castillo había un gran cercado herboso en donde pastaba gran número de caballos. Eran los caballos de montar del joven barón de Valfonds. En su familia habían sido siempre expertos jinetes y criadores de caballos. Zosine, que desde que estaba en Francia se había conformado con un asno, se sintió fascinada al ver los caballos. No tardó en conocerlos a todos y ponerles nombre. Consiguió que Baptistine le diese cestas de pan duro, y se las llevaba a sus amigos, que a su vez aprendieron a conocerla, y acudían cuando ella los llamaba con su voz clara. A Baptistine le encantaba la idea de que los caballos de Joliet se alimentasen con el pan de Sainte-Barbe, y se mostró menos adusta con Zosine que con los demás moradores de la casa. Y así como la señora Pennhallow había adquirido la costumbre de quedarse mirando la preciosa cara de Lucan, Baptistine fijaba sus ojos escrutadores en Zosine como si sus facciones le recordasen otras que hubiera visto hacía mucho tiempo.

Zosine no había vuelto a hablar de *Tortuga* desde su llegada a Francia. Pero cuando se sentaba sobre la valla del cercado, hablaba animadamente de su casa; como si el estar aquí fuese en cierto modo haber regresado a ella. Había un precioso caballo blanco que le recordaba, decía, al favorito de su Papá cuando ella era niña. Lo llamó «Mazeppa» en recuerdo suyo, y saltaba la valla para acariciarlo; y andaba con él por la yerba, sujetándolo de la crin.

Un día de finales de verano las muchachas estaban en el cercado. Parecía que iba a haber tormenta; el cielo tenía un turbio azul oscuro, con grandes nubes que surgían del horizonte; los robles corpulentos que rodeaban el prado eran casi negros, y el caballo blanco ofreció un aspecto espléndido en el paisaje sombrío, al acudir trotando a la valla con la cabeza y la cola levantadas.

Zosine se volvió hacia Lucan:

—Me sería facilísimo montar a «Mazeppa» —dijo—. He montado muchas veces a pelo. Cuando yo era pequeña, llegó un circo ambulante al pueblo de *Tortuga*. Allí vi cómo montaban algunas mujeres, sentadas o de pie, a lomos de caballos sin silla; y tanto me encapriché con imitarlas que Papá mandó venir a casa a uno de aquellos hombres para que me diese lecciones. Si le das pan a Mazeppa y lo entretienes, lo puedo montar desde la valla.

Lucan trató de disuadir a Zosine. ¿Qué pensarían el dueño o la dueña de Joliet, la amonestó, si pasasen por casualidad, y la vieses montada en uno de sus caballos? Zosine alegó que hasta ahora nunca habían pasado por allí; pero Lucan notó que se le iluminaba el semblante ante la idea de que pasaran a tiempo de admirar sus habilidades de amazona. Convenció Zosine a su tímida amiga para que sujetase al caballo por el mechón de la frente, mientras ella se recogía el vestido en lo alto de la cerca.

—Suéltalo ahora —gritó, feliz como una niña, y agarrándose a la crin y

acariciando el cuello del animal, inició la marcha por delante de Lucan, al paso.

Lucan la siguió con la mirada, y pensó que Zosine tenía buena figura a caballo. Al principio fue despacio, pero no tardó en hacer que el caballo cogiera el trote. Había montado a mujeriegas; pero cuando el movimiento del animal se hizo más rápido, intrépida como un muchacho, le pasó la pierna por encima del cuello, se volvió y se rió de Lucan. Dio la vuelta al prado entero, y luego puso al caballo a medio galope. Durante un rato todo fue bien; pero luego Lucan observó que se estaba escurriendo y perdiendo estabilidad, y un momento después se cayó al césped. A Lucan se le paralizó el corazón un segundo; pero Zosine se incorporó, se sacudió los bucles, y volvió el rostro radiante hacia su amiga. Entonces advirtió Lucan que de entre los árboles del otro extremo del cercado había salido un joven y observaba a Zosine.

Lucan se ruborizó. A Zosine le daba el sol en los ojos, y no se daba cuenta de que se le había subido el vestido por encima de las rodillas. Lucan quiso acudir, pero el joven había saltado la valla y corría a ayudar a la amazona caída. Zosine se sentía aún excitada de gozo. Siguió sentada en la yerba y se echó a reír al ver al desconocido.

—¿No se ha hecho daño, *mademoiselle*? —le preguntó.

—¡Dios mío —exclamó Zosine, sin contestar a su pregunta—, qué caballo más bueno y maravilloso es Mazeppa! —aquí se dio cuenta de sus piernas descubiertas sobre la yerba. Zosine tenía unas piernas rectas, finas; pero pensó que eran demasiado delgadas. Se levantó rápidamente.

El desconocido vestía blusa como un campesino, pero era afable y gallardo en sus ademanes y gestos. Llevaba su cabello rubio, poco frecuente aquí en el sur, peinado hacia atrás desde su frente blanca; sus ojos claros sonrieron a la muchacha.

—¿Acostumbra montar a pelo, *mademoiselle*? —preguntó.

—Cabalgo así desde que era niña —dijo Zosine—. Pero esta vez no ha sido precisamente un éxito —de repente se dio cuenta de que sin duda el joven la había visto caerse, y le dieron ganas de echar a correr. Pero el joven se mostraba tan respetuoso que recobró el valor. «Probablemente», pensó, «es uno de los mozos de cuadra de Joliet. Puede que no me denuncie a su amo»—. ¿Cuida usted del caballo blanco? —preguntó.

—Sí, *mademoiselle*; y me conoce muy bien —contestó. Zosine le miró fijamente; el sol le seguía dando en la cara. Estaba algo mareada por la caída, y en ese momento no distinguía bien entre el hombre y el caballo. ¿Era un joven mozo de cuadra de Joliet, o el propio «Mazeppa» con sus ojos hermosos y limpios y su hocico aleteante, al que tenía de pie ante ella y le hablaba?

—Una vez —dijo—, vi representaciones de centauros, seres mitad hombre mitad caballo. ¡Sería maravilloso ser centauro!

—Sí; todavía debe quedar alguno en el bosque de Joliet —dijo el joven—; y sin duda la acogerán en su hermandad.

Las muchachas emprendieron el regreso emocionadas por esta aventura. Hacía mucho que no hablaban con nadie de fuera de Sainte-Barbe. Lucan aún estaba

avergonzada por haber sido sorprendidas dentro de una propiedad ajena. Reprendió suavemente a Zosine, y le dijo que no volvería con ella al prado de Joliet.

Zosine la escuchó pacientemente un rato sin replicar. Pero, en un recodo del camino, vieron surgir Sainte-Barbe; se detuvo de repente, y se volvió a Lucan. En ese instante no fue la dócil y ambiciosa discípula del señor Pennhallow, sino la antigua Zosine de *Tortuga* y de la noche del baile, la mimada y radiante muchacha para quien la vida había sido un jardín de rosas, y sus luchas tan sólo un juego. Aún tenía el rostro encendido por su atrevimiento y su aventura.

—No me regañes, hermana Lucan —suplicó, dulce e insinuante—. Vosotras las personas serias no debéis ser demasiado severas con los seres humanos que buscan alguna distracción cuando se sienten encerrados como en una cárcel, y no se les permite siquiera decir que son prisioneros. Si no consigo pronto divertirme un poco, me moriré.

5. *Exhortaciones de la señora Pennhallow*

En toda la comarca de Peyriac, donde se cría el famoso vino dulce Muscat de Lunel, la vendimia es el gran acontecimiento del año. La inaugura un sacerdote, primero con una misa en la iglesia de la plaza, y después con la bendición de los viñedos. Todas las personalidades de la vecindad están presentes, van a pie en la procesión, y se arrodillan en el campo como los vendimiadores, mientras sus elegantes carruajes les siguen a cierta distancia y esperan a la sombra de los árboles.

Lucan y Zosine obtuvieron permiso para ir al pueblo con Baptistine a ver la ceremonia. Baptistine iba todos los años, aunque se mantenía apartada de los lugareños. Ahora se volvió habladora, a su habitual manera maliciosa.

Al pasar un elegante carruaje, les dijo a las muchachas que venía de Joliet, y que en él iban la vieja baronesa y su acompañante. Su nieto, de acuerdo con la costumbre, se uniría a la procesión más tarde a la cabeza de sus vendimiadores. La vieja dama llevaba su rostro delicado, céreo, grave, enmarcado por un sombrero de encaje negro; todo el mundo la saludaba con respeto y ella correspondía con una inclinación de cabeza.

—Ya va siendo hora de que se case el barónThésé —comentó Baptistine—; su abuela quiere para él una mujer que sea de nuestra provincia y que se quede aquí. Las señoritas del contorno son unas frivolas damiselas. Quisieran convertirse en baronesa de Valfonds, pero están igualmente ansiosas por marcharse a París a ver a nuestro buen rey y a la reina Amélie. El barón no abandonará la región, y tampoco es probable que deje a su esposa irse sola a París.

—¿Es el barón Thésé como su abuela? —preguntó Lucan, que no podía olvidar el hermoso y noble rostro de la vieja dama.

—No —dijo Baptistine—; es como su abuelo, nuestro antiguo señor de Joliet, que vino poco antes de morir, cuando Francia era sacudida por la Revolución. Pero su difunto padre, el barón Sigisbert, hijo de la actual señora, era el vivo retrato de su madre. Decían que era el joven más guapo de Francia. Cuando regresó el rey Luis, le mandó llamar; y le habría concedido un puesto importante en la corte. Sí, decían que quería casarlo con una princesa de sangre real, porque su familia había sido muy leal a la Corona. Pero el barón Sigisbert no quiso abandonar nuestra provincia de Languedoc.

Pasó por delante de ellas un joven vestido de negro, con una preciosa tez blanca y sonrosada, y la campesina se rió para sus adentros.

—Ahí va *monsieur* Emmanuel Tinchebrai —dijo—. Es el oficial mayor de nuestro juez de Lunel. ¿Qué les parece a mis jóvenes *mesdemoiselles*: es pelirrojo, o no lo es? Sí —prosiguió, riendo al ver las caras perplejas de las muchachas—; la verdad es que *monsieur* su padre era un respetable comerciante en harinas de Lunel, y tenía una esposa muy guapa. Vivía frente al palacio obispal; y después del incendio, hará unos veinticinco años, el señor obispo de Nimes, al venir de visita, se alojó en casa de este comerciante. Su eminencia procedía de buena y rancia familia, todas personas distinguidas y generosas, ¡y también pelirrojas! Así que, cuando nació el señorito Emmanuel, toda la gente tuvo curiosidad por saber cómo era el pelo del niño. Si era pelirrojo, seguro que se abriría camino en el mundo. Pero también recibirían motes indecentes el viejo Tinchebrai y su joven esposa. ¿Cuáles serían las esperanzas del pequeño Emmanuel, cuando se mirase al espejo? —Baptistine terminó con una breve risita—. No solía jugar mucho con los demás niños. Aunque fue a un colegio elegante, y sin duda llegará a juez a su debido tiempo. Antes iba a menudo a Sainte-Barbe a visitar a mi viejo señor, tal vez para ver cómo es un sacerdote con esposa. Pero han debido de disgustarse, porque no ha vuelto a ir por allí desde hace seis meses.

Las muchachas siguieron a la procesión durante parte del recorrido; luego la dejaron ya que, como buenas protestantes, no podían arrodillarse con los demás.

Unos días más tarde se toparon por el camino con el párroco del pueblo, el padre Vadier. Éste las abordó amablemente, y les preguntó sobre su vida en Sainte-Barbe; pero enmudeció al darse cuenta de que eran herejes. En el curso de la conversación mencionó que era el confesor de la vieja baronesa y de su nieto. Esto hizo que Lucan y Zosine le mirasen con respeto. El *château* de Joliet ocupaba últimamente un lugar preponderante en sus conversaciones y en sus pensamientos. Se preguntaban qué hacían o sentían allí las personas. Y este hombre afable y sereno lo sabía todo.

En contra de su costumbre, el señor Pennhallow se hallaba ausente cuando llegaron ellas a Sainte-Barbe; la señora Pennhallow estuvo inquieta y callada durante la cena; más tarde, sin embargo, pareció recordar sus obligaciones para con sus hijas adoptivas. Se sentó a la mesa frente a ellas, y empezó a hablar más animadamente de lo habitual. Pero al comentarle ellas el encuentro que habían tenido con el párroco, y decirle que éste les había estado preguntando sobre sus vidas y sus estudios, se le ensombreció la cara.

—Los sacerdotes católicos romanos —dijo con una leve sonrisa de arrogancia— son gente ignorante e inculta. Quieren meter las narices en todas partes, y les gustaría que fuésemos todos a confesarnos con ellos. No es la primera vez que el cura de Peyriac pretende fisgar en las cosas de Sainte-Barbe. Mejor haría en mantenerse apartado.

»No escuchéis nunca a un papista —dijo, tras una pausa, con voz ligeramente temblorosa—. En esa religión oscurantista, el sacerdote se bebe el vino de la comunión sin compartirlo con los asistentes. ¡Sus sacerdotes no pueden casarse! Y la

Iglesia Católica Romana rinde culto a una mujer. En sus iglesias veréis la imagen de una mujer en el altar. Eso es una blasfemia.

A la vieja le temblaban las manos mientras hablaba. Cogió la lámpara que había sobre la mesa para cambiarla de sitio, pero tuvo que dejarla otra vez.

—El hombre —dijo— ha sido hecho a imagen de Dios; así lo dicen las Sagradas Escrituras. Pero la mujer es la más espantosa de las criaturas. La mujer desnuda es tan horrenda que el pensamiento retrocede ante ella. Jamás me he atrevido a enfrentarme a la imagen de una mujer desnuda. Si hubiese llegado a verme a mí misma desnuda ante un espejo, me habría tenido que encerrar en una habitación oscura para el resto de mis días. Las funciones propias de las mujeres son tan abominables que incluso entre ellas mismas las mencionan en voz baja. Terrible destino para un ser humano, el de tener que despreciarse y huir de sí misma, y saber que no puede escapar del horror y la degradación. Algunas de nosotras han vivido, quizá, con la esperanza de que el hombre, como ser superior, se mostrase indulgente con nuestra desdicha. Pero también ellas han terminado por decirse a sí mismas: «Imposible.»

Su rostro se contrajo y se estremeció, como si notase un olor desagradable, o estuviese a punto de romper a llorar.

—Y entonces —prosiguió tras una pausa, con una extraña y súbita luz en el semblante—, sucede el milagro. Sí; quienes lo han experimentado saben que no es otra cosa que un milagro. He aquí que el hombre, de quien no había esperanza de perdón... no nos perdona: nos adora. No sólo soporta nuestra fealdad, sino que nos adora. No sólo no cierra los ojos misericordiosamente ante nuestra ignominia, sino que sacia sus ojos en ella.

Hizo otra pausa breve, y exclamó:

—Ésa es la gracia. Ésa es la rehabilitación y la santificación de la mujer por el hombre. Ése es el gran milagro de nuestra existencia. Quienes debían ser castigadas reciben homenaje. El ser del cual debía apartarse el hombre con repugnancia es celebrado en la canción. Sí, en el Cantar de los Cantares.

La vieja estaba de pie, erguida, junto a la mesa. Le temblaba la barbilla, adornada con algunas cerdas grises. Se apretaba una mano contra su pecho liso. Las dos muchachas, asombradas, dejaron la labor. Se quedaron mirando la desmañada figura en aquel raptó de apasionamiento. Pero la señora Pennhallow no las miraba a ellas. Casi parecía hablar consigo misma.

—Son unos momentos espantosos —dijo lenta, lúgubrememente—, aquellos en los que todavía dudamos que un hombre quiera o pueda salvarnos. ¡Qué horribles esfuerzos nos vemos obligadas a hacer, a fin de llegar a ser una realidad en su vida! Nos sentimos desgarradas entre nuestra esperanza de glorificación y nuestro tremendo remordimiento cuando vemos que, al obligarle a levantarnos del fango, le hundimos con nosotras en él. Puede que duren mucho esos momentos; puede parecer que es demasiado tarde; sin embargo, debemos resistir. Debemos emplear la fuerza, incluso frente al que va a salvarnos. ¡Oh, sufriremos por ello! —Se estremeció, y

durante un momento mantuvo la mano en la boca—. Pero una vez que ha sucedido —dijo lentamente—, alcanzamos la beatitud. Ésa es la beatificación de la mujer por el hombre.

»Y ¿no debemos —prosiguió, con sus pálidos ojos vueltos hacia el techo, donde dos pesados ganchos cubiertos de hollín destacaban contra las viejas vigas ennegrecidas—, después de ese momento, servirle y mostrarle nuestro agradecimiento eternamente? Tenemos que someternos a él, y esforzarnos por él; su deseo debe ser ley para nosotras. Por medio de él hemos llegado a ser hermosas; y si él apartase otra vez los ojos de nosotras, volveríamos a hundirnos en nuestra desdicha y nos perderíamos para siempre. ¿No es, pues, nuestra obligación hacer todo lo que él nos exija? No tenemos que olvidar nunca lo que le debemos, y es nuestra obligación estar siempre dispuestas a entregarle nuestra vida, nuestra alma, incluso, por esa mirada que nos ha salvado.

Se quedó ensimismada unos minutos. Poco a poco, se serenó su rostro, y se vació completamente de toda expresión. Las muchachas se atrevieron a mirarse otra vez. Zosine, para quien la irresistibilidad de su propia belleza y la de toda joven era artículo de fe, dirigió riendo una secreta mirada al armario del rincón, donde Baptistine guardaba el excelente licor de cerezas que ella misma confeccionaba.

En ese instante oyeron pasos en la grava del sendero. El rostro de la vieja recobró poco a poco el color; se disolvió la rigidez de su cuerpo; todavía hizo unos cuantos gestos espasmódicos con las manos, y se hundió en su silla junto a la mesa.

—Es el señor Pennhallow que regresa —susurró—. Gracias a Dios que no le ha ocurrido nada. Guardad silencio ahora. No le diremos nada de todo esto.

6. *Un antiguo discípulo del señor Pennhallow*

Estos días, Lucan se sentía a menudo preocupada y deprimida. Había llegado a querer a Zosine como a una hermana, y la fe y confianza de su amiga significaban cada vez más para ella. Pero ya no podía ser completamente franca con ella. La rica y mimada criatura de *Tortuga* sabía muy poco del mundo en el que vivía ahora. Podía sorprenderla o divertirla, pero no intentaba comprenderlo o explicárselo. En su nueva situación, Zosine confiaba en Lucan como en la persona que la había traído aquí, y que estaba familiarizada con las circunstancias.

No obstante, había algo en Sainte-Barbe que Lucan no conseguía explicarse. A veces le parecía como si la casa tuviese un secreto habitante al que no hubiera visto aún. Se decía a sí misma que no eran más que figuraciones; sin embargo, le volvían una y otra vez sus extraños recelos. ¿Adónde había traído a su alegre y joven hermana, pensaba, que tanta fe había depositado en ella? Había aprendido ya algo de la perfidia del mundo, y tenía que ser capaz de asomarse a él y evaluar la situación de las dos.

Zosine parecía más feliz que antes y más apegada a su amiga. Le preguntó un par de veces a Lucan si se encontraba mal o estaba preocupada por algo. Lucan negó con la cabeza; no quería que sus imaginaciones turbasen el equilibrio espiritual de Zosine. Pero le apetecía salir sola a pasear, y mirar y escuchar, por así decir, en soledad.

Una tarde en que el cielo se pobló de espesas nubes de lluvia, estaba Lucan recogiendo manzanas en el huerto, cuando vio venir a un joven por el camino, junto a la tapia; se detuvo a echar una mirada a la casa, y al final tiró de la cuerda de la campanilla. Lucan dejó la cesta y fue a abrirle. El desconocido la miró un segundo con evidente sorpresa y admiración, se apresuró a quitarse el sombrero, y preguntó si vivía allí el reverendo señor Pennhallow. Al decirle Lucan que sí, sacó una tarjeta y se la tendió, rogándole que informase de su presencia al viejo clérigo, si no tenía inconveniente. Era un joven apuesto y vigoroso, de negras y espesas cejas y ojos azules; su porte era desenvuelto y natural, como de la persona que ha vivido mucho al aire libre. Tenía la voz fuerte y sonora, pero hablaba con acento.

—Usted no es francés —exclamó la muchacha—. Es inglés.

—Y usted también —exclamó el joven, gratamente sorprendido como ella.

Lucan le dijo quién era, y que ella y su hermana vivían con el señor Pennhallow y su esposa.

—¿Está casado? —preguntó él con asombro, y un instante después prosiguió

alegremente—: Entonces debe conducirme a él, y decirle que soy un antiguo discípulo suyo que ha localizado su escondite.

Mientras hablaban, el propio señor Pennhallow, que había oído la campanilla de la entrada, abrió la puerta de la casa, y se protegió los ojos con la mano para distinguir al visitante.

El joven seguía con el sombrero en la mano. Ahora dio un paso, y preguntó:

—¿Se acuerda de mí, mi querido profesor?

El señor Pennhallow se le quedó mirando un momento, y luego replicó sonriente:

—¡Ah, conque es usted, Noil! No, perdóneme —rectificó—: Sir Noel. Estoy enterado de su cambio de suerte. Su primo murió a consecuencia de una caída del caballo, y ahora es usted sir Noel Hartranft. Pero, ¿qué le ha traído a Francia, Noel?

—Permítame pasar, reverendo profesor —dijo primero sir Noel—, y descansar junto a su chimenea. Tengo necesidad de su sabiduría y su amistad. Pero primero recordaremos viejos tiempos.

El señor Pennhallow jamás se mostraba sorprendido o desconcertado. No obstante, le dedicó al joven una larga, afable, atenta mirada antes de dejarle pasar. Una vez dentro de la casa, le presentó a su esposa y a Zosine, que habían acudido apresuradamente al oír una voz extraña, como sir Noel Hartranft, uno de sus discípulos más queridos de los viejos tiempos.

—Era usted un discípulo inquieto —dijo con una sonrisa—; y causó a su preceptor momentos de perplejidad. Pero debo admitir que jamás conoció el temor, ni dijo una mentira. Tenía entendido que se había hecho marino, y que la mar le había hecho sentar la cabeza.

—Me han ocurrido unas cuantas cosas —dijo sir Noel, y se pasó la mano por la frente—. He estado cinco años en la mar, y he dado la vuelta al mundo más de una vez. Pero ahora, como solía decir usted, soy un respetable marinero de agua dulce, en Inglaterra. *Nihil est agricultura melior*. Usted mismo me enseñó eso; así que seguro que es verdad. Hoy, delante de usted, me siento otra vez un chico de quince años.

La llegada de esta visita pareció llenar de inquietud a la señora Penhallow. Sus ojos buscaron los de su marido un par de veces. Pero éste acomodó cordialmente a su visitante en una butaca delante del fuego, le invitó a una copa de oporto, y se pusieron a charlar con simpatía y cordialidad. El profesor preguntó a su antiguo discípulo sobre su carrera y sus aventuras por el mundo, y sobre viejos amigos y conocidos. Recordó acontecimientos de diez años atrás, y catequizó en broma a su discípulo con las doctrinas que en otro tiempo le había inculcado. Sir Noel le explicó que su barco había anclado en Marsella, y que él se hospedaba en un hotel de Lunel, adonde regresaría esa misma noche. Las muchachas observaban con ojos deslumbrados al apuesto marino.

Cuando la tetera estuvo en la mesa, el joven se quedó callado unos momentos, y a continuación declaró que expondría sin rodeos lo que le traía a Saïnte-Barbe.

—Sin embargo —dijo—, puede que le parezca fantástico y disparatado como

aquellos delirios míos que tantas preocupaciones le causaron en otro tiempo. No —añadió al indicar el señor Pennhallow a su mujer y a las muchachas que deseaba que le dejaran a solas con su invitado—. Prefiero no reservar esta historia para sus oídos únicamente. El caso me parecería demasiado solemne, si tuviera que contárselo a solas. Por favor, pídale a su amable señora y a las jóvenes que escuchen, y que se rían también. Al fin y al cabo, las damas son los verdaderos arbitros de nuestras actividades.

Evidentemente, no quería tomarse su asunto en serio; sin embargo, le había cambiado la voz.

—Recordaré, mi buen profesor —dijo—, la cantidad de sermones y reprimendas que me ha tenido que administrar para llevarme por el recto camino. Sin duda, habrá pensado muchas veces que fueron tiempo perdido en un joven insensible y pecador. Pero le juro que no ha habido un ser humano cuyas palabras hayan quedado más hondamente impresas en mi espíritu ingobernable.

»Es cierto que sus principios me parecían demasiado elevados para quien se daba cuenta de que no era más que un inglés corriente, y sus normas de conducta demasiado excelsas para un muchacho que no ambicionaba convertirse en santo. Pero al mismo tiempo, me parecía que nadie más que usted comprendía mi naturaleza y todo cuanto se encerraba en ella, incluidos aquellos sentimientos que yo no podía explicar, y que eran muy poco claros para mí. Sí; me parecía, cuando usted interpretaba las Sagradas Escrituras o la historia, que comprendía absolutamente la naturaleza de todas las personas, muertas y vivas. ¿Recuerda con qué severidad me castigó una vez mi tío porque, de noche y con tormenta, se me había ocurrido salir con mi pequeño bote? Su sentencia me pareció injusta; me sentí furioso con él y con el mundo. Entonces vino usted, y me habló como si hubiese estado conmigo en el bote. Sí, como si hubiese salido a la mar en noches más oscuras y en tempestades más violentas. Me acalló inmediatamente. No volví a protestar contra mi tío.

»¿Y recuerda también —prosiguió Noel—, que en su incansable lucha contra el poder de las tinieblas, en favor de nuestras preciosas almas, nos hablaba de gentes que habían hecho un pacto con el Demonio y le habían vendido el alma? Usted estaba muy versado en esas materias tenebrosas, y sin duda las había estudiado con celo.

El señor Pennhallow dirigió otra vez al joven una mirada larga, atenta, amable.

—¿Todavía recuerda esas historias de vieja? —inquirió.

—Sí, las recuerdo —dijo Noel—; o me las han recordado, en esta última etapa de mi vida, ciertas cosas que me han sucedido. He pensado tanto en ellas que al final he sentido la necesidad de venir a verle y confiárselas a usted. Me ha parecido que era usted la única persona en el mundo que podía iluminarme y aconsejarme.

—Hace mucho tiempo que he dejado de ocuparme de estas cuestiones —dijo el señor Pennhallow pensativo—. Me temo —añadió bromeando— que no soy la persona adecuada para concertarle un pacto de ese tipo, si es eso lo que se propone. Pero le prometo escuchar con interés lo que tenga que contarme, y cuando haya

terminado, iluminarle y aconsejarle hasta donde alcancen mi experiencia y mi discernimiento.

Noel guardó silencio un momento; luego aspiró profundamente, y empezó:

7. *Un alma regalada*

—El destino ha jugado conmigo como ha querido —dijo—. Hace un año, me sentía satisfecho con el mundo y conmigo mismo. Hace seis meses, estaba en el infierno. ¡Perdónenme! Quiero decir que hace seis meses, yo era un hombre desesperado y sumido en la aflicción. Hoy —repitió con sonrisa tensa— no sé si puedo decir, en el sentido más solemne y estricto de la palabra, que soy dueño de mi alma.

»Como usted sabe —prosiguió—, me crié en casa de mi tío, en Wanlock Hall, con su hijo, mi primo, que era de mi misma edad. Me hice marino, como usted ha dicho. Soy capitán de un barco de su Graciosa Majestad; el *Lion*. Una hermosa muchacha, a la que requerían todos mis amigos, me dijo que era yo el que más le gustaba. La vida parecía de color de rosa para este servidor. Pero de repente, todo se fue al... quiero decir, que de repente todo tomó un sesgo de lo más negro para mí.

»Había bajado una noche a tierra, en Londres, y fui a jugar a las cartas con mi primo y sus elegantes amigos, a su club. Le estuve ganando toda la noche; y él, que era mal perdedor, se molestó y se enfadó por este motivo. Y de repente, me acusó de hacer trampas. Tuvimos una violenta pelea. Yo le exigí que se disculpase, pero se negó. Mi primo gozaba de popularidad en el círculo en que nos encontrábamos; en cambio a mí, ninguno de los presentes me conocía bien; así que me marché furioso. Al otro día me mandó llamar mi tío; al parecer le habían contado ya todo lo ocurrido. Le dije lo que pensaba de su hijo y, en pocas palabras, me fui de Inglaterra en muy malos términos con mis parientes, y con el peso de una absurda sospecha pesando sobre mí. Mi novia lloró, pero prometió que me esperaría, y que sería mi consuelo.

»Pero cuando el barco llegó a Cádiz —dijo Noel—, me entregaron dos cartas. La primera era de mi tío, el cual había tomado una decisión sobre su despreciable sobrino. Nunca más, decía, volvería a poner los ojos en mí, ni yo recibiría de él un solo chelín. La segunda carta me la enviaba mi novia, y estaba escrita, decía ella, con mares de lágrimas. ¡Como si eso pudiera consolarme! Su familia había estado sermoneando y reconviniendo a la pobre más de lo que ella podía soportar. Me devolvía mi promesa, y quería la suya a cambio, ya que en el plazo de un mes a partir de la fecha de la carta, iba a contraer matrimonio con su primo.

»Uno siente que se tambalea ante una doble decepción de este género. No soportaba estar solo, y deambulé por la ciudad. Primero, para distraerme y divertirme, me fui a ver una corrida de toros. Pero aquello ni me distrajo ni me divirtió. Me

parecía que el toro era yo, y que me acosaban, me banderilleaban y me daban estocadas por todas partes; y pensé que ésa era una manera muy poco noble de tratar a un animal o a una persona.

»Por la noche, me encontré jugando otra vez a las cartas en una casa de juego. No recuerdo que bebiera nada. Perdí, seguí perdiendo, y finalmente me quedé sin blanca. Por regla general, no me tomo demasiado a pecho las pérdidas en el juego; pero aquella noche era como si la reina de diamantes y la jota de tréboles fuesen dos pequeños demonios que me acosaban y me banderilleaban. Y no sé cómo —prosiguió sir Noel, aspirando profundamente—, estando sentado allí, y mientras desfilaba por mi cabeza un montón de recuerdos de Inglaterra, me acordé de repente de todas las historias que usted había contado sobre gentes que vendieron su alma al diablo y salieron airosos de sus apuros.

»Como ahora andaban otra vez las cartas por medio —continuó—, me dije: “Los Hatranft no hemos sido nunca especialmente listos a la hora de vender algo, y bien sabe Dios que no tengo idea de cuánto debería pedir por mi alma si tuviera que ponerla en venta en el mercado. Pero esta noche podría entrar en tratos con Su Infernal Majestad. Le haré un regalo. Le daré esta alma, de la que todos hablan, a modo de presente. Si es un caballero, como nos dice Shakespeare, tal vez me conceda algún favor a cambio.” Sí, mi viejo y bondadoso preceptor; sin duda, le parecerá incomprensible que un ser humano discurra de esta manera. Pero en aquella calurosa noche gaditana, me pareció una transacción totalmente corriente y natural. “¡Le ruego que la acepte, señor Belcebú!”, dije; y le aseguro que estaba más serio que nunca en mi vida.

»Un momento después me sirvieron cartas, y vi que todo eran triunfos. Gané, y seguí ganando durante el resto de la noche. Al volver al barco, de madrugada, llevaba los bolsillos llenos de oro y de billetes.

Aquí alzó los ojos, como para observar el efecto de su relato en sus oyentes. Lucan había estado escuchando con temor, y al mismo tiempo con una profunda simpatía y compasión. Sus dulces ojos estaban fijos en el rostro del narrador. Él la miró a su vez, y se quedó callado un minuto, como si pusiese en orden sus pensamientos.

—Al día siguiente —dijo— no volví a pensar en ello. Decidí seguir viviendo, a pesar de la malevolencia de mi tío y la veleidad de mi novia. Pensé en mi carrera como marino, en mi país, y sentí deseos de salir a alta mar otra vez. Pero en el primer puerto que tocamos recibí noticias de que mi tío había muerto; e inmediatamente después, de que mi primo se había caído en el curso de una cacería, había muerto a causa de la caída, y que en sus últimos momentos había retirado su acusación contra mí. Ahora me había convertido en sir Noel Hartranft, como ha dicho usted hace un momento, y Wanlock Hall era mi casa. Menos de un mes después de esto, mi antiguo amor me escribió una carta suplicándome que perdonase su debilidad, y que otra vez era mía para siempre.

El joven guardó silencio un rato, absorto en sus pensamientos:

—Y así han seguido sucediéndome las cosas desde entonces —dijo—. Haga lo que haga, sale bien. Un caballo que compré el mes de mayo por mero capricho ganó una carrera ese mismo mes. Si salgo a pescar, hago captura cada vez que lanzo el anzuelo. Y cazando, no yerro un solo tiro. En cuanto a mi boda, tendrá lugar el mes que viene.

»Pero lo extraño de todo esto —prosiguió, y su voz cambió súbitamente—, es que no encuentro verdadero placer en mi buena suerte. El dinero me repugna. Es, como nos dicen las Sagradas Escrituras, polvo y ceniza en la boca. Tengo la impresión de que ahora mis amigos me tratan con cordialidad sólo porque saben que soy rico. Mi prometida ya no es la misma de antes. Casi tengo miedo. Me parece que ya no me queda nada que desear ni esperar en la vida. Hasta la vida misma me parece una maquinación diabólica. El último viaje lo hice para alejarme de mi magnificencia y mi desdicha en Inglaterra; pero ni siquiera el barco ha conseguido ayudarme.

»Y ahora acudo a usted —dijo—. Se lo suplico, contésteme, usted que me enseñó cuando era niño, y a quien he tenido siempre por el hombre con más conocimientos sobre cosas secretas. ¿Estoy loco? ¿O es cierto que el Demonio, a quien usted y nuestra Santa Iglesia proclaman, ha aceptado mi regalo, y ahora estoy ligado a él para siempre? No es que me preocupe el destino de mi alma después de la muerte. Pero, ¿ya no podré, en esta vida sobre la tierra, volver a sentirme un hombre libre y un caballero?

Había hablado con tanta seriedad y tanto aplomo que su extraño relato casi se había vuelto real para el reducido grupo del comedor de Sainte-Barbe. El señor Pennhallow permaneció callado largo rato. Luego, desde el mullido sillón de su abuelo, sonrió al joven.

—Puede tranquilizar su conciencia, sir Noel —dijo muy lentamente—. No ha hecho ningún pacto con el Diablo. Aun cuando dice que siente desasosiego, y que no encuentra placer en la suerte que le ha tocado, no tiene nada que ver lo uno con lo otro. El Príncipe de las Tinieblas se ha permitido esa pequeña broma con usted. Efectivamente, como dice nuestro bardo inmortal, es un caballero; y, como tal, le ha demostrado que aprecia su hermoso y raro gesto hacia él. Pero no ha aceptado su ofrecimiento, no ha aceptado su alma. Posiblemente, no ha aceptado nunca ningún regalo.

»No —prosiguió en el mismo tono—; lo que, según nuestras viejas consejas, y por lo que yo recuerdo ahora, se consigue mediante un pacto con esa elevada potencia a la que usted se ha dirigido no es ni oro ni honores. Ni tampoco una bella esposa. ¡El ser del que habla tiene más *esprit* que todo eso! No nos concede cosas que un ser humano podría dar a otro. La recompensa que sus servidores reciben de él no puede describirse con palabras. Es una felicidad interior, una profunda y serena beatitud, una paz de corazón que no pueden turbar las circunstancias exteriores. Es la certeza, la confianza de saber que se está ya para siempre en sus manos.

»¿Riqueza? —prosiguió el anciano con la misma expresión amable e irónica—. ¿Estima o admiración de las gentes? Todo eso no es sino dinero de juguete junto al oro puro, comparado con los valores a los que me refiero. Su auténtico y fiel servidor está seguro y feliz allí donde se encuentre. Puede estar sentado en una choza, en una situación en la que otras personas... —paseó lentamente su clara mirada por el círculo de los presentes, y la posó un momento en el rostro de su esposa— se lamentarían amargamente; sin embargo, él sabe en el fondo de su corazón, con imperturbable seguridad, que ha recibido todo el importe de lo que él ha cedido a cambio.

El joven le miró, volvió a aspirar profundamente, y luego le devolvió la sonrisa.

—¿Me da la seguridad de que es así, mi viejo preceptor? —preguntó.

—Sí —contestó el señor Pennhallow.

Otra vez Lucan, que, como los demás, había escuchado con viva ansiedad, se admiró de la extraña autoridad con que hablaba aquel hombre pequeño y sencillo. Era como si, en esos momentos, ningún ser humano pudiera poner en duda sus palabras. Sir Noel se pasó la mano por los ojos.

—Bien —dijo—; si usted me dice que es así, le creeré. Veo que he hecho bien en acudir a usted, y en hablarle con entera franqueza y libertad, aunque haya podido parecer una ridiculez. Quizá nadie más que usted habría tenido la paciencia de escucharme. Y sin duda nadie más habría sido capaz de aliviar mi espíritu de este peso.

—Pero hay una cosa —dijo el señor Pennhallow tras una larga pausa— que quiero preguntarle. ¿Cómo ha averiguado dónde podía encontrarme? En Escocia, que yo recuerde, no dejé ninguna dirección.

—De una manera efectivamente muy extraña —exclamó sir Noel—. En el último viaje, el *Lion* tocó Buenos Aires. Y allí, una noche, en un lugar algo dudoso, me tropecé con un compatriota que llevaba muchos años fuera de Inglaterra. Mandó descorchar unas botellas para celebrar nuestro encuentro, y brindar por nuestro viejo país y por los amigos que allí le quedaban. Al mencionarle yo de dónde era, exclamó que de ese pueblo era precisamente el mejor amigo que tenía en el mundo, y le nombró a usted. Le pregunté sorprendido si conocía a mi viejo profesor. “¡Dios mío!”, exclamó. “¡Si le conozco! ¡Soy el siervo y el esclavo, hasta la muerte, del reverendo señor Pennhallow!” “¿Sabe dónde puede encontrarse ahora?”, le pregunté. “Pues claro”, me volvió a contestar. “¿Acaso no recibí ayer mismo una de sus epístolas?” Y se sacó a continuación una carta del bolsillo, y me dejó que copiase sus señas. Pero lo cierto es —añadió el joven— que poco después se quedó muy callado al preguntarle yo cómo le conoció. Porque, desde luego, era el último hombre en el mundo al que habría relacionado con usted. Después me siguió por la calle, y me pidió un par de veces que le devolviese las señas que me había dado. Pensé que debía de ser un pobre desdichado al que habría ayudado usted por caridad, al cual aún trataba de mantener por el camino recto. Pero he olvidado su nombre.

—¿De verdad? —dijo el señor Pennhallow.

8. *A la luz de la luna*

Mientras hablaban había empezado a levantarse viento, y en el breve silencio que siguió a la última frase del señor Pennhallow oyeron ahora el ruido de una lluvia torrencial. El viejo clérigo no consintió que su invitado se marchara con semejante tiempo, y dijo a Baptistine que le preparase la habitación superior. El pequeño grupo siguió sentado junto al fuego, y las muchachas estaban deseosas de que la conversación durase toda la noche.

Como si sir Noel juzgase su confesión demasiado fantástica o extravagante y quisiera borrarla de la mente de sus oyentes, los amenizó ahora hablándoles alegre y desenfadadamente de sus viajes y experiencias. Había sufrido un naufragio y un incendio en alta mar, y había presenciado un motín en el Océano Indico. Había visitado Santo Domingo, y describió los mismísimos parajes en los que Zosine había vivido de pequeña; y la muchacha, que no se atrevía a revelar su conocimiento del lugar, escuchó con ojos húmedos y nostálgicos. A medida que avanzaba la noche, el invitado se iba sintiendo más a gusto en la reunión, y su mirada iba complacida de una a otra cara bonita.

Una vez en el dormitorio, Lucan y Zosine hablaron largamente del apuesto y fascinante desconocido. Zosine dijo a Lucan que ya le conocía de nombre, y que el primo del que había hablado había sido uno de sus pretendientes; y confesó radiante a su amiga que sir Noel se había prendado perdidamente de las dos.

—¿No has notado —exclamó— que es el vivo retrato de lord Byron?

Efectivamente, delante del fuego, Lucan había tenido el mismo pensamiento; pero para ella eso era tema sagrado. El primer recuerdo de su niñez eran las lágrimas de su madre al saber las noticias llegadas de Missolonghi; y el retrato del poeta había ocupado en su casa un sitio de honor. Era maravilloso conocer y hablar a un ser humano que pudiese compararse con él. Pero, pensó, si hubiese sido al propio lord Byron a quien ella hubiese alumbrado por la estrecha escalera, ¿habría tenido la misma sensación de seguridad ante la idea de su presencia en la casa? Para Lucan era como si un amigo y protector durmiese ahora bajo el techo de Sainte-Barbe, y como si hubiese liberado su corazón de toda opresión y ansiedad abriéndolo a este desconocido, el cual había venido en busca de consuelo para su espíritu atribulado.

El día siguiente amaneció despejado y sereno. El viejo señor Pennhallow explicó alegremente a su antiguo discípulo cómo él, que en otro tiempo había enseñado a chicos atolondrados, era ahora mentor de tiernas y tímidas jovencitas, y obligó a éstas

a exhibir delante del invitado sus conocimientos de latín y de historia. Cuando, al final, el joven estaba a punto de despedirse, accedió a que las chicas le acompañasen parte del trayecto. El aire era fresco después de la lluvia. Zosine se echó un chal blanco por encima del vestido, y Lucan una esclavina de tela escocesa. El señor Pennhallow se despidió con afecto de su joven amigo. Su esposa también le sonrió con el mismo calor que cuando Lucan la encontró por primera vez en la posada; lo cual hizo pensar a la muchacha que quizá esta mujer se mostraba especialmente amable con los viajeros.

Una vez solos los tres jóvenes, no tardaron en ponerse a charlar con animación. Caminaban a buen paso en un aire transparente. Zosine estaba acostumbrada a tener a los jóvenes a sus pies. Reía y bromeaba con Noel, e incluso le tomaba un poco el pelo a propósito de su romántica historia de la noche anterior. Le cantó una canción, y le obligó a acompañarla con su voz agradable en algunas otras canciones de su país. En cambio, la mayoría de los hombres que Lucan había conocido en casa de su padre eran mucho mayores que ella. Estaba sorprendida de la alegría y franca familiaridad de sus dos compañeros. ¿Se podía realmente, pensaba, hablar con un hombre, con un miembro del sexo más grave y superior, como se habla con otra chica... y hacerle participar y disfrutar de la misma jovial y caprichosa conversación?

En una ocasión, durante el paseo, se quedó casualmente un poco rezagada de los dos. Observó sus esbeltas y felices figuras juntas, recortadas contra el cielo y el prado. Zosine, como siempre, andaba ágil y erguida. «Son iguales», pensó. «Si no estuviese sir Noel ya prometido en Inglaterra como nos ha dicho, seguro que se habría enamorado de Zosine, y ella de él. Y en ese caso habría dejado de inquietarme por su futuro, o por haberla traído aquí.»

Poco más adelante se entretuvo Zosine cogiendo zarzamoras de un seto, y se quedó atrás. En ese momento Lucan se encontró con los ojos de Noel fijos en su rostro, con una extraña y honda dulzura. Él le sonrió, pero parecía serio.

—Probablemente no entenderá —dijo él—, porque apenas lo entiendo yo mismo, con cuánta tristeza me voy de un lugar que sólo hace un día que conozco, para volver a casa. Dado que es usted tan joven, quizá no comprenda que en veinticuatro horas se puede vivir más intensamente que en un año entero.

«Tal vez», pensó Lucan, «le hubiera gustado hablarme de Zosine.»

Se despidieron en lo alto de la cuesta, y el viajero les besó deferentemente la mano a las dos jóvenes. Se volvió muchas veces a decirles adiós con un gesto, y ellas le devolvieron el saludo. Cuando vieron desaparecer su esbelta figura en una curva del camino, Zosine echó de repente los brazos en torno al cuello de Lucan.

—¿Quieres que te diga una cosa? —exclamó—, me parece que le van a salir las cosas completamente distintas de como ahora las imagina.

Por la noche, Zosine se acostó temprano; para poder soñar con el invitado, dijo, que ahora se encontraba muy lejos. Lucan vio que había luna y tuvo deseos de salir. No podía encontrar la esclavina, así que se puso el chal blanco de Zosine.

La luna estaba muy alta, pero había grandes nubes, y el jardín y todo el paisaje estaban poblados de sombras. Lucan se sentó en un banco bajo un árbol. Le pareció haber visto moverse algo en la verja y, un momento después, oyó un silbido bajo. Era la tonada que Noel había cantado por el camino. El corazón le palpitaba con violencia al ir a abrir y, a la luz de la luna, le vio allí delante. Estaba con el sombrero en la mano, igual que la víspera, cuando le abrió la primera vez; y no hizo ningún gesto de acercarse a ella.

—Sí, soy yo —dijo en voz baja—. Perdone que haya venido de Lunel. Sólo quería ver la luz de su ventana. ¡No me atrevía siquiera a desear que se asomase! Sin embargo, han debido de ser mis pensamientos los que la han sacado de casa.

La luna le caía sobre el rostro, pero Lucan sabía que ella estaba bajo la sombra de los árboles. Vio que estaba muy pálido, al avanzar y entrar en el huerto.

—Pero dado que he tenido la dicha de verla otra vez —exclamó con emoción—, dicha que me he atrevido a esperar... o mejor, que me ha sobresaltado, al reconocer su chal a la luz de la luna... debe concederme también la de hablar con usted.

Lucan fue a decir algo, pero él la contuvo:

—No, no diga nada —exclamó—. No conviene que me hable usted a mí, porque sólo lo hará para prohibirme que continúe. Le suplico que no hable. Recordaré estos minutos toda mi vida. Por tanto, que abarquen también toda mi vida para mí.

El corazón de Lucan dejó de latir, y un instante después volvió a palpitarse con violencia. Su extraña y terrible situación casi parecía que la iba a matar. Un hombre por segunda vez le declaraba su amor y le suplicaba que no hablase; por segunda vez, escuchó desconcertada, aterrada, muda. En ese momento, le dio la sensación de que no había pasado el tiempo; le pareció estar oyendo al señor Armworthy en el salón escasamente iluminado. Pero en aquella ocasión se había contenido para no arrojarle su negativa y su desprecio a la cara. Aquí, en el huerto iluminado por la luna, la declaración de Noel le impidió informarle que se había equivocado de persona. Temblaba de pies a cabeza. Y al mismo tiempo, algo en su interior le impedía hablar. Aun sabiendo que sus palabras iban dirigidas a otra mujer, el escucharlas, le producía una infinita dulzura y beatitud: una beatitud que hasta ahora sólo había experimentado en sueños. El tiempo y el espacio dejaron de existir; sólo su voz era real en el aire de la noche.

—He pensado muchas cosas desde que la dejé —dijo él—. Sentado en el hotel de Lunel, mientras esperaba a que se hiciese lo bastante de noche para venir en coche hasta aquí, comprendí todo lo que me ha sucedido y todo lo que soy. Como ha explicado mi viejo profesor, no se debe a una razón mística o fantástica el que las dádivas de la fortuna no hayan conseguido hacerme feliz. No; mi descontento y mi desasosiego provienen del hecho de que todo lo que hasta ahora he codiciado, y todo lo que he ganado, no es más que vanidad y vaciedad. No me merecía nada mejor. Pero hasta ayer, no conocía el verdadero oro de la existencia. No he sido más que un chico atolondrado e impulsivo. Usted misma me ha conocido en el momento de

confesar una descabellada estupidez. Si he cambiado desde ese momento, no ha sido por mis propios méritos.

»¿Qué significa —prosiguió, con voz más temblorosa y profunda— la riqueza tras la que corremos durante toda nuestra vida? Para mí, no significa ya nada. La mujer que me espera en Inglaterra no está enamorada de mí; probablemente, no es capaz de querer a ningún ser humano. Me rechazó y me volvió a aceptar, de acuerdo con la fortuna y la posición que yo podía ofrecerle. Pero no la culpo, puesto que ahora me doy cuenta de que yo tampoco la he querido de verdad. Quería ganársela a mis rivales como hubiera querido ganar una carrera o una partida. ¿Cómo es —prosiguió, presa de una violenta agitación— que se le abren los ojos a un hombre tan súbitamente, en un momento, y entonces se da cuenta por primera vez del valor de una mujer, de una muchacha dulce e inocente? ¿Cómo es que sólo entonces comprende que la máxima felicidad imaginable consistiría en servirla toda la vida? Sí, y en ese mismísimo momento, tembloroso y transportado, comprende que si conquistase su amor, significaría la gloria para él. —Calló un instante, le flaqueaba la voz.

»Un niño —añadió tras un silencio— es una criatura débil y atolondrada... no puede usted imaginar hasta qué punto. No se convierte en hombre hasta que no se le revela la celestial pureza de la mujer. Me di cuenta anoche, mientras hablaba con mi antiguo preceptor. Había algo en el ambiente que no debía haber estado allí; algo peligroso o ruin, no sé el qué, que no debiera medrar jamás en la proximidad de usted. No me lo explicaba. Sólo percibía una especie de horror que turbaba la armonía a su alrededor, que la amenazaba de alguna forma. Y debía ser mi indignidad o mi voluptuosidad. ¿Qué otro mal podía haber bajo el techo de ese buen anciano?

»¡Ah, he mirado a una mujer como si fuera un juguete para mi turbulenta naturaleza! He despreciado lo más elevado que esta vida puede dar. Pero a partir de este momento, no volveré a mirar a ninguna mujer, ni aun a las más hundidas, sin veneración. ¡Será de su mismo sexo, y estará muy por encima de mí, a la luz de esta inocencia suya! ¡Desde hoy, seré el paladín de toda mujer, porque la tendré a usted eternamente en el pensamiento!

»Hablo de lo que quiero hacer —dijo, con una breve risa— como si fuese libre. Pero mi situación es terrible y grotesca. Soy juguete de la Fortuna. No tengo más remedio que regresar a Inglaterra. Usted misma, lo sé, me pedirá que cumpla mi palabra. No obstante, desde ahora, en todo momento, estaré a su servicio. Honraré a mi esposa y la haré feliz porque es mujer como usted.

Lucan notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. «Dios mío», pensó, «dice que su situación es terrible y grotesca. Entonces, ¿cómo es la mía?»

—Y puesto que puedo jurárselo —dijo Noel, dando un paso hacia ella—, puesto que desde ahora, y hasta el instante de mi último aliento, seré su siervo, puedo dar expresión a las palabras que arden en mi corazón y en mis labios. Usted sabe con qué profundo respeto las pronuncio. Mis palabras no son mudables como la luna que nos

mira. Son lo más firme y lo más eterno de cuanto hay en mí. ¡Que se vuelvan sagradas para mí por el hecho de haberlas escuchado usted!: La amo.

Lucan, presa en este momento de una emoción intensa y abrumadora como no había sentido en su vida, elevó el corazón en una súplica a Dios. Después recordaría que había suplicado con todo su ser. ¡Pero no pudo recordar qué había suplicado, o si había suplicado siquiera alguna cosa!

Antes de poder impedirlo, él había hincado una rodilla ante ella, le había cogido la mano, y se la había llevado a los labios. Lucan permaneció inmóvil. En su interior se fundieron la beatitud y la desesperación. Notó que sonreía, oculta en la densa sombra que envolvía su rostro. Posó un momento su mano temblorosa en la cabeza tan profundamente inclinada ante ella. Un instante después, él se había levantado, había dado un paso atrás, y otra vez se había cerrado la verja entre los dos.

Lucan escuchó bastante rato sus pasos presurosos. Cuando se desvaneció el ruido, alzó el rostro hacia la luna y las nubes, y se llevó a los labios la mano que él le había besado. Aunque estaba tan callada como la noche misma, en sus oídos y en su corazón resonaban aún sus palabras como un eco profundo, inmortal: ¡La amo!

9. *¿Somos rivales?*

Hasta este día Lucan había pensado muy poco en sí misma o en sus intereses. Cuando era niña, su madre y sus hermanos pequeños habían acaparado todo su tiempo y sus pensamientos; después había sido su padre, y durante estos últimos meses, Zosine. Ahora, todo había cambiado de repente, y un nuevo y extraño estado de cosas la alarmaba y confundía.

Le parecía que todo el mundo se había vuelto contra ella, y que ninguna chica se había encontrado jamás en tan cruel situación. Recordó las palabras de Noel sobre el toro al que acosaban y daban estocadas por todas partes. De pequeña había oído a su padre hablar con aversión de las corridas de toros, y la feroz escena se le había quedado grabada en la imaginación. Pero, ¿no era aún más cruel cuando las estocadas se dirigían a una tímida muchacha que jamás había hecho daño a nadie? Habría querido huir, de haber sido posible. Pero, ¿adónde huir esta vez? Ninguna huida podría alejarla de su desventura.

¿No era ya bastante duro, se preguntaba con los labios pálidos y temblorosos, amar a un hombre que amaba a otra mujer, y que esta mujer fuera su mejor amiga? ¿Debía verse obligada, además, por extrañas y desafortunadas circunstancias, a escuchar la encendida declaración de su amado, las dulces palabras y promesas, que no eran para ella? ¿Y debía saber, en medio de su aflicción, que él también era desgraciado, que estaba solo, y que no podría ofrecerle ayuda ni consuelo?

No había nadie en el mundo a quien poder confiar su desventura. Tenía que ocultarle a Zosine lo ocurrido entre Noel y ella en el huerto a la luz de la luna, pues comprendía que se moriría si volvía a evocarlo. Por otra parte, ningún sentimiento de lealtad para con su amiga la obligaba a hacerlo, puesto que Noel estaba atado por su palabra y su honor a una prometida que le esperaba en Inglaterra, y había regresado allí para casarse con ella.

De no haber sido así, pensaba, ¿habría podido encontrar algún consuelo, algún atisbo de contento, viendo la felicidad de su amiga? Durante un tiempo, Zosine habló mucho del apuesto y fascinante desconocido. Fue probablemente el silencio de Lucan sobre el particular lo que hizo que decayesen gradualmente sus alegres y fantásticos comentarios. Lucan quería a Zosine como a una hermana. Siempre la había admirado sin envidia ni amargura, y veía que ella y Noel eran iguales: atractivos, alegres, generosos y llenos de ánimo. Le había preocupado el porvenir de su amiga, y había sentido hondamente su responsabilidad para con ella. No envidiaría a Zosine su

suerte o sus éxitos en la vida. Sin embargo, por la noche, en sus sueños, durante unos momentos de infinita dulzura, sucedía a veces que el chal blanco era suyo, y que las palabras de Noel iban efectivamente dirigidas a ella. Luego se despertaba para encontrarse en un mundo vacío y desolado. Miraba a su amiga dormida, se retorció las manos y pensaba que jamás hasta ahora había conocido la infelicidad.

No obstante, notaba que vivía con más plenitud que antes. Cada hora del día tenía una importancia que forzaba a su naturaleza entera al máximo de su capacidad, pero también daba peso y riqueza a su existencia. Recordaba, con extraña emoción, cómo al considerar las proposiciones del señor Armworthy, se había preguntado a sí misma: «¿Qué es lo que le pido a la vida y lo que siempre he anhelado y esperado?» Y cómo su corazón había contestado con toda claridad: «Amor.»

Es cierto que entonces había soñado con un amor feliz, y que le habría horrorizado y angustiado la idea de una pasión no correspondida. Pero se había confirmado su vago presentimiento de aquella noche de primavera. La belleza de la naturaleza, la música, la poesía y el arte se encuentran inextricablemente unidos a la idea del amor. La mujer que ha repudiado el amor, había comprendido vagamente entonces, no se atreverá ya a aprender un poema de memoria, a escuchar una canción, ni a coger flores silvestres en el bosque o rosas en su jardín. Ahora comprobó con dolor y con éxtasis que el reino mágico de la belleza, la dulzura y la poesía de este mundo estaba abierto a los enamorados, sus legítimos herederos.

¿Podría ser, pues, que amar fuese una felicidad en sí misma, aun cuando se amase sin esperanza? Vacilaba, dudaba, desesperaba, y volvía a sentir una fuerza y una dicha que jamás había conocido antes. Una y otra vez pensaba en las horas que había pasado en compañía de Noel, y en el fondo de su corazón sabía que no cambiaría su tristeza por ninguna existencia cotidiana próspera y segura, ni la imagen de un joven al que había conocido un día y una noche, y al que jamás volvería a ver, por el mundo entero.

Tan inmersa estaba en sus pensamientos que apenas veía lo que pasaba a su alrededor. Un tiempo atrás le había asaltado y preocupado la idea de que había algún secreto siniestro en Sainte-Barbe; ahora, su inquietud se había desvanecido ante su propio secreto. Buscó refugio en los libros porque en ellos podía alejarse de la realidad del mundo; y en la vida diaria, era feliz en compañía de Clon porque junto a él podía estar callada cuando quería. Desde la noche en que lo liberó de su encierro en el cobertizo, el chico se había mantenido alejado de ella, y la había mirado casi con temor; pero últimamente había vuelto a ella, lenta y tímidamente, y ahora la seguía a todas partes. Su actitud extraña y agresiva ya no alarmaba a Lucan. A veces ella emergía de sus ensoñaciones para hablar con él, y trataba amablemente de iluminarle y de guiarle. La mediatunda muchacha y el chico torpe trabajaban juntos en el huerto, transportaban cestos de verduras y fruta a la casa, y daban de comer a las gallinas y palomas de Baptistine.

Lucan no se daba cuenta de que, a causa de sus grandes agitaciones espirituales,

su belleza aumentaba de día en día, ni de que los grises y redondos ojos de la señora Pennhallow se demoraban ahora en su cara más constantemente que antes.

Uno de los últimos días espléndidos de septiembre, Lucan y Zosine paseaban por el bosque, y se sentaron en un árbol caído del lindero a contemplar las lejanas colinas azules, más allá de los prados. Zosine jugaba con una rama rota.

—Lucan —preguntó a su amiga de repente con suavidad—, ¿crees que el amor puede hacer milagros?

La pregunta hirió a Lucan en el corazón. No pudo contestar.

—Tú eres muy bonita —prosiguió Zosine al cabo de un rato—. Han debido de enamorarse muchos hombres de ti. Pero ¿has creído alguna vez, en el fondo de tu corazón, que te amaban?

Lucan sintió que se ruborizaba, y que palidecía a continuación. Pero no pudo negar la fuerza que gobernaba su vida entera.

—Sí; sin duda, el amor puede hacer milagros —dijo.

—Yo he tenido un montón de pretendientes —dijo Zosine—; pero jamás he creído ni por un momento que me amaba ninguno. Solía reírme de ellos, y hacía que Papá se riera también. Pero aquí en Francia han cambiado muchas cosas. ¿Crees que será porque Francia es el país de mi Mamá, por lo que ahora me es tan querido? A veces me pregunto si no habré vivido en Francia hace cientos de años, en alguna existencia anterior. Aquí, me parece que creería a quien me dijese que me amaba.

—¿En quién estás pensando? —preguntó Lucan.

—En nadie —contestó Zosine, sacudiendo la cabeza—. Estoy hilvanando un cuento de hadas para divertirme, y he pensado que podrías divertirte tú también un rato.

—¿Y qué sucede en tu cuento de hadas? —preguntó Lucan, y le sonrió.

Zosine se quedó callada un rato, y soltó la rama. «Escucha —dijo—. Has leído el cuento de la gacela blanca que era en realidad una doncella y que recobraría su forma sólo cuando un joven caballero le dijese que la amaba, ¿verdad? Pues en mi cuento, la gacela es una criatura mimada, frívola y egoísta que suele hacer lo que se le antoja. Entonces, encuentra a un joven y hermoso caballero en el bosque, un caballero como... como esos de los que hablan los libros. Y piensa: “Si ahora me dijese que me ama, me convertiría en un verdadero ser humano.” Pero al mismo tiempo se da cuenta claramente de que él jamás podrá amar a una gacela estúpida que no sabe más que jugar y hacer cabriolas por el bosque.»

—¿Pero ama la gacela al caballero? —preguntó Lucan.

Zosine negó lentamente con la cabeza.

—¿Crees que una gacela puede amar verdaderamente antes de convertirse en ser humano? —preguntó—. Sin embargo —añadió, cogió la rama, y se abanicó la cara con ella—, no puede olvidarlo.

—Pero un cuento de hadas —dijo Lucan lentamente— debería acabar en una boda feliz.

—Puede ser —dijo Zosine—; pero hay tantas dificultades y obstáculos entre los dos, como siempre ocurre en los cuentos, que no sé qué pensar. De todas formas todavía no he terminado mi cuento.

«¡Ay!», pensó Lucan, mirando la sombra verde del bosque, «¿somos dos rivales en un amor inalcanzable, en un sueño? ¿Estamos contemplando, cogidas de la mano, una tierra prometida cuyo umbral jamás podremos traspasar?» Sintió una especie de renuencia ante la idea de que alguien penetrase en el mundo de sus sueños; por un momento casi rehuyó la confianza de su amiga.

«Además», pensó, mientras regresaban, «no podía ser de otro modo. ¿Quién podría evitar amarle? Evidentemente, debo permitir a mi hermana que sueñe con él, como sueño yo».

Un rato después, cogió la mano de Zosine.

10. El señor Pennhallow pronuncia un sermón

El viento frío del norte que las gentes de la provincia llaman mistral soplaba en los viñedos desnudos y marchitos. No le sentó bien al viejo señor Pennhallow: su voz, siempre débil, se desvaneció por efecto suyo, y estuvo un mes entero sin hablar.

Las muchachas se sorprendieron al comprobar lo mucho que esta voz baja y carrasposa había llenado la casa. Sainte-Barbe estaba ahora silenciosa como la muerte. Incluso el viejo había cambiado. Él, que siempre había estado ocupado en sus clases o en sus libros de cuentas, llevaba ahora mucho tiempo sin hacer nada. Desde primeras horas de la mañana, hasta bien entrada la noche, permanecía sentado en el enorme sillón de su abuelo, y apenas prestaba atención a quien entraba en la habitación o andaba o charlaba a su alrededor. A sus discípulas les parecía como si, al estar tan quieto, su cuerpo aumentase con los pensamientos, y se le hiciese más pesado con el peso de éstos. Nunca se quejaba de su dolencia; era como si hubiese renunciado voluntariamente al uso de la palabra, para entregarse de lleno al mundo del pensamiento. De cuando en cuando, una tenue luz cruzaba su semblante impasible y gris.

A la esposa del viejo le preocupaba su estado; no consentía en dejarle solo, y andaba ordenando continuamente a Baptistine que preparase nuevas cocciones para el enfermo, el cual se las tomaba pacientemente, aunque ninguna parecía aliviarle. También decía a las muchachas, casi con angustia, que le leyesen en voz alta para ahuyentarle la melancolía.

Lucan había leído a menudo para su padre, y tenía una voz clara y agradable. No tardó en convertirse en misión suya entretener a su callado y viejo profesor. Durante esas horas, se estaba sentada en un taburete cerca del sillón. Al principio le leía libros piadosos que le daba la señora Pennhallow. En ellos no encontraba consuelo alguno para su propia aflicción: repudiaban toda belleza y placer en la tierra, y parecían desconfiar y condenar incluso sus más inocentes alegrías en un esfuerzo constante por alcanzar el cielo. Pero el cielo de Lucan estaba en la tierra.

Más tarde, leyó varias obras científicas que el señor Pennhallow le fue indicando de sus estanterías y que, al empezarlas, le causaban muchos apuros y confusiones debido a que contenían numerosas palabras desconocidas para ella. Sin embargo, cuando las devolvía a su sitio, era como si, de una manera extraña, y sin esfuerzo alguno por su parte, hubiera adquirido nuevos y asombrosos conocimientos. ¿Acaso, pensaba, la presencia del viejo sabio, y los claros ojos que se posaban en su rostro

mientras leía, trasvasaban el saber, por caminos desconocidos, de los libros al espíritu de ella?

Durante estas semanas no vio a Zosine tan a menudo como de costumbre, y fue como si, día tras día, el viejo fuera ocupando más sitio en sus pensamientos. Se preguntaba qué se sentiría al llegar a viejo, y quedarle a uno muy poco que esperar o que temer de la vida.

Al cabo de un mes el señor Pennhallow fue capaz de volver a susurrar alguna palabra. Una noche bajó un libro y se lo entregó a Lucan.

—Mi bondadosa hija —dijo con voz cascada y áspera, pero con una sonrisa afable y paternal—, bastantes obras instructivas me has leído ya. Éste es un libro que está más acorde con tu edad.

Lucan se llevó una alegría al ver en la portada el nombre de Daniel Defoe. Había leído *Robinson Crusoe* para su padre, y lo habían comentado a menudo. Este libro era distinto. No comprendía todo lo que se decía en él, y muchas de sus páginas, al leerlas, hacían que le ardiese la cara. No obstante, la fascinó, y siguió el destino de la heroína, página tras página, con el aliento contenido.

Al cerrar el libro, el señor Pennhallow permaneció largo rato callado e inmóvil.

—Esta clase de libros —dijo lentamente— describen la vida de una forma encantadora, como si se tratase de un baile o de una dulce canción. Pero en realidad es espantosa, espantosa, la suerte de una libertina —Lucan miró hacia otro lado—. Es espantoso, también —prosiguió el anciano, con su voz lenta y roma—, saber que cada año un centenar de inocentes doncellas inglesas, radiantes, de cabello dorado y espíritu piadoso e infantil, se lanzan por el camino engañoso de los placeres que termina en el abismo y el horror.

Se quedó un rato ensimismado.

—Sí —prosiguió—, en un horror como no hay otro en la vida. El mundo de la absoluta miseria, devorado por las ratas y los gusanos, oculta su rostro ante tales mujeres. Cualquiera otra desdicha puede encontrar compasión en el corazón humano. En cambio, el ladrón se aparta con repugnancia de su angustia, y el homicida les escupe en la cara. El ser más degradado se niega a beber en la copa de la que ellas han bebido. El perjuró recobra su amor propio cuando las echa a puntapiés de su puerta. Consumidas por la fiebre, sin hogar, desfiguradas, no encuentran más que miradas malévolas y despreciativas. Es pecado incluso pensar en ellas de otro modo que no sea con aversión, o desearles otra cosa que no sea la ruina.

Se frotó lentamente sus manos grandes, oscuras, huesudas.

—Y al obrar así —dijo, con una voz que temblaba y a veces se volvía inaudible—, lo hacemos en pro de un ideal: la pura e inocente feminidad. Un antiguo filósofo francés dijo: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo.» Lo mismo ocurre aquí. Si no existiera la feminidad pura e inocente, habría que crearla. Para este fin, empujamos a un grupo de mujeres al abismo, y mantenemos a las demás en la ignorancia de esta acción, a fin de que no lleguen a mancharse por la compasión.

»No es nuestra debilidad ni nuestra degradación lo que ocultamos a la mujer. Es la realidad, es la degradación de su propio sexo. Un joven puede confesarle a su hermana que ha cometido un asesinato. Pero se cortará la lengua antes que confiarle que ha frecuentado a una ramera. Porque no está dispuesto a permitir que el conocimiento de la ignominia de una mujer trastorne o destruya el equilibrio espiritual de la doncella pura.

»Un hombre —dijo— rinde homenaje a la mujer que visita al pecador convicto en su prisión, y a la que, por misericordia, acompaña al asesino al patíbulo. Pero ninguno toleraría la proximidad de una mujer si sabe que ha ido a la madriguera desdichada de una de esas criaturas perdidas a las que me refiero para llevarle alivio o consuelo. Cuando estas criaturas, en el umbral de la muerte, suplican una palabra de compasión, ninguna joven inocente puede pronunciarla sin exponer su propia alma al más grave de los peligros. El hombre puede hacerlo, porque su naturaleza moral es consciente y está controlada por su voluntad. La mujer tiene que volver el rostro y huir, y no debe aventurarse a derramar una lágrima de piedad.

»La Iglesia —dijo, tras una pausa— hace tiempo que se dio cuenta de cómo el terrible contagio de la perdición saltaría de una mujer a otra. Aprueba la visita de mujeres piadosas a prisioneros y criminales; aun a los más embrutecidos y depravados. Pero en su sabiduría, no consiente que ninguna mujer, ni siquiera la más pura y firme de sus hijas, entre, por compasión y caridad, en esa celda tenebrosa donde la bruja aguarda a que la lleven a la hoguera.

»Y así es como debe ser —prosiguió—, y será eternamente. Pues sin las tinieblas del fondo, el lirio blanco no sería tan blanco.

El anciano se sumió en profunda meditación, y se pasó lentamente la punta de la lengua por los labios, como solía hacer.

—Y sin eso —exclamó de pronto, con voz más clara y más fuerte—, sin nuestros lirios blancos, ¿qué satisfacción encontraríamos en nuestra lucha y perseverancia? Podría ocurrir, hija mía, podría ocurrir entonces, que no consiguiésemos jamás la sonrisa con que los altos poderes a los que ahora servimos recompensan nuestro celo. ¡Ah, debemos tener nuestros lirios, el más blanco (yo lo he visto, lo conozco), el más blanco que este mundo puede ofrecer!

Lucan se encontraba a solas con el viejo, en la habitación. Al principio, sus palabras la aterraron, aunque no comprendía muy bien todo lo que decía. Pues, por conversaciones entre hombres que ella había oído al azar y pasajes de libros que no iban destinados a ella, había llegado a la convicción de que existían abismos en la vida ante los que incluso su pensamiento debía retroceder. Recordó de manera vaga las proposiciones del señor Armworthy, y como si intuyese que había estado al borde mismo del precipicio, se estremeció y palideció.

Pero la voz de Noel en el huerto, que siempre rascaba en su corazón, volvió otra vez a ella. Por la única mujer que amaba, había declarado, perdonaría y honraría a todas las mujeres, incluso a la que hubiese caído más bajo. Por tanto, el amor era más

fuerte que los poderes del mal; su luz penetraba las tinieblas del horror. En el silencio que reinó en la habitación cuando el viejo dejó de hablar, Lucan movió negativamente la cabeza sin darse cuenta de que lo hacía.

—¿Por qué dices que no? —preguntó el señor Pennhallow con su voz cascada.

—Porque —dijo ella lenta, suavemente— no puede ser como usted dice. Yo creo que hay indulgencia para todas las personas de la tierra. Hay una infinita gracia en el mundo.

Sus palabras produjeron un extraño efecto en el señor Pennhallow. Su rostro se volvió ceniciento.

—¿Gracia? —murmuró—. ¿Para todo el mundo? —guardó silencio largo rato, jadeando débilmente, hasta que su voz hubo cobrado fuerza otra vez para hacerse oír—. Tú no sabes lo que dices —dijo despacio. Una sonrisa extraña, inescrutable, se extendió por su rostro, y se quedó callado como antes.

11. Dos señores de la policía

—Te voy a decir algo que podías haber averiguado por ti misma —dijo Zosine a Lucan—, si no estuvieses tan abstraída que ni ves ni oyes lo que pasa a tu alrededor. El joven *monsieur* Tinchebrai, con su encantadora cara blanca y sonrosada, al que vimos en Peyriac, está enamorado de ti. Seguramente recordarás que un viernes, cuando fuimos a Peyriac a traer el correo del maestro, te miraba como si fueses un ángel recién llegado del cielo. Y también que el viernes siguiente procuró estar delante de esa tiendecita que distribuye el correo, y recogió tu pañuelo cuando se te cayó.

»Pero lo que no sabes —prosiguió—, es que vino a Saint-Barbe también, y pasó por delante de la casa sin parar de mirar hacia aquí, con la esperanza de verte. Baptistine y yo estábamos en el jardín recogiendo castañas, y no nos pudo ver desde donde se detuvo. Tú estabas cosiendo junto a la ventana, y no te diste cuenta. Pero se paró delante de la verja, como una delicada figura de cera, y por tres veces se llevó la mano a los labios y te envió un beso. Eso fue hace tres días. El pobre señor Pennhallow estaba leyendo en la otra ventana. Lo vio todo; le dejó petrificado el descaro del señorito. Creo que se quedó magnetizado, porque te aseguro que repitió tres veces el gesto de *monsieur* Tinchebrai, como si estuviera bajo algún influjo. Pero lo ha olvidado, como lo olvida todo; y está tan tranquilo y contento como siempre.

»Pero ¿qué piensas tú de *monsieur* Emmanuel? —preguntó Zosine—. ¿Qué le contestarás si te hace proposiciones, que sí o que no?

Las dos muchachas estaban en la habitación contigua al comedor, ocupadas en hacer bolsitas aromáticas con flores de lavanda que tenían extendidas sobre la mesa. Lucan, ya cuando vivía en su antigua casa, solía confeccionar preciosas bolsitas y frascos con lavanda del jardín. Fuera hacía viento todavía; pero dentro el ambiente era agradable y veraniego debido a la fragancia de las flores secas. Las muchachas hablaban en voz baja, ya que la puerta del comedor estaba entornada. El señor Pennhallow trabajaba allí, y no debían molestarlo.

—¡Acéptale! —exclamó Zosine, sin dar tiempo a su amiga a contestar—. Baptistine dice que es un joven que se abrirá camino en el mundo, y me gustaría verte convertida en *madame la Préfete* de Lunel.

—¿Por qué te gustaría? —preguntó Lucan sorprendida. Zosine dejó la silla junto a la mesa y fue a sentarse en el brazo del sillón de Lucan—. Llevamos aquí ya una tercera parte del año —dijo—; cuando termine, no volveremos. Pero si estuvieses

casada con el *préfét* de Lunel, yo vendría a visitarte, y vería el campo y todo otra vez.

—¿Te gustaría ver este paisaje otra vez? —preguntó Lucan.

—No, pero se me hace extraño dejar un lugar que conozco bien —dijo Zosine—. ¿No me echará de menos el camino que atraviesa el bosque, si no vuelvo a poner los pies en él?

Por un momento, se le ocurrió a Lucan que quizá Zosine había tenido experiencias personales en Sainte-Barbe, mientras ella leía en voz alta para el viejo clérigo y repasaba mentalmente, una y otra vez, lo que sucedió una noche a la luz de la luna. Dejó su ocupación.

—No estarás enamorada tú de *monsieur* Tinchebrai, ¿verdad? —exclamó—. ¿Recuerdas lo que Baptistine nos contó de él?

—La culpa no fue suya —dijo Zosine, y se ruborizó ligeramente—. A mí me parece que fue como una aventura. Creo que, si te paras a pensar, todas las personas han tenido una aventura en su vida. Y figúrate lo que debe de ser no saber con seguridad qué clase de sangre corre por nuestras venas. Ha sufrido mucho, puedes estar segura. Un pueblo como Lunel tiene ojos aviesos y crueles, y debe de ser insoportable verlos todos concentrados en ti. Ahora te ha conocido, y se le ha revelado el verdadero valor de una muchacha dulce e inocente. Sueña con refugiarse de su cruel destino en tus largos rizos dorados —la parodia involuntaria de las palabras de Noel a la luz de la luna hizo enmudecer a Lucan.

—Sí —prosiguió Zosine pensativa—. Creo que incluso nuestros padres adoptivos han tenido una aventura en la vida, aunque nosotras la ignoremos. Me pregunto qué les sucedió una vez, hace tiempo, para que ahora estén aquí en Sainte-Barbe, quietecitos como un par de ratones. ¿Es algo que quieren conservar eternamente presente? ¿O es algo que quieren olvidar?

Se levantó del brazo del sillón, fue a la ventana, y miró el cielo y las nubes errantes.

—¿Es bueno, o es algo insoportable —dijo—, el que no podamos asomarnos al futuro y saber lo que nos va a ocurrir? Ahora, si esto fuese un libro que hablara de ti y de mí, el lector podría saltarse unas páginas, cuando la lectura se hiciese demasiado lenta o demasiado emocionante, y se distraería o se tranquilizaría. A veces tengo la impresión de que en la vida pasa lo mismo, sólo que no sabemos saltarnos páginas. Mi institutriz me regañaba cuando me impacientaba porque tenía que leer los libros de cuentos página tras página. ¿No sería maravilloso que pudiéramos saltarnos hoy dos o tres páginas de nuestra vida? ¿No volveríamos después contentas a la página en que nos encontramos ahora, para continuar desde ella?

Mientras hablaba, oyeron el traqueteo de un carruaje por el camino. Prestaron atención, y comprobaron que se acercaba. Era raro que pasara un carruaje por Sainte-Barbe, y Zosine pegó la cara al cristal de la ventana para ver quién era.

—Se detiene aquí —exclamó sorprendida, y un momento después—: ¡es él!

—¿Él? ¿Quién? —exclamó Lucan, levantándose.

—El joven del que estábamos hablando —contestó Zosine, encantada—. *Monsieur Emmanuel*. Ha venido en un coche elegante, con un elegante señor mayor. ¿Me creerás otra vez? ¡Es el mismísimo juez de Lunel, que le ayudará a pedir tu mano al maestro! Pero, ¿por qué no trae un ramo de flores, en vez de esas enormes carteras?

Ahora se acercó a la ventana, y vio un coche anticuado realmente elegante, delante de la verja. Saltó un lacayo del pescante, ayudó al viejo y al joven, y a continuación tiró de la cuerda de la campanilla. Cuando Lucan reconoció a *monsieur Emmanuel Tinchebrai*, se retiró tras la cortina. Efectivamente, había observado, aunque no quería reconocerlo ante Zosine, su ardiente admiración hacia ella.

Transcurrieron unos momentos antes de que Clon acudiese del huerto a abrir la verja; y cuando vio al lacayo en el exterior, se comportó de una manera muy extraña. Se paró en seco, y acto seguido dio marcha atrás lentamente, como el conejo que retrocede hacia su madriguera. Desapareció por completo de escena, y no volvió a asomar.

Un minuto o dos después, el señor de edad dio autoritariamente otro tirón a la cuerda de la campanilla. Esta vez el tintineo sacó de la casa a Baptistine. Recorrió el sendero con su toca y delantal blancos, tan firme e impasible, susurró Zosine, como el montón de leña que había junto a la casa; no obstante, recibió a los visitantes con más cortesía de la que solía demostrar.

—Ahora, en primer lugar, preguntan si está en casa el reverendo señor Pennhallow —comentó Zosine en voz baja—; luego preguntarán por ti. El corazón de *monsieur Emmanuel* late con violencia. Sus encantadoras y sonrosadas mejillas están casi pálidas hoy. No es extraño, ya que esta conversación va a decidir si seguirá viviendo o no. Debes tener piedad de él; porque, ¿cómo estaríamos nosotras ahora mismo si esta misma conversación fuera a decidir si debíamos vivir o no? Hasta el lacayo del señor juez tiene el aspecto solemne. Dios mío —se interrumpió de pronto—, no es un lacayo. Es un gendarme.

Durante un momento, las dos muchachas se miraron en silencio, perplejas. Luego Zosine señaló la puerta del comedor que estaba entornada, y se llevó el dedo a los labios. Podrían escuchar cada palabra que se dijese en la habitación contigua.

En ella, el señor Pennhallow se levantó tan pronto como se abrió la puerta del pasillo. Los visitantes habían entrado en la habitación. Sonó un ligero arrastrar de pies en mutuo saludo formulario. Luego habló el señor mayor del carruaje.

—Me tomo la libertad —dijo, hablando despacio y con precisión, como consciente de su propia importancia— de presentarme personalmente como *monsieur Belabres*, juez de Lunel, y a mi acompañante el inspector *monsieur Emmanuel Tinchebrai*. No me equivoco al suponer que hablo con el reverendo señor Pennhallow, de Inglaterra, ¿verdad?

—No; es totalmente cierto, *monsieur le Préfét* —dijo el señor Pennhallow. Él también, como era costumbre suya, habló lenta y suavemente; pero en contraste con

la voz pretenciosa del francés, la suya era mansa, bondadosa. Por el tono, las muchachas casi adivinaron una leve sonrisa en la solemnidad del alto funcionario—. Sean ustedes bienvenidos a mi casa, señores. Siéntense, por favor. ¿A qué debo el honor de su visita?

Zosine no pudo seguir más tiempo sentada junto a la mesa, Se levantó sin hacer ruido, fue a la puerta, y atisbo.

12. La acusación

El juez de Lunel era un señor viejo y elegante de cabello plateado. Sus modales estaban dotados de gracia y dignidad; pero parecía alarmado e indignado.

—Es sumamente penoso para mí —dijo con lentitud— presentarme con una misión de esta naturaleza en casa de un hombre docto y venerado, perteneciente a una nación cuya casa real posee vínculos de amistad con nuestro país y da noble ejemplo de elevadas virtudes humanas y domésticas. Pero hoy vengo, no por propio deseo ni por mí mismo, sino en nombre de la ley y de la justicia.

—En ese caso —contestó el señor Pennhallow con amabilidad—, le doy una vez más la bienvenida.

El juez depositó su sombrero de copa en el suelo junto al sillón, y su cartera sobre la mesa que tenía ante sí.

—En nombre de ambas —anunció gravemente—, debo hacerle una serie de preguntas, y exhortarle a que conteste con la mayor escrupulosidad.

—¿Ha ocurrido algo por el contorno sobre lo que desea que le informe? —preguntó el señor Pennhallow—. No salgo a menudo de estas paredes apacibles de mi estudio. Pero en lo que pueda, estoy a su disposición.

—No —dijo *monsieur* Belabres con circunspección—; no se trata de ningún caso local de la región. Lo que hoy me obliga a trasponer el umbral de su casa es una orden para mantener la justicia en Francia, o en dos continentes.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Pennhallow.

Monsieur Belabres se sentó ahora en el sillón junto a la mesa y, sin decir palabra, el joven inspector fue a sentarse en una silla cerca de la ventana. La señora Pennhallow se había puesto muy pálida y le temblaban las manos; pero el anciano clérigo estaba callado y atento como si fuera a escuchar una conferencia instructiva y edificante.

—Tengo entendido —dijo el juez— que ha servido a la Iglesia en su país mucho tiempo.

—Sí; he sido muy favorecido por la fortuna —dijo el señor Pennhallow.

—Pero, ¿ha tenido que renunciar a su vocación —prosiguió el juez— por motivos de salud?

—Sí, ésa es la cruz que ha caído sobre mis hombros —dijo el señor Pennhallow.

—¿Y lleva usted —preguntó *monsieur* Belabres— siete años residiendo aquí en Francia, en Sainte-Barbe?

—Así es —dijo el viejo clérigo.

Monsieur Belabres se quedó callado un minuto.

—La gente de Peyriac —prosiguió después— ha denunciado que en estos siete años han vivido aquí en su casa varias mujeres compatriotas suyas. Se ha observado que eran todas muy jóvenes y de aspecto singularmente atractivo, la mayoría de ellas muy guapas —aquí el señor Pennhallow hizo ademán de interrumpirle, pero *monsieur* Belabres hizo también un gesto con la mano de que le dejase terminar—. Estas jóvenes —continuó— se han ido sucediendo unas a otras, de forma que cuando se iba una de Sainte-Barbe, era recibida otra poco después. Ahora contésteme en conciencia, señor Pennhallow: ¿sabe usted qué ha sido de ellas?

El señor Pennhallow entrelazó sus grandes manos, aspiró profundamente, y bajó los ojos.

—Ha tocado usted —dijo— un tema doloroso. Le voy a contestar. Pero antes le ruego que termine, y me diga por qué me hace estas preguntas.

El juez sostuvo la mirada fija en su cara.

—Sí, lo haré —dijo—. Por si no lo sabe ya, le diré por qué le hago estas preguntas.

»Los sentimientos humanitarios de nuestro siglo —dijo— han abolido la trata de esclavos negros. Pero todavía existen en nuestra comunidad seres humanos tan avariciosos, tan despiadados y faltos de escrúpulos que no tienen reparo en vender y comprar a sus miembros más indefensos, a muchachas inocentes. Se enriquecen traficando con nuestras hermanas y nuestras hijas, dándoles un destino más espantoso que el que recibieron los esclavos en países y continentes extranjeros.

—¡Dios mío!, ¿qué dice usted? —exclamó el señor Pennhallow.

—Sin duda ha leído o ha oído hablar de estas cosas, ¿no, reverendo señor? —dijo el juez.

—¿Quién no ha leído o ha oído hablar de los abismos de este mundo? —contestó el señor Pennhallow—. El hermano de mi padre sacrificó su vida en la lucha contra el antiguo tráfico de esclavos. Se marchó a la costa occidental de África con objeto de adquirir cabal conocimiento de esa actividad. Y murió por su vocación. Creo; porque no regresó. Pero, desgraciadamente, yo no tengo su fortaleza espiritual, y con mi existencia pacífica y entregada al estudio, he procurado mantener esos horrores tan alejados de mi vida como de mi casa.

—Algunas de estas brutales transacciones —dijo el juez—, a semejanza de las de los esclavos africanos, han estado manchadas de sangre. Los criminales, cuando se han visto perseguidos, se han desembarazado de sus víctimas. La guillotina ha dicho la última palabra en estos casos. Ha ocurrido aquí, en Francia, no hace mucho tiempo.

El señor Pennhallow se pasó la mano por la frente.

—Sucedió hace menos de un año —dijo el juez, elevando la voz—, en Marsella. Dos de los miserables a que me refiero han pagado sus crímenes con la vida. Una vieja fue condenada a cadena perpetua. Pero por unos documentos descubiertos más

tarde en la guarida de los ajusticiados, se sabe que el jefe de estos malhechores al que se hace referencia con nombre falso ha escapado al castigo. Interrogaron a la vieja en la prisión, pero no reveló nada. Era como si, incluso allí, tuviese miedo de ese desconocido, o como si estuviese bajo el efecto de algún maleficio, y fuese incapaz de hablar. Poco tiempo después murió en la cárcel.

—¿Puedo ser de alguna ayuda, quizá —dijo el señor Pennhallow—, en la búsqueda de ese hombre? Estoy a su entera disposición.

El juez vaciló antes de contestar a esta pregunta.

—En el curso de la investigación —dijo lentamente—, han aparecido pruebas que le implican a usted.

—¿A mí? —preguntó el señor Pennhallow sorprendido.

—Sí —contestó *monsieur* Belabres—, a usted. Había una muchacha de esta región —prosiguió, hablando despacio— que estaba casada con un cargador del puerto de Marsella. Una noche en que su marido hacía horas extraordinarias para un barco a punto de zarpar, fue a llevar la cena a su marido. En aquel preciso momento dos hombres embarcaban a una joven en el bote que trasladaba mercancías y pasajeros al barco, tan embriagada que tenían que sostenerla. En esta mujer, mi testigo reconoció con asombro a una hermosa muchacha que había estado residiendo en casa de usted, con la que había hablado en el camino un par de veces, y que le había dicho que se llamaba Rosa —aquí guardó silencio, como para dar al señor Pennhallow oportunidad de contestar. Pero el viejo apoyó el codo en la mesa, la frente en la mano, y no dijo una sola palabra.

»Y cuando estábamos tomándole declaración a la testigo —añadió el juez, como si se acercase al final de su discurso—, uno de nuestros policías nos trajo otra información.

»La misma semana en que zarpó el barco había estado vigilando una calleja de mala reputación próxima al puerto, en pos de una banda de maleantes. Allí, una noche, vio salir a un señor inglés, cuya descripción responde a la del reverendo señor con el que estoy hablando, de una dudosa pensión en compañía de su propietaria, la misma vieja que más tarde murió en prisión. El inglés estuvo hablando con ella junto a una farola de la calle; y nuestro inspector, al pasar, acertó a oír algo de su conversación. Aunque el hecho había ocurrido hacía tiempo, dijo que aún recordaba la voz de este señor; incluso nos la imitó. Y era como la de usted.

—¿Que imitó mi voz? —repitió el señor Pennhallow, y le miró con débil, casi avergonzada sonrisa—. Bueno, probablemente tengo una voz fácil de imitar y de ridiculizar. Sin embargo —añadió gravemente—, quizá le chocara la pronunciación de esta voz débil. ¿Es así?

—Espere —dijo el juez, quien, a medida que avanzaba en la fatal explicación, hablaba con más autoridad, pero también con creciente repugnancia y horror hacia el hombre que tenía delante—; hay otro detalle que debe resultarle familiar. Después de la muerte de esa vieja, por un camino extraño, ha venido a nuestras manos un

documento. Se trata de una carta que usted le escribió. En ella acusa usted puntual recibo de cierta cantidad de dinero. Está fechada en Sainte-Barbe.

—Sí —dijo el señor Pennhallow lentamente, buscando en su memoria—, Sainte-Barbe, 15 de marzo.

Monsieur Belabres se echó hacia atrás en su butaca, casi como si retrocediese, a fin de poner un poco más de distancia entre él y el viejo inglés. Tras un momento de silencio, volvió a hablar. Su voz cambió, y se volvió casi tan baja y apagada como la del señor Pennhallow.

—¿Recuerda y admite haber escrito esa carta? —preguntó.

—Sí; la recuerdo con claridad —contestó el señor Pennhallow—; todavía tengo en mi escritorio, creo, la cuenta a la que corresponde. La fecha se me quedó grabada en la memoria. Ya sabe —añadió sonriendo—: «Cuidado con los idus de marzo.» Si lo desea, puedo enseñarle esa cuenta. Pero le ruego que termine antes su historia sobre ese desconocido criminal de Marsella. Me ha cautivado, *monsieur* Belabres. Me es difícil prestar atención a otras cosas mientras no haya escuchado el final.

13. La defensa

En el silencio que siguió, las personas de la habitación y las muchachas que escuchaban junto a la puerta oyeron el tic tac chirriante, acompasado, del viejo reloj de pared, dividiendo imperturbablemente el tiempo en minutos y segundos. No había otro ruido ni movimiento. El rostro agradable de *monsieur* Belabres cambió de expresión un par de veces. Por último, habló, recalcando cada palabra como si estuviese en un tribunal:

—Ahora, señor Pennhallow —dijo—, le toca hablar a usted. Le pido que preste declaración sobre tres cuestiones relacionadas con lo que usted llama mi historia sobre un desconocido criminal.

—Si es así —dijo el señor Pennhallow—, le ruego que formule esas tres cuestiones otra vez.

—Como quiera —dijo el juez—. En primer lugar, conteste a la primera pregunta: ¿Dónde están las jóvenes que vivían aquí en esta casa?

—Efectivamente, ésa es la primera cuestión —dijo el señor Pennhallow, y permaneció un rato sumido en sus pensamientos.

»La gente de la vecindad —empezó el señor Pennhallow— se equivoca al creer que han estado residiendo en Sainte-Barbe una serie de jóvenes. Hemos acogido a tres chicas inglesas en nuestra casa. Desde luego, hacían periódicamente viajes a Inglaterra y regresaban aquí otra vez. Desde luego, también, una de ellas, en su insensatez juvenil, se había teñido el pelo, por lo que aquí, donde no podemos permitirnos esas locuras, recobró su color natural. Puede que esta circunstancia haya inducido a error a la gente de Peyriac. Pero hemos intentado que Sainte-Barbe fuera un hogar para estas tres jóvenes de que hablo.

»La primera de ellas —dijo—, era sobrina de mi mujer. Estaba prometida en Inglaterra; pero la familia de su futuro esposo se oponía al matrimonio. Para consolarla, nos la trajimos aquí; y efectivamente, la orgullosa familia renunció a sus prejuicios. En la actualidad está casada.

»Pero de las otras dos —prosiguió, tras un largo silencio— sólo puedo hablar con profunda tristeza. Una de ellas era hija de un malabarista; traté de sacarla de un hogar pobre y degradado, pero volvió a él, y al teatro por decisión propia. En cuanto a la tercera —dijo, mirando súbitamente al juez a la cara con sus ojos claros y sosegados—, huyó de nuestro techo una noche, con la ayuda de un pobre chico imbécil que tenemos a nuestro servicio. Durante un tiempo hicimos todo lo posible por

encontrarla; pero fue en vano. No la volvimos a ver.

»He meditado muchas veces sobre este caso —dijo, y bajó los ojos—; he pensado que tal vez sé demasiado poco sobre la naturaleza e inclinaciones de las jóvenes. La vida en Sainte-Barbe es solitaria y monótona. Lo que yo podía ofrecerles no consiguió neutralizar las seducciones del mundo. Es doloroso para un anciano comprobar de qué poco sirven sus esfuerzos frente a los poderes malvados y corruptores de la vida.

»Tenemos un ama de llaves —añadió a continuación— que es la verdadera propietaria de Sainte-Barbe. Si quiere, ella le confirmará mi declaración.

Baptistine estaba de pie, muy tiesa, junto a la puerta, y contestó con sequedad a las preguntas que le hicieron. Al preguntarle *monsieur* Belabres a cuántas jóvenes de Inglaterra había albergado su señor durante sus siete años de residencia en Sainte-Barbe, contestó:

—A dos.

El señor Pennhallow la corrigió con amabilidad; pero durante un rato, persistió en su opinión; y cuando, finalmente, se dio cuenta de que se había equivocado, se limitó a murmurar que las chicas aquellas le tenían sin cuidado. En cuanto el juez le dio permiso, volvió a la cocina arrastrando sus viejas zapatillas.

—¿Adoptó a esas jóvenes para obtener algún provecho —preguntó el juez, con menos severidad que antes—, o por pura filantropía?

—No fue para sacar ningún provecho —contestó el señor Pennhallow despacio y, por así decir, de mala gana—. Ni por filantropía solamente. Adoptamos a esas dos jóvenes en memoria de nuestra difunta hija Evangeline.

»Perdimos a la niña —continuó, tras un minuto de meditación— de manera trágica y terrible. Los gitanos visitaban a veces el lugar solitario donde vivíamos entonces. La belleza de la niña llamaba la atención de las tribus vagabundas. Un día, cuando un grupo de aquellas gentes abandonó la vecindad, nuestra niña desapareció con él.

—¡Dios mío! —exclamó *monsieur* Belabres—; ¿y no la volvieron a ver?

—Sí —contestó el anciano con sosiego—; tras una larga búsqueda, la volvimos a encontrar. Fue en la feria de una ciudad lejos de nuestro hogar. La vida errabunda y las privaciones habían quebrantado la salud de la criatura. Murió un mes después.

El juez guardó silencio un minuto, como para mostrar su compasión ante tan profundo dolor. Hasta ahora, la señora Pennhallow había permanecido callada, y se había limitado a desplazar su mirada alerta de la cara de su marido a la de *monñeur* Belabres y viceversa. Ahora, con voz algo dificultosa que, no obstante, contenía una especie de triunfo, comentó:

—Hoy tenemos otra vez a dos chicas de Inglaterra en nuestra casa. Puede llamarlas e interrogarlas también.

Su marido hizo un leve gesto de desaprobación, y se volvió hacia el juez.

—¿Cuál era —preguntó— la última pregunta que me tenía que hacer?

Monsieur Balabres miró en su cartera.

—Quiero escuchar de sus labios, señor Pennhallow —dijo— qué es lo que le llevó a la pensión de la calle portuaria de Marsella.

El señor Pennhallow salió lentamente de su inmersión en el pasado al presente.

—¿Es posible —exclamó, perplejo y casi asustado— que sea aquel hombre que murió en Marsella la persona que está buscando? ¿Habrá sido él quien?... No, no; no puedo creerlo —añadió con gravedad—; si fuese así, el criminal se arrepintió en su última hora, y renunció a su iniquidad. Puede que le hayan sido perdonados sus crímenes.

—No sé de qué está hablando —dijo el juez—, pero le pido que me explique los detalles del caso.

—No es difícil —replicó el señor Pennhallow; y empezó—: A primeros de marzo tuve que ir a Marsella para un asunto importante. Un antiguo amigo mío había muerto en Calcuta, y me había dejado un cajón de libros raros. Subí a bordo del barco a buscarlos personalmente, y un muchacho del muelle me transportó el cajón a mi alojamiento.

»Al pagarle y despedirle, se me quedó mirando, y me preguntó si era sacerdote inglés. Le contesté que sí; entonces me dijo que en una pequeña pensión de la calle donde él trabajaba había un piloto o patrón inglés que estaba en las últimas, el cual había pedido muchas veces que le trajeran un sacerdote de su país. Acompañé inmediatamente a este chico a la pensión: un edificio sórdido en una calleja oscura que casi me encogió el corazón. Allí encontré a un carpintero inglés que agonizaba de tisis. Estuve con él una hora o dos. Le confesé, señorita. Pero la confesión de un moribundo es sagrada para nosotros, como lo es para los sacerdotes de su Iglesia. Ésa es toda la historia. Sencilla, y sin embargo, importante y hermosa para mí.

—¿Recuerda —preguntó el juez— si la patrona de la pensión salió a la calle con usted al marcharse?

—Creo que sí —contestó el señor Pennhallow.

—¿Qué le dijo usted antes de marcharse? —volvió a preguntar el juez.

—No me es fácil recordar hoy nuestra conversación palabra por palabra —dijo el señor Pennhallow—. Sin embargo, creo recordar algo. Tenga en cuenta que acabábamos de dejar a un moribundo. Le dije que la muerte era como un largo viaje por un mar oscuro y tormentoso, y recalqué nuestra confianza, también, en la resurrección de la carne en la otra orilla.

»En cuanto a su tercera pregunta —dijo—, se la voy a contestar sin rodeos. Está en estrecha relación con lo que acabo de contarle.

»Alrededor de una semana después, para mi sorpresa, recibí una carta y una pequeña cantidad de dinero de la misma anciana de Marsella. Su huésped había fallecido, y antes de morir, le había encargado que, una vez deducido lo que le debía, me enviase ese dinero, los ahorros de toda su vida, para beneficio de los pobres de mi parroquia. Me pareció sorprendente que esta mujer, que podía haberse quedado con el

dinero con toda facilidad, cumplierse los deseos del fallecido. ¿No es verosímil que una palabra mía, en hora tan trascendental, le tocara el corazón? Yo, como usted sabe, le envié recibo por esa cantidad. Y añadí, creo —terminó, mientras *monsieur* Belabres examinaba los documentos sobre la mesa, frente a él—, que me había afectado y conmovido la idea del trabajo constante, arduo y fiel con que había sido reunida esa cantidad, moneda a moneda.

El juez apartó a un lado la cartera.

—Parece ser, señor Pennhallow —dijo—, que tiene firmemente consolidada su defensa en cada uno de los puntos.

—¿Mi defensa? —exclamó el señor Pennhallow.

Se quedó un momento callado con los ojos clavados en el rostro del juez. Durante este breve espacio de tiempo, su propio semblante cambió y adoptó una expresión de completa serenidad, casi de alegría.

—Veo —dijo despacio— que he estado aquí como el acusado del caso. He tardado en comprender su pensamiento. ¡Le aseguro que, de haberme dado cuenta antes, no me habría molestado siquiera en rebatir su acusación!

Se levantó con toda tranquilidad, y se quedó de pie junto a la mesa. Era un hombre bajito de piernas cortas, no mucho más alto de pie que sentado en su sillón, pero había una extraña dignidad en su humilde figura, y un amable, triunfante desprecio iluminaba su rostro.

—¿De veras cree usted —dijo— que considero mi vida, y la suerte que pueda tocarme, de alguna importancia frente al conocimiento cierto de que el mal, la desgracia y el horror existen en el mundo? Porque el mal de este mundo es poderoso, es un abismo, un mar profundo que no se puede vaciar con una cuchara, ni con obras o con medios humanos. Yo, que sé, que puedo proclamar el poder del mal, ¿podría atemorizarme o perder el valor?

»No quiero rebatir su acusación. Los justos son condenados, los inocentes son degradados, los débiles son arrojados al barro. Ya basta. Le ruego que deje que la ley siga su curso. No podrá hacerme daño. Estoy tan seguro aquí como en cualquier otro sitio.

Pareció crecer y ensancharse mientras hablaba. El rostro de la señora Pennhallow, oscuro durante la última parte del interrogatorio, se volvió ahora casi tan sereno como el del viejo. El juez no podía apartar los ojos del acusado.

El joven inspector, en la silla junto a la ventana, intervino por primera vez en la conversación:

—¿No sería buena medida, señoría —dijo—, interrogar a las dos jóvenes inglesas que viven actualmente en la casa?

14. El descargo

Lucan y Zosine, desde su habitación, y a través de la rendija de la puerta, habían seguido la conversación del comedor. Pudieron oír todo lo que se dijo; y muchos de los detalles les habían resultado incomprensibles. Se ruborizaron y se miraron con asombro mientras escuchaban. Había aquí importantes cosas en juego. Había venido un desconocido a Sainte-Barbe, un juez francés, y había lanzado inauditas e increíbles acusaciones al clérigo inglés.

Lucan recordó cómo ella misma, no hacía mucho, había sentido una vaga desconfianza respecto de la casa de Sainte-Barbe. Casi se estremeció de terror al recordar sus propios pensamientos. Era como si hubiese arrojado una sospecha sobre la casa que les había dado amistoso cobijo a ella y a Zosine, y sobre el jardín donde, a la luz de la luna, había hablado con Noel. Era como si sus pensamientos, sin que ella lo supiese o lo quisiera, hubiesen invocado al oculto y misterioso huésped de Sainte-Barbe.

Zosine, que había regresado a su sitio junto a la mesa, estaba acodada en ella, con los ojos brillantes, y la misma postura con que, en otro tiempo, solía apoyarse en el antepecho de su palco para seguir las luchas que se desarrollaban en el escenario entre la virtud y la maldad. Recordó acontecimientos de la historia del mundo que el señor Pennhallow le había hecho vívidos. Por su mente desfilaron grandes figuras. El relato del viejo sobre su hija perdida conmovió hondamente a las dos muchachas. Ellas también habían perdido y buscado; y durante un momento, se les llenaron los ojos de lágrimas.

En el silencio que siguió a las palabras de *monsieur* Tinchebrai, comprendieron que ahora iban a ser arrojadas al centro de los acontecimientos. Temblaban a la vez que hacían acopio de valor para enfrentarse a la empresa que tenían ante sí y que no comprendían. Cuando oyeron a la señora Pennhallow correr su silla hacia atrás, reanudaron su trabajo de manera maquinal. Pero sus manos sólo fueron capaces de coger desmayadamente unas cuantas flores de lavanda.

—Chicas, ¿estáis ahí? —dijo la señora Pennhallow desde la puerta. Su voz sonó extraña; más dulce y melosa de lo que ellas habían notado jamás—: Tenéis que venir conmigo al comedor. Hay dos amables señores de Lunel que quieren veros —las dos muchachas se levantaron inmediatamente. Lucan estaba pálida, pero a Zosine le ardían las mejillas. Sin mirarse, cruzaron el umbral detrás de la grave y angulosa figura de la vieja.

Los dos señores franceses se levantaron al entrar ellas en la habitación. El juez, que había estado absorto en sus documentos, las miró con sorpresa y admiración. Era como si la señora Pennhallow hubiese vuelto a la fatal reunión con un ramo de rosas en cada mano.

Durante la entrevista que siguió, Lucan notó todo el tiempo los ojos del joven inspector clavados en su rostro. Alzó una vez los suyos fugazmente hacia él, y los apartó en seguida. La señora Pennhallow tenía la mirada fija en su regazo. El señor Pennhallow era el único de los presentes que no parecía acusar la tensión del ambiente. Desde que había dejado de hablar, un momento antes, permanecía inmóvil, de pie, como si observase algo muy lejano. Se volvió hacia las figuras de las muchachas, y un atisbo de piedad o de ternura cruzó por su semblante; pero en seguida volvió a quedarse con la mirada perdida como antes.

Lucan y Zosine se sentaron. Y con ello se cerró el círculo de tres viejos y tres jóvenes, cada uno en un estado de ánimo sumamente especial, en torno a la mesa.

Monsieur Belabres suplicó a las muchachas que le perdonasen, en caso de que las hubiese turbado o quizá alarmado. Luego les rogó que desechasen todo temor o inquietud. Sólo iba a hacerles unas preguntas sin importancia. Ya sabían la clase de preguntas que les iba a hacer, así que Zosine le dirigió una mirada directa, desafiante, casi despectiva. Le indignaban la actitud y la voz del juez, y recordó cómo había sido acusado su propio padre. En este momento la humilde y torpe figura del señor Pennhallow que tenía ante sí le evocó la figura imponente y afable del señor Tabbernor.

El juez preguntó brevemente a las muchachas su edad y su situación. Aquí Lucan tuvo que contestar por Zosine. Dio a entender que su amiga era un año justo más joven que ella, a fin de no tener que decir mentiras en cuanto al día y mes de nacimiento. Pero se ruborizó mientras hablaba, y se sintió más confundida al darse cuenta de que *monsieur* Tinchebrai pareció notar su rubor y observarla con admiración.

El juez guardó silencio un rato, con el pesar y la indecisión profundamente reflejados en su rostro.

—Es indispensable —dijo por último—, para un asunto que por lo demás no les va a causar ninguna molestia, mis jóvenes señoritas, que cuente con una explicación clara de cómo han llegado a Francia. Les ruego que me digan cómo entraron en contacto con el señor Pennhallow.

Lucan pensó: «Menos mal que el juez no se ha referido también a la señora Pennhallow, porque en ese caso habría tenido que contarle mi encuentro con ella en la posada. Encuentro que, por lo demás, me parece bastante confuso y casi irreal.»

—Mi hermana y yo —dijo—, buscábamos trabajo en Londres, y nuestro maestro, el señor Pennhallow, nos encontró en la agencia de colocaciones. La señora que lleva la agencia se llama Quincy.

El juez miró a las preciosas muchachas con simpatía y compasión.

—Puesto que acudieron a una agencia de colocaciones en busca de empleo —dijo—, es de suponer que están solas en el mundo, sin parientes cercanos ni amigos. ¿Conocía el señor Pennhallow este detalle?

—Sí —dijo Lucan—; se lo dijimos a él. El señor Pennhallow comentó entonces que era triste e injusto, y que las jóvenes debían ser guiadas y protegidas por personas amables y honradas que conocen el mundo.

—Pero cuando ustedes aceptaron la oferta del señor Pennhallow —dijo el juez—, ¿no les habló de la posibilidad de que se les brindase una situación más feliz, más libre y próspera? ¿Quizá un futuro radiante, más tarde, en un país o continente extranjero? Pueden hablar con toda libertad —añadió gravemente—, y sin temor de que su testimonio ocasione ningún perjuicio en sus relaciones con el señor Pennhallow y su esposa. Yo les garantizo —concluyó con gran dignidad— que eso no sucederá.

Esta vez fue Zosine quien contestó, en lugar de su amiga.

—Hablamos con tanta libertad —dijo—, como lo hemos hecho siempre en esta casa. No tenemos miedo del señor y la señora Pennhallow, ni hay razón para tenerlo. No había nadie en todo Londres que quisiera acogernos más que ellos. Hacía tiempo que buscábamos colocación; y temíamos ya que no íbamos a encontrar nada, cuando se presentó el señor Pennhallow.

—¿No les han prometido nunca aquí —preguntó el juez— preciosos vestidos, sombreros y chales, cosas en las que naturalmente se sueña a la edad de ustedes?

—Por supuesto que no. No sabe lo que dice —exclamó Zosine con desprecio—. Eche una mirada a la casa. Apenas hay un espejo en toda ella. Aquí en Sainte-Barbe tenemos otras cosas en que pensar.

—¿No les ha hecho conocer el señor Pennhallow —inquirió el juez otra vez— gente que quizá les pareciera extraña o chocante?

—Sí, en efecto —exclamó Zosine—. Nos ha dado clase de historia y de latín diariamente. Nos ha hablado de los grandes héroes que vivieron hace tiempo, y que podían servir de ejemplo a las personas pretenciosas de esta época, tan poco heroica y tan materialista.

Miró a su viejo profesor, que soportaba el ataque de la ley implacable sin una palabra ni un gesto. Zosine se acordó de Sócrates ante el tribunal de Atenas, y se sintió hondamente conmovida. «¿Es siempre el destino de las personas grandes y nobles», pensó, «ser calumniadas y derribadas por la ley y las naturalezas superficiales?»

—No, puede estar tranquilo —prosiguió Zosine solemnemente, con labios temblorosos—. El señor Pennhallow jamás ha intentado traicionar o hacer daño a ningún ser humano. Al contrario, siempre ha querido elevar e inspirar a cuantos ha tenido a su lado. Y puesto que nos ordena que le digamos toda la verdad, quiero que sepa que soy yo quien ha estado engañando a nuestro maestro. No se lo conté todo al principio. Y aquí, en Sainte-Barbe, he hecho cosas también de las que él no sabe

nada. Hasta hoy, he preferido guardarlas para mí. Pero ahora, puesto que se atreve a desconfiar de él y de sus palabras, no me importa confesarlo todo.

Hablaba con gran energía; tenía el rostro encendido y los ojos llenos de lágrimas. Una leve sonrisa fluctuó en los labios del juez.

—No, *mademoiselle* —dijo—; no somos tan bárbaros. Estamos dispuestos a dejar que señoritas como usted o su hermana guarden para sí los secretos de su corazón. —Desvió la mirada del rostro arrebolado e infantil de la testigo al semblante arrugado del acusado. En vista de la firme confianza de la muchacha, la expresión del anciano había cambiado respecto de la que había tenido un momento antes.

Monsieur Belabres se quedó largo rato en silencio.

—Sólo una pregunta más —dijo con gravedad—. ¿Han notado si en esta casa se juzga la inmoralidad con indulgencia? ¿Se ha tratado aquí con lenidad la conducta de una mujer deshonesta? ¿Y les han animado a creer que los seres humanos pueden encontrar la felicidad fuera del estrecho camino del deber y del respeto a la ley?

Habló con embarazo, y bajó los ojos. No había imaginado a las jóvenes inglesas de Sainte-Barbe tan bonitas y refinadas. Él tenía hijas, jovencitas inocentes que ignoraban las asechanzas del mundo, y sólo de mala gana sacaba a la luz una cuestión de tal naturaleza en la atmósfera de pureza que rodeaba a estas jóvenes criaturas.

Zosine no entendió lo que decía, agitada aún por violentas emociones. Seguía mirándole con el ceño arrugado. Pero Lucan exclamó, casi en contra de su voluntad:

—¡Ah, no! —y se ruborizó; y a continuación palideció intensamente ante sus propias palabras.

El juez y el inspector se volvieron hacia ella.

—¿Tiene usted algo que decirnos, *mademoiselle*? —preguntó el juez.

—No —dijo Lucan, lo más calmada que pudo—; comprendo lo que pretende con la pregunta que acaban de hacerle a mi hermana. Pero estoy convencida de que se equivoca. El señor Pennhallow me habló a mí una vez de ese mismo tema al que usted se refiere. Me describió el castigo de la inmoralidad y el destino de la mujer impura con tan terribles palabras que casi tuve deseos de taparme los oídos. No le he oído hablar así de ningún otro tema. Jamás lo olvidaré.

El juez desvió los ojos de Lucan a Zosine, y suspiró profundamente.

—Las dos señoritas —dijo, volviéndose otra vez al señor Pennhallow— han hablado con la franqueza y la candidez que les he pedido. No hay duda de que son palabras que les brotan del corazón. Su testimonio refuerza y confirma poderosamente su defensa. Me voy de Sainte-Barbe convencido de que las sospechas que me he visto obligado a exponer carecen en absoluto de fundamento.

»No puedo pedirle perdón, reverendo señor —dijo, dirigiéndose al viejo inglés—, puesto que no he venido aquí por deseo personal, sino obligado por mi sentido del deber respecto del bien y el mal. Le felicito, y me felicito a mí mismo también, en este momento. Es muy amargo que se acuse a la inocencia. Pero es hermoso y gratificante ver rechazada la acusación. Y es grande y excelso encontrar rectitud allí

donde, por un momento, temimos encontrar vileza y depravación.

—No tiene por qué pedir perdón —dijo el señor Pennhallow muy lentamente—. Soy viejo; necesito descanso. Y mientras pueda seguir mi camino en la vida, no deseo juzgar a mi vecino. Lleno de admiración, estaré con el pensamiento cerca de quienes, más jóvenes y más fuertes que yo, asuman la lucha contra el mal de este mundo; y, le doy mi palabra, de usted en particular.

15. *Se disipa el peligro*

Durante una semana entera, después de la visita del juez a Sainte-Barbe, las dos muchachas se sintieron como dos granaderos veteranos después de la batalla. Habían sido enviadas a la línea de fuego y habían aguantado a pie firme.

Ahora se asombraban de haber considerado alguna vez a su viejo profesor feo y ridículo, o de haber sido tan frívolas o estúpidas como para reírse de él. Su figura parecía haber crecido y difundir luz en todas direcciones, y en cambio ellas ser muy pequeñas a su lado. Decidieron hacerse más dignas del hombre al que habían defendido. Zosine se prometió a sí misma estar seria durante la bendición de los alimentos, y las dos se pusieron a aprender de memoria largos poemas en latín para sorprenderle y agradarle un día.

El viejo y su esposa se mostraron con ellas más cariñosos que antes. El señor Pennhallow no mencionó el siniestro incidente, y ordenó a sus discípulas que lo olvidasen también. Era dulce olvidar y perdonar, dijo; y mientras hablaba, parecía como si estuviese verdaderamente saboreando algo dulce. Había perdonado a los calumniadores e inexorables hombres de la ley el que le hubiesen atacado sin saber lo que hacían. Sin embargo, le resultaba más difícil perdonarles que, a través de él, hubieran puesto a unas muchachas inocentes en contacto con los horrores de la vida, si bien había servido para hacer que sus discípulas fuesen más caras y entrañables para él, como si se hubiesen convertido en parte de sí mismo. Y sucedía ahora que las cogía por la barbilla o les daba una palmadita en la mejilla, cosa que nunca había hecho anteriormente. Era todo sonrisas y afabilidad, en su esfuerzo por borrar la negra nube que había pasado por el cielo de Sainte-Barbe.

La señora Pennhallow había estado muy deprimida un día o dos después de la encuesta; las muchachas la habían visto incluso llorar. También habían oído a su marido reírse bondadosamente de ella:

—Cariño —había dicho—, ¿vas a llorar, ahora que todo ha salido bien, porque me he permitido bromear un poco a propósito de una vieja arpía de Marsella que tenía cien años y que ahora está muerta?

No entendieron qué quería decir, pero observaron el efecto de estas palabras en su esposa. Su cara cetrina se iluminaba, como la de él, con una especie de benevolencia y de triunfo, cada vez que sus ojos se posaban en sus hijas adoptivas.

Una o dos veces habló el señor Pennhallow del día en que finalizara el período acordado. Se había dado cuenta, dijo, de que la vida en Sainte-Barbe resultaba a la

larga demasiado tranquila y monótona para dos chicas como sus queridas Lucan y Zosine. A finales de año les buscaría colocación en Inglaterra, en casa de elevadas dignidades eclesiásticas, ya que había conocido a muchos religiosos en su juventud, y su recomendación les abriría las puertas. Pero mientras viviese, jamás perdería el contacto con sus discípulas. Se escribirían, se visitarían, y qué dulce sería entonces hablar de los viejos tiempos, incluso del viejo disgusto.

Zosine no estaba dispuesta en absoluto a perdonar. Se sentía llena de justa ira contra el juez de Lunel. Para ella, representaba la Ley misma, fría como el hielo, y sin misericordia con aquellos seres humanos cuya existencia se hallaba, como la de su padre, en la esfera de la belleza y de la imaginación, o como la de su profesor, en el mundo de los pensamientos elevados. Se mostraba implacable incluso con el joven y amable *monsieur* Tinchebrai. Se olvidó de que siempre lo había compadecido, y ahora no perdonaba ni al joven, ni al mismo obispo de Nîmes.

Lucan callaba, pero tenía inquieto el corazón. Estaba tan contenta como su amiga de haber ayudado a salvar a un inocente y noble caballero, y más dispuesta que ella a perdonar. Pero le daba la impresión de que detrás de la breve pesadilla de esa tarde había una larga y tenebrosa realidad. Su viejo profesor había sido acusado injustamente, y había rechazado la acusación. Pero ¿cuál era el crimen del que le habían acusado? ¿Andaba todavía por ahí el verdadero criminal? A veces le volvían sus anteriores recelos sobre Sainte-Barbe. Se decía a sí misma que no habían sido más que un presagio del sobresalto y la angustia; sin embargo, no conseguía desecharlos.

Se volvió hacia lo que era infinitamente más importante para ella, hacia el hombre que amaba, y hacia su propio amor. «La mujer», pensaba, «en la medida en que es libre de demorarse en el pensamiento de su amor, incluso si es un amor desventurado y sin esperanza, encuentra en ello un refugio. Si llega el momento en que se le exige como mujer, igual que al hombre, que olvide su amor para tomar parte en la actividad del mundo exterior, aunque sea al servicio de la justicia, se sentirá arrojada al campo frío y desolado, sin amparo, expuesta al viento y a la intemperie. Peor aún: andará como una criatura enloquecida, con el cabello desgredado, burlándose de sí misma y, de su propia naturaleza».

Sin embargo, le preocupaba el bienestar de los que la rodeaban. Le encantaba demostrarle al señor Pennhallow su estima y su gratitud. Cuando ella y Zosine se sentaban juntas a estudiar, hablaban de él, de sus sufrimientos y de su fortaleza espiritual.

—Aunque ha salido airoso de todo ello —decía Zosine—, se ha resentido. La mezquindad y la maldad del mundo han hecho mella en él. Cuando le conocimos, te dije que se le veía en la cara que pertenecía a una secta religiosa que vivía en constante estado de expectación, ¿recuerdas? Se le notaba una expectación paciente, inspirada, impresa en el semblante y en la actitud. Ahora es como si hubiese llegado al final del camino. Se le nota en la voz y en la mirada. Es como si los dos hubiesen

terminado lo que tenían que hacer. Me encoge el corazón verlo. Y todo por culpa de ese farisaico e implacable hombre de la ley.

Lucan sonrió a su amiga.

—Pero dime —dijo suavemente, para desviar la atención de Zosine del tema que la obsesionaba—, ¿a qué te referías cuando le dijiste al juez de Lunel que habías engañado al profesor? Estabas tan seria que me dejaste asombrada con tus palabras.

Zosine dejó la silla y fue a sentarse junto a su amiga, en el estrecho sofá de crin de caballo.

—A mí también me asombra —dijo, enroscándose los bucles de Lucan en los dedos— que hayas tardado tanto en preguntármelo. ¿Recuerdas —prosiguió— al joven que me ayudó a levantarme cuando me tiró al suelo el caballo blanco al que yo llamaba «Mazepa»?

—Sí —contestó Lucan sorprendida.

—Lo he visto otras veces —dijo Zosine—, los días que pasaste callada y absorta en tus pensamientos. No era un mozo de cuadra de Joliet. Es el barón Thésé de Valfonds.

Lucan dejó la labor y se volvió para mirar a Zosine en la cara.

—¿Lo has visto! —exclamó—. ¡Has hablado con él! ¿De qué has hablado?

—¡Dios mío, Lucan —exclamó Zosine—, cuánto he sentido dejar de practicar la equitación en Inglaterra! Hemos hablado sobre todo de caballos. Pero a veces hablábamos de otras cosas también.

De pronto, sin saber por qué, la confesión de su amiga casi hizo reír a Lucan. ¿Era en este joven, y en esta aventura, en lo que Zosine pensaba cuando le habló de su cuento del bosque? Cogió las manos de Zosine y se las apretó contra su regazo.

—¿Lo has visto muchas veces? —preguntó con el aliento contenido.

—No quedábamos para vernos —contestó Zosine, e inclinó la cabeza con gesto humorísticamente penitente—. Pero creo que él sabía a qué hora iba yo a dar de comer a los caballos. Es una persona extraordinaria, Lucan —prosiguió—. ¿Recuerdas lo que nos contó Baptistine; que jamás había salido de los límites de su provincia? Va con blusa como un leñador. He conocido a muchos jóvenes en Londres y en París, en mis viajes con Papá, que tenían un concepto muy elevado de sí mismos y de sus modales refinados. Sin embargo, no he conocido a nadie que se comporte o que hable con la delicadeza con que lo hace él. Estoy segura de que no hay en la corte de Francia ningún caballero que sea más digno o más noble. Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo que significa la sangre que se lleva en las venas. Cuando estaba sentada con él en la valla, hablando de caballos, me daba cuenta de que sus antepasados han sido obedecidos por el mundo durante siglos, y que han hablado y bailado con reinas y princesas. ¿No es extraordinario?

—¿Te ha pedido relaciones? —preguntó Lucan.

—¡No!, ¿por qué había de hacerlo? —contestó Zosine—. Sólo jugábamos. He tenido que hacerme la seria mucho tiempo; era divertido jugar con él. Ni siquiera le

he revelado mi nombre. Le he dicho que me llamaba Hipólita, porque así se llamaba la reina de las Amazonas. Lo cual es muy apropiado, ya que él se permite llamarse Teseo. Pero le ha parecido un nombre demasiado largo para una persona tan pequeña como yo. Me llama *mademoiselle* Lita.

—Pero tal vez él no jugaba —dijo Lucan sonriendo—; y si quiere casarse contigo, acabará pidiéndote relaciones.

Zosine se quedó callada un momento.

—No nos casaremos —dijo.

Lucan le soltó las manos.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó—. Yo te admiro y te quiero muchísimo. No irás a decirme que estás enamorada de un hombre, pero no quieres casarte con él.

—No; pero debes comprenderme —dijo Zosine mientras, como solía hacer, apoyaba sus manos entrelazadas en el hombro de Lucan y la mejilla sobre ellas—. Hay dos motivos por los que no podemos casarnos, aunque él me lo propusiera.

»El primero —dijo lentamente— es que es demasiado para mí. ¿Recuerdas, cuando leíamos sobre los cruzados, cómo los imaginábamos marchando a caballo hacia Tierra Santa desde Joliet? ¿Y cómo pensábamos que la Doncella de Orléans tenía a un caballero de Joliet por compañero de armas? Pues todo es verdad. Los barones de Joliet han sido esos caballeros y grandes señores durante cientos de años. Un señor de Joliet no se casa con una muchacha extranjera que se aloja en Sainte-Barbe, y que no tiene hogar propio en el mundo.

Lucan pensó en los numerosos admiradores de Zosine en Inglaterra, en cómo había brillado en el baile de *Tortuga*, y sintió pena por su amiga.

—¿Y cuál es la segunda razón? —preguntó, rodeando la cintura de Zosine con el brazo.

—La segunda razón —dijo Zosine, y se enderezó, sentada en el viejo sofá—, es que soy demasiado para él. He viajado y he visto mundo. Me he prometido a mí misma visitar todos los países de la tierra. ¿Voy a quedarme encerrada en un viejo castillo de Francia hasta el fin de mis días, contemplando cómo mi marido cava la tierra mientras yo me ocupo de los gansos? ¿Y debo comprarme todos los sombreros en Lunel?

Lucan no sabía si Zosine hablaba en serio o en broma, ni si reír o llorar. Atrajo otra vez la cabeza de su amiga sobre su hombro.

—¡Ay, Zosine —murmuró—, qué diferentes somos tú y yo! Tienes razón cuando dices que has sido una mimada toda tu vida. Pero no por eso eres menos dulce y encantadora. Yo podría estar sentada en una cabaña humilde y solitaria y sentirme la mujer más rica y más feliz del mundo, si tuviese junto a mí al hombre que amara —se sintió hondamente emocionada por sus propias palabras, y tuvo que callar un momento—. En cambio tú —prosiguió— le pides mucho a la vida. Y lo conseguirás.

«Qué extraño», pensó Lucan, mientras estaban sentadas en silencio y cariñosamente juntas, «que Zosine y yo hayamos tenido una aventura cada una, y no

nos hayamos dicho nada. ¡Aventura que siempre permanecerá en secreto, oculta en nuestros corazones! Pero para Zosine», añadió con tristeza para sus adentros, «será un secreto porque ella quiere que lo sea. En cambio yo no tengo elección. ¡Y así tenía que ser! Ella ha nacido para ser amada por todos. Yo sólo soy una chica como las demás. De todos modos», concluyó el curso de sus pensamientos, «doy gracias a Dios, porque ahora nada se interpone entre mi amiga y yo».

«Sin embargo», volvió a pensar poco después, «nunca, nunca llegaré a comprender por qué la muchacha que ama Noel no está enamorada de él».

Unos momentos más tarde, oyeron al señor Pennhallow y a su mujer que regresaban de su paseo, y hablaban en el comedor.

—¿No les notas en la voz —preguntó Zosine muy bajito— que han cambiado? Han llegado al final de algo. Están cuadrando sus libros de cuentas.

—¿Y no recuerdas que —preguntó Lucan pensativa, un momento después—, la madrugada siguiente a la noche de tu baile, dijiste que el peligro poseía una especie de fascinación, un poder que agotaba todas las facultades de la persona? ¿Y que cuando el peligro ha pasado nos abandonan las fuerzas, y uno se sienta para morir?

Zosine permaneció callada un minuto o dos. Luego se levantó.

—Sí, lo recuerdo —dijo—. Pero entonces yo sabía desde hacía tiempo que corría peligro. Entonces llevaba bastante tiempo engañando a todo el mundo. Entonces era un juego —fue a la ventana y regresó—. Y jugaba a ese juego —exclamó— para salvar a Papá, y por cariño a él. Tú lo sabías, Lucan, dime que lo sabías.

—Tú sabías que yo lo sabía —dijo Lucan.

—¿Conoce al señor Pennhallow el barón de Valfonds? —preguntó mientras reanudaba otra vez su labor—. ¿O está Sainte-Barbe todavía enemistada con Joliet?

—¿El barón de Valfonds? ¿Thésé? —exclamó Zosine—. No. No creo que hayan llegado a conocerse. ¡Es extraño, teniendo en cuenta que el maestro lleva viviendo aquí siete años! ¿Qué pensarán el uno del otro?

16. *Conversación por la noche*

Lucan estaba en la cama, ya entre el sueño y la realidad, en su antiguo colegio, ordenando la colección de mariposas de la clase. De repente, la arrancó de su sueño la caída de una silla, e inmediatamente a continuación, la señora Pennhallow que preguntó desde el otro lado de la puerta:

—¿Qué es ese ruido?

Desde el interior, Zosine contestó:

—Iba a coger un vaso de agua. He derribado una silla, a oscuras.

Todavía medio dormida, Lucan pensó: «¿Qué hará la señora Pennhallow en el corredor a media noche?»

Poco después reanudó su sueño; pero ahora había cambiado. Ahora Noel cazaba mariposas, y ella era una mariposa. Se sentía feliz revoloteando alrededor suyo sin que ello pareciese descaro ni coquetería; pero fue cazada, y sintió la red sobre su cabeza. Esta horrible sensación la volvió a despertar, e instantáneamente se dio cuenta de que la mano de Zosine le estaba palpando la cara, y que le tapaba la boca.

—No hables —susurró la voz de Zosine junto a su oído—. Hazme sitio en tu cama.

Asombrada y alarmada, Lucan se retiró hacia la pared, y Zosine se deslizó bajo las sábanas sin hacer ruido. Pasó el brazo por debajo de la cabeza de Lucan, y la atrajo hacia sí; aspiró profundamente, y permaneció un minuto sin decir nada.

—No hagas ruido —susurró—. Tengo que decirte algo —Lucan notó que Zosine temblaba de pies a cabeza. Se estremeció ella también, pero no se atrevió a moverse ni a preguntar.

—¡Es verdad todo! —dijo Zosine.

Lucan quiso preguntarle qué era verdad, pero no pudo pronunciar palabra.

—Sí; es verdad —susurró Zosine otra vez; tenía la voz tan alterada y aterrada que el susurro se le transformó en gemido—. ¡Todo aquello de lo que le acusaba el juez, lo ha hecho! —aspiró nuevamente con dificultad un par de veces, y apretó la cabeza de Lucan aún más contra su boca—. No hagas ruido —dijo.

»Ahora lo comprendo todo —prosiguió—. Te lo voy a contar.

»El maestro ha tenido aquí a las chicas que decían. Y las ha vendido también. No sé lo que significa eso; no sabía que se podía vender gente blanca. Pero debe de ser posible hacerlo; y él lo ha hecho. La chica del bote a la que se referían salió de aquí. No es verdad que sólo fueran tres; fueron muchas, muchas; y las han vendido a todas.

Y lo que le pasó a ella les ha pasado a las demás. Le dieron de beber algo fuerte ese día, y los hombres que la llevaban eran los que la habían comprado. O puede que fueran sus colaboradores. Él es el peor de todos.

Lucan libró su boca de la mano de Zosine. Había sido despertada tan de repente, y lo que estaba oyendo era tan espantoso, que no fue capaz de creerlo. Trató de serenar a Zosine.

—No, Zosine, tranquilízate —susurró—. Has estado soñando. Quédate aquí conmigo esta noche —pero en el susurro mismo, a oscuras, había algo horrible que hacía que su propia voz fuese insegura.

—Es verdad —repitió Zosine—. Todo es verdad. Pero que no nos oigan hablar. Tenemos que esperar una hora o dos, hasta que nos crean dormidas.

—No pueden oírnos aquí —dijo Lucan.

Pero Zosine dejó que transcurriera una hora, y durante ese intervalo ignoró a Lucan. Luego habló otra vez; estaba más calmada y su voz era más firme y más dura.

—Para eso es para lo que nos querían a ti y a mí —dijo—. Les habían informado de que habían salido a la luz algunas de las cosas que han hecho. Que se sospechaba de ellos. Así que nos cogieron en Inglaterra. Se tomaron bastante tiempo para la operación. Se preocuparon de nosotras. Todo entraba en sus planes. Sí; cada palabra, cada acto, estaba planeado de antemano. Debíamos tener fe en ellos, y respetarlos. Debíamos estar a mano, cuando llegase el momento de la acusación, para declarar en favor suyo, y ayudarles a salvarse. Y todo ha ocurrido como habían calculado. Efectivamente, les hemos salvado.

Lucan trató de incorporarse en la cama para calmarse y recobrase. Pero Zosine la retuvo.

—No, Zosine —gimió suavemente—; no Zosine —no quería creer que su amiga había perdido el juicio y que, en su locura, le había dado por pensar fantasías horribles. Pero tampoco podía soportar asomarse al abismo que las palabras de Zosine, si debía creerlas, habían abierto a sus pies. Y en ese momento, de muy lejos, le volvieron sus vagos recelos respecto a Sainte-Barbe.

—¿No hace falta tener un corazón frío y terrible —susurró Zosine otra vez— para tramar una cosa así? ¿Y seguir adelante, día tras día, con el mismo plan?

Otra vez le corrió un largo estremecimiento por todo el cuerpo, y le castañetearon los dientes.

—¡Lo han hecho con calma, Lucan, lo han hecho con calma! No era el retorno de Cristo lo que esperaban; era el triunfo de ellos. Sabían lo que iba a pasar. Ningún ser humano podía haber contestado a cada acusación como ellos lo hicieron, a menos que lo tuvieran todo preparado de antemano. Alguien les había puesto sobre aviso, y les había dicho qué día y a qué hora les iba a llegar el golpe. Y se quedaron sentados aquí, riéndose en sus fríos corazones, mientras lo veían venir todo tal como esperaban y habían planeado. Habría preferido —susurró tras una pausa—, Dios mío, habría preferido mil veces, haber corrido peligro en sus manos.

—¿No lo corremos, entonces? —preguntó Lucan.

—No —exclamó Zosine—. Ninguna chica en el mundo está a salvo de ellos. Pero nosotras dos sí. ¿No es degradante, repugnante, saber que estamos a salvo en sus manos? Somos dos pequeños canarios encerrados en una preciosa jaulita. Nos dan alpiste, agua y arena limpia con todo cuidado, y no descuidan un solo día sus cuidados. ¿Quién se atrevería a calificar al amo de cruel e inhumano, viendo a los pajarillos saltar de percha en percha y cantar su felicidad y su gratitud? No tenemos más remedio que proclamar su amabilidad. Cuando llegue el momento, volveremos a Inglaterra, donde cantaremos sus alabanzas; y les recordaremos en nuestras oraciones toda la vida. ¡Qué corazón deben de tener para enseñarnos lo que es justo y bueno! Y lo más horrible de todo, Lucan, es que sienten ternura por nosotras. Se sienten agradecidos ahora, porque les hemos salvado la vida, y les hemos seguido completamente en su horrenda broma.

—¡Dios mío, Zosine! —dijo Lucan—. Si tienes razón, si es posible todo eso, ¿qué vamos a hacer?

Zosine no la escuchó, sino que continuó, siguiendo el curso de sus pensamientos:

—Ahora lo comprendo todo —dijo—. ¡Sí, todo! Pero jamás comprenderé que pueda haber seres humanos así. ¿Cómo se puede asesinar a una chica y cuidar tiernamente a otra? Sí, es cierto que a veces se le hacía difícil a su esposa, porque no es tan fuerte como él. Cuando estaba sentada, y se quedaba contemplando tu cabello dorado (dorado como el de la muchacha del bote), le costaba no apoderarse de ti allí mismo. Estaba calculando mentalmente tu precio.

»¡Pero él! —murmuró, y casi se le ahogó la voz de horror y abominación—. ¡Él! Era capaz de seguir adelante con su resolución sin flaquear un minuto. Estaba tan seguro de sí mismo que ni siquiera nos mandó llamar, sino que se limitó a esperar el momento en que al pequeño y simple inspector se le ocurriera la idea de interrogarnos. Y, Lucan, yo le respetaba; para mí, representaba la grandeza y la sabiduría del mundo. Incluso le quería. Pero todo él es mendacidad. Vive de mentiras, y medra con ellas. Es mentira que su tío haya combatido el tráfico de esclavos. Lo más probable es que se dedicara a comprar y vender a los desdichados negros. Hay aún más mentiras, muchas más, que todavía ignoro.

—Pero, ¿y Baptistine? —preguntó Lucan débilmente.

—¿Baptistine? —dijo Zosine—; ¿acaso no es el instrumento perfecto para ellos, en su perversa actividad? Es dura como una piedra. Odia a la gente; le alegraría ver vender chicas.

—Pero, ¿y Clon? —volvió a preguntar Lucan, casi en un gemido.

Zosine guardó silencio un momento.

—¡Quién sabe lo que le habrán hecho a Clon, a ese infeliz! —dijo—. Ha estado en prisión, dicen; pero no quieren decir por qué crimen fue encarcelado. Tal vez fueron ellos quienes le indujeron a cometer ese crimen; tal vez se trate de algo mucho peor de lo que nosotras sospechamos. Desde entonces, han asustado a Clon con la

idea de la cárcel. Es su sistema: asustar y amedrentar a todo el mundo.

—Pero si lo que dices es cierto —volvió a preguntar Lucan con voz temblorosa—, ¿qué vamos a hacer entonces, Zosine?

Esta vez Zosine la oyó, y emergió de sus pensamientos.

—¿Qué vamos a hacer? —repitió despacio; y un segundo después prorrumpió con energía—: Tenemos que irnos de Sainte-Barbe. Si sigo más tiempo aquí, me muero. La visión de estas gentes me asfixia. ¿Vamos a consentir que nos toquen? Tenemos que irnos inmediatamente.

—Pero, ¿nos dejarán ir? —dijo Lucan. Zosine meditó la pregunta.

—No —exclamó—; no dejarán que nos vayamos. ¿Cómo iban a dejarnos? Nos retendrán aquí hasta que se cumpla el año, y se mostrarán más amables que antes. Nos mimarán; y al terminar el año, procurarán encontrarnos una buena colocación, a fin de que vayamos por ahí cantando sus alabanzas. La sola idea me resulta de lo más espantosa. No quieren perdernos de vista siquiera; somos demasiado valiosas para ellos. No; tenemos que huir de Sainte-Barbe.

—Huir —exclamó Lucan. Era como si su vida entera fuese una huida. La echaban de un lugar a otro.

—Tengo todavía mi reloj con la cadena de oro —dijo Zosine al cabo de un rato—. Era de mi Mamá. Lleva grabado el nombre y el sello de la familia de su madre. Papá me dijo que no me desprendiera nunca de él. Pero no le habría gustado que yo hablase y sonriese a personas como las que nos rodean. Podemos venderlo en Peyriac, y probablemente nos darán lo suficiente para el viaje de regreso a Inglaterra.

La palabra «Inglaterra», y el pensar en Inglaterra, conmovieron a Lucan más profundamente que la horrible revelación de Zosine. ¿Iba a volver a estar cerca de Noel, a pisar la misma tierra que él, quizá a verle otra vez? Trató de comprender lo que esto significaba. En cierto modo, daba lo mismo. Él no la amaba. Cuando pasara en coche por delante de ella con su joven esposa, apenas la reconocería. O si lo hacía, sería como hermana de Zosine. Por otra parte, Zosine no sabía nada de todo esto, y ella no se lo podía contar. Se quedó callada largo rato.

—¿Y si no es cierto lo que crees —dijo por fin—, y estamos cometiendo una gran injusticia con estas personas? Parece extraño, Zosine, que dos chicas como nosotras vean este asunto mejor que un juez. ¿Y qué será de nosotras en Inglaterra?

—Pero es verdad, palabra por palabra —exclamó Zosine—. No puedes creerlo porque eres demasiado buena y jamás has engañado a nadie. Eres casi un ángel, Lucan. Pero yo no soy un ángel. Yo he engañado a la gente. Anoche, cuando hablábamos de la huida de Papá y de qué medios me valí para despistar a todo el mundo, comprendí por primera vez cómo podían haber tramado el engaño este viejo y su esposa, y haberlo llevado a cabo. Pero yo lo hice por amor. Mentí para salvar a un ser humano, a mi Papá. ¿Lo comprendes, Lucan? ¿Querrás seguir creyendo en mí?

—Sí, seguiré creyendo en ti, Zosine —dijo Lucan, conmovida por la súplica de su amiga—. Tendré fe en ti. Creeré que tienes razón en esto también. Huyamos de

Sainte-Barbe.

Se quedaron un rato completamente inmóviles, con las cabezas juntas en la almohada.

—Pero, ¿cómo vamos a irnos? —preguntó Lucan.

—Nos iremos, cueste lo que cueste —dijo Zosine—. Hay una diligencia que sale de Peyriac al anoecer. Ahora que el señor Pennhallow y su esposa están tan contentos de nosotras, seguramente dejarán que salgamos a dar un paseo por la tarde.

—¿Y qué será de nosotras en Inglaterra? —preguntó Lucan.

—Buscaré a Olympia. He pensado mucho en Olympia esta noche. Nosotros vendimos a los suyos, a sus hermanos y hermanas; les hemos hecho mucho daño. Quiero pedirle perdón. Tenemos que irnos, Lucan —exclamó otra vez—. Mañana, o pasado mañana; de lo contrario, me moriré. Mañana tendremos que representar, ocultar nuestros sentimientos para que no se den cuenta de que estamos enteradas de su perversidad. ¡Dios mío, tendremos que darles los buenos días una vez o dos más!

Los pensamientos de Lucan se desviaron de su propia suerte a la de su amiga.

—Pero, Zosine —dijo muy suavemente—, ¿podrás irte de Francia con tanta facilidad? ¿Podrás irte de Joliet?

Zosine seguía inmóvil en sus brazos.

—Sí —murmuró—. ¿Cómo podría volver a verle, viviendo con estos malvados, y comiendo su pan, con el estigma de sus ojos perversos impreso en mi rostro? ¡A él, que es tan honesto, y que sólo conoce lo que hay de noble y de bueno en el mundo! En esto, el destino ha decidido por mí. Si tenemos que volver a encontrarnos, nos encontraremos. Pero debo marcharme de aquí. Siento como si me pegaran al cuerpo las mentiras de esta casa, igual que si fuesen barro —se quedó callada otra vez un minuto—. Cuando me preguntaste si Thésé había llegado a conocer al señor Pennhallow —dijo—, vi al viejo con los ojos de Thésé, ¡y entonces lo comprendí todo!

Pasó firmemente el brazo alrededor del cuello de Lucan.

—¡Gracias a Dios que estás tú aquí, Lucan! —dijo—. Yo me habría perdido en este mundo ruin. Pero tú eres mi hermana ahora, como dijo Papá. Él siempre sabía lo que era mejor. Y las hermanas no se abandonan jamás.

17. Rosa

Una casa o un paisaje nos parecen diferentes de ayer a hoy cuando, en el transcurso de una noche, hemos decidido marcharnos de allí.

Volvía Lucan de Peyriac después de vender el reloj de Zosine a un viejo comerciante en artículos de segunda mano, cuando se detuvo en el camino a contemplar el edificio largo, rosado, como si lo viese por primera vez. Se había encargado ella de vender lo único de valor que tenían entre las dos porque Zosine no había intentado vender nada en su vida; mientras que Lucan, después de la muerte de su madre, y cuando la situación se hizo especialmente difícil para su padre, había enajenado algunos objetos de los que podían prescindir, para adquirir aquello que necesitaban con más urgencia. Le habían dado doscientos francos por el reloj y la cadena; lo suficiente, pensó, para que ella y Zosine pudieran regresar a Inglaterra. En este momento llevaba el dinero en el bolso que colgaba de su brazo.

Los preparativos para la huida absorbían a Lucan incluso más que las cosas espantosas que su amiga le había revelado. Pues cuando Zosine no estaba presente, se le hacía casi imposible creerlas. Su naturaleza entera se resistía a creer tanta perversidad.

Al levantarse por la mañana, Zosine había declarado que tenía dolor de muelas, y se había envuelto un chal de lana alrededor de la cara. Lucan, asombrada ante el fingimiento de su amiga, comprendió que quería evitar hablar con los demás moradores de la casa, y ocultar la palidez de su cara. Lucan estaba más alarmada y aterrada por Zosine que por sí misma. Era angustioso ver a la atolondrada muchacha tan mortalmente apagada.

Ahora, tan pronto como se quedaron solas, Zosine preguntó a Lucan por el resultado de su paseo, y empezaron a toda prisa los preparativos para la huida.

Estaba poseída, como enfebrecida, por la idea de huir de Sainte-Barbe y, mucho más que por el miedo, por una repugnancia que casi parecía asfixiarla. Cuando Lucan le pidió que tuviese prudencia, se volvió furiosa contra ella como si sospechase que defendía a la gente de la que iban a huir.

Aunque habían traído un modesto equipaje de Inglaterra, el baúl era demasiado voluminoso para poderlo sacar de la casa sin que se diesen cuenta. Pero Lucan tenía su pequeña bolsa de viaje, la misma que se había atado a la cintura para descolgarse del balcón de la casa del señor Armworthy. En ella podrían meter lo más imprescindible o de valor que poseían. Por la noche, Zosine la sacaría secretamente y

la ocultaría en el bosque, a fin de recogerla después, y llevársela a la diligencia.

Dieron la clase como de costumbre. Pero por la tarde, acordaron que una de las dos permaneciese junto al señor Pennhallow, mientras la otra preparaba la huida. Esta última misión recayó en Lucan. Zosine había declarado al principio que no se quería llevar nada de Sainte-Barbe, igual que se había negado a llevarse nada de *Tortuga*; y cuando finalmente la convenció su amiga de que necesitaría algunas cosas, pidió a Lucan que las eligiera y las guardara por ella. Por segunda vez Lucan, nerviosa, con el corazón oprimido, y enfrentada a un futuro incierto, metió su camión y sus zapatos en la bolsa, añadiendo ahora los de Zosine.

A través de la puerta oyó al señor Pennhallow leer en voz alta para su esposa y para Zosine y, poco más tarde, dar las tres en el reloj del comedor. Uno de los cajones de la vieja cómoda se atascó; y al sacarlo cayó un trozo de papel detrás. Era una carta, escrita en un curioso papel de color amarillo, y hecha una pelota, como si el destinatario, movido por un impulso de sorpresa o de irritación, la hubiera arrugado y arrojado lejos de sí. Ni Lucan ni Zosine habían recibido una sola carta en Sainte-Barbe. Había debido de quedar olvidada en el cajón antes de llegar ellas.

Lucan alisó el papel para ver si debía entregársela al señor Pennhallow o a Baptistine. Pensaba leer sólo el encabezamiento; pero más abajo, su mirada captó una palabra: el nombre de «Rosa». Y la leyó entera. Decía así:

Respetado y venerado señor, y queridísimo maestro:

Le escribo esta carta con la pluma y el corazón temblorosos. Le suplico que, al leerla, no me aplaste movido por su enojo, sino que se ponga más bien en el lugar del más humilde de sus servidores.

No crea, maestro, que he olvidado la deuda de gratitud que tengo con usted por haberme elevado de una situación miserable, en la que de nada me servía mi brillante formación, a la que disfruto en la actualidad. No crea, tampoco, que me he hecho indigno de las grandes ideas en las que usted me ha iniciado, ni que las he traicionado. Recuerde, se lo imploro, los casos en que he llevado a cabo estas ideas a su entera satisfacción. Desearía que tuviese presente en este momento las ocasiones en que usted mismo se ha dignado alabar mi celo y mi perseverancia en su servicio.

Permítame decir, además, querido maestro, que la ejecución práctica de un asunto puede presentar aspectos distintos de los previstos por la pura teoría y principio.

Usted, mi benefactor, en su devoción por las grandes ideas y principios de nuestro interés, concede una importancia capital a la virtud, la inocencia y la pureza. Pero este humilde y obediente servidor ha llegado a la conclusión, en la aplicación práctica y cotidiana de estos mismos intereses, de que la virtud, la inocencia y la pureza pueden convertirse en graves inconvenientes, más que en ventajas, y ocasionar dificultades, e incluso pérdidas cuantiosas.

Digo todo esto con la esperanza de mover su corazón a la indulgencia, antes de pasar a informarle del siguiente asunto lamentable.

La última chica que nos envió (Rosa, escocesa, de dieciocho años) nos ha causado grandes pérdidas. En el documento adjunto encontrará detalles de la cuantía de las mismas. Esta muchacha se reveló inapropiada para su utilización. Créame que he apelado a todos los recursos, y que no he ahorrado esfuerzos, sino que he tenido paciencia con ella, y he aguantado más de lo que nadie habría podido resistir. Pero esta muchacha era como los locos, que no tienen conciencia de lo que se hace por ellos. Si las otras chicas de la casa le dirigían la palabra, ella las pegaba. Para escupirnos a usted y a mí, cogió la vela que yo le había dado, y se quemó la cara. Después de meditarlo bien, llegué a la conclusión de que no había nada que hacer con ella. El apuro en que me encontraba era considerable, porque sabía que usted podía pensar que me había olvidado de sus grandes ideas, y de sus deseos respecto de nuestros intereses. Sin embargo, otra vez le ruego que crea que fue la firme convicción de que hacía lo mejor para usted y para mí, lo que me decidió el martes pasado por la noche o ponerle una soga en el cuello, y acabar con su vida. El miércoles a mediodía —ya que durante la noche no hay tranquilidad en la casa para llevar a cabo estas cosas— la enterré en el sótano.

Una cosa más debo añadir: recuerde, se lo suplico, que estamos solos usted y yo. Únicamente yo he comprendido algo, un poco, de las inmensas ideas que le mueven. Si me destruye, se quedará solo.

Considéreme, Maestro, su perro fiel y humilde que le lame las manos y sigue sus pisadas,

Pedro Smith

Lucan leyó la carta dos o tres veces. Al principio, le pareció incomprensible su contenido. Cuando empezaron a encajar unas cosas con otras y a hacerse claras a su mente, notó que las manos y la cabeza se le quedaban frías como el hielo, y que le temblaban las rodillas, de forma que tuvo que sentarse. Durante mucho rato tuvo la sensación de que se hundía cada vez más en una negrura cuyas olas corrían por encima de su cabeza.

Cuando, poco a poco, volvió en sí, le dio pánico el pensar que quizá había gritado. Pero al oír el rumor continuo y sosegado de la lectura en voz alta en la otra habitación, dedujo que había estado en silencio, en medio de su terror. Pensó romper la carta en trocitos para evitar que otros compartieran su abominación, pero sus manos estaban sin fuerzas. De los labios le brotó un sollozo ahogado, débil. Le pareció que no podría seguir viviendo en el mismo mundo que esta carta. La aniquilaba, como una rueda de molino capaz de triturarla y aplastarla. Al cabo de un

rato, trató de leerla otra vez; pero las líneas se emborronaban delante de sus ojos.

Mientras permanecía así, sentada, se abrió la puerta detrás de ella, y entró Zosine. Lucan oyó decir a su amiga:

—Han salido. Apresurémonos mientras están fuera —pero no comprendió el significado de sus palabras—. ¿Por qué estás ahí tan quieta, Lucan? —preguntó otra vez la voz de Zosine, y a continuación—: ¿Qué estás leyendo?

Lucan hizo un débil intento de ocultar la carta, pero Zosine se la había arrebatado ya de las manos, y se había puesto a leerla. Lentamente, apelando a todas sus fuerzas, Lucan alzó los ojos hacia su cara.

18. *El ovillo de seda verde*

Zosine se volvió hacia su amiga con la cara blanca como la pared y la boca abierta. Las manos le colgaban a ambos lados; y durante más de un minuto, las dos muchachas se estuvieron mirando mutuamente. Y mientras estaban así, una sombra cruzó sigilosa por delante de la ventana. Era el señor Pennhallow que salía a dar su paseo vespertino.

Zosine exclamó:

—¡Lo ves! —y repitió—: ¡Lo ves!

Para Lucan, la presencia de Zosine fue su salvación, después de las horas que parecían haber transcurrido desde que leyera la carta que había encontrado. Se levantó de la silla y abrazó a su amiga. Las dos sosteniéndose la una a la otra, se acercaron a la ventana para leerla una vez más.

En el momento en que terminaban de hacerlo, sonaron unos golpecitos en el cristal, cerca de ellas, que las sobresaltaron. La señora Pennhallow estaba en el exterior, con su sombrero y su chal, dispuesta para el paseo, y a través del cristal les dio instrucciones que debían transmitir a Baptistine para que limpiase las lámparas. Como la pequeña mujer estaba a contraluz, y llevaba puesto un sombrero grande, las muchachas, desde dentro de la habitación, no podían distinguir su cara. En medio de su discurso, se interrumpió de repente. Dio media vuelta y siguió andando; a continuación, la oyeron abrir y cerrar la verja.

En ese instante, Zosine cayó de rodillas, y se desplomó con la cara y las manos sobre el papel amarillo. Permaneció así, inmóvil en el suelo, tanto rato, que por un instante Lucan imaginó horrorizada que su amiga había muerto, y que ahora estaba sola. Rodeó los hombros de Zosine con sus brazos, y trató de levantarla.

—Zosine —gimió—, Zosine.

Zosine se puso en pie poco a poco, desfallecida y mortalmente pálida.

—¿Nos ha visto la cara? —murmuró. Lucan no comprendió, y Zosine tuvo que repetir—: ¿Nos ha visto la cara?

—No lo sé —dijo Lucan.

—Pues tenemos que averiguarlo —dijo Zosine—; porque nos jugamos la vida. El chal me ha debido de ocultar la cara un poco. Y tú no te has vuelto del todo hacia ella —cogió la carta y la apretó contra sí—. Pronto lo sabremos —dijo—, porque no tardará en regresar.

»De todos modos —prosiguió al cabo de un rato—, ha visto el color del papel, y

lo habrá reconocido. No me atrevo a decirle que no hemos visto la carta. Tampoco me atrevo a romperla. ¿Qué voy a hacer con ella?

Un momento después, dijo:

—Dame esa madeja de seda verde que hay en el alféizar.

Lucan se la tendió, y Zosine extendió la carta sobre la mesa, la alisó cuidadosamente, y luego la dobló varias veces, hasta reducirla a una pequeña tira. Con gran meticulosidad y precisión, enrolló en ella la seda de bordar hasta que el papel quedó completamente cubierto, y dejó el ovillo sobre la mesa. Luego, de la misma manera lenta, sonámbula, mortal, se quitó el chal de la cabeza y se sentó en una silla junto a la ventana. No dijo una sola palabra, ni Lucan le preguntó ni dijo nada tampoco, hasta que oyeron abrirse y cerrarse la puerta detrás de los dos viejos de Sainte-Barbe. Esta vez se dirigieron a la casa juntos, aunque no parecían hablar.

—Coge ese libro de la mesa y léeme —dijo Zosine con voz serena. Sin comprender qué pretendía, Lucan cogió el libro y lo abrió. Era un volumen de poemas de Wordsworth. Con voz débil y temblorosa, Lucan leyó en la página que había abierto:

*Caía el rocío, las estrellas empezaban a parpadear;
oí una voz, decía: «Bebe, preciosa criatura, bebe»,
y al mirar por encima del seto, ante mí,
vi un cordero blanco, con una doncella al lado.*

Oyeron ruido en el comedor, y poco después la señora Pennhallow abrió lentamente la puerta y entró en la habitación.

Se quedó de pie, con los ojos clavados en las dos muchachas; y Lucan, comprendiendo que Zosine quería que continuase leyendo, prosiguió:

*No había cerca ovejas ni ganado; el cordero estaba solo con fino cordón
atado a una roca...*

La vieja se acercó a la mesa, y su proximidad impidió a Lucan continuar. Dejó el libro.

—Ha empezado a llover —comentó la señora Pennhallow—. Hemos tenido que renunciar al paseo —las muchachas no contestaron—. ¿Qué estás leyendo? —preguntó seguidamente la señora Pennhallow, y a Lucan le dio la impresión de que le temblaba ligeramente la voz. Lucan le tendió el libro—. Es un poema precioso —comentó la señora Pennhallow. Paseó la mirada por la habitación—. Veo que habéis estado ordenando los cajones —dijo—. Eso está bien.

Las muchachas habían empujado la bolsa de viaje bajo la cama de Zosine, pero aún quedaban uno o dos cajones de la cómoda medio abiertos. Lucan trató de

contestar, pero le falló la voz.

—No —dijo Zosine con serenidad desde la ventana—; buscábamos un papel para hacer el ovillo de seda verde.

—¿Y habéis encontrado alguno? —preguntó la señora Pennhallow.

—Sí, hemos encontrado una vieja carta —dijo Zosine—. Nos ha servido.

—¿Qué ponía en la carta? —preguntó la señora Pennhallow, y otra vez le pareció a Lucan percibir un temblor en su voz cascada.

—Era una carta de negocios —contestó Zosine—. Alguien lamentaba la pérdida de algo. Quizá no hemos debido cogerla.

—¿Dónde está? —preguntó la señora Pennhallow.

Zosine miró en torno suyo un momento; sus ojos cayeron sobre la carta, alrededor de la cual había devanado la seda de bordar; y sin decir nada, se la señaló a la vieja. La señora Pennhallow la cogió, y miró a una y otra muchacha.

—Hace tiempo que andaba buscando esta carta —dijo—. Desenrollaré la seda del papel que habéis puesto, y os daré otro —salió de la habitación con la carta en la mano.

Unos minutos después, Zosine acercó una silla junto a Lucan y le rodeó el cuello con un brazo. Y mientras hablaba, siguió mirando el libro de poemas de Wordsworth, que ahora estaba abierto sobre la mesa.

—Ahora ya no podremos hablar tú y yo —dijo con voz muy baja.

—¿Que no podremos hablar? —susurró Lucan, aterrada.

—No —dijo Zosine—. No basta que ellos no estén en la habitación. Pueden oírnos a través de las paredes. Estarán aquí aunque no los veamos. No vamos a poder hablar ya más.

Lucan permaneció callada.

—Pero sólo será cuestión de veinticuatro horas —susurró finalmente con desesperación—. Hasta mañana por la noche. Al fin y al cabo, sólo se trata de veinticuatro horas.

—Sí, veinticuatro horas —dijo Zosine.

El terror y la idea ciega e imperiosa de huir, de estar lejos de esta casa, que había obsesionado antes a Zosine, y que su amiga no había comprendido, se apoderó ahora de Lucan. Una y otra vez notaba que se quedaba fría como el hielo, y que le castañeteaban los dientes. No quería que Zosine se diera cuenta de su debilidad. Quería levantarse a terminar los preparativos para la huida, pero las piernas no le obedecían. Había pensado meticulosamente las cosas que tenían que llevarse; ahora ya no conseguía recordarlas. Ni había necesidad de ello, pensó, puesto que ya no podrían sacar la bolsa de viaje y ocultarla en el bosque. Tendrían que huir con lo puesto. Pero no importaba, con tal de encontrarse lejos de la casa del asesinato, que se cerraba en torno suyo por todas partes. Si lograban coger la diligencia en Peyriac, pensó, estarían salvadas. ¿O podrían perseguirlas el señor Pennhallow y su esposa hasta allí, y obligarlas a regresar?

¡Dios mío, pensó Lucan, si Noel la hubiese amado, como ella le amaba a él, o si hubiese sentido por ella el afecto de un amigo, podrían haberle pedido protección! Era fuerte e intrépido. Sin explicarse muy bien cómo lo habría hecho, tuvo la certeza de que las habría salvado. Ahora que no podía hablar, dio libre curso a sus pensamientos.

Tenían que sentarse a cenar y pasar la velada en compañía de sus padres adoptivos. Lucan sabía que Zosine esperaba que se mostrase igual de tranquila que ella, e hizo acopio de todas sus fuerzas para no decepcionarla. Le resultaba casi imposible comer o beber. Por la noche, sintió que cambiaba de color en varios momentos; y después de cenar, mientras el viejo matrimonio permanecía sentado junto a la chimenea, se levantó una o dos veces, incapaz de seguir en su silla. Pero los ojos de Zosine se clavaban en ella y la obligaban a volverse a sentar.

En medio de su terrible agitación, notaba que también el señor Pennhallow y su esposa se mostraban parcos en palabras. Sus miradas iban de ella a Zosine, y de Zosine a sí mismos. La propia Baptistine, al llevar los platos a la mesa, parecía enterada de que pasaba algo, y estaba más ceñuda y hosca de lo habitual. Estaba lloviendo, como la noche en que Noel se quedó en Sainte-Barbe y les contó su historia. En aquella ocasión Lucan había notado su presencia como una fuerza protectora contra todo mal; ahora, aquella noche feliz parecía infinitamente lejana: entre ella y el momento presente se abría un abismo.

Lucan oyó hablar a Zosine con el mismo tono de siempre, y se preguntó cómo tenía fuerzas para hacerlo. Zosine le dijo al señor Pennhallow que, para complacerle, se había aprendido de memoria un largo poema en latín. De pie delante de la chimenea, lo recitó de principio a fin con voz clara y segura.

La declamación animó al señor Pennhallow, que recitó también otro poema clásico. Más tarde, invitó a su esposa a imitarle. En el curso de la velada, el ambiente en el largo comedor de Sainte-Barbe fue recobrando el sosiego y la cordialidad de siempre, y hasta se hizo más animado. Lucan seguía maquinalmente la conversación de los demás. De cuando en cuando, alzaba los ojos hacia el viejo reloj, y pensaba: «Ahora faltan menos de veinticuatro horas.»

Incluso cuando los reunidos se separaron para retirarse a descansar, y las muchachas se encerraron a solas en su dormitorio, Zosine siguió hablando como siempre que se retiraban a dormir. La cerradura tenía la llave puesta, y Lucan no pudo resistir el impulso de darle la vuelta; pero Zosine, sin decir palabra, volvió a abrir. Se desvistieron, y ninguna de las dos se atrevió a buscar refugio en la cama de la otra, ya que si alguien escuchaba desde el exterior, podía oír el crujido de las camas bajo su peso. Llegó el momento de apagar las velas, y entonces Zosine se quedó callada, muy pálida. La débil llama parecía ser su última protección. Al apagarla, las muchachas, sentadas en sus camas, apretujadas cada una contra su rincón, se sintieron asaltadas por el pensamiento de la oscuridad que envolvía la casa, la larga distancia que había hasta cualquier otro lugar habitado, y por un nuevo y espantoso interrogante:

¿Sobrevivirían a esta noche? Si quienes escuchaban en la otra habitación habían adivinado que conocían su secreto, ¿no aprovecharían la noche para ponerles una soga alrededor del cuello, y acabar con ellas también?

19. La resolución de Zosine

Las horas transcurrían con infinita lentitud. Una o dos veces a lo largo de la noche, a las muchachas les pareció oír a alguien en el corredor, al otro lado de la puerta. Luego la casa volvió a quedar en absoluto silencio. Lucan tenía frío, pero no se atrevía a meterse dentro de la cama. Se dio cuenta de que había llorado; las lágrimas le habían mojado la cara y se le habían vuelto a secar. No oía el menor ruido en la cama de Zosine. Cuando la primera claridad del amanecer recortó la ventana, las fuerzas abandonaron súbitamente a la muchacha. Trató de mantener los ojos abiertos hacia la luz para verla aumentar, pero se le cerraron. Todavía incorporada, apoyada contra la pared, se durmió como si hubiese sufrido un desmayo. Durante un rato, su sueño estuvo poblado de horrores; le pareció como si la estuvieran ahogando o enterrando viva. Pero al cabo de un rato, la envolvió una profunda y misericordiosa negrura.

Cuando se despertó, era por la mañana. Un sol débil teñía la pared. Zosine dormía con la cara apretada contra la almohada.

Poco a poco, los acontecimientos del día anterior volvieron a la conciencia de Lucan con su espantosa significación. Luego le vino, como temprano rayo de luz, la certeza de que este amanecer era el último que pasaba en Sainte-Barbe. Ya no se interponía una noche entre ella y su liberación.

Al pasear la mirada por el dormitorio, vio que su bolsa de viaje había desaparecido de debajo de la cama. ¿Acaso Zosine, pensó, mientras ella dormía, se había atrevido a sacarla fuera de la casa, aprovechando que la lluvia ahogaría todo ruido, dando así el primer paso para la huida y la libertad? El profundo afecto y admiración que sentía por Zosine hizo que se le ensanchara el corazón y cobrara nuevas fuerzas. Mientras la tuviese a su lado, no desesperaría. Pondría su destino en manos de Zosine.

Lucan tenía un librito que había pertenecido a su padre que contenía un verso o máxima para cada día del año. Aunque cabían pocas cosas en la bolsa de viaje, lo había metido en ella el día anterior; hasta ahora jamás había ido a ninguna parte sin él. Al incorporarse en la cama, su codo tropezó con algo duro, y vio que tenía el librito debajo de la almohada. Casi creyó que estaba soñando, y lo cogió. Encontró un papel en su interior. Al desplegarlo, vio que tenía escritas a lápiz unas líneas desiguales:

«Escribo esto a oscuras», decía. «Te ayudaré a huir, pero yo no puedo irme de Sainte-Barbe. Destruye esto.» Lo firmaba «Zosine».

Lucan estuvo completamente inmóvil, hasta que su amiga se removió y se despertó. Cuando Zosine se despabiló del todo, se sentó en la cama y vio a Lucan con el librito en la mano. Palideció, y asintió solemnemente dos veces con la cabeza. Luego, con un gesto, dio a entender a Lucan que debía destruir la carta; y observó sus movimientos en silencio, mientras ella lo hacía pedacitos. Las muchachas se miraron largo rato; Lucan con la desesperación y el asombro reflejados en sus ojos azul claro, Zosine con una extraña serenidad y determinación impresa en su cara pálida.

Era todavía tan temprano que no se atrevieron a intercambiar una sola palabra. Pero al levantarse a la hora habitual, cuando el ruido de la jarra del agua o el correr de una silla podían camuflar sus susurros, Lucan cogió una muñeca de Zosine y la apretó contra su pecho.

—Zosine —susurró—, explícamelo. ¿Estás loca? No te comprendo.

—He cogido mis cosas de la bolsa —dijo Zosine—. Te la sacaré, si quieres. Pero yo no me voy.

—¿Por qué no te quieres ir? —exclamó Lucan.

Zosine cerró los ojos como si sufriese un intenso dolor.

—No puedo irme —murmuró.

—¿Quién te retiene aquí? —preguntó Lucan con desesperación. De pronto temió que las terribles experiencias hubiesen trastornado la razón a su amiga. Zosine no abrió los ojos; tenía el rostro blanco e impassible como si estuviese esculpido en mármol. Trató de hablar; el intento pareció producirle dolor, y Lucan entendió la respuesta más por el movimiento de los labios que por el sonido de su voz.

—Rosa —murmuró Zosine. Luego, suavemente, apartó a Lucan.

Se vistieron en completo silencio. Al terminar, Zosine fue a la estantería de los libros, cogió uno, y se lo tendió a Lucan.

—Escucha esto —dijo en voz clara y alta—. No estoy segura de poderlo recitar de memoria —se colocó delante de Lucan, y algo más bajo que antes, pero con la misma voz clara y serena, recitó:

*¡Oh, huestes de los cielos! ¡Oh tierra! ¿Qué más?
¿Añadiré el infierno? ¡Oh demonio! ¡Detente, detente, corazón!
¡Y vosotros, nervios, no envejecáis un instante más,
conservadme fuerte! ¡Y recuerda,
tú, pobre espectro, mientras la memoria ocupa un lugar
en este globo trastornado! ¡Recuerda!
¡Sí!, de la tabla de mi memoria
borraré queridas, triviales anotaciones,
máximas de libros, formas, agobios pasados*

*que la juventud y la observación inscribió en ella;
sólo quedará tu mandato
en el libro de mi cerebro,
sin mezclarse con más baja materia; ¡sí, por el cielo!
¡Oh mujer pernicioso!
¡Oh malvada, malvada; sonriente y maldita malvada!
Mis tablas... conviene que anote
que se puede sonreír y sonreír, y ser malvado...
Ahora mi palabra
es: «¡Adiós, adiós!, recuérdame...»*

Alzó hacia Lucan una mirada a la vez humilde y severa.

—¿Es así? —preguntó. Lucan dejó el libro.

Tras un largo silencio, Zosine dijo muy despacio y con voz tan baja que apenas era audible:

—Se han traicionado una vez, y hemos tenido que entregarles la prueba de su perversidad. Pero se volverán a traicionar. Tarde o temprano, caerá en mis manos otra prueba decisiva. Me la guardaré. No puedo abandonarla hasta que esto ocurra. Era una chica como tú y como yo; con dieciocho años, igual que nosotras. Cogió la vela que le habían dado y se quemó la cara con ella. Y era como tú, Lucan. Tenía una cara preciosa como la tuya. Ahora espera que le hagamos justicia. Espera que la vengamos.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Lucan.

—De Rosa —dijo Zosine.

No tuvieron ocasión de hablar durante las lecciones. Más tarde, mientras cosían en el comedor, observaron que sus padres adoptivos no abandonaban la habitación al mismo tiempo, sino que permanecía siempre uno u otro con ellas.

Zosine encontró en su caja de labor una bolsita de pequeñas cuentas de colores, y para entretenerse, se puso a ensartarlas. Casualmente, las muchachas se quedaron un momento solas en el rincón de la habitación. Zosine alargó la mano hacia su amiga.

—Mira, Lucan —dijo. Se había puesto un pequeño anillo de tres cuentas en un dedo.

—¿Recuerdas —dijo— lo que Papá te contó de sus hermanas, que se hicieron tres anillos con piedras cuyas iniciales formaban la palabra *one*?

—Sí —contestó Lucan, sin comprender a dónde quería ir a parar su amiga.

—Me acabo de hacer un anillo como el de ellas —dijo Zosine—. Mis cuentas no tienen tanto valor como sus piedras preciosas, pero significan lo mismo. ¿Quieres tú un anillo igual?

—¿Yo? —preguntó Lucan.

—Sí —dijo Zosine—. Así nos unirán a nosotras también. De esa manera estaremos unidas las tres.

—¿Las tres? —preguntó Lucan.

—Sí —volvió a decir Zosine.

—Tú, yo —dijo Lucan—, ¿y quién más?

—Y Rosa —susurró Zosine.

Lucan palideció.

—Entonces que Dios nos ayude —dijo—. No te abandonaré. Pero que Dios nos ayude.

Tercera parte

El tesoro enterrado

1. Máscaras

Durante dos días, se habló poco en Sainte-Barbe.

Las muchachas habían dejado de hacerse confianzas; notaban que eran vigiladas. Si se quedaban solas en la habitación, la mirada de Zosine ordenaba a Lucan que siguiese hablando como si hubiese otras personas presentes. Comentaban algún detalle rutinario, y luego seguían cosiendo en silencio. Más de una vez les ocurrió oír a la señora Pennhallow, que poco antes se había despedido para ir a Peyriac, andar por la habitación contigua.

Los viejos tampoco hablaban mucho entre sí. Permanecían horas enteras sentados en el comedor, cada uno absorto en su libro, sumidos en absoluto mutismo. Salían a pasear; pero hasta donde Lucan y Zosine podían seguirles con la vista, parecían caminar el uno al lado del otro completamente callados. Regresaban y entraban en la casa; pero a su llegada seguían sin intercambiar una sola palabra. Suspendieron las lecciones una semana; dijeron que estaban esperando nuevos libros de texto que debían llegar de Inglaterra.

Las comidas eran muy silenciosas. A veces el señor Pennhallow rompía la monotonía con alguna pequeña broma; a veces Zosine le contestaba. Pero no tardaba en abismarse cada uno en sus pensamientos.

Lucan no se separaba de Zosine. Lejos de ella se sentía como persona extraviada en un bosque tenebroso.

Pensaba: «Cuando estábamos en Londres buscando colocación, Zosine se pegaba a mí, y se sentía inquieta cuando no me tenía a su lado. Me dejaba todas las decisiones y ponía su destino en mis manos. Ahora soy yo quien se pega a ella. Porque entonces se trataba de ganarnos el pan, y de eso tenía yo alguna experiencia, mientras que ella no. En cambio ahora, de la misión que ha emprendido yo no sé nada; ni la comprendo a ella tampoco. ¡Venganza! ¿Qué es la venganza? Eso no beneficia a nadie; es algo frío y estéril. No quise vengarme del señor Armworthy, a pesar de lo furiosa que estaba. Me temo que no sé hacer nada mejor que huir del mal cuando me tropiezo con él.»

«Pero no huiré de aquí», siguió pensando. «Es verdad que no soy una heroína. Estoy asustada. Apenas me atrevo a volver la cabeza por miedo a lo que pueda ver, y apenas me atrevo a dormir. Pero no le fallaré a Zosine. Tenía que haberle confesado el nombre del hombre que amo. Entonces podría morir con ella, si es eso lo que quiere.»

No obstante, un par de días más tarde, la situación cambió. El señor Pennhallow y su esposa dejaron de vigilar a sus hijas adoptivas. Incluso las animaron a salir de casa, y a pasear por donde quisieran. El aire fresco, decían, les sentaría bien, y las bellezas de la naturaleza les haría olvidar los incidentes que las habían asustado.

—Hoy que hace buen tiempo —les dijeron un día—, deberíais daros un paseo hasta Neuvégglise, donde para la diligencia de París, y desde donde se aprecia un hermoso panorama.

Al regresar las dos muchachas, sus padres adoptivos exclamaron sorprendidos:

—¿Ya habéis vuelto?

Andando por los caminos que cruzaban los prados y el bosque, las muchachas volvieron a hablar.

—¿Has estado alguna vez en un baile de máscaras? —preguntó Zosine.

—No —contestó Lucan sorprendida.

—Es muy divertido —dijo Zosine—. Bailas disfrazada con un joven enmascarado, y crees que sabes quién es. Él cree también que sabe quién eres. Pero ninguno de los dos está seguro.

El día era despejado, pero soplaba un viento que empujaba las nubes del cielo y arremolinaba los vestidos de Lucan y de Zosine alrededor de sus figuras delgadas y rectas.

—¿Por qué hablas ahora de bailes de máscaras? —preguntó Lucan.

—Porque estamos participando en un baile de máscaras en Sainte-Barbe, estos días —contestó Zosine.

—¿Para qué nos dicen los viejos —añadió un momento después— que vayamos a Neuvégglise, donde para la diligencia de París? Para darnos ocasión de huir. Y seguirán brindándonos oportunidades así durante unos cinco días, quizá una semana.

»Sí, es una mascarada divertida —prosiguió—. ¡Nosotras llevamos nuestra máscara, y ellos llevan la suya! Nosotras no sabemos si ellos nos han reconocido, y ellos no saben si nosotras hemos reconocido sus rostros de asesinos detrás de sus máscaras. Pero te voy a decir aquí, bajo este cielo claro de Dios, de qué dudan todavía, y de qué están seguros.

Y te diré también, qué piensan y meditan, sentados en sus sillones.

»No saben con certeza si les hemos reconocido, si sabemos que son asesinos. ¡Y aunque supongan que sí como medida de precaución, no están seguros de si sabemos que ellos saben que nosotras sabemos que son asesinos! Pero de una cosa sí lo están: de que les hemos devuelto la única prueba que teníamos contra ellos. Y también de que mientras no consigamos otra prueba, no tienen que temer nada de nosotras.

»Y piensan y se devanan los sesos tratando de averiguar por qué seguimos en Sainte-Barbe.

»Así que el resultado —terminó Zosine, después de seguir andando un poco más— es que los cuatro coincidimos en eso. Si queremos huir, ellos nos ayudarán encantados. En ese caso volveremos a Inglaterra y diremos a todo el mundo que

temíamos por nuestras vidas en Sainte-Barbe. Y ellos, por su parte, podrán hacer que un juez y un inspector juren que no había razón alguna para que tuviéramos miedo. Nuestra conducta entonces confirmará lo que los dos viejos han aprendido ya en la vida: ¡que unas chicas casquivanas huyen de sus benefactores, por muy amablemente que las hayan tratado! Les haríamos un inmenso favor huyendo de Sainte-Barbe.

»Pero si en vez de huir decidimos quedarnos junto a ellos —prosiguió Zosine—, ¿qué? ¡Pues estarán contentísimos de tenernos! Porque eso puede significar dos cosas. Puede significar que somos tan jóvenes y simples que no hemos visto sino lo que ellos querían que viéramos. Y en ese caso nos tendrán hasta finalizar el año, como habían planeado. Seguiremos siendo sus pequeños canarios, más domesticados y amables incluso que antes, y tendrán más atenciones con nosotras.

—¿Y cuál es la otra cosa que puede significar para ellos? —preguntó Lucan en voz baja.

—La otra cosa que pueden deducir de que sigamos en Sainte-Barbe —exclamó Zosine, alzando la vista vivamente—, es que las tornas han cambiado, y que ahora somos nosotras las que vamos detrás de ellos. Los canarios se han salido de la jaula, y les siguen la pista. ¡Y no abandonarán el rastro de sangre hasta darles caza, hasta que hayan muerto! —Zosine gritó estas últimas palabras medio riendo, medio con horror—. Todavía no creen en esta posibilidad; están pensándola en este momento, sentados en sus sillones. Pero son listos. Lo averiguarán hoy, o mañana, o pasado. Y entonces —dijo, y se detuvo—, entonces, Lucan, no nos dejarán salir con vida de Sainte-Barbe.

Habían caminado tan de prisa en contra del viento que estaban sin aliento. Se sentaron en un declive junto al camino, bajo un castaño, al socaire, donde el sol de la tarde centelleaba sobre la yerba.

—Zosine —dijo Lucan tras un largo silencio—, ¿te das cuenta de lo que haces? Durante unos días, dices, estarán dispuestos a dejarnos huir de Sainte-Barbe. Pero tú no quieres que huyamos. Tarde o temprano, dices, nos proporcionarán una prueba concluyente de su maldad. Pero esa prueba puede significar también nuestro fin. Puede ser la muerte de las dos. Piensa que la gente con la que te enfrentas es infinitamente más lista y astuta que nosotras. No olvides que ya tienen las manos manchadas de sangre.

—Eso es precisamente lo que no olvido —dijo Zosine.

»Ahora no paro de pensar en Rosa —prosiguió al cabo de un rato—. Allí donde me encuentre, siento que ella confía en mí. Estaba sola, en manos de los monstruos, pero no quiso rendirse a ellos. Cuando las otras chicas le dirigían la palabra, las pegaba. He soñado con ella, y al despertar por la mañana, he descubierto un cerco rojo alrededor de mi muñeca. Era la señal de los dedos de Rosa, por donde ella me ha cogido.

Zosine entrelazó las manos en su regazo, y miró a Lucan muy seria.

—Coge la diligencia aquí, en Neuvéglise —dijo lentamente—, y llévate los

doscientos francos que hemos sacado del reloj. Después volveré yo sola a Sainte-Barbe.

—¿Tan mal piensas de mí? —preguntó Lucan, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te contaré una historia —dijo Zosine— que mi antiguo profesor de baile, francés, me contó una vez. Cerca de su casa, en las montañas, había una grieta llamada «El Salto del Caballero». Un joven caballero fue perseguido hasta allí y hecho prisionero por sus enemigos. «¡Si hubiese tenido un minuto más», exclamó, «mi corcel habría saltado la grieta, y ninguno de vosotros me habría podido seguir al otro lado!» El jefe de sus enemigos se echó a reír, y le contestó: «Si eres capaz de saltar esa grieta, te dejaré en libertad, y toda tu provincia será perdonada. Pues ningún caballo del mundo la puede saltar.» El joven caballero montó otra vez sobre su caballo, lo hizo retroceder, y luego lo puso al galope. Y el buen caballo consiguió superar la prueba, y salvó la grieta de un salto impresionante. Desde entonces, la llaman «El Salto del Caballero».

»El viejo *monsieur* Dumont me explicó —dijo Zosine— que en este mundo hay dos clases de valor. Él los llamaba valor aristocrático y valor burgués. El valor burgués es el del hombre que, sin temblar, entrega su vida a una causa querida o sagrada para él. Pero el aristócrata ama el peligro por el peligro mismo. Hay muchos burgueses que se arrojarían sin vacilar al precipicio para salvar su ciudad. Pero no se habrían atrevido a intentar el salto.

»He leído otra historia, también —prosiguió—, sobre dos hombres que habían sido condenados a muerte por el sultán de Turquía. Uno de ellos era un pirata, y el otro un campesino que en tiempos difíciles había robado trigo para sembrar su campo. El sultán era un gran jugador de ajedrez. Así que les brindó una última oportunidad. Podían jugar una partida de ajedrez al pie del cadalso. El que ganase quedaría en libertad, pero el que perdiese, sería ahorcado. El pirata estuvo dispuesto a sentarse en seguida ante el tablero; pero el campesino dijo que no. “No”, exclamó, “prefiero que me cuelguen en paz”.

»Pero para amar el peligro —siguió diciendo Zosine—, uno debe tener, creo, una cierta insensibilidad y peligrosidad en su naturaleza. Por eso tú no tienes esa clase de valor, aunque eres mucho más valerosa que yo. Toda mi vida he sido una niña mimada y difícil. Sólo al lado de un ángel como tú, Lucan, he tratado de ser un ángel yo también. He causado problemas a mi Papá, he atormentado a la buena de Olympia, y he hecho sufrir a mis admiradores. Ahora me toca combatir a ese viejo malvado de Sainte-Barbe.

Esa misma noche, cuando se reunió el pequeño grupo de Sainte-Barbe alrededor del fuego después de cenar, el señor Pennhallow les preguntó amablemente si sabían jugar al ajedrez. Las dos sabían. A Lucan le había enseñado su padre; y Zosine había jugado con su padre también, cuando estaban solos en *Tortuga*.

La primera noche el Maestro se enfrentó con Lucan. Era una jugadora prudente y

cuidadosa, y se entretenía bastante. Sin embargo, el señor Pennhallow le ganó tres partidas. A la noche siguiente jugó con Zosine. También esta vez dio el anciano jaque mate tres veces a su oponente. Había observado el juego con atención. Al terminar, entrelazó sus grandes manos sobre el tablero y miró a la muchacha con leve y tierna sonrisa.

2. *El padre Vadier*

En el último paseo que Lucan y Zosine dieron juntas a sugerencia de los viejos, pasaron por delante de una imponente casa de labranza llamada Le Haubourdin. Era la más cercana a Sainte-Barbe, y distaban una milla una de otra. Las dos amigas se detuvieron delante del patio, y se asomaron. Una niña lo cruzó con un rebaño de cabras. Habían reanudado las muchachas su marcha, cuando un chico con los pies descalzos salió corriendo tras ellas. El padre Vadier, dijo, había venido de visita a Le Haubourdin, y deseaba hablar con ellas. Se miraron sorprendidas, y siguieron al chico a la casa.

El padre Vadier salió a saludarlas, les rogó que le perdonasen por haber interrumpido su paseo. Hacía tiempo que quería hablar con las señoritas de Sainte-Barbe. Las había visto desde la ventana; pero, explicó con una sonrisa, no se había sentido capaz de alcanzarlas; así que se había tomado la libertad de enviar al muchacho. A continuación las invitó a pasar.

El padre Vadier era joven todavía; tenía una cara ancha, tostada por el sol, mejillas coloradas, y unos ojos serenos de color castaño. Su ademán era grave, y su voz agradable y juvenil. Era hijo de un granjero de la vecindad; y la dueña de Le Haubourdin, a la que había ido a visitar, era hermana de su madre.

En la casa, las muchachas fueron respetuosa y cordialmente recibidas. El viejo granjero y su esposa hablaban en el dialecto de la región, y se sentían algo violentos al recibir a dos señoritas extranjeras. Pero la reunión familiar había transcurrido hasta este momento con tanta animación y cordialidad, que no podía afectarle ningún tipo de interrupción: aún se reflejaba en los rostros arrugados la expresión radiante y alegre de hacía un momento. Sin embargo, en la actitud de los anfitriones franceses hacia sus invitados había cierta reserva y prudencia; y Zosine pensó: «Es porque venimos de Sainte-Barbe.» Algunos niños que había en la habitación se quedaron mirando con sorpresa y asombro a las guapas visitantes.

A Lucan y Zosine les pareció curioso encontrarse otra vez en un círculo de personas emparentadas entre sí. Los reunidos, aunque mostraban el debido respeto hacia el padre Vadier, le gastaban bromas; y él a ellos.

A Lucan le impresionó el ambiente feliz y hogareño de la casa. «Ojalá», pensó, «llegue Zosine a tener confianza en estas personas honradas y bondadosas, y acuda a ellas en busca de ayuda».

La habitación estaba amueblada con sencillez; pero al contemplarla, las jóvenes

inglesas descubrieron más de una antigua y preciosa reliquia francesa. El canoso campesino las invitó a un vaso de vino de su propia cosecha, y durante un rato hablaron del vino, el tiempo y la vecindad. Pero al cabo de un rato, los anfitriones se levantaron, se disculparon, cogieron a los niños, y abandonaron la habitación. Las muchachas se quedaron a solas con el padre Vadier. El rostro y la voz del sacerdote se volvieron más graves. Él también, al empezar, pareció un poco cohibido ante las dos inglesas; pero su candor natural, y su celo en la tarea que había asumido, se sobrepusieron a su timidez.

Las *demoiselles*, dijo, debían perdonarle que les hiciera unas cuantas preguntas, ya que las hacía en nombre de una querida y honrada *penitente*. Como sabían sin duda, continuó, conocía a casi toda la gente de la vecindad. Hacía poco había estado charlando con un comerciante de Peyriac que se dedicaba a la compraventa de objetos usados, y el anciano le había enseñado un reloj muy bonito que acababa de adquirir. Dicho reloj tenía grabados un nombre y un sello, los dos conocidos por él y por *madame* de Valfonds. Presa de gran agitación, la baronesa había mandado llamar al comerciante y le había interrogado al respecto. Éste explicó que había comprado el reloj a una de las jóvenes inglesas de Sainte-Barbe. Pero por las noticias que le habían llegado al padre Vadier, sabía que el nombre grabado en el reloj no correspondía al de las dos hermanas. A continuación les preguntó si serían tan amables de decirle lo que supiesen sobre ese reloj, y cómo había llegado hasta ellas.

Mientras hablaba, su mirada serena se posaba en una u otra de las jóvenes. Era muy afable, pero estaba grave y serio; las observaba con atención. Lucan y Zosine pensaron: «Ha habido rumores sobre Sainte-Barbe. La gente se ha enterado de la visita de la policía. Ahora el padre Vadier quiere averiguar si debe considerarnos víctimas o cómplices.» Zosine añadió para sus adentros, llena de perplejidad: «¡Sería fantástico que me acusaran ahora de cómplice de mi propio asesinato, y de ladrona de mi propio reloj!» Pero permanecieron calladas. El padre Vadier no había esperado encontrar tanta reserva en ellas.

—¿No han vendido ustedes el reloj al viejo Pinbrache de Peyriac? —preguntó con amabilidad.

—Sí —contestó Zosine—. Es mi reloj.

—¿Y conoce usted bien la inscripción que contiene? —volvió a preguntar el padre Vadier.

—Sí —dijo Zosine—. El nombre es: «Zosine d'Acier de l'Orville», y la divisa: «*Durior Ferro. Purior Auro*», que significa: «Más afilado que el acero. Más puro que el oro.»

—Pero ése no es su nombre ni su divisa, ¿verdad? —preguntó el padre Vadier.

—Tal vez sea mi divisa —contestó Zosine gravemente—. Pero no es mi nombre.

—Entonces hay algo que me interesaría saber, *mademoiselle* —dijo el padre Vadier—. Usted ha vendido muy barato ese reloj al viejo Pinbrache, por lo que él ha deducido que era muy importante para usted conseguir dinero inmediatamente. ¿Lo

hizo porque necesitaba dinero y no podía confesarlo? Si es así, le ruego que confíe en mí. Puedo ayudarla, si se decide a honrarme con ello. ¿O le urgía deshacerse de él lo antes posible? —su pregunta fue más enérgica esta vez, y miró con severidad a la chica a la que se la hacía.

Zosine meditó un momento.

—No puedo contestarle —dijo.

El padre Vadier lanzó una mirada fugaz a Lucan, y ella negó con la cabeza en respuesta. Se volvió otra vez hacia Zosine, aunque permaneció callado unos minutos.

—*Mademoiselle* —dijo por fin—, le ruego que me escuche. No hablo sin haber meditado detenidamente este asunto. Existe un motivo más para mi curiosidad. Esta entrevista puede ser de sumo interés para personas a las que aprecio y tengo en gran estima. Puede que sea de sumo interés para usted también. Hablo con toda franqueza delante de su hermana porque supongo que está al corriente de las cuestiones que estamos tratando, y también porque quizá le convenga consultarla al respecto. Creo que las dos, por circunstancias que desconozco, se encuentran en dificultades demasiado graves para unas jóvenes como ustedes. Tengan la seguridad de que pueden confiar en mí, y de que nunca mencionaré nada a ningún ser humano sin su permiso. Pero antes quiero decirles algo.

»Puede que les hayan contado —prosiguió— una tradición particular que existe en la familia de Valfonds, según la cual nadie con este apellido abandonará jamás la provincia de su posesión feudal. El padre del barón Thésé cumplió esta tradición. El mismo barón Thésé prometió en su primera comunión ser fiel también a ella. Asimismo, prometió que no se casaría, sin permiso de su abuela, con una joven que no deseara asumir esta misma obligación de permanecer en nuestra provincia toda su vida. Yo conozco el origen de esta tradición —prosiguió el padre Vadier tras una breve pausa—. El barón Thésé ignora este aspecto. Pero es un joven noble. Jamás rompería una promesa.

»El barón Thésé —dijo— se enamoró hace unos meses de una joven. Quiere pedir su mano. Pero como ya les digo, es un joven de sentimientos nobles y elevados. No expondría a la dueña de su corazón a la eventualidad de enfrentarse con la desconfianza de su familia, o de Joliet. Menos aún, se embarcaría en una intriga amorosa con una joven inocente. Ha depositado su confianza en su abuela y en mí, que le conozco desde que era niño, y que hace mucho tiempo que soy confesor suyo y de la señora de Joliet. Nos ha dado a entender que si no es con esa joven no se casará. Con profundo pesar he presenciado por primera vez un conflicto entre personas que, hasta hoy, han dado a la provincia entera ejemplo de firme y sagrada solidaridad.

»La baronesa de Valfonds es una señora de extraordinaria fortaleza espiritual. Puede que no sea sin menoscabo de su rango social, pero por encima de todo le importa la felicidad de su nieto. Está dispuesta a acoger en su hogar y familia a una joven buena e inocente que le ame. Pero una joven que estuviese relacionada de alguna forma con el nombre y el sello que lleva grabados el reloj sería acogida en

Joliet con especial calor y ternura —como antes, el padre Vadier hizo una pausa; y como antes, Zosine guardó silencio. Lucan vio que se había puesto muy pálida. Sentada en la pesada silla de madera, parecía frágil, infantil.

»Hay algo en su situación que no comprendo —dijo el padre Vadier—. Pero tengo alguna experiencia del mundo, y algún conocimiento de la naturaleza humana. Creo, hija mía, que es usted una joven noble e inocente. ¿Me permite que la lleve a Joliet, a ver a *madame* de Valfonds? ¿Quiere abrirle el corazón a ella o a mí? ¿No tiene necesidad de los amigos que en tal caso encontraría en nosotros dos?

Zosine miró al padre Vadier con la misma gravedad que él a ella.

—Padre Vadier —dijo—, mi Mamá era católica romana. Hizo prometer a Papá que yo sería educada en ese credo. Pero cuando ella murió, la familia de Papá se opuso a este deseo, y como no era una cosa que a él le importara mucho, lo dejó en sus manos. Soy protestante. Pero por mi Mamá, respeto a la Iglesia y a sus sacerdotes. Jamás trataría de engañarle.

»No puedo ir con usted a Joliet. Tengo una obligación para con cierta persona de Sainte-Barbe, a la que no puedo fallar. Esa persona espera algo de mí; algo de lo que no puedo hablar al barón Thésé ni a su abuela. Comprendo que él no pueda romper su promesa. Y espero que él comprenda a cambio que yo no pueda romper la mía. ¿Quiere usted tener la bondad de decírselo de mi parte? —terminó, con labios temblorosos—. ¿Y quiere decirle adiós de parte de Lita?

Durante un minuto, el padre Vadier no apartó los ojos de su cara.

—¿Con una persona de Sainte-Barbe? —repitió.

—Sí —dijo Zosine.

El padre Vadier le cogió la mano.

—Hija mía —dijo muy suave y solemnemente—, ¿es usted feliz en Sainte-Barbe? ¿Es un buen sitio para usted y para su hermana?

Zosine se había levantado; pero se quedó de pie, con la cabeza inclinada; aún parecía una niña pálida.

—No conozco a tanta gente de la vecindad como usted —dijo—. Pero he hablado con Baptistine. Baptistine Labarre, de Sainte-Barbe. Estoy enterada de que Joliet y Sainte-Barbe no quieren saber nada el uno de la otra. Y eso es así desde hace muchísimo tiempo. Y yo pertenezco a Sainte-Barbe.

El padre Vadier las vio salir de la casa en silencio. Al darle la mano a Zosine, dijo:

—Llámeme cuando considere que puedo serle útil.

Mientras las dos muchachas se alejaban hacia Sainte-Barbe, él continuó de pie, fuera de la casa, y las siguió con la mirada.

3. El señor Pennhallow sale de viaje

Como ya se ha dicho, el señor Pennhallow pintaba preciosos cuadritos de paisajes y flores. Lucan, que de pequeña había aprendido a hacer bocetos, envidiaba a menudo poder dibujar algo tan bonito y delicado. Pero había veces también en que él, ensimismado, dejaba correr el lápiz sobre el papel, y hacía extraños dibujos. En una o dos ocasiones, Lucan y Zosine habían encontrado algunos de estos dibujos encima de la mesa donde daban la clase. Al verlos, se habían quedado sorprendidas, habían sonreído un poco, y al mismo tiempo habían experimentado cierto escalofrío. Parecían hechos, pensaron, por una persona en medio de una pesadilla. Representaban figuras humanas, pero dotadas de rasgos fantásticos y miembros desconocidos para ellas. Zosine comentó que eran como los ídolos antiguos y misteriosos que los negros de Santo Domingo tallaban en madera negra, y que Olympia se había traído de allá.

Una noche, la siguiente a aquella en que había jugado al ajedrez con Zosine, el anciano se entretuvo trazando líneas sobre una hoja de papel. De vez en cuando alzaba los ojos como por casualidad hacia una u otra discípula, por lo que Lucan imaginó, no sin cierta inquietud, que les estaba haciendo un retrato. Esa noche el señor Pennhallow y su esposa estaban inusitadamente abstraídos y meditabundos. Él permaneció mucho tiempo enfrascado en su dibujo. Al final, lo contempló y lo empujó hacia el otro lado de la mesa, donde estaba su esposa. Ella le echó una mirada, luego lo observó más detenidamente, y sufrió un acceso de risa tan violento que tuvo que llevarse el pañuelo a la boca. El dibujo se quedó sobre la mesa. Muchas veces, a lo largo de esa velada, la vieja se fijó en él, y cada vez que lo miraba parecía gustarle más. Movía los brazos y las piernas espasmódicamente; y una de las ocasiones, tras contemplarlo largamente, se levantó y salió de la habitación.

Por la mañana temprano, las muchachas oyeron desde su habitación a sus padres adoptivos trastear en el comedor, donde habían estado por la noche. Abrían y cerraban cajones, hojeaban papeles, a la vez que hablaban en tono bajo y violento; y al prestar atención, les oyeron remover los tizones apagados de la chimenea. Llamaron también a Baptistine, y al parecer le hicieron una serie de preguntas atropelladas. Al entrar ellas dos en el comedor, notaron que la anciana pareja se les quedaba mirando de manera tensa y penetrante. Comprendieron que algo les tenía preocupados, no sabían el qué.

En el transcurso de la mañana, el señor Pennhallow y su esposa entraron en su

habitación y estuvieron allí mucho tiempo. Poco más tarde, el anciano escribió una carta, y mandó a Clon que la llevara; pero volvió a llamarle antes de que llegara a la verja. Hacia el atardecer, salió él personalmente, y tardó bastante en regresar. Durante su ausencia, su esposa permaneció callada y desasosegada. Y por la noche, después de irse sus discípulas a dormir, se quedaron los dos hasta tarde, hablando en voz baja, en el comedor.

Hacia mediodía del día siguiente, el señor Pennhallow llamó a las muchachas y les informó que él y su esposa tenían que ausentarse de Sainte-Barbe dos o tres días. Habían recibido un mensaje doloroso que les obligaba a desplazarse a Marsella inmediatamente. Un antiguo compañero de estudios del señor Pennhallow que había sido misionero muchos años en China regresaba a Inglaterra aquejado de una enfermedad mortal, y deseaba fervientemente ver a sus amigos por última vez. Saldrían de Sainte-Barbe esa misma noche para coger la última diligencia de Lunel, y habían encargado a un campesino de la vecindad que les llevara al pueblo. La señora Pennhallow fue a su habitación a recoger sus cosas. Estaba pálida, y le temblaban las manos: la triste noticia, dijo el señor Pennhallow, la había conmovido hondamente. Él estuvo sentado un rato con las muchachas, hablando con ellas, extendiéndose apaciblemente en la idea de la muerte, a menudo muy cerca de nosotros cuando menos pensamos en ella.

Poco después, la vieja regresó al comedor, e impartió a sus hijas nuevas instrucciones. En su pesadumbre, dijo, había olvidado que hoy pensaba dar un paseo hasta un pueblecito llamado Vaour, a cinco millas de Sainte-Barbe, en dirección opuesta a Lunel. Allí vivía una vieja inglesa que en otro tiempo había sido institutriz en Joliet, y que ahora estaba enferma. La señora Pennhallow quería llevarle un poco de sabrosa sopa y un frasco de medicina. Dado que tenía que marcharse tan inopinadamente de Sainte-Barbe, debían hacerle ellas este encargo. Baptistine las acompañaría para llevarles la cesta; pero debían portarse como verdaderas cristianas y visitar personalmente a esta compatriota enferma. Las muchachas no tenían idea de qué podía significar este inesperado viaje de sus padres adoptivos; nunca habían oído hablar de la señora inglesa de Vaour, ni habían visto nunca a la señora Pennhallow hacer una visita caritativa a nadie de la vecindad. La sorpresa y la alarma se apoderaron de ellas, aunque no se atrevieron a mirarse. Habrían preferido prescindir de la compañía de Baptistine, pero la señora Pennhallow insistió en que sin ella no iban a encontrar el camino. Debían partir en seguida hacia Vaour.

Como las muchachas no estarían de regreso en Sainte-Barbe antes del anochecer, y para entonces el señor Pennhallow y su esposa ya habrían salido para Marsella en el carruaje del campesino, debían despedirse ahora. El viejo matrimonio se demoró bastante despidiéndose, aunque iba a estar ausente muy pocos días. Era como si los dos disfrutasen de manera especial en la escena de la despedida. La señora Pennhallow se sentó con las manos entrelazadas, y escuchó con singular expresión de contento o de suspenso, mientras su marido daba minuciosas instrucciones a sus

discípulas sobre cómo debían portarse durante su ausencia. ¿Tenían miedo, les preguntó, de quedarse solas en la casa? Si era así, ¿qué les daba miedo? ¿Le echarían de menos, añadió con una sonrisa, y estarían deseando que regresara? Detalló varias recomendaciones, y pareció dudar si añadir algo más. Él y la señora Pennhallow salieron a la verja a ver marcharse a sus discípulas. Cuando las dos muchachas y Baptistine habían cruzado la cerca, la vieja llamó a Lucan y le dirigió una mirada larga, penetrante, escrutadora; la misma mirada que había dirigido a la preciosa muchacha aquella brumosa madrugada en el exterior de la posada. Y mientras las dos amigas se alejaban, la pareja de viejos las siguió con la mirada desde la verja.

En el campo, el aire y el paisaje anunciaban el otoño inminente. Los colores eran desvaídos, el camino estaba cubierto de hojas secas. Hacía frío, y las nubes grises parecían colgar muy bajas sobre la tierra. Las dos amigas caminaban en silencio, con la mente perpleja. Se preguntaban si existía de verdad un pueblo llamado Vaour, y si habría una vieja inglesa enferma en él. Hubieran querido hablar en inglés, pero llevaban a Baptistine a su lado, firme y vigilante con sus zapatones, y no se sintieron con ánimo para hacerlo. Poco a poco, el camino y el paisaje acapararon la atención de las dos; hasta ahora no se habían alejado tanto de Sainte-Barbe.

Cuando llegaron por fin a Vaour, resultó ser una aldea gris al final de un camino con cerca de piedra a ambos lados. Aquí, en un primoroso pisito situado encima de una panadería, encontraron a una solterona inglesa, viejísima, como una reliquia de un pasado lejano y olvidado.

La señorita Pinkney no estaba enferma, sino seca y flaca como una momia, y sumida en su segunda infancia. No recordaba el nombre de la señora Pennhallow: negó con la cabeza cuando se lo repitieron, y las chicas no pudieron explicarle quiénes eran. Poco después las llamaba con nombres que ellas no conocían; evidentemente, las tomaba por dos antiguas discípulas suyas de Inglaterra. Tenía unos cuantos libros ingleses entre los tiestos de flores y la jaula del pájaro, pero casi había olvidado el inglés; las palabras le volvían a la memoria lenta, fragmentariamente. Lucan echó una ojeada a la habitación, y pensó que quizá llegaría un día en que estuviese ella sentada de la misma manera, como un pequeño despojo de naufragio humano barrido por los vientos y las corrientes, arrinconado en algún remanso de la existencia, y olvidado allí.

Pero cuando le nombraron Joliet, un delicado rubor asomó a sus mejillas arrugadas, y se puso a hablar con animación. Evidentemente, creía que estaba contando cosas interesantes sobre el castillo y la familia que vivía en él, aunque sólo una pequeña parte de su largo discurso fue inteligible para sus oyentes. Sacó a la luz, como de un cajón, acontecimientos antiquísimos. A la vieja institutriz le escandalizaba la idea de que el general Bonaparte se hubiera coronado a sí mismo emperador, y esperaba el día en que regresara la legítima casa real de Francia e impusiera el orden otra vez en el país. Se puso a hablar del barón Thésé, y Lucan dirigió una mirada fugaz a Zosine. Pero no tardaron en darse cuenta de que se refería

al abuelo del actual señor, el viejo barón asesinado, al que ella había visto. Hablaba de él con encendido afecto, como si hubiese sido un amor de su juventud. Pero cuando las muchachas le nombraron a su esposa, a la que habían visto en Peyriac, enmudeció.

En el transcurso de esta visita ocurrió un incidente extraño y trivial. Zosine comentó que las había acompañado *madame* Labarre, de Sainte-Barbe. Al oír este nombre, la vieja solterona palideció mortalmente como si fuese a desmayarse; y cuando se recobró, trató de levantarse para acompañar a Baptistine hasta la puerta. Zosine, no obstante, consiguió desviar su atención hacia cosas más agradables. Junto a la ventana había una pequeña y vieja espineta. Zosine pidió a Lucan que tocara para ellas. Lucan se sentó delante del instrumento, y con voz dulce y clara cantó un par de viejas canciones inglesas. Entonces la señora Pinkney olvidó su irritación y se apaciguó. Al final, con vocecita casi inaudible, pero pura, se unió a la balada de «Annie Laurie».

Cuando, a indicación de Baptistine, se levantaron para marcharse, la vieja señorita se quedó mirando a Zosine, y exclamó radiante:

—¡Oh, *madame*, pero si es usted! ¡Cuánto me alegro de verla!

Por último, bajó con sus jóvenes visitantes, y les compró en la panadería un gran bizcocho para que se lo llevaran a casa. Aquí las llamó una vez más «Fanny» y «Elizabeth».

Había empezado a soplar viento y a llover, y el viento y la lluvia fueron en aumento mientras el reducido grupo regresaba a casa. Hacía mucho que Lucan y Zosine no cantaban: habían pulsado las olvidadas cuerdas de sus corazones, y durante un rato fueron cantando canciones de su país. Entretanto, Lucan pensó en lo sola y dura que era la situación de Baptistine en el mundo; trató de hacerla hablar, que les contase cosas sobre su juventud. Pero Baptistine no dio más que secas y breves respuestas. Le dolían los pies a causa de la larga caminata, y no se sentía con ánimo para charlar.

Era casi de noche cuando divisaron Sainte-Barbe. La vieja granja recortaba contra el cielo oscuro su silueta aún más oscura. Lucan, que había pintado una vez la granja desde este ángulo, se detuvo un momento, y exclamó:

—¡Qué diferentes se ven las cosas en el crepúsculo! Parece como si hubiese cambiado algo. ¡Sí, parece como si el montón de leña que había junto a la pared lateral hubiera cambiado de sitio, como si estuviese ahora más cerca de la fachada que antes!

Baptistine las apremió. Se alegraba de volver a casa, y por primera vez habló espontáneamente, aunque más para sí que para las muchachas.

—Y ahora pregunto yo —refunfuñó—, ¿a santo de qué ha venido tanto jaleo, y echar a las personas afuera lloviendo, sólo por un papel? Puede que lo haya quemado o puede que no. A nadie se le ocurriría quedarse como recuerdo dibujos de esa clase.

Las muchachas no entendieron de qué hablaba; sólo más tarde, por la noche,

recordaron sus palabras.

4. *¿Dónde está mi sombrero?*

Las tres caminantes estaban rendidas y mojadas. La misma Baptistine consideró probablemente que necesitaban algo que las reanimase, ya que sacó una botella de licor casero, y cada una se tomó un buen vaso. La bebida era fuerte. Les produjo un calor agradable en las venas, y se les subió un poco a la cabeza. Baptistine quiso que tomaran otro vaso, pero ellas decidieron esperar a cenar primero.

Lucan no pasaba fácilmente de un estado de ánimo a otro; los violentos cambios de emociones de Zosine la sorprendían siempre. Esta noche no comprendía el inmenso sentimiento de alivio y liberación que embarazaba a su amiga ante la idea de que estaban solas en la casa. Antes de quitarse las ropas mojadas, y mientras Baptistine ponía la mesa, Zosine iba y venía de su habitación al comedor y de aquí a la cocina, miraba por todas partes y suspiraba profundamente. Tenía la cara radiante.

—Por desgracia, Zosine —dijo Lucan—, aún no sabemos cuál es nuestra situación. No sabemos qué significa la marcha de ellos dos, ni qué se oculta detrás. Esto sólo es una pequeña tregua, en la que ahora te recreas.

—Sí, así es —dijo Zosine—; pero estaba necesitando esta tregua. Me permite respirar libremente. Es como si un mar inmenso, negro y profundo nos rodeara por todas partes, pero en medio de él hubiésemos llegado a una islita. La extensión de nuestra islita es terriblemente reducida. En un sentido tenemos sólo la habitación; en el otro, unas pocas horas. Pero me produce una felicidad indescriptible haber desembarcado en ella. Podemos sentarnos bajo los árboles, correr por la yerba. ¡He luchado mucho contra la corriente y las olas! Si no llegamos a encontrar este refugio, creo que me habría muerto.

—Esta noche, y hasta mañana por la mañana —dijo; se detuvo un momento, y luego siguió paseando—, olvidaré a los dos viejos de Sainte-Barbe. He pensado demasiado en ellos. No te puedes imaginar lo cerca que han estado de envenenarme sus miradas y su aliento perverso. El viejo nos ha contado cómo la pitón, para tragarse a su presa, derrama primero su baba sobre ella. ¡Así precisamente he sentido que se me pegaba todo su ser, y que me iban a digerir! Esta noche los borraré de mi pensamiento. ¡Seré otra vez yo misma, Zosine Tabbornor!

Lucan, inmóvil en su silla, miraba a su amiga en silencio. ¿No estaba ella, pensó, más envenenada que Zosine, que había estado todo el tiempo en actividad y dispuesta a luchar? A veces tenía la impresión de que comprendería mejor la naturaleza de la maldad que las rodeaba y amenazaba, que a Zosine; y en esos momentos sentía una

especie de horror, como si esta misma comprensión la alejase de su amiga y la acercase aún más a los viejos.

—¿Quién es Zosine Tabbernor? —exclamó Zosine—. ¡Una chica tonta e inútil, una niña consentida! Sí, pero además es una persona formal. He pensado muchísimo en mi Papá desde que encontramos la carta de Pedro Smith. Mucha gente criticaba a Papá, incluso sus parientes, y le tachaban de frívolo y de sibarita. Pero nadie ha podido acusarle jamás de haber traicionado a un amigo o de haber sido cruel con los más débiles que tenía debajo. Esta noche seré Zosine, la hija de Papá, a fin de tener fuerzas para vencer a ese viejo cuando regrese.

Lucan se levantó del sofá y fue a la ventana.

—¡Qué tiempo más atroz! —exclamó—. Escucha cómo sopla el viento y cómo bate la lluvia contra los cristales de la ventana. Vamos a cambiarnos de ropa, Zosine.

Zosine miró por la habitación.

—Primero pondremos un buen leño en el fuego —dijo—, y encenderemos todas las velas. Mira, Baptistine ha puesto en la mesa el bizcocho de la señorita Pinkney, y ha dejado también su licor de cereza. ¡Tendremos una velada agradable esta noche, en Sainte-Barbe! Por unas horas, será otra vez la vieja Sainte-Barbe de 1793, un lugar donde la gente buena y honrada se sienta cómoda y a gusto, donde una pueda instalarse delante del fuego y charlar de cosas hermosas y felices.

Mientras hablaba, había empezado a quitarse sus ropas mojadas; luego ayudó a Lucan a librarse de la capa empapada, y alisó los largos y dorados rizos de su amiga que la lluvia había vuelto oscuros.

—Estaremos elegantes esta noche —exclamó—. ¡Fuera estas ropas con las que los viejos nos han visto todos los días! Nos pondremos los preciosos vestidos con los que vinimos de Inglaterra. Así será como si acabáramos de llegar esta mañana a Sainte-Barbe, y como si nada nos hubiese sucedido aquí. ¡Seremos las mismas otras vez, como si nunca hubiésemos conocido al viejo clérigo y a su perversa esposa!

Las dos muchachas, medio desnudas, se miraron a la luz de la vela. Eran tan jóvenes que la idea del vestido bonito puso a sus mentes en febril actividad. En ese instante se dieron cuenta las dos al mismo tiempo de que durante los últimos meses habían sido injustas con su juventud y su feminidad. Los ojos con que el señor Pennhallow y su esposa habían observado la belleza de ambas les había hecho temerla al final. Ahora, cada una la vio de nuevo reflejada en los ojos de la otra.

El viejo profesor se había revelado tan superior en todas las cosas de que se habían ocupado en Sainte-Barbe, que las había anulado con su penetración y su saber. Ahora pensaban que no debían haberse dejado convencer para enfrascarse en la historia y la filosofía, y olvidar que aún tenían los ojos grandes y los pies pequeños.

A Zosine le había vuelto a crecer su precioso cabello. Ahora quiso arreglárselo al estilo de una reproducción de un cuadro antiguo que había visto en casa de su Papá. Mientras se peinaba, a medio vestir, pasó al comedor, donde había un espejo entre las ventanas. Desde el comedor le gritó a Lucan que sacase los vestidos y los chales.

¡Esta noche se pondrían los sombreros también! Uno de ellos tenía un adorno de plumas blancas de avestruz; el otro era de seda, ajedrezado, con un delicado volante blanco por debajo del borde. Que Lucan se pusiese el que quisiera.

—Me acuerdo muy bien de cuando los compré —comentó Zosine, mientras se enroscaba los rizos en torno a sus dedos delgados—. El de las plumas costó muy caro. El otro lo eligió tía Arabella para ir a las carreras de Newmarket. Lady Flora Hastings llevaba uno exactamente igual. Olympia la confundió con la reina, y se sintió muy orgullosa de mí. ¡Ay, mi buena y querida Olympia! Ya he terminado de peinarme; ¡tráeme el sombrero!

—No puedo —dijo Lucan—. ¡No lo encuentro por ninguna parte!

Zosine, que rara vez ordenaba sus cosas, se apresuró a disculparse:

—Pues yo no lo he tocado; ni siquiera lo he visto desde que llegamos aquí —exclamó—. Debe de estar donde lo pusiste; con los chales, los zapatos y los guantes.

Lucan salió del dormitorio, todavía a medio vestir, con la camisa y la combinación de fustán, como la imagen de un ángel, y completamente perpleja.

—No están ni los chales, ni los vestidos, ni los guantes —anunció.

—¡No digas tonterías! —exclamó Zosine incrédula—. Deben de estar ahí; mira bien.

—Ven a mirar tú misma —dijo Lucan.

Tenían pocos cajones en los que guardar la ropa, y no tardaron en registrarlos todos. Pero por mucho que buscaron, abrieron y cerraron cajones, y se miraron, no encontraron ni los sombreros ni los vestidos. Habían desaparecido todas las prendas que habían traído puestas en el viaje de Inglaterra a Sainte-Barbe, y que luego había guardado Lucan cuidadosamente. Sólo quedaban los zapatos, con toda la pinta de haber sido abandonados.

Se quedaron estupefactas, presas del mayor asombro y sorpresa. No podían explicárselo. La posibilidad que al principio se les ocurrió, como un destello, parecía tan fantástica que estuvieron a punto de echarse a reír. ¿Les habría cogido la señora Pennhallow los sombreros para impresionar al viejo misionero de Marsella?

Pero unos minutos después se pusieron serias. Aquí en Sainte-Barbe cabía esperar que las cosas inexplicables tuvieran una explicación terrible. A las dos se les ocurrió la idea casi al mismo tiempo; y al encontrarse sus miradas, se comprendieron como si la hubiesen expresado con palabras. Zosine, muy pálida, asintió con la cabeza.

—Tienen exactamente la misma estatura —exclamó Lucan—, y son iguales que nosotras.

—Por eso —añadió Zosine un momento después— decidieron salir de noche de Lunel. En la diligencia se va a oscuras; los viajeros no pueden verse la cara unos a otros. Y si se bajan el velo, nadie recelará. Todos creerán que éramos tú y yo las que íbamos en la diligencia.

—Y por eso —dijo Lucan tras otra pausa—, nos han enviado a Vaour con Baptistine.

Zosine se quedó callada mucho rato, tan absorta en sus pensamientos, tan tensa y meditabunda, que no vio ya a Lucan, ni oyó lo que decía.

—Pero no han podido ponerse nuestros zapatos —comentó por fin.

5. *Una visita nocturna*

No se puede eliminar en un momento una pesada carga de miedo, inquietud y desesperación cuando ha estado gravitando mucho tiempo, día y noche, sobre la mente del ser humano. Durante unos minutos, Lucan se sintió estupefacta, mareada, zarandeada de un lado a otro, como en el barco que la trajo de Inglaterra a Francia. Pero el calor de la habitación, el resplandor de las llamas, las velas encendidas, el mantel blanco, el bizcocho, la botella de licor en la mesa, y el humor relajado y feliz de que había hecho gala Zosine poco antes, parecieron ayudarla a recobrar la confianza y la esperanza. Miró a su amiga ruborizada, con ojos bondadosos y radiantes.

—¡Han huido! —exclamó—. ¡Se han ido, Zosine!

—¿Qué dices? —preguntó Zosine.

—¡Sí, se han ido de aquí para siempre! —repitió—. ¡Han huido de Sainte-Barbe con nuestras ropas! Han tenido miedo de nosotras —prosiguió, y a su cara asomó el reflejo de una sonrisa—; ¡al fin han comprendido que lo sabemos todo!

—¿Tú crees? —preguntó Zosine otra vez.

—Tiene que ser así —insistió Lucan—. Si no, ¿por qué ocultar su marcha tan cuidadosamente, y viajar de noche? En ningún momento nos hemos creído el cuento del misionero enfermo. Aunque no sospechábamos qué ocultaban detrás: ¡que iban a huir!

Se quedaron calladas otra vez, mientras trataban de encontrar a tientas apoyo en esta nueva y agobiante situación.

Para Lucan, no era sólo el horror y la opresión lo que veía disiparse felizmente. Era sobre todo aquella empresa fatal que les había impuesto a las dos la resolución de Zosine, y ante la que ella había temido y vacilado. El castigo que Zosine se había empeñado en llevar a cabo, y al que ella no había podido renunciar, se había cumplido ahora efectivamente. Estaban libres.

Casi al mismo tiempo, exclamó Lucan:

—¡Estamos salvadas!

Y Zosine:

—¡Han huido de nosotras!

Lucan rodeó el cuello de su amiga con sus brazos, y sintió los hombros de ella desnudos, frescos, contra sus brazos frescos y suaves.

—¡Dios mío, Zosine! —exclamó—. ¡Que se vayan! Ahora están sin hogar,

aterrados. Van ocultando la cara. ¿No es eso un castigo?

Zosine siguió callada, mirando a su alrededor con ojos oscuros y profundos.

—Nunca más podrán cometer un crimen —dijo Lucan—. Como ves, esta huida es precisamente la prueba decisiva de culpabilidad que estabas esperando. Ahora podemos ir a ver al juez de Lunel y contárselo todo. Ya no pondrá en duda lo que le digamos, cuando sepa que el viejo y su mujer han huido con nuestras ropas. El cochero y los viajeros se lo confirmarán.

—¡El cochero y los viajeros —dijo Zosine lentamente— están ahora convencidos de que somos tú y yo quienes hemos huido!

Hasta este momento, Lucan había secundado a Zosine en este espantoso asunto en que estaban metidas, temiendo continuamente las reacciones descontroladas e impetuosas de su amiga. Primero, Zosine la había convencido del horror y el peligro de Sainte-Barbe; después, aunque sin que ella lo comprendiese totalmente, la había retenido allí. Durante todo ese tiempo, Lucan había estado indecisa e insegura. Ahora le parecía ver otra vez el camino recto ante sí, y que debía enseñárselo también a Zosine. Le habló en tono suave, sugestivo, a su amiga, tal como había hecho después de la catástrofe de *Tortuga*; o como, hacía mucho, le había hablado al niño ciego de Fairhill.

—Seguramente —dijo—, seguramente la policía los buscará en Marsella. ¿Y no crees que el juez de Lunel sabrá perseguirlos y cogerlos mejor que dos chicas?

—¿Por qué se han asustado tanto repentinamente de nosotros? —preguntó Zosine, como antes.

Lucan meditó la pregunta un momento.

—Creerán —dijo— que hemos descubierto alguna prueba contra ellos. ¿Recuerdas que ayer por la mañana andaban por aquí, por el comedor, como buscando algo? Baptistine —prosiguió lenta, pensativamente—, cuando regresábamos hoy de Vaour, ha hablado de un papel que habían perdido y que les había producido gran inquietud. Creo —concluyó, un momento después— que se refería al dibujo al que el viejo dedicó tanto tiempo, y luego enseñó a su esposa. Se rieron mucho con él. Anteanoche estaban como distraídos; sin duda se les olvidó, creen que lo hemos encontrado nosotras y que nos lo hemos guardado. ¡Sí, ésa es la razón por la que se han asustado repentinamente de nosotras! ¿No lo crees tú también?

El rostro de Zosine adoptó tal expresión de repugnancia ante esta pregunta que Lucan se sobrecogió. Comprendió que en ese momento su amiga estaba tratando de imaginar aquel papel que, de haberlo visto otras personas, podía haber delatado a los criminales. Lucan se apresuró a desviar la atención de su amiga hacia otros derroteros.

—Han dicho que estarán ausentes dos o tres días —comentó—. Eso les dará tiempo de sobra para huir. No suponían que se te iba a ocurrir ponerte el sombrero esta noche. ¡Ahora se han ido, y nosotras estamos a salvo!

—No me imaginaba yo —dijo Zosine lentamente, como antes— que las cosas iban a suceder como han sucedido. ¡No me imaginaba que era esto lo que Rosa esperaba de nosotras!

—¡Zosine! —exclamó Lucan—. ¡Por el amor de Dios, vuelve en ti! Tus pensamientos van detrás de esos viejos malvados como si no los pudieses dejar. Ten en cuenta que ahora has triunfado sobre ellos, Zosine. ¿Qué daño van a hacer ya en el mundo, cuando tienen que ocultarse para siempre, y no pueden volver a pronunciar sus nombres? Ahora debes olvidarte de ellos. Debes apartarlos de tu pensamiento. Si no, habrán conseguido arrastrarte a esas tinieblas espantosas y a esa abominación a la que pertenecen. Además, tengo derecho a exhortarte de este modo —prosiguió Lucan, presa de gran agitación—, ya que jamás te habría fallado, si las cosas hubiesen ocurrido de otra manera. ¡Te habría sido tan fiel y leal como lo eres tú con Rosa!

Había apartado un poco a Zosine a fin de verle la cara. A la vez que profería estas últimas palabras, la volvió a estrechar contra sí. Un momento después notó que su amiga aspiraba honda y libremente.

—Sí —dijo, echándose hacia atrás los rizos que le habían caído sobre la cara—; creeré que es tal como dices, mi valerosa y leal amiga. Haré lo que me pides.

Mientras estaban así, estrechamente abrazadas, con las caras felices y animadas, sonó la campanilla de la verja. Fue un tintineo débil, vacilante, apenas audible a causa del viento y de la lluvia. No obstante, ninguna de las dos tuvo duda de haberlo oído. Se envararon, en brazos la una de la otra, esperando oír repetirse la llamada. ¿Quién venía a tirar de la campanilla a estas horas?

No se repitió la llamada, pero poco después oyeron a Baptistine hablar con alguien. Creían que Baptistine se había ido a acostar hacía tiempo. A continuación, la campesina entró en el comedor a anunciarles que en la puerta había un caballero que deseaba hablar con las *mesdemoiselles* inglesas.

—¡Un caballero! —exclamaron las dos amigas, al tiempo que por sus cabezas cruzaba un sinfín de conjeturas.

—¡Pero si no podemos recibir a nadie, Baptistine! —exclamaron—. El señor Pennhallow nos ha dicho que no dejemos entrar a nadie —Baptistine no se inmutó.

—Dígale —dijo Lucan— que el señor Pennhallow no está en casa.

—Dice que ya lo sabe —replicó Baptistine.

—¿Le conoce usted, entonces? —preguntó Lucan.

—Sí —contestó Baptistine—. Es *monsieur* Emmanuel Tinchebrai.

Ahora las muchachas se dieron cuenta de que estaban a medio vestir. A toda prisa, sin soltarse la una de la otra, corrieron del comedor a su dormitorio.

—Tendrá que esperar a que nos hayamos arreglado —dijeron.

Volvieron a ponerse los vestidos que acababan de dejar sobre la cama y sobre la silla. No se dieron cuenta de que todavía estaban mojados. Las dos se preguntaron:

—¿A qué vendrá *monsieur* Tinchebrai a Sainte-Barbe, cuando el maestro está

fuera?

No volvieron a ver a Baptistine.

6. *Un aliado inesperado*

Monsieur Emmanuel Tinchebrai estaba de pie delante de la chimenea, todavía con su capa mojada en el brazo y el sombrero en la mano, como esperando permiso para dejarlos.

Las muchachas le miraron con absoluto asombro. Antes de que el horror hiciera violenta aparición en Sainte-Barbe, había bromeado sobre el elegante joven y su lánguida admiración por Lucan. Después, le habían visto en esta misma estancia en calidad de representante de la ley, como un correcto y callado inspector detrás del anciano juez. Y ahora, frente a ellas, en plena noche de tormenta, y con alguna insólita e importante idea en el pensamiento. Lucan, que recordaba la atención con que la había observado, mantuvo una actitud retraída durante la entrevista. Fue Zosine la que habló.

La importancia de la misión del joven se evidenciaba no sólo en las circunstancias de la visita, sino más aún en su semblante. No tenía la tez sonrosada: estaba tan mortalmente pálido que su fino cabello y patillas de color castaño parecían completamente negros en contraste con la blancura de su cara. Saludó con una profunda inclinación de cabeza a las dos muchachas cuando entraron en la habitación; pero apenas las miró, y pareció resultarle difícil romper el silencio. Más tarde, durante la conversación, se enjugaba la frente y se secaba las manos con su pañuelo de seda, y tartamudeaba al hablar.

Zosine pensó: «Este joven atildado ha venido a Sainte-Barbe en contra de su voluntad por algo más fuerte que él. ¿Es amor? ¿Ha venido cuando el dueño de la casa está ausente para declararse a Lucan?» Recordó que Baptistine les había contado que *monsieur* Emmanuel había sido en otro tiempo asiduo visitante de Sainte-Barbe, pero que de repente había dejado de ir. Era muy poco probable que los recientes acontecimientos hubiesen mejorado las relaciones entre él y el señor Pennhallow. Quizá necesitaba presentarse en Sainte-Barbe en secreto. «Pero en ese caso», pensó otra vez, «a pesar de su audacia al venir aquí de noche, es un enamorado extremadamente vergonzoso. Está ahí muy firme y gallardo, pero se le nota angustiado por dentro».

—Sin duda les habrá sorprendido —dijo *monsieur* Emmanuel por fin, con voz discordante y ahogada— verme aquí a estas horas, y en ausencia de sus padres adoptivos. Pero era necesario, inevitable, que las viese. No he venido por mi propia voluntad. Me ha obligado el... —se interrumpió, calló unos momentos— el pensar

constantemente en ustedes.

Zosine le miró.

—Deje esas ropas mojadas, *monsieur* Tinchebrai —dijo—, y acerquese al fuego.

Los tres jóvenes se sentaron cara a cara. La cena estaba intacta sobre la mesa, con las velas y el vino. Parecía como si se esperase en Sainte-Barbe a un invitado rezagado.

—Pero ¿cómo sabía —preguntó Zosine, obedeciendo a un impulso vago, repentino— que nuestros padres adoptivos estaban fuera?

Los ojos de *monsieur* Emmanuel, vidriosos e inexpresivos, se encontraron con los de ella unos segundos.

—¿Que cómo lo he sabido? —repitió él, e hizo una breve pausa—. Por casualidad. Poco importa ahora.

»Me ha obligado a venir —repitió— un pensamiento constante, obsesivo. No se me va de la cabeza desde la última vez que estuve en esta casa. No me deja dormir. Tal vez les extrañe que un subordinado se atreva a actuar sin conocimiento de sus superiores y, por así decir, en contra de su decisión. Tengo por *monsieur* Belabres el más alto respeto. Pero nadie, sí, nadie —prosiguió con voz temblorosa— puede resistirse a la fuerza que me ha traído aquí. Aunque cayese en desgracia de mis superiores, aunque perdiese mi puesto al dar este paso, no podría evitarlo. ¡Mi situación es terrible!

Aquí, por primera vez, miró directamente a Zosine, y la muchacha pareció leer la desesperación en sus ojos. No había mirado a Lucan ni una sola vez desde que entrara ésta en la habitación; siguió evitando hacerlo durante toda la entrevista.

«No», pensó Zosine sorprendida; «no es el amor únicamente; es también el pensar en su carrera lo que le provoca esa terrible agitación espiritual. *Monsieur* Emmanuel es un joven ambicioso. En este momento se está desarrollando en su interior una lucha violenta entre sus ambiciones y sus sentimientos». Pero ésta fue la última vez que pensó Zosine en el estado espiritual del visitante. Cuando, tras una breve pausa, volvió a hablar, los pensamientos de ella sufrieron un vuelco tremendo.

—La encuesta que dejó satisfecho a *monsieur* Belabres —dijo el joven— no me tranquilizó a mí en absoluto. Me marché de aquí inquieto y alarmado. No sé qué fue lo primero que despertó mis dudas de que todo estuviese bien en este asunto; el caso es que no me abandonaron. Estas últimas semanas han sido insoportables para mí. Y al venir ahora aquí a hablar con ustedes, sé muy bien a lo que me expongo. Tal vez piensen que he perdido el juicio; tal vez se rían de mí, o me enseñen la puerta. Pero he venido —vaciló un instante— en nombre de la verdad. Hay otros peligros, aparte del que me amenaza. Puede que se encuentren ustedes en uno muchísimo más grave, y que esté en mi poder evitarlo.

Bajó los ojos y, abrumado por la turbulencia de sus pensamientos, pareció encogerse en su silla.

—Ahora les suplico —continuó— que me contesten a una pregunta solamente. Si

les parece que he perdido el juicio, me iré sin más —hizo una larga pausa, y las dos muchachas le miraron con el aliento contenido.

»¿No ha ocurrido nada desde la tarde en que estuve aquí —preguntó de repente en voz baja y áspera— que les haya hecho modificar el convencimiento que manifestaron en su declaración? ¿Están hoy tan seguras de la inocencia de estos dos viejos como lo estaban entonces? Les ruego que me contesten. Sea lo que sea lo que piensen de mí, les garantizo que la respuesta de ustedes, esta noche, lo significa todo en el mundo para mí.

Aquí *monsieur* Emmanuel guardó silencio, como si, en cierto modo, acabase de exponer lo que pretendía. Pero las muchachas guardaron silencio también tanto tiempo, que finalmente alzó los ojos, como si dudase que fueran a contestarle.

En realidad, durante unos minutos, les fue imposible contestar. Habían vivido en el aislamiento y el horror, y no podían imaginar de repente que pudiesen esperar del mundo que las rodeaba otra cosa que falsedad y crueldad. No sabían qué hacer con la ayuda que se les ofrecía.

Lucan temblaba de pies a cabeza. Le parecía que debía hincarse de rodillas ante este joven y expresarle su gratitud y alegría. Y casi al mismo tiempo, le pasó algo extraño. Sentado allí, cerca de ella, con el resplandor del fuego reflejándose en sus ropas negras, *monsieur* Emmanuel se asemejaba en cierto modo al señor Armworthy junto al fuego en Fairhill. Aquel hombre le hizo ciertas proposiciones, pero no eran lo que pretendían parecer. El recuerdo repentino la petrificó; en ese instante, fue incapaz de expresar su agradecimiento.

Zosine se enderezó en su silla con los ojos brillantes. Durante un rato que a ella le pareció una eternidad, concentró todo su ser en un único pensamiento. La huida de sus enemigos, esta noche, casi la había llenado de pavor; ahora era como si ya no supiese qué hacer en el mundo. La misma Lucan no la comprendía. Sus súplicas amables e implorantes de hacía unos momentos le recordaron a Zosine tiempos pasados más felices; la había alarmado y asustado su propia dureza de corazón. Y no obstante, no había sido capaz de creer completamente a su amiga. Pero ahora, aquí, en el comedor de Sainte-Barbe, un ser humano, un desconocido, le hablaba como amigo y aliado, y le ofrecía ayuda.

La afectó y emocionó honda y extrañamente el que este aliado fuese un enamorado rechazado por Lucan, del que ella misma se había burlado tantas veces. Puede que fuera vanidoso, insignificante y débil. Pero había adivinado su angustia, y había recorrido un largo camino en plena noche, desafiando la tormenta, y mortalmente asustado (por alguna razón que ella desconocía) de la empresa que tenía ante sí.

Le brindaba ayuda como un hermano. Le suplicaba que la aceptase.

Zosine se levantó de la silla y casi se tambaleó al ponerse de pie. Le tembló la voz, aunque fue clara y sonora:

—¡Sí —exclamó—, sí, tiene razón! Todo es tal como piensa.

Lentamente, Zosine se dominó. Su confesión le brotó del corazón como una oleada de pasión.

—¡Sí; es cierto, palabra por palabra! —exclamó—. Los dos viejos que viven aquí en Sainte-Barbe son asesinos. Son peor que asesinos, peor de lo que nadie pueda imaginar. Han matado ya a una chica. Un hombre horrible, amigo de ellos, la ha estrangulado con una soga. ¡Una chica que tenía dieciocho años, como Lucan y como yo! Gracias a Dios que puedo volver a hablar libremente —volvió a exclamar—. Gracias a Dios que ha venido usted esta noche, y me ayudará. ¡Gracias a Dios que vamos a poder vengar a Rosa, y tal vez mueran esos malvados por lo que han hecho!

Monsieur Emmanuel aspiró profundamente.

7. Otra vez la carta de tía Arabella

—Sí, *mademoiselle* —dijo *monsieur* Emmanuel con la voz casi ahogada por el espanto y el horror—, ahora puede hablar libremente; puede contármelo todo. Soy su amigo. Tiene que contarme cómo y cuándo empezó a sospechar del viejo y de su esposa.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —dijo Zosine, y trató de buscar en su memoria—. ¡Pues hace mucho tiempo, una eternidad! ¡Nadie puede saber ni comprender lo que hemos estado sufriendo aquí, solas en el mundo, entre personas que querían matarnos a nosotras también!

—Sí; yo lo sé, yo lo comprendo —contestó el joven con la misma voz ronca, ahogada—. Pero debe tener valor, *mademoiselle*. Esta noche ha terminado todo. Pero debe contarme más. No es suficiente lo que han sentido y pensado aquí. No es suficiente condenar a muerte a otro ser humano —se interrumpió, se enjugó la cara con su pañuelo de seda—. ¿No han recibido —preguntó con voz casi inaudible—, no han recibido alguna carta, algún escrito que pueda presentar en defensa de su terrible y desesperada situación?

Zosine le miró fijamente. Aún estaba encogido en su silla, incluso más pálido que antes; y al parecer, más agitado y aterrado que las muchachas. Sin embargo, sus ojos, cuando se encontraron con los de ella, habían cambiado. Ya no eran los ojos del joven sentimental, sino los del policía. Eran los ojos del sabueso que ha olido el rastro, y que no lo dejará hasta que la presa haya sido acorralada y llevada al límite de sus fuerzas. No había piedad en aquellos ojos grandes. De ellos, pensó Zosine, los criminales no debían esperar benevolencia.

El celo del joven por defender su causa emocionó hondamente a Zosine. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que quiso contestarle y descubrió que no podía hablar. Entonces dejó correr libremente las lágrimas. Lloró sin trabas, y sus sollozos violentos y apasionados la sacudieron como una tormenta.

Lucan se asustó al ver llorar a Zosine. También ella había llorado a menudo, aquí en Sainte-Barbe; pero sólo había visto una vez a su amiga derramar lágrimas. Comprendió que los sollozos de Zosine no necesitaban, y probablemente tampoco aceptaban, ningún consuelo. Además, ella misma se encontraba en un estado de agitación que no acababa de explicarse: aunque hubiese querido, no habría podido pronunciar una sola frase confortadora. Todo lo que consiguió hacer fue levantarse y quedarse de pie junto a Zosine.

Monsieur Emmanuel siguió completamente inmóvil en su asiento. Al cabo de un rato, con el mismo tono apagado de antes, y casi de manera maquinal, repitió la pregunta:

—Le he preguntado —susurró— si tiene algún papel que poder esgrimir.

Zosine dominó finalmente su emoción. Con el pañuelo apretado contra sus labios temblorosos, asintió dos veces solemnemente con la cabeza. El silencio que siguió duró tanto que Lucan se volvió hacia su amiga. La muchacha, de pie, parecía como si se hubiese vuelto de piedra. Miró directamente a *monsieur* Emmanuel, y le preguntó:

—¿Qué ruido es ése?

A través de la lluvia y el viento, sonaba efectivamente, en el exterior, un ruido regular, acompasado, de golpes sordos.

—Alguien está cavando en el huerto —dijo Zosine.

Monsieur Emmanuel se levantó de la silla. Dio unos pasos inseguros hacia la ventana, se detuvo y se volvió, dio otro paso, y se quedó parado:

—No —dijo—, no están cavando. Es alguien cortando leña. El señor Pennhallow —añadió con voz más alta y clara que en ningún otro momento de la conversación— se ha quejado siempre de que hay vecinos que roban leña del huerto de Sainte-Barbe. Se habrán enterado de que no está esta noche, habrán supuesto que los demás de la casa se han acostado. Y el viento y la lluvia son fuertes aquí. Es una noche ideal para robar leña —su voz se convirtió en un extraño siseo—. Puedo salir a ver, si quieren. Pero no tiene importancia, comparado con lo que estamos tratando ahora aquí. ¿Y quién sabe cuánto tiempo tenemos? Que roben leña esta noche, *mademoiselle*, y terminemos nosotros nuestra conversación —se volvió y se encaró con Zosine—. Así que tiene usted —dijo— una carta, un documento que puede presentar contra las personas a las que acusamos. ¡Desde luego, es una verdadera suerte! ¡Esto lo decidirá todo a favor nuestro!

Zosine seguía tan inmóvil como antes, mirando con ojos muy abiertos al joven. Había bajado la mano en la que tenía el pañuelo, pero parecía respirar con dificultad. Jadeó o gimió unas cuantas veces con los labios entreabiertos antes de hablar. Luego dijo lentamente:

—Sí. Una carta. Un documento. La tengo ahí, en nuestra habitación. Voy a traerla. Ahora la verá.

Fue como si retrocediese ante él. No apartó los ojos de su rostro mientras, de espaldas, recorría la corta distancia hasta la puerta; y salió de la habitación.

Lucan siguió el ruido de los pasos de Zosine. Se dirigieron a algún lugar más alejado que el dormitorio de ellas, cruzó el corredor y la cocina. «¿Adónde va?», pensó Lucan. «¿Qué busca? ¡No tenemos ninguna carta!»

Se quedó sola en el comedor con el joven. Para sostenerse, apoyó la mano en la silla donde Zosine había estado sentada. En el profundo silencio, oyó otra vez los golpes apagados, breves, medidos, del exterior. Una vez solamente alzó los ojos y miró al visitante, y la mirada de él se encontró con la de Lucan.

Oyó regresar a Zosine, y se volvió desfallecida hacia ella. No traía ninguna carta, pero en la mano derecha sostenía la pesada hacha de la cocina con la que Baptistine solía cortar astillas para el fuego. Sin una palabra, Lucan dio un paso hacia ella. Al mismo tiempo, *monsieur* Emmanuel, sin decir nada tampoco, dio un paso atrás.

—No encuentro la carta —dijo Zosine. Sus ojos siguieron maquinalmente las miradas del joven y de Lucan al hacha que sostenía en la mano, y pareció sorprenderse al observar la consternación de los dos—. Es el hacha de la cocina —dijo a modo de explicación o de disculpa—. Quería averiguar si la habían cogido los ladrones de ahí fuera. Pero no la han cogido —se quedó de pie un momento, meditando—. No encuentro la carta —repitió—. Pero me la sé de memoria. Sentémonos como estábamos antes. Luego la recitaré de principio a fin.

Se sentó delante del fuego, tiesa e inmóvil, con el hacha en la mano. Sus ojos tenían un brillo extraño e intenso, como de acero. Los otros dos se sentaron también en los sitios que habían ocupado antes.

—Escúcheme bien ahora —dijo Zosine—, para poder recordarla. Lucan la conoce; ella también la ha visto. Me pregunta si tenemos una carta con qué defendernos en nuestra desesperada situación. Sí, la tenemos, aunque no la encuentre.

»Tengo una vieja tía en Inglaterra —dijo—; se llama Arabella Dibdin. Es mi madrina. Tía Arabella me adora. Haría cualquier cosa en el mundo por mí. Pero poco antes de que me pusiera a buscar colocación en Londres, nos peleamos por primera vez en la vida. Ella me regañó porque soy una mimada y una frívola. Le habría encantado tenerme en su casa; sí, probablemente, como Lucan me dijo entonces, habría sido el acontecimiento más feliz que la habría podido suceder, si hubiese sido capaz de reconocerlo. Pero yo me porté de manera testaruda y poco razonable. No quise escucharla. Le dije que me ganaría mi propio pan y sería independiente del resto del mundo. Entonces tía Arabella me escribió antes de marcharme de Inglaterra; todavía tengo esa carta. Está en alguna parte, entre mis cosas. He debido de ocultarla demasiado bien.

Zosine no había alzado los ojos hacia los otros dos mientras hablaba, y tampoco lo hizo ahora al terminar. Pero Lucan y *monsieur* Emmanuel la miraban fijamente.

—Tía Arabella decía en su carta —dijo con voz alta, clara y firme—: Es bueno y útil conocer la vida. Ahora tendrás que asumir cargas pesadas. La mayoría de los seres humanos tienen que hacerlo inevitablemente. Pero conserva esa dignidad que consiste en obedecer a tu propio destino. Pero decía también: Todo cuanto poseo me recuerda diariamente a ti. Y tía Arabella dice lo que piensa efectivamente, *monsieur* Tinchebrai; ¡y mantiene siempre su palabra!

»Después decía —prosiguió lentamente Zosine—: “Por tu padre, estaré siempre unida a ti más que ningún otro ser humano en el mundo, y jamás te fallaré. Aun cuando ahora te vayas enfadada, no podrás romper el lazo que existe entre nosotras. Te seguiré con los ojos y el corazón, y siempre estaré informada de lo que hagas. Da lo mismo que te vayas a un país extraño. La gente como yo tiene relaciones en todas

partes.”

»Yo era orgullosa antes, *monsieur* Tinchebrai. No le contesté. Pero sé que ha cumplido lo que decía, aunque no sepa exactamente de qué medios se ha valido para ello. Tengo pruebas de que es así. Todavía soy orgullosa. Jamás he hecho nada que no pueda contarle a tía Arabella. ¡Si me viese en este momento, me comprendería, y no se avergonzaría de mí! Ponía también: “Hasta ahora, no sabía que hubiera tales posibilidades de sufrimiento en la vida.” Yo tampoco lo sabía, entonces. No sabía cuánto había tenido que soportar tía Arabella a personas mimadas y frivolas. ¡Cuando nos volvamos a ver, se lo diré!

En el largo silencio que siguió a las palabras de Zosine, Lucan recordó, con la misma claridad que si la tuviese delante, la pequeña habitación de *Tortuga* donde encontró a Zosine de pie junto a la ventana, con la carta de tía Arabella. También recordó la conversación que tuvieron entonces. Al principio Zosine había declarado que nunca, ni aun para salvar su vida mencionaría aquella carta. Poco después, se había echado a reír al ver la cara seria y asustada de Lucan; se había colgado de su cuello, y le había dicho: «En compensación por lo buena que has sido conmigo, te prometo que, para salvar mi vida, mencionaré a tía Arabella y su carta. ¡Pero sólo entonces!»

Monsieur Emmanuel siguió callado. Trató de hablar un par de veces, pero desistió. Tras un largo silencio, dijo por fin:

—Pero entonces, *mademoiselle*, ¿tenía usted amigos que conocían su lugar de residencia y vigilaban sus pasos?

—Sí, así es —dijo Zosine.

8. *La sogá y el hacha*

Monsieur Emmanuel estuvo un rato mirando rígidamente a Zosine. Después se levantó y alargó la mano maquinalmente para coger el sombrero. Se detuvo a mitad del gesto, miró hacia la ventana, y se quedó inmóvil. Pero tuvo que forzarse a permanecer así: el suelo ardía bajo sus pies.

—Tiene usted amigos —repitió lentamente—. La vigilan. ¡Acudirán en su ayuda! Entonces no hago falta aquí, esta noche.

—¡Claro que sí! Esta noche hace falta usted aquí, *monsieur* Tinchebrai —dijo Zosine—. Usted también tiene amigos e influencias. Ha venido en nombre de la verdad y de la justicia. Ahora actuará en pro de estos ideales. Hablará con el juez de Lunel.

—Sí —dijo *monsieur* Emmanuel lentamente, igual que antes—. Sí; tengo que hablar con alguien. Este giro singular y feliz de las cosas... De momento, no veo bien adónde puede llevar... —se interrumpió, y otra vez, con la misma extraña indecisión, casi como hipnotizado, miró hacia la ventana. El viento y la lluvia sonaban en el exterior; pero los golpes sordos, apagados, que antes acompañaban los embates como un redoble de tambor, habían cesado.

—Han parado ahí fuera —dijo Zosine.

Lucan, medio inconsciente de incertidumbre y de temor, no pudo contenerse más. Cogió una palmatoria de la mesa y se dirigió a la ventana para descorrer la cortina y asomarse. El joven la cogió instantáneamente por el brazo y la detuvo.

—¡No! —gritó—. ¡No acerque esa vela a la ventana! ¡Quédese aquí!

Lucan encontró su contacto tan repulsivo que estuvo a punto de soltar la palmatoria; y notó, con extraña emoción, que él también se estremecía al tocarla. Le soltó el brazo como si se hubiese quemado. A continuación se tambaleó, de forma que por un segundo Lucan creyó que se iba a caer.

—No me encuentro bien —dijo él.

Aunque le repugnaba su proximidad, Lucan dejó la vela para acercarle un vaso de agua de la mesa; pero *monsieur* Emmanuel retrocedió y se apoyó en la pared.

—¡En nombre de Dios! —exclamó de repente con voz temblorosa—, ¿por qué no se han marchado a Inglaterra? ¿Por qué siguen todavía en Sainte-Barbe? —Lucan se quedó estupefacta, aterrada, al oír este súbito arrebató.

Pero Zosine contestó:

—Quizá nos vayamos, *monsieur* Emmanuel. Quizá no sigamos mucho tiempo en

Sainte-Barbe.

—¡Sí, márchense! —gritó *monsieur* Emmanuel; y a la luz de la vela, que había cambiado de sitio, Lucan vio que le corría el sudor por la cara—. Tal vez pueda ayudarlas aún a irse de aquí.

»¿No sería mejor para ustedes —preguntó con voz ronca, tras un silencio— no mencionar lo que hemos hablado esta noche? ¡Tienen amigos, pueden vivir mucho tiempo, y ser felices, en Inglaterra! ¿No querrán renunciar a intervenir en este asunto, una vez que estén a salvo allí?

—¿A salvo? —repitió Zosine lentamente.

—Sí —prosiguió él con rapidez, tartamudeando—, escúcheme. Sin duda repugna a sus sentimientos verse mezcladas en un asunto como éste. Lo mismo que repugna a mis principios acusar a mis superiores de negligencia. Si acordamos aquí, esta noche, no volver a hablar más de esto, sería posible... habría esperanza... —casi se dobló en dos, como acometido por un dolor físico. Y de repente, se volvió hacia Zosine—. Si les aconsejo que lo hagan así —murmuró—, ¿me dará su palabra de no volver a hablar de lo que me han dicho esta noche?

Zosine no contestó.

Tras otro largo silencio, dijo casi en un susurro:

—Tengo que irme.

Sin embargo, no se marchó inmediatamente. Miró por la habitación. Miró a Lucan también, a la que no se le olvidaría jamás la expresión desesperada y frenética de sus ojos. Pero a continuación cogió el sombrero y la capa.

—No me siento bien —repitió—; pensaré detenidamente todas estas cosas. Me voy. Les agradezco que me hayan recibido, y su confianza. Adiós.

—Le alumbraré, *monsieur* Tinchebrai —dijo Zosine.

El joven hizo un gesto para impedirlo, pero ella ya había cogido la palmatoria con la mano izquierda, y le acompañó hasta la puerta, que daba al lado opuesto del huerto al que habían sonado los golpes de azada. La lluvia la azotó con violencia al abrir; a pesar de ello, no se retiró del umbral hasta haber visto a su invitado alejarse casi corriendo por el sendero, con el viento arremolinándole la capa a su alrededor, llegar a la verja, y desaparecer sin entretenerse en entornarla siquiera tras de sí. Entonces Zosine cerró la puerta.

Dejó la palmatoria encima del cofre del corredor y se apoyó contra la pared. Miró a Lucan, que había seguido sus pasos, directamente a la cara.

—Es tal como decías —dijo—. Tenías razón. Ahí está la nueva prueba que esperábamos de la maldad de los viejos: tu muerte y la mía.

Lucan quiso hablar, pero le falló la voz.

—Sí, tenías razón —repitió Zosine—; ¡me dijiste que tuviera en cuenta que las gentes con las que me enfrentaba eran infinitamente más listas y astutas que yo! Me dijiste que recordara que tenían las manos manchadas de sangre. Ahora ya no hará falta que lo recuerde.

—¡Ay, Zosine! —exclamó Lucan—, ¡Zosine!

—¿Has observado dónde cavaban? —preguntó Zosine con voz trastornada—. En el sitio donde estaba antes la leña. Tenías razón, también, cuando dijiste anoche que la habían cambiado de sitio. La han quitado para cavar nuestra sepultura. Mañana la pondrán otra vez donde estaba. ¡Y he sido yo quien te ha obligado a quedarte en Sainte-Barbe! —estaba rígida, pegada contra la pared, casi como si la hubiesen clavado en ella.

»Creía —murmuró como antes— que si me mantenía unida a Rosa, podría hacerla surgir de las tinieblas. Pero somos tú y yo quienes vamos a hundirnos en esas tinieblas tras ella. Ahora estamos perdidas, Lucan.

—No hables así, Zosine —dijo Lucan—. Todavía estamos vivas.

—No; te equivocas —dijo Zosine lentamente con una ironía mortal, tajante, despiadada—. Ya no estamos vivas. Hemos desaparecido; hemos dejado ya de existir. No era para huir, para lo que los viejos se han puesto nuestras ropas. Era para alejarnos de aquí. Lucan y Zosine ya no están en Sainte-Barbe; se han ido de Lunel en la diligencia de la noche; el cochero y los viajeros podrán dar fe de que es así. Y ¿quién va a desmentirles? ¿Una vieja inglesa a quien nadie conoce, que está en su segunda infancia y no recordará nuestros nombres ni nuestras caras? No; nos encontramos muy lejos de aquí, en la oscuridad, en medio del viento y de la lluvia. No sé dónde se habrán vuelto a poner sus ropas, y nos habrán dejado. Quizá en Marsella, en una gran ciudad donde se pierda en seguida el rastro de Lucan y de Zosine. Pero sea donde sea, ya no estamos en esta casa ni en esta habitación. Las chicas que están hablando aquí en este momento son dos espectros, dos fantasmas cuyos cuerpos hace tiempo que han dejado el mundo de los vivos. Aquí en Sainte-Barbe sólo hay un lugar que nos espera, que nos acogerá y nos reconocerá: la fosa que han cavado debajo del montón de leña.

»¡Ojalá fuese ya por la mañana! —exclamó con desesperación—. Entonces, todo habrá terminado. Entonces yaceremos tranquilas; entonces nadie nos tocará. Antes van a tocarnos; van a mirarnos. Eso será peor que la muerte. Venga —digo, al cabo de un momento—; ayúdame a poner el cofre contra la puerta. No vamos a dejarles entrar en la casa sin resistencias.

Lucan no puso objeción; y entre las dos arrastraron el pesado cofre por el suelo, hasta la puerta. Zosine fue a la cocina para cerciorarse de que estaba echado el cerrojo, y aquí también parapetó la puerta con un mueble pesado. Se quedaron sin aliento a causa de todo este trabajo; encontraban una especie de alivio en él. Zosine había dejado el hacha; pero en cuanto terminaron, volvió a cogerla. Pidió a Lucan que levantara la vela y alumbrara por todas partes, a fin de comprobar que las contraventanas estaban debidamente cerradas. Entonces descubrieron colgado en la silla de la cocina un rollo de soga nueva y resistente.

Se quedaron mirándola. Lucan dio un paso atrás. Un gemido ahogado brotó de sus labios. Por último, Zosine se acercó a la silla. Con un estremecimiento, como si

fuese una serpiente larga, muerta, levantó la soga y la deslizó entre sus manos. Parecía como si no pudiese librarse de ella.

—¡Volvamos, Zosine! —dijo Lucan.

Zosine la siguió lentamente, pero se llevó la cuerda consigo. La fue arrastrando tras de sí por el suelo de la cocina.

Mucho después, sentadas ante la chimenea del comedor, recobraron la palabra.

—¿Crees que él lo sabía todo antes de venir aquí esta noche? —susurró Lucan. No se atrevió a pronunciar el nombre de *monsieur* Emmanuel.

—Sí, lo sabía —dijo Zosine—. Le han enviado aquí para averiguar qué es lo que sabemos. Siempre es arriesgado asesinar, por muy meticulosamente que se planee el asesinato. Si hubiesen podido evitarlo, habrían preferido dejarnos con vida. La vela en la ventana era la señal para que entrasen.

—Sin embargo, no comprendo cómo se ha aliado con ellos —dijo Lucan, que no paraba de pensar en el hombre que había venido a verlas—. ¿Cómo puede tener que ver con esa gente malvada?

—¿Cómo iba a negarse, si le habían utilizado ya otras veces? —dijo Zosine—. Tal vez quería hacerse rico; tener poder sobre la gente de Lunel, que le despreciaba, y demostrarles su propio desprecio. Pero cuando conoció bien al viejo, éste lo tenía ya cogido. No era el peso de la ley y de la justicia lo que le producía un terror mortal hace un rato. Era el maestro... ¡el anciano! —ante su propia palabra «terror», y el pensamiento del miedo que el enemigo de ellas había inspirado a su cómplice, se estremeció, con todo el cuerpo contraído de horror y de repulsión.

—Sin embargo, se ha marchado —dijo Lucan al cabo de un rato—. Lo que le has dicho le ha confundido y ha hecho que se sienta menos seguro de su situación. Ahora creen que tenemos amigos en Inglaterra que velan por nosotras. Puede que no se atrevan a hacernos daño.

—¡Ah, sí; sí que nos lo harán! —dijo Zosine—. Hemos conseguido confundirles momentáneamente. Pero son listos. No tardarán en descubrir nuestra inocente estratagema. No nos salvará la carta de tía Arabella. No hay nada en el mundo que pueda salvarnos ahora.

—¿Por qué has entrado con el hacha? —murmuró Lucan, temblorosa—. ¿Querías defender nuestras vidas con ella?

Zosine miró otra vez con sorpresa, primero a su amiga y luego el hacha que tenía en la mano.

—¿Defendernos? —exclamó—. No, no pensaba en eso. ¡No me habría servido de mucho! ¡Quién sabe cuántos son! Tendrán a Clon con ellos; puede que cuenten con Baptistine, que quería hacernos beber su vino. Puede que haya más ahí fuera, también.

»No, no pensaba en eso —dijo tras un silencio—. La he cogido para tener acero en mi mano. El acero, Lucan, es honesto; es recto y noble. Se siente necesidad de tener acero en la mano cuando se habla con un hombre como el que ha venido esta

noche. *Durior Ferro* —prosiguió, muy despacio—. Quisiera que la enterrasen conmigo. Ha sido un alivio tenerla cogida. Pero no puede ayudarnos. Nada puede ayudarnos ya. Ahora estamos perdidas, Lucan.

9. *Olympia de nuevo*

Pese a lo mortalmente agotadas que estaban, las dos muchachas seguían de pie, cerca del fuego agonizante, como si hubiesen olvidado que podían sentarse. Ya no hablaban: escuchaban. Sólo una vez rompió Lucan el silencio cuando, presa de una súbita y desmayada emoción, exclamó:

—Podríamos escapar, incluso ahora. Tal vez conseguiríamos llegar hasta la casa del padre Vadier.

Zosine contestó con una exclamación tan baja como la suya:

—Pero están ahí, en el huerto. Y no quiero enfrentarme con ellos en la oscuridad.

Por último, las punzadas y temblores de rodillas obligaron a Lucan a sentarse en la silla que había ocupado *monsieur* Emmanuel. Zosine se sentó también, pero no junto a ella. Lucan notó con vaga alarma y dolor que Zosine la rehuía, igual que había hecho el visitante. No sabía que su naturaleza pura y sencilla hacía retroceder con una especie de temor a quienes estaban saturados de ideas de muerte, horror y locura. Zosine desvió los ojos, y luego volvió a mirar a su amiga. Sus negros ojos parecían inmensos en su cara pálida.

Por último preguntó:

—¿Cómo crees que será morir? ¿Cómo será estar muerto?

Lucan al principio se sintió desfallecer ante esta pregunta; luego se le llenaron los ojos de lágrimas. Apeló a todas sus fuerzas para consolar a su amiga.

—Estoy convencida de que para nosotras será algo hermoso y apacible —dijo, y un momento después añadió—: Quizá morir a nuestra edad sea una forma de escapar a muchas decepciones y sufrimientos de la vida.

Quiso añadir algo más, pero no le salió la voz. De haber estado ella o Zosine agonizando en el lecho, habría encontrado palabras amables y confortadoras; pero frente a la muerte brutal y cruel que les aguardaba, se quedó muda.

—Es la tercera noche que permanecemos alerta en Sainte-Barbe —dijo Zosine—. La primera fue cuando me metí en tu cama para contarte que la acusación del juez era verdad. ¿Recuerdas? La segunda, porque queríamos huir. ¿Recuerdas?

Lucan hizo un gesto afirmativo, y se limitó a apretarse o estrujarse los dedos entre los pliegues del vestido.

—Ahora nos queda ya poco tiempo —prosiguió Zosine—; el suficiente para pedirte que me perdones todo el daño que te he hecho. ¿Puedes hacerlo, Lucan? Viniste a *Tortuga* y me dijiste: «Mi padre ha muerto, no tengo hogar en el mundo, y si

no quieres acogerme, no sé adónde ir.» Era el día de nuestro cumpleaños. ¡Y te he traído aquí, a esta casa!

—No hables así —dijo Lucan—. Tú estás conmigo aquí. Yo estaba sola, y no tenía a nadie cuando llegué a *Tortuga*. Pero has sido mi amiga desde entonces.

—De todas maneras, dime que me perdonas —dijo Zosine.

—Sí, si tú quieres que lo haga —dijo Lucan.

—¡Ojalá te hubieses ido en la diligencia de Neuvégilise! —dijo Zosine, al cabo de un rato—. Yo tenía que quedarme en Sainte-Barbe. Pero tú podías haber sido feliz en Inglaterra.

—¿Yo?

—Sí —dijo Zosine—, hay algo en Inglaterra en lo que piensas constantemente y por lo que suspiras. Lo he sabido todo el tiempo. Pero yo no podía pensar más que en Rosa. Así que no te he preguntado. Quizá puedas contármelo ahora, mientras estamos aquí sentadas. No hay razón para que tengamos secretos la una con la otra. Soy muy egoísta e inquieta, Lucan. Me haría bien escuchar lo que guardas en tu pensamiento. Porque sé que debe ser algo muy bueno y hermoso.

Lucan no habló en seguida. Su amor por Noel, y el dolor que ese amor le producía, seguían ocultos en lo más hondo de su naturaleza. En ningún otro momento habría sido capaz de sacarlo a la luz. Pero frente a la muerte, podía compartir su secreto con Zosine. Muy suavemente, como cuando, en Fairhill, le contaba al niño ciego un cuento, empezó a revelar todo lo que había sucedido entre ella y el hombre que amaba. Repitió las palabras que Noel había dicho en el huerto iluminado por la luna; y al repetir las, le pareció que su voz era la de él. Se estremeció; fue un instante a la vez de angustia y de éxtasis. El dolor y la amargura de la vida, y la muerte misma, se desvanecieron en presencia del amor; un débil rayo de luz empezó a brillar en medio de las tinieblas que la rodeaban.

Zosine escuchaba sin una palabra ni un gesto, con las manos entrelazadas en el regazo. Su rostro, poco antes endurecido por la repugnancia y el dolor, se volvió tierno y apacible. Siguió inmóvil incluso un rato después de que Lucan terminara de hablar.

—Pero, Lucan —dijo por fin—, ¿cómo has podido ser tan simple y ciega? ¡Noel te quiere a ti! Jamás ha pensado en mí. Ha conocido a centenares de chicas como yo y sabe perfectamente lo poco que valemos. Pero jamás ha conocido a ninguna como tú. ¿Qué crees tú que entiende un hombre de colores de chales, y qué le importa si el blanco es tuyo o mío? Si había luna como dices, sin duda te brillaba el cabello, como he visto que te brilla aquí en Sainte-Barbe, a la luz de la luna. ¡Y no ha podido confundir tu cabello con el mío! Es cierto que fue hablando conmigo camino de Lunel (está acostumbrado a hablar con chicas como yo); pero era a ti a quien miraba. Y una de las veces, cuando estábamos solos él y yo, me preguntó sobre ti, y me di perfecta cuenta de lo que significaba. Puedes creerme. Sé bastante sobre jóvenes enamorados. Te quiere, y no te olvidará.

Lucan experimentaba una violenta agitación espiritual, ya que era la primera vez que expresaba sus sentimientos con palabras. Le parecía que estaba haciendo el balance de toda su vida. Y ahora, según las palabras de Zosine, veía que arrojaba un saldo diferente al que ella había imaginado. Había creído que la suma total equivaldría a la muerte. ¿Iba a descubrir ahora que equivalía a la vida, a una vida más auténtica y más rica de lo que generalmente entendía la gente por mundo? En medio de su terror y agotamiento, pensó que le sería muy fácil morir, si pudiera creer, aunque fuese tan sólo una hora, que Noel la amaba. Se levantó de la silla. Como si alguien la llamase, sintió que debía ir a alguna parte, marcharse de aquí.

Zosine se había levantado con ella.

—Escucha —susurró.

Unos pasos pesados, medidos, recorrieron el sendero desde la verja a la casa, tan lentos que las dos muchachas tuvieron tiempo de pensar, antes de que llegasen:

—Quien quiera que sea, estaba ya en el huerto, puesto que no hemos oído abrirse la verja.

Un momento después, un puño vigoroso llamó a la puerta. Había llegado la hora. ¡Ya no tenían que esperar más!

Zosine se agarró a la esquina de la mesa que tenía delante, y la volvió a soltar.

—No —dijo—. No puedo quedarme aquí a esperarles. Saldré a su encuentro.

Lucan la siguió un paso o dos, y luego se detuvo. Apenas sentía el suelo debajo de sus pies. Bajó los ojos, y murmuró una oración que aprendió de pequeña y que no había recordado desde entonces.

Una voz profunda, atronadora, que a Lucan le pareció haber oído hacía mucho tiempo, en sueños, profirió impaciente e irritada unas palabras al otro lado de la puerta. Oyó a Zosine contestar con un grito atropellado y frenético, y a continuación sonó otra vez la voz del exterior. Luego las voces se mezclaron. Habló Zosine, y al instante siguiente la habitación vibró con el alarido largo, trémulo, terrible, que dejó escapar.

—¡Ven, Lucan! —gimió—. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame a correr el cofre!

Lucan se apoyó en la pared. Habría querido acudir en ayuda de su amiga; pero ahora, cuando le parecía que ya estaba muerta, la tenía petrificada el pensamiento de la violencia y el forcejeo brutal y salvaje. Oyó a Zosine empujar o arrastrar el pesado cofre por el suelo, y caer encima de él; oyó abrirse de golpe la puerta de la entrada, y aumentar de repente el ruido del viento y de la lluvia. Desde el umbral le llegó la luz de una linterna que traía la persona visitante. Hizo un esfuerzo supremo, y dio unos pasos.

A través del vano de la puerta, en la escasa luz del corredor, vio que medio gateaba, medio se arrojaba una figura colosal, informe, casi inhumana, por encima del cofre que obstruía el paso, y a Zosine arrojarse sobre ella. Un momento después, las dos figuras se fundieron en una sola, y Zosine gritó:

—¡Olympia! ¡Mi Olympia! ¡Eres tú, Olympia!

—Pues claro que soy su Olympia —contestó la mujer negra con su voz sonora y poderosa, medio ahogada por el abrazo de Zosine—. Claro que soy yo, lucero mío. ¡Suélteme! Me está ahogando, me va a arrancar la cabeza. ¿Qué falta de sensatez es ésta? —el ruido de múltiples y sonoros besos interrumpió el discurso—. Déjeme que me sostengan mis piernas. ¿Qué pasa aquí? ¿La gente atranca las puertas en el país de mi señora?

—Sí —replicó Zosine—, atranca las puertas, y las parapeta con el cofre. ¡Hay enemigos ahí fuera! Corremos grave peligro, Olympia. ¡Deja que te vea! ¡Estréchame muy fuerte! ¡Olympia!, ¿cómo has venido?

La enorme, oscura figura femenina había encontrado apoyo en el suelo, aunque aún tenía enganchados en el cofre el vestido y la capa, descubriendo dos piernas gruesas como dos leños. Empapada de lluvia, salpicada de barro, y con el sombrero torcido sobre la cara, Olympia se libró del cofre, cruzó despacio el umbral, y miró a su alrededor.

—Bueno, de todos modos tienen fuego aquí —dijo—. ¡Están blancas como la pared! ¡A veces creo que es mejor ser negra! Ya me di cuenta, en la diligencia y por el camino, ya me di cuenta, de que estaban ustedes en peligro. Ahora dígame quién quiere hacerles daño. ¡Ah, no podía más, me moría de ganas de ver a mi paloma, a mi ángel, a la dulce niña de amo Theodore! ¡Ah, ganas me dan de comérmela! ¡Cariño, deja que sienta otra vez entre mis brazos a mi muñeca! ¡Si Olympia no la puede salvar, morirá a su lado!

—¿Cómo has venido? —volvió a gritar Zosine.

—¡Pues iba a ser fácil impedirme llegar hasta usted! —contestó Olympia—. Al ver que el coche que alquilé en el pueblo no podía seguir porque se había caído un árbol en mitad del camino, he cogido uno de sus faroles, he saltado por encima del tronco, y he continuado a pie en la oscuridad.

—¿No te has cruzado con nadie? —preguntó Zosine con el aliento contenido—. ¿No has visto a nadie cerca de la casa?

—Sí, es verdad; me he cruzado con un joven caballero en el camino —contestó Olympia—. ¿Por qué corría desalado? ¿Le perseguía el demonio? Le he preguntado la dirección al tiempo que levantaba el farol; y al descubrir mi cara negra, ha soltado un grito como si le dieran una puñalada, y ha echado a correr. La gente —dijo— está más loca en Inglaterra que en Santo Domingo. Pero en este país lo está más que en Inglaterra. ¿De qué tienen miedo esta noche?

Las muchachas recordaron que *monsieur* Emmanuel, al huir precipitadamente, había dejado abierta la verja, y que por eso no la habían oído ahora abrirse ni cerrarse.

10. Noticias de Inglaterra

—Pero si no te han detenido —dijo Zosine muy despacio, mirando a Olympia—, y si no has visto a nadie cerca de la casa, es que a lo mejor se han ido. La señal que habían acordado era la luz en la ventana. ¡Dejar allí la vela significaba que *monsieur* Tinchebrai había conseguido alguna información, y que los que aguardaban en la oscuridad debían entrar a matarnos! ¡Pero no asomó ninguna luz! Y *monsieur* Tinchebrai huyó corriendo, sin informarles de lo que había averiguado. Ahora no saben qué hacer; quizá estén deliberando, y esperando. ¡Ah, volverán, no lo dudes! ¡Pero quizá tarden una hora o dos!

—¿Quiénes son esos malvados que quieren hacerles daño? —preguntó Olympia, volviendo sus ojos negros y enseñando los dientes—. ¿Quiénes van a venir? ¿Contra quiénes han atrancado las puertas? No se acercarán a usted mientras a mí me queden uñas en los dedos y dientes en la boca. Dígame quiénes son.

—Sí, te lo diré —dijo Zosine, y aspiró profundamente—. Pero no en este momento. Si nos queda una hora, Olympia, quiero oír en ese tiempo el nombre de Inglaterra, y el de las personas que viven allí. Deja que recuerde que allí hay personas sinceras que me quieren. ¿Quién te ha enviado, Olympia?

—¡Oh, fue una pena lo que pasó! Como para partírsele a una el corazón —dijo Olympia—. Todo han sido desdichas y sufrimientos en Inglaterra. La señorita Arabella gruñe y se aflige. Se atormenta día y noche. Si la viese, lloraría. No le diré nada; pero eso la está matando.

»Al principio —prosiguió— aún se podía resistir, aunque ya resultaba bastante difícil estar en su casa. Porque no ceja. Cree que cuando se muera de pesar y de privaciones, quizá la perdone usted, y acepte su dinero. ¡Dios mío!, nunca ha tenido mucha carne encima, la pobre, pero ahora es como si anduviera un palo dentro de sus vestidos y sus chales. Mataba a sus criados de hambre, y se han ido despidiendo uno tras otro. Su viejo mayordomo y yo somos los únicos que hemos seguido a su lado. Porque debía tener a alguien que la cuidara. Va con agujeros en los zapatos, y tiene sin dedos los guantes. Sin embargo, en su juventud, fue la dama más elegante que vimos en casa de amo Theodore. Pero la cosa empeoró cuando recibió noticias de amo Theodore, desde Santo Domingo...

—¿Ha tenido noticias de Papá? —gritó Zosine.

—Sí, de Papá, de Papá personalmente —dijo Olympia—; y decía que le iba bien. Ahora se ha terminado ya la cosecha de tabaco. Es rico otra vez, y puede pagar a

todos sus acreedores. Desde que recibió la carta, la señorita Arabella no se ha vuelto a levantar de la cama. “Me da vergüenza salir a la luz del día”, dice, “porque cuando regrese él a Inglaterra, y me pregunte por su hija, ¿qué le voy a contestar? Olvidé que soy una vieja. ¡Pensé, hablé y escribí como una colegiala! ¿Qué importa ya mi destino? ¡No se tiene destino cuando se llega a los cincuenta años!” Teníamos que trabajar y comer a oscuras durante el día porque nos obligaba a tener las contraventanas cerradas.

»Entonces —prosiguió Olympia— fui a ver a amo Ambrose...

—¡A Ambrose! ¿Dónde está? —exclamó Zosine.

—Amo Ambrose está casado, ahora —dijo Olympia—. Se ha convertido en un señor muy distinguido, tan serio y melancólico que todo el mundo lo respeta. ¿Gasta ahora bromas y envía flores a las chicas? ¡Dios mío, no! ¡Es un niño bueno que no piensa en otra cosa que en comer! “¿Qué vamos a comer hoy?”, pregunta cuando se levanta por la mañana. En casa de amo Ambrose pude comer comida decente, comida buena y sabrosa, por primera vez desde hacía meses; ya que su esposa estaba fuera, y él me asignó un sitio en su propia mesa. Registró todos sus cajones, y encontró el nombre de una señora llamada Quincy, cuya casa fue lo último que habían pisado sus preciosos pies. Fui a ver a la señora Quincy. Al principio le ofrecí cien guineas si me decía dónde estaba usted; después la amenacé con cortarle el cuello.

—Pero ella no sabía nuestro paradero —dijo Zosine.

—No, ella no sabía su paradero —dijo Olympia.

—Entonces, ¿cómo nos has encontrado? —preguntó Zosine otra vez.

El semblante negro de la vieja se quedó súbitamente vacío de toda expresión. Fue como si se cerrara una puerta.

—¿Quién de ustedes —dijo— conoce nuestras costumbres? Los negros tenemos nuestra alma y nuestro olfato. No hablemos de eso. Pero esta vez —añadió, más para sí que para Zosine— han acudido en mi ayuda seres de otros tiempos. Han venido de muy lejos para enseñarme el camino. El negro con el que estuve casada; y mi hijo, que reía y saltaba delante de mí, durante el trayecto. Pero no sé por qué lo han hecho. Por último, esta noche, he olfateado su peligro y su miedo. ¿Y cree usted que habría podido detenerme o hacerme volver ningún ser humano? Pero todo eso son cosas que unas preciosas señoritas no deben preguntar ni escuchar.

A los oídos de Lucan, lo que contaba Olympia sonaba fantástico y casi delirante. Pero Zosine estaba acostumbrada a la manera de ser de esta mujer negra, y sabía que no veía a las personas y los sucesos como los demás.

—Debías haber regresado, Olympia —dijo Zosine—. Has indagado sin descanso, y has hecho un largo viaje, sólo para morir con nosotras al final. ¡Pobre Papá! ¿De qué le sirve ser rico otra vez, y recobrar su buen nombre, cosas por las que nos hemos atormentado tanto, si ahora muero yo? Esta casa que con tanto trabajo has encontrado, Olympia, se llama Sainte-Barbe. ¡Es la casa del crimen! La gente que la habita se marchó ayer, y regresará esta noche para matarnos. Mientras tú venías en la

diligencia, o saltabas por encima del árbol caído, estaban cavando nuestra sepultura ahí fuera.

—Ahora debe contarme cómo se llaman —dijo Olympia— y todo lo que ha ocurrido.

—Sí, te lo contaré —dijo Zosine—. Lucan lo sabe también. Lucan ha sido mi amiga aquí, Olympia. Cuando estábamos en *Tortuga*, no fuiste amable con ella; pero ahora debes arrodillarte y besarle las manos. Y hay otra joven —prosiguió con labios temblorosos—, de la que te hablaré también. Pero has hecho un viaje muy largo, y estás muy vieja y gorda; debes de estar cansada. Te daré un poco de vino. También tenemos bizcocho. Puedes comer y beber, antes de que te cuente toda la historia, para que no te duermas.

La mujer negra bebió bastante licor de cereza y se comió medio bizcocho, mientras esperaba el relato de Zosine.

—Olympia —dijo Zosine—, no me gusta contarte estas cosas. Son horribles. ¿Recuerdas que, cuando yo era niña, te leía en voz alta mis libros de cuentos porque no sabías leer? En ellos salían ogros, hombres lobos, duendes. A veces gritabas y casi te caías de la silla. Pero aquello eran sólo cuentos de hadas. ¡Esto es realidad! No te imaginas lo que una siente cuando comprueba que existen estas cosas en el mundo.

La negra escuchó ahora sumida en completo mutismo. Con una enorme mano en cada muslo y los ojos semicerrados, estaba atenta, al acecho de cada palabra de Zosine.

—Este viejo y su esposa —dijo Zosine— atraían a las chicas a su casa como si fuesen arañas gigantes en su red. Hacían con ellas cosas horribles que no entiendo. Las vendían al otro lado del mar a otras gentes espantosas como ellos, o las mataban. A una que se llamaba Rosa, de la misma edad que Lucan y que yo, le hicieron todo eso. La llevaron a casa de un hombre abominable, donde no tenía amigos, ni había personas compasivas que la ayudasen. ¡Y allí, el hombre aquél la estranguló con una soga y la enterró en el sótano! ¡Se lo contó todo al viejo de Sainte-Barbe en una carta que yo misma he llegado a leer!

Olympia meditó sus palabras unos momentos.

—¡Cómo! —exclamó con voz profunda y vibrante, como el rugido de un animal irritado—. ¿Vendía muchachas blancas por dinero ese viejo en un mercado? ¿Igual que nos vendían a nosotros?

—Sí, exactamente igual, Olympia —contestó Zosine.

—¡Ojalá le castigue el Dios Todopoderoso, le parta por la mitad, y le triture los huesos hasta hacérselos harina! —rugió Olympia—. ¡Quiero taparme los oídos, quiero desmayarme! ¡No hay quien resista escucharla, cuando cuenta esas cosas! ¿Cómo? ¿Enviaba muchachas blancas al otro lado del mar, lejos de sus papas, y las entregaba a traficantes extranjeros? Pero siga contando —gritó—; ¡cuéntemelo todo! ¡No me moriré todavía, hasta que le haya escupido a ese viejo en la cara!

Zosine le contó a continuación la visita de *monsieur* Emmanuel, la argucia de la

carta de tía Arabella, y su frenética huida de la casa, hasta el instante en que las desesperadas muchachas oyeron los pasos de Olympia en el sendero del huerto. Le contó la historia de una manera confusa y atropellada; pero su vieja nodriza la siguió palabra por palabra, y pareció comprenderlo todo.

—¡Qué lista es usted! —dijo, y asintió con la cabeza—. Igual de lista que amo Theodore, cuando trató con la gente que quería hacerle daño. Puede ronronear como una gata, aunque tenga el corazón lleno de furia. Ha asustado a sus enemigos, a esas personas malvadas, así que tal vez no se atrevan a volver. Cuando haya suficiente claridad para distinguir el camino, nos iremos de aquí, y no verá más esta casa maligna.

Lucan se animó al oír las palabras de Olympia, y exclamó:

—Sí, Zosine, cuando empiece a clarear, nos iremos. Podemos ir a la casa del padre Vadier. Él nos ayudará.

—Pero, ¿va a huir ese viejo de nosotras? —preguntó Zosine lentamente.

La mujer negra se había levantado. Sus brazos fornidos le colgaban a ambos lados; abría y cerraba las manos y jadeaba con dificultad.

—No, no va a huir de nosotras —dijo—. La vieja Olympia empieza a comprender. Muchas, muchas noches desde que amo Theodore se marchó dejándome, he estado en la cama sin poder dormir, lamentando no haber muerto. Pero ahora veo que ha servido de algo. He vivido setenta años, y algunos de esos años han sido muy duros de pasar, aunque no demasiado. ¿Con una soga, dice? —prosiguió—. ¿Estrangularon a esa muchacha con una soga? ¿Y tienen otra preparada para ustedes? Deje que la vea. Es una soga nueva, muy buena. Será un placer rodearle el cuello al viejo con ella.

Desplazó su peso de un pie al otro, y volvió los ojos de forma que le centelleó la córnea.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Sabía que habría un gancho en el techo! Hace tiempo que espera. Esta noche, lo colgaré de él.

—Olympia, ¿qué estás diciendo? —gritó Zosine—. Eres vieja. Incluso yo te podría tumbar con una sola mano. En *Tortuga*, resoplabas todos los días en la escalera. ¿Acaso crees que puedes enfrentarte siquiera con un anciano? Además, ¿serías capaz de tocarlo? ¡No lo tocarías, Olympia!

—Ahora guarde silencio, mi pequeña palomita —dijo la anciana—. De esas cosas sé yo más que usted. ¿En la escalera de *Tortuga*? ¡Esta noche voy a subir un peldaño más arriba!

Cogió el taburete que Lucan utilizaba cuando leía para el profesor, y lo arrastró hasta el centro de la habitación. Tambaleante sobre sus pies, subió su voluminoso cuerpo sobre él, y pasó la soga que Zosine había traído de la cocina por uno de los ganchos del techo de la habitación. Hizo un nudo corredizo. Lucan no podía apartar los ojos de ella, tan extraña y espectral le parecía la mujer negra sobre el taburete. Cuando bajó, vaciló y cerró los ojos. Zosine corrió hacia ella, la rodeó con sus brazos,

y la sentó en una silla. Un minuto después, Olympia volvió a abrir los ojos y miró fijamente la soga que colgaba del gancho.

—¡Es la gran serpiente! —dijo con voz neutra.

—¿Te ocurre algo, Olympia? —preguntó Zosine.

—No, pequeña mía —contestó Olympia. Ya me siento bien. Ahora, ya puede venir.

11. *El señor Pennhallow vuelve a casa*

Cantó el gallo de Sainte-Barbe. Apuntaba el día. Lucan y Zosine estaban sentadas en el sofá, cada una a un lado de Olympia, Zosine con la cabeza apoyada en su hombro. El cuerpo de la vieja negra irradiaba una especie de calor y de esperanza. Junto a ella, las muchachas habían cabeceado de vez en cuando a lo largo de la noche. Olympia se había quitado los zapatos mojados y había puesto los pies sobre la pantalla de la chimenea para secárselos. Ahora el fuego estaba apagado, y las velas de la mesa se habían consumido. En la claridad grisácea podían distinguirse vagamente las siluetas de las ventanas y de los grandes armarios. El viento había disminuido, y no se oía ya ruido de lluvia desde la habitación.

En alguna parte de la casa se abrió una puerta. Lucan y Zosine se miraron en silencio. Siguió una serie de ruidos, y en ese instante les vino a las muchachas una idea a la cabeza. Recordaron la bodega debajo de la casa y la estrecha escalera que subía de allí al extremo del corredor. No habían caído en la cuenta en toda la noche.

La bodega de Sainte-Barbe no funcionaba ya. Tenía una puerta que daba al exterior, en la fachada frente a la cual estaba apilada la leña; pero permanecía cerrada desde hacía casi un centenar de años. Sólo una vez, poco después de llegar, habían bajado ellas a las largas y oscuras bóvedas. Este sótano profundo era más antiguo que el resto del edificio y había sido su parte más importante en la época en que Sainte-Barbe tenía aún sus viñedos. Las dos muchachas inglesas vieron los enormes toneles y se asombraron del espesor de los muros, al comprobar que no llegaba allí ningún ruido de arriba.

El visitante que ahora andaba sigilosamente por la casa venía de fuera, pensaron, y había elegido este camino porque no quería pasar por el montón de leña. O bien, pensaron a continuación, estaba en la casa desde hacía horas, desde antes de que acompañasen ellas a *monsieur* Emmanuel a la puerta, y empezasen a prestar atención por si oían algún nuevo ruido en la oscuridad. Al sótano no le habría llegado nada de arriba. Quizá, en determinado momento, como una vibración remota en la oscuridad que le rodeaba, podía haber captado el grito frenético y prolongado de Zosine, en la puerta, al reconocer la voz de Olympia.

Sonaron unos pasos sigilosos, apagados, en las losas del corredor. Al oírlos, Olympia se enderezó. Prestó atención, y Zosine notó cómo su cuerpo voluminoso se ponía tenso junto a ella. Un momento después, se levantó. Sin el menor ruido, con asombrosa ligereza, como una enorme gata negra, se deslizó a lo largo de la pared

hasta situarse en el rincón, entre la puerta y el armario, donde su figura se volvió casi indiscernible en la pared a oscuras.

El recién llegado no tenía prisa. Primero, se acercó a la puerta del comedor. Pero se detuvo delante, como dudando; a continuación, siguió por el corredor, hasta la puerta que daba acceso al dormitorio de las dos muchachas. Lucan y Zosine escuchaban sus movimientos con los nervios y los músculos tensos, hasta el punto de que parecía que le seguían con los ojos. Permaneció bastante rato delante de la puerta, como cerciorándose de que no le llegaba ningún ruido del interior. Luego, lentamente, hizo girar el picaporte. En el umbral, vaciló otra vez; estiró el cuello antes de trasponerlo, y echó una ojeada a la pequeña habitación. Su mirada captó las dos camas intactas, y asintió con la cabeza. Sin hacer ruido, se dirigió a la ventana y retiró la cortina. La luz del día le confirmó lo que quería saber: nadie había dormido en la habitación esta noche. Se habían cumplido sus instrucciones; lo que había que hacer, había sido ejecutado. Había hecho bien en regresar. Asintió otra vez con la cabeza, y se aclaró la garganta. Las muchachas ya habían reconocido los pasos del señor Pennhallow. En su breve risita de aprobación reconocieron ahora su voz baja y ronca. Un momento después, se abrió sigilosamente la puerta del comedor, asomó la cabeza, y echó una mirada alerta, penetrante, a su alrededor.

Al oír abrirse la puerta del corredor a su dormitorio, las dos muchachas se habían deslizado del sofá al suelo. Lucan se tumbó con la cara en el asiento del sofá; Zosine se agazapó delante, con el brazo también encima del asiento. Su alto respaldo las ocultaba de la vista del que entrara; pero entre él y la pared, Zosine pudo seguir los movimientos del recién llegado.

El viejo se comportó exactamente igual que el día que hizo girar suavemente el picaporte de la señora Quincy y entró en su despacho, en Londres. Llevaba puesta la misma levita larga de color negro, los mismos zapatos pesados, y el viejo sombrero de copa. Entró con el mismo ademán inofensivo y modesto que aquella vez, y su sonrisita afable, como entonces, dio la impresión de que podía sonreír más profundamente que los demás, pero que se reprimía por alguna indulgencia especial hacia quienes sonreía. En aquella ocasión, Zosine se había llevado el pañuelo a la boca para sofocar la risa; ahora se mordió los labios para contener un grito.

El señor Pennhallow paseó lentamente la mirada por el comedor. Venía de una habitación donde había dejado entrar la luz, y ahora le costaba distinguir los objetos. Durante un minuto, contempló la mesa puesta con las velas consumidas y las sillas retiradas. Como en el dormitorio, fue a la ventana, descorrió la cortina, y la luz del amanecer le iluminó la cara. La tenía gris, como de costumbre, y hasta más descolorida. Tanto si había pasado la noche en la diligencia, como si lo había hecho en la bodega de Sainte-Barbe, no había dormido mucho. Se le notaba cansado. Pero al observar la habitación, un ligero rubor de contento afloró a sus mejillas plomizas. Se pasó la punta de la lengua por los labios.

En el instante en que su rostro viejo y feliz recibió la luz del amanecer, Olympia,

junto al armario del rincón, profirió un rugido largo, terrible, como el de un animal salvaje que ha estado gruñendo frente a la hoguera y ahora se lanza en un salto poderoso y mortal:

—¡Papá le Roi!

El señor Pennhallow, sorprendido, dio un breve paso atrás, y se le borró el débil rubor de la cara. Pero recobró inmediatamente su anterior aplomo, y sus ojos pálidos se encontraron con los de la mujer.

—¡Es Papá le Roi! —rugió otra vez Olympia en medio de la habitación, balanceando los brazos y oscilando su cuerpo hacia adelante y hacia atrás—. ¡Es el hombre gris del bosque, que ha vuelto!

Zosine se había puesto en pie maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía. Detrás de la figura colosal y salvaje de Olympia, el señor Pennhallow descubrió su cara pálida, y sus ojos centellearon un segundo. Zosine no olvidaría jamás aquel centelleo; durante muchos años, no se atrevió a recordarlo, y más tarde pensó: «Eran los ojos de la víbora que comprende que ha errado el golpe.» A continuación, dejó de mirarla. Con absoluta tranquilidad, como si nada hubiese ocurrido, fue a la segunda ventana de la habitación y descorrió la cortina también. Lentamente, midió a la mujer negra con la mirada, pero permaneció en silencio otro minuto.

—¿Quién es? —preguntó al fin, muy suavemente, a la muchacha—. ¿La has dejado entrar tú aquí, esta noche? ¿Ha venido esta pobre negra chiflada a Sainte-Barbe en busca de refugio a causa de la tormenta? Si es así, ha sido justo y caritativo abrirle la puerta.

Zosine no contestó. Se daba cuenta, con una horrible sensación de vértigo, de que si hubiesen estado los dos solos en la casa, el anciano la habría obligado a volver al mundo de la falsedad y el engaño en el que llevaban viviendo meses. Pero Olympia estaba de pie, allí en medio, interponiéndose entre los dos como una realidad sólida e inamovible, y su grito resonaba aún en las paredes. Olympia pertenecía a *Tortuga* y a la antigua vida de Zosine. En este momento, se dejaría matar por la hija de su amo; y había arrojado su acusación a la cara del viejo. Rugía y se comportaba como una loca; sin embargo, era su presencia lo que hacía retroceder la falsedad de Sainte-Barbe, como la luz de la mañana hacía retroceder ahora las sombras hacia los rincones de la estancia.

—Bueno —preguntó el señor Pennhallow—, ¿y cómo es que estás levantada tan temprano? ¿Qué ha pasado en esta casa durante la noche?

Zosine tampoco contestó, sino que le miró directamente a los ojos. Por primera vez, su joven rostro reflejó el odio, la repugnancia y el desprecio que le inspiraba. Había una amenaza más elocuente y profunda en la mirada de la muchacha que en la furiosa acusación de la mujer negra. La cara larga y gris del anciano cambió al darse cuenta: se le ensanchó la sonrisa, y la dulzura de su mueca se volvió casi nauseabunda. Retrocedió un poco hacia la ventana.

—Sí, mis jóvenes amigas —dijo—, vamos a hablar de lo que ha pasado aquí esta

noche. Y de lo que va a pasar aquí hoy.

Olympia detuvo de repente su salvaje danza guerrera y se quedó inmóvil, como una estatua oscura y majestuosa. Luego dio un paso hacia el hombre que tenía delante, y se le quedó mirando.

—¿De dónde has salido? —exclamó con voz vibrante—. ¡Hombre gris que devoraste a mi hijo! ¡Sigues igual de viejo que hace cincuenta años! ¿No podías ya seguir tranquilo en tu sepultura?

12. Otra vez la sogá

El señor Pennhallow no se volvió hacia Olympia, sino que recorrió nuevamente la habitación con la mirada. La paseó por encima de la figura agachada de Lucan, junto al sofá, y descubrió la sogá que colgaba del gancho en el centro de la habitación. Dejó escapar una risotada larga, apagada.

—¿Qué habéis puesto ahí? —preguntó—. ¿Qué comedia os proponéis representar? Vamos, contádmelo todo.

Olympia hurgó en los pliegues de su falda y sacó un objeto pesado. Era una vieja pistola. Era la misma pistola con la que había pretendido defender la vida de su amo en *Tortuga*. En el silencio de la habitación, sonó un breve clic al amartillarla.

—¡No! ¡No! —dijo—. Eres tú quien va a confesar todo el mal que has hecho. No dispararé hasta que hayas terminado. ¿Devoraste a mi hijo? ¿Fue a parar su dulce carne a tu boca? ¿Ibas a vender a la hija de amo Theodore, puerco y demonio esclavista, como vendiste a las chicas de color que eran bonitas? Sí, piénsalo bien. No te voy a disparar. ¡Esta vez tendrás que roerte la carne de tus dedos antes de que dispare!

El maestro volvió a reír benévolutamente, como para sus adentros.

—¡Sube ahí! —gritó Olympia, y señaló con la pistola el taburete que había puesto debajo del nudo corredizo—. ¡Me lo vas a contar todo desde ahí arriba!

—¿Ahí? —dijo el anciano—. ¿Sobre mi propio taburete? ¿El taburete en el que se sentaban mis pequeñas discípulas cuando me leían historias piadosas? Sí; es un púlpito digno del sermón que voy a predicarte.

Subió al taburete, sin dejar de sonreír benévolutamente, como si siguiese la corriente a un grupo de chicos incorporándose a su juego.

—¡Ponte la sogá alrededor del cuello! —gritó la mujer negra.

—¿Alrededor del cuello? —dijo el señor Pennhallow—. Bien, me la pondré alrededor del cuello. Quiero saber qué se siente. Es un precioso alzacuello. ¿Estás contenta ahora? Entonces hablemos. Creo que vamos a disfrutar.

Se había puesto efectivamente la sogá alrededor del cuello. Tenía la cara cenicienta; sus grandes manos oscuras, que le colgaban a ambos lados, temblaban visiblemente. Pero no le abandonó su suave, sosegada dignidad, ni siquiera en semejante situación, con la pistola de aquella mujer trastornada apuntándole.

—Bobas —dijo lentamente—, estúpidas; yo os iluminaré, y os mostraré el pozo tenebroso al borde del cual os encontráis. En vuestra ignorancia, imagináis que

podéis hacer daño. Pero ningún ser humano puede hacerme nada. Cuando aprietes el gatillo de esa pistola, vieja bruja, sólo oirás un clic. No soy yo, sino tú y tus muchachas quienes estáis en peligro aquí. ¡Sí, esta mañana corréis un peligro más espantoso del que habéis corrido nunca! Mi corazón se aflige por vosotras.

»¿Por qué no iba a contestaros —prosiguió— con la misma amabilidad con que contesté al viejo juez de Lunel, que vino aquí con toda la grandeza de la ley, y se marchó pidiendo excusas? Jamás me he negado a contestar a las preguntas de las personas honradas. Pero tengo yo más cosas que deciros, que vosotras preguntas que hacerme.

»Habéis tenido miedo de morir esta noche, y ahora os sentís eufóricas porque habéis conseguido escapar. Pero hay algo de lo que no escaparéis: de esa muerte en vida que es la locura. Tú, mi vieja madre, quizá te libres porque ya estás loca. De todos modos, será muy doloroso para ti ver a esta joven a la que has venido a ayudar, enloquecer más que tú, gritar cuando te vea, y morderte cuando trates de abrazarla. De eso, no te salvarás.

»En cambio yo —prosiguió; y aunque le castañeteaban ligeramente los dientes, una luz tenue, delicada, iluminó su semblante—, estoy a salvo, y soy feliz adonde vaya. Ningún ser humano puede arrebatarme mi alegría. El pacto que he hecho es demasiado firme para que eso ocurra.

»Pero vosotras, hijas mías, tenéis demasiadas cosas que temer. Habéis tenido miedo a morir, cuando sois virtuosas y castas, y creéis en el Paraíso. Pues yo os digo que la vida será para vosotras peor que la muerte.

»No seré yo quien os haga daño, hijas mías —dijo—. Vosotras mismas os encargaréis de eso. Creedme: conozco a la gente piadosa y sus conciencias. Mi padre y mi abuelo, y también mi tatarabuelo, fueron personas buenas y piadosas, profetas para sus fieles, en nuestro frío país natal. Sus conciencias no les dejaron en paz, y no les consintieron nada en el mundo. Poseían en el interior de ellos mismos instrumentos de tortura más fuertes y sutiles que los que yo he manejado en las mazmorras de las viejas prisiones; y en manos de la conciencia, estaban desnudos, maniatados y amordazados como las gentes allí conducidas.

»¡Ah! —siguió diciendo—; tuvieron que renunciar a todo: sometieron a privaciones sus cuerpos y sus almas hasta morir, por mandato de la conciencia. ¡Qué infinita penitencia tuvieron que soportar a cambio del pálido placer de un momento! ¡Cómo les laceraba, desollaba y quemaba un pequeño pensamiento deshonesto durante las largas noches! La conciencia les marcaba profundos surcos en la cara, como las cicatrices que deja un hierro al rojo. Les sacaba los ojos y les hacía temblar en la oscuridad. Y la envidia profunda y perenne a los que no eran esclavos de sus conciencias les atravesaba como esos palos con los que se empalaba a las víctimas en la antigüedad, y gangrenaba sus almas. Conozco mejor que nadie en este mundo los tormentos de las gentes piadosas.

»¿Acaso creéis, estúpidas hijas mías —volvió a preguntar con suavidad—, que

podéis matar a un ser humano y seguir viviendo? En cuanto a mí, os aseguro que estoy bastante bien aquí, sobre mi taburete. La soga es una vieja amiga que me ha servido ya antes. Me congratulo de encontrarme bien y en armonía aquí. Pero, ¿cómo apareceré más tarde en vuestros sueños, durante la noche? Sentiréis náuseas cuando os ajustéis un lazo alrededor del cuello. ¿Cuántas veces al año os desmayaréis al ver sangre?

Lucan se había levantado. Incapaz de seguir escuchando al viejo profesor, permaneció ante él un momento sin decir nada, mortalmente pálida, y luego se dirigió tambaleante hacia la puerta de la habitación. Pero él la detuvo con un gesto.

—Ven aquí, pequeña e inocente hijita mía —dijo—. En el bolsillo tengo una carta que guardaba para ti. Toma y léela —sacó la carta del bolsillo y se la tendió; pero como Lucan no se movía de su sitio, la dejó caer al suelo—. Tu enamorado de Inglaterra va a venir a buscarte —prosiguió, y le sonrió—. Está libre otra vez, y nada impedirá que os caséis y seáis felices. ¿Va a ceñir tu anillo de casada un dedo manchado de sangre? Tu hijo nacerá con otro anillo alrededor del cuello, y te preguntará su origen. Cuando le enseñes a leer, serán las letras de nuestros viejos textos de Sainte-Barbe las que manejarás, y formarán palabras espantosas. Cuando te mires en los espejos de tus hermosas habitaciones, estaré detrás de ti, sobre este taburete, con la soga alrededor del cuello; hasta que, gritando, los rompas todos con los puños, y tu marido tenga que recluirte, cerrar las contraventanas, y vaya una mujer a ponerte la camisa de fuerza. Entonces, igual que mis otras chicas, aprenderás a suspirar por el río, el pozo profundo, e incluso la soga.

Guardó silencio un rato, y a continuación se le iluminó la cara otra vez.

—Como digo —exclamó—, estoy a salvo allí donde me encuentre. Todo me está permitido. Las cosas externas no pueden afectar a mi felicidad.

»Los sucesos que os han escandalizado, hijas mías —siguió diciendo—, y que han trastornado vuestra paz espiritual, no son sino pequeños tributos a la que sirvo, y que de este modo garantizan mi seguridad; bromas con las que, de cuando en cuando, manifiesto mi gratitud. Mi viejo tío, al que tú, mujer negra, recuerdas, y con el que me has confundido, mostraba también su celo de vez en cuando en este mismo servicio. Si probó la carne de tu hijo, buena mujer, fue para complacer a su señor. Si he enviado a las chicas a mis dependencias, ha sido con la humilde esperanza de agradarle. Por desgracia, a veces he visto decepcionadas mis esperanzas, como en el caso de vuestra amiga Rosa, y me he sentido un poco avergonzado, un poco cohibido ante él. Pero otras he tenido suerte también. He conseguido complacerle. He visto a otra de mis chicas llegar al final del camino en el que yo la había puesto. La rosa encendida y perfumada del jardín inglés se había ennegrecido y chamuscado, y su olor producía repugnancia. El mal había echado raíz en ella, y se había extendido. Desde entonces, he pensado muchas veces en ella con delectación. Pensaré en ella ahora.

—¡Cállale, Olympia! —gritó Zosine con los labios blancos.

—Pero estas cosas son sólo fruslerías —dijo él—. Le hice una ofrenda más rica aún el día que le entregué mi propia alma. Lo sabemos muy bien, él y yo. Ved, pues, lo leal que es con sus fieles servidores; y ved cómo todas las cosas se vuelven buenas a sus ojos. Pues para vosotras, Lucan y Zosine, he sido un padre. Cuando no teníais hogar ni amigos, os he dado cobijo bajo mi techo, me he convertido en vuestro amigo. Os he instruido, y he abierto vuestros ojos a la grandeza del mundo. Vosotras dos no habéis recibido daño alguno en ningún momento. Hablaba en serio cuando os decía que os enviaría a casa de personas buenas y piadosas, de obispos de Inglaterra. Hablaba en serio cuando os decía que nos volveríamos a ver, y que hablaríamos de cosas grandes y agradables. Habéis sido vosotras solas las que habéis encontrado el camino de la mentira, el engaño, y el asesinato.

»Tal vez —añadió con una leve sonrisa—, tal vez imagináis que pagaré mi felicidad terrena en la otra vida. Estáis muy equivocadas, hijas mías. Mi placer ha de durar por los siglos de los siglos. ¿Cómo iba a ser de otra manera, si voy a ir a un lugar donde todo estará acorde conmigo, y lleno de ese mismo espíritu que habita en mi corazón? ¡Me reuniré con mis chicas otra vez! Aullarán de nuevo para mí, y yo me reiré de ellas otra vez.

—¡Cállale, Olympia! —gritó Zosine.

Olympia levantó su voluminosa pistola, y apuntó.

En la otra habitación, Lucan había caído de rodillas. Ahora se levantó de un salto, y entró corriendo en el comedor.

—¡Zosine! —gritó—. ¡Olympia! ¡No lo matéis! ¿No veis que tiene razón? No podremos vivir si le matamos. ¡Ninguna de nosotras podrá vivir!

Fuera de sí, cogió a la mujer negra por los brazos, y la sujetó. Olympia se soltó con un movimiento violento. Se produjo un ruido breve, seco, al fallar la pistola.

—Sí —sonrió el hombre de pie—; se ha debido de mojar la pólvora con la lluvia de esta noche. Ten calma, negra hermana; prueba con el otro cañón; y después, vuelve a cargar tu pistola. ¡Pero verás cómo falla una y otra vez!

»Pero antes —prosiguió—, escúchame, mujer de Santo Domingo, pues tengo interés en hablar contigo. ¿Tan poco te conoces a ti misma, que crees que es eso lo que quieres? ¿Has olvidado las noches negras de tu juventud? Entonces yo las evocaré para ti.

»Podríamos hablar —dijo— de la cabra sin cuernos. Pero hablaré de la ofrenda más delicada que puedes llevar a aquel a quien serviste antes, y que no te habrá olvidado. ¡Ofrécele esta noche el cordero sin mancha, ese cordero blanco que tú misma has alimentado y mimado, que confía en ti, y busca refugio en tu pecho! ¿Por qué crees que se te ha permitido encontrar esta casa, y estar conmigo y con ella esta hora? ¿Quién te ha guiado por ese camino a oscuras? En el fondo de tu corazón, adivinabas entonces, y sabes ahora, que él está dispuesto a concederte un éxtasis más dulce y un placer más intenso que el que hayas experimentado jamás. Te está esperando. ¿Va a esperar en vano?

Olympia había amartillado el segundo percutor de la pistola, pero bajó la mano lentamente. La volvió a levantar, y la bajó de nuevo. Por tercera vez la levantó, y por tercera vez, como vencida por un peso abrumador, descendió a su lado. Cuando, por último, alzó el arma, se cubrió la cara con el brazo izquierdo y apuntó a ciegas al hombre que tenía delante.

—¡Olympia! ¡Zosine! —gritó Lucan—. ¡Compadeceos de él! ¿No veis que tiene trastornado el juicio? ¡No es tan malo como él mismo se cree! ¡Y aunque lo fuese, hay perdón para todos los seres humanos! Hay una infinita misericordia para él, también. ¡Tened piedad de él! ¡Tened compasión!

La emoción ahogó su voz suplicante en el mismo instante en que un aullido terrible brotaba de los labios del anciano, y resonaba en las cuatro paredes de la habitación.

—¡Cómo! —gritó—. ¡Cómo! ¿Una muchacha clama compasión por mí? ¡Una doncella pide que me tengan misericordia! ¡Es Rosa que reza por mí! No puede ser. Eso es precisamente lo que no puede ser. ¡Calladla! ¡Abatidla de un golpe para que calle! ¡Echadla de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Sí, compasión! —gritó Lucan, y cayó de rodillas.

El maestro alzó la mano como herido por un dolor lacerante, insoportable, y agitó su ancho dedo índice en el aire, diciendo que no. Tenía la cara contraída. Abrió la boca, e hizo un esfuerzo para gritar otra vez, pero sus labios estaban rígidos; le salía espuma de ellos. Se llevó las dos manos a la garganta y a la soga, y con un movimiento impulsivo, como si retrocediese de un fuego devorador, dio un paso fuera del taburete.

Un sonido espantoso, un estertor áspero, ronco, brotó de su garganta. Durante un momento, sus pies se debatieron en el aire, y su cuerpo giró en el vacío. Luego fue disminuyendo el balanceo de la soga, y se detuvo: colgó recta del techo como antes, con un fardo pesado, muerto, en el extremo.

Zosine, al igual que Lucan, había caído de rodillas al lado de la mujer negra. Ocultó la cara entre los pliegues de su vestido. Pero Lucan, temblando todavía, con sus ojos claros muy abiertos, miraba fijamente el rostro que tenía delante, en el aire.

—¡Sí, compasión! —murmuró, sin saber lo que decía—. ¡Misericordia! ¡Piedad!

13. *Dos cartas*

Cuando Lucan, después de lo que le pareció una eternidad de tinieblas, se levantó del suelo, en su mente no había más que un único pensamiento: ¡Marcharse! Marcharse de Sainte-Barbe, lugar perpetuamente maldito. Cogió a Olympia de la mano para llevársela consigo, junto con Zosine, al huir de la habitación y de la casa.

La mujer negra no se movió. Cuando el desdichado que tenía delante profirió su último grito, también ella había abierto la boca en un largo, mudo alarido. Pero cuando dio él un paso fuera del taburete, y su cuerpo, en el balanceo súbito y convulso de la soga, pasó cerca de ella, se le aflojó la boca, bajó otra vez su brazo con la pistola, y se quedó como si se hubiese vuelto de piedra. Un minuto después, murmuró unas palabras en una lengua extraña y gutural, y se santiguó solemnemente tres veces. Lucan se volvió hacia Zosine.

Zosine yacía en el suelo como un fardo, tan mortalmente inmóvil que su amiga experimentó un escalofrío. Intentó ponerla de pie, pero Zosine colgó exánime en sus brazos, con los ojos grandes y negros, como imitando al cadáver de la soga. Sus ojos reflejaban la última visión que habían presenciado, de forma que ahora estaban ciegos para todo lo demás. Lucan gritó su nombre, sostuvo su cabeza; pero Zosine no parecía oír ni sentir nada.

Finalmente, la mujer negra se volvió hacia las muchachas, y se quedó mirándolas. Se disolvió la rigidez de sus miembros. Apartó a Lucan, y en un extraordinario alarde de fuerza, levantó en brazos a Zosine. Su rostro se estremeció. Dos grandes lágrimas rodaron por sus gruesas mejillas al tiempo que apretaba a la muchacha contra su pecho, y prorrumpía en un balbuceo suave, bajo, incoherente, como si acunase a un niño pequeño.

—¡Ay, hijito mío! —gritó—. ¡Apoya tu cabeza en estos pechos secos como hacías cuando estaban llenos! ¡Quédate con la mujer negra, y sácale chupando sus grandes pecados como hiciste en otro tiempo! ¡Sonríele otra vez, vidita mía, y llámala otra vez tu pan de azúcar! ¡Ay, vidita mía!

Se dirigió con la muchacha hacia la puerta, y Lucan la siguió. Ni una ni otra pensaron en ponerse un sombrero o un chal. Huyeron como estaban, con las ropas mojadas y arrugadas.

Tampoco deliberaron adónde ir. Pero Lucan había nombrado dos veces al padre Vadier. Sus pensamientos volaron hacia su casa.

Antes de abandonar la habitación, echó una última mirada de asombro y tristeza

en torno suyo, y descubrió en el suelo la carta que el señor Pennhallow le había querido entregar, y que no había sido capaz de coger de su mano. Apenas había oído lo que le había dicho sobre ella, pero comprendió confusamente que no debía dejar en esta habitación una carta que venía de Inglaterra. La recogió del suelo en el último momento.

Apartó el pesado cofre de la puerta con ayuda de Olympia. Mientras tiraban de él, Zosine permaneció de pie, apoyada en la pared, mortalmente pálida y muda.

Lucan no olvidó en su vida el aire fresco de la mañana que la acogió al abrir la puerta. Era ya completamente de día. Por encima de los campos flotaba una bruma tenue; el paisaje era plácido y sereno. Los árboles goteaban de lluvia, y había charcos de agua en el sendero del huerto.

Para sostener a Zosine, Lucan tenía que librarse de la carta que aún llevaba en la mano. La miró sin saber qué hacer con ella.

—¡Aquí hay dos cartas! —exclamó.

Una de ellas venía de Inglaterra a su nombre. Había sido abierta. La otra no tenía sello y estaba sin cerrar. Lucan iba a dejarla caer, pero Olympia la detuvo.

—No —dijo—; puede ser un escrito que deba conocerse. ¡Léala, usted que sabe leer!

La muchacha miró la carta. Reconoció la letra del señor Pennhallow, que tan bien conocía por sus clases, y se estremeció ante la idea de leer lo que él había escrito. Sólo contenía unas líneas; decía así:

Venga a Sainte-Barbe en seguida. Tengo cierta información para usted, sobre la que tenemos que tomar una decisión.

No estaba fechada, pero iba dirigida a *monsieur* Emmanuel Tinchebrai, de Peyriac.

Lucan reflexionó.

—Ésta es la carta —dijo— que el señor Pennhallow escribió ayer, o anteayer... no llevo bien la cuenta de los días. Me la dio a mí para que le encargase a Clon que fuera a llevarla. Pero casi inmediatamente le hizo volver. Fue él personalmente a hacer el recado.

Aquí, en el aire transparente de la mañana, no se dio cuenta de que la información a la que aludía la carta era la de que Zosine y ella se habían enterado de los crímenes de Sainte-Barbe, y que la decisión que había que tomar era su sentencia de muerte. Estaba a punto de romperla, cuando Zosine le sujetó la mano.

—¡No, espera! —exclamó; y durante un minuto, se quedó mirando el papel en silencio—. Alguien va a venir en cualquier momento —dijo finalmente, muy despacio—, y encontrará Sainte-Barbe tal como está ahora. Dejémosela a él, entonces. Creerá que ha sido escrita esta mañana. *Monsieur* Tinchebrai está en el servicio de la policía. Que sea la policía la primera en abrir la puerta.

—Pero, ¿cómo le vamos a hacer llegar la carta? —preguntó Lucan. Zosine tardó bastante en contestar, como si el cerebro le trabajase con infinita dificultad—. Se la daremos al primero que encontremos por el camino —dijo.

No bien había terminado de hablar, cuando ella y Lucan advirtieron una figura humana junto a la tapia del huerto. No era extraño que no hubiesen reparado en ella antes porque estaba completamente inmóvil, con la blusa, el calzado y las manos tan embadurnados de barro, y la cara tan sucia, que parecía formar parte de la tapia. Era Clon.

El chico estaba mitad apoyado en la tapia, mitad en la pala. Se le veía empapado de lluvia, y parecía como si apenas pudiera tenerse de pie. Se quedó mirando a las tres mujeres con los ojos muy abiertos; pero parecía demasiado enfermo y agotado para tener conciencia de lo que veía. Incluso la inesperada y extraña figura de Olympia sólo tuvo la virtud de hacerle abrir la boca completamente, en una especie de mueca mortal, como si no diese crédito a sus ojos. Zosine le miró.

—Clon —le llamó suavemente—; ¡ven aquí, Clon!

Clon vaciló, y pareció como si quisiera echar a correr. Sin embargo, un momento después, dejó la pala y, medio de costado, se acercó unos pasos.

—Háblele tú, Lucan —dijo Zosine—. Te comprende más que a mí. Dile —continuó, muy despacio, como antes— que tiene que ir a ver a *monsieur* Tinchebrai, a darle esta carta del señor Pennhallow. Debe llevársela a su casa, y regresar inmediatamente sin hablar con nadie.

Aunque no entendía qué pretendía Zosine, Lucan repitió sus órdenes al chico, y puso la carta en su mano pegajosa. Le temblaba al coger el papel. «Está enfermo», pensó Lucan. «Ha estado aquí fuera toda la noche. ¡Tiene fiebre!» Clon leyó la compasión en los ojos de ella, y retrocedió, con un miedo tan evidente a que le volviesen a hablar o le tocasen, que Lucan no dijo nada, y le dejó.

Miró la carta dirigida a ella. No conocía la letra, y se preguntó quién podía haberle escrito a Sainte-Barbe desde Inglaterra. Lenta, vagamente, le volvieron a la memoria las palabras del señor Pennhallow, y dirigió una mirada a Zosine, como buscando confirmación en ella, antes de guardársela en el bolsillo de la falda. Cuando iban por el camino, y mientras atravesaban el bosque, bajaba la mano para tocarla y cerciorarse de que aún la tenía allí. Pero hasta dos días después, no la sacó para leerla. Entonces vio que estaba escrita con una letra cuidada y regular. Era breve, pero tenía una posdata muy larga. Esto fue lo que leyó:

Señorita Lucan Bellenden: ¿Seré digno de que lea usted la carta que le he escrito? Me he hecho esta pregunta muchas veces. Pero es usted quien debe decidirlo todo en mi vida. Soy un joven de escaso mérito o virtud, un tosco marino, quizá un pecador a los ojos de Dios. Pero igual que en la mar un barco mercante o ballenero fija su rumbo de acuerdo con las estrellas, yo debo fijar el mío de acuerdo con su voluntad.

Le escribo esta carta para comunicarle dos cosas.

Primero, para informarle que soy libre. Me ha sido devuelta la palabra que me ataba cuando la conocí a usted en Francia. De no haber sido así, por el pensamiento y el recuerdo de usted, la habría mantenido. Pero la dama que debía haber sido mi esposa ha descubierto, y que Dios la bendiga por eso, al solterón más rico de Inglaterra, el cual está en mejor posición que yo para darle lo que quiera en el mundo. Ésta es la primera de las dos cosas que quería decirle.

La siguiente, es pedirle permiso para ir a Francia a verla otra vez. Usted se preguntará: «¿Por qué tengo que permitirle que me vea?» No puedo darle una respuesta razonable a esa pregunta. Pero últimamente, me sucede a veces algo extraño. En contra de toda lógica —pues sé bajo qué buenos y seguros cuidados se encuentra—, tengo la impresión de que quizá necesita protección. Y no va a ser tan dura, creo, como para ordenarme que guarde ese presentimiento en silencio y con paciencia. Por compasión de su alma dulce y amable, puede enviarme una palabra de respuesta a mi súplica.

Le ruego que me considere, hasta la muerte, su humilde y obediente servidor.

Noel Hartranft

P. D.— Srta. Bellenden: No me ha oído decir una sola palabra sensata, a excepción de la última frase en el huerto. Si me permitiese repetirla todos los días de mi vida, no con palabras, sino con mis actos, quizá llegaría a formarse finalmente mejor opinión de mí.

P. D.— Srta. Lucan: Lo último que yo quisiera es que me encontrara usted ridículo o vanidoso. No crea que porque es usted lo bastante amable como para leer esta carta, voy a considerar su amabilidad más allá de lo que pretende ser. Le juro que, mientras escribo, soy la persona más humilde de la tierra. Pero me doy cuenta de que, a pesar de todo, mi carta transmitirá esa alta esperanza, esa indescriptible alegría que me invade al pensar que podría ayudarla, servirla o alegrarla de alguna forma.

P. P. D.: He redactado esta carta muchas veces, pero no he conseguido mejorarla. Así que termino aquí, a fin de no provocar más su enojo.

Su fiel servidor,

Noel Hartranft

Cuando Lucan, Zosine y la vieja negra se adentraron un poco en el bosque, se sentaron en una pendiente para que descansase Zosine.

Ésta miró en torno suyo y dijo:

—En el fondo, Clon y yo nos parecemos mucho. —Su voz era tan neutra y distante, y sus palabras tan enigmáticas, que Lucan no encontró nada que contestar. Poco después, añadió—: ¡Y no es extraño! —Esta vez sus palabras expresaron con claridad su pensamiento—: ¡Porque los dos somos asesinos!

Por un momento, a Lucan le pareció que el corazón le dejaba de latir, de miedo y compasión por su amiga.

14. Joliet

La casa del padre Vadier, por delante de la cual habían pasado a menudo Zosine y Lucan en sus paseos, se encontraba un poco apartada, en las afueras del pueblo. Estaba rodeada de un jardín y una cerca de piedras grises. Una gran morera daba sombra a la verja. La casa era gris, baja, modesta, y el tejado sólo vertía aguas hacia un lado. Al acercarse las muchachas y la mujer negra, vieron un elegante carruaje con un par de caballos detenido delante de la puerta. El padre Vadier estaba junto a él, y hablaba con el cochero sentado en el pescante.

El padre Vadier miró hacia las tres mujeres, y se protegió los ojos con la mano para verlas mejor. Interrumpió su conversación con el cochero, y avanzó unos pasos para salir a su encuentro. Las saludó amablemente y tomó a Zosine de la mano.

—Venga a sentarse, *mademoiselle* —dijo, y la condujo a un poyo de piedra junto a la pared—. Me alegro mucho de verlas en mi casa.

Lucan pensó que debía de ser muy extraño y lamentable el aspecto de las tres a la luz del día. Zosine se sentó maquinalmente como una muñeca, y pálida como un cadáver. Olympia se dejó caer a su lado; sus ropas estaban arrugadas y sucias por el barro de la noche anterior. «Seguramente», pensó la muchacha, «tengo tan mal aspecto como ellas». Se quedó de pie, derecha, cara a cara con el padre Vadier. Pensó que ahora tendría que contarle lo ocurrido en Sainte-Barbe. Le vino a la memoria aquel clérigo inglés de cara pálida y angulosa que había oficiado en el funeral de su padre, el cual la había interrogado adustamente acerca de la ortodoxia del hombre de ciencia, y había parecido dudar de su esperanza de salvación. Temblando, apeló a todas sus fuerzas para afrontar las preguntas del padre Vadier, y defender a su amiga.

Pero el padre Vadier no le hizo ninguna pregunta; solamente elevó un poco la voz y llamó, dirigiéndose a la casa:

—Brigitte —una campesina con toca blanca y cara redonda y rubicunda apareció en el portal—. Por favor, tráenos unas tazas de café bien cargado. Las señoritas que han venido a vernos están cansadas y necesitan beber algo caliente.

Lucan pensó: «¿No nos va a hacer pasar a su casa?»

El padre Vadier se acercó al cochero para darle breves instrucciones, y luego se quedó de pie delante del poyo, mientras Brigitte traía y servía el café. A las muchachas les pareció casi imposible hacer esta mañana algo tan trivial como tomar café; Zosine no pudo ni levantar la mano para coger la taza. Pero el padre Vadier le dijo a Brigitte que se la llevase a los labios; y con una leve sonrisa, le insistió que

sorbiera un poco de bebida caliente, reconfortante.

—Y ahora —dijo con dulzura—, deben venir conmigo a Joliet.

Un súbito estremecimiento sacudió el cuerpo de Zosine.

—Usted, su hermana —dijo el padre Vadier a Lucan— y esta mujer, que según veo es su acompañante o doncella, serán bien recibidas en Joliet. Su hermana no se encuentra bien. Tienen que cambiarse de ropa, y las dos necesitan mejores atenciones y cuidados de los que puedo prestarles yo aquí. Ha sido una feliz coincidencia que *madame* de Valfonds haya enviado esta misma mañana su coche.

Zosine se había levantado del poyo.

—No —murmuró—; yo no puedo ir a Joliet. Debo irme. Debe dejar que me vaya. —Pero vaciló sobre sus pies, y no fue capaz de dar un paso.

El padre Vadier la sujetó por el brazo y la sostuvo.

—Sí, mi querida y joven señorita —dijo—; tiene que venir conmigo a Joliet. Allí estará bien atendida. La señora de Joliet, desde que la vio en la fiesta de la vendimia, siente una viva simpatía por usted. Desea hablarle, y saberlo todo sobre usted.

Zosine le miró.

—¿La señora de Joliet quiere saberlo todo sobre mí? —dijo lentamente.

Zosine siguió de pie, sin moverse, durante un rato.

—Pues que sea como ella quiera —dijo—. Vamos allá.

Para Lucan fue como estar soñando cuando, esa mañana, tras una noche terrible, entró en coche por la larga avenida que conducía a Joliet, entre los grupos de árboles añosos y los arriates que había contemplado de lejos. Olympia, tan pronto como tomó asiento en el coche, cayó en un sueño súbito, pesado, y gemía y suspiraba dormida. Zosine iba callada, como si no viese ni oyese nada a su alrededor. Una de las veces pasó la mano por la tela suave del asiento, y luego se miró los dedos como con sorpresa y asombro. El padre Vadier habló a las muchachas en tono amable y despreocupado durante el trayecto. Se refirió a la tormenta que ahora había cesado, al sol que acababa de asomar entre las nubes, y les señaló un viejo árbol del parque en el que el filósofo Montesquieu había escrito su nombre.

—El barón Thésé —dijo— se ha ido a pasar unos días con unos parientes de Nimes. Su abuela está intranquila por su ausencia. Es vieja y necesita sosiego en la casa y en el corazón. Esta noche la ha pasado muy inquieta, y no ha podido dormir. Ésa es la razón por la que me ha enviado el coche esta mañana, como ha hecho ya un par de veces. Pero no sabe que le llevo a dos jóvenes visitantes.

Al pie de la escalinata que subía al largo edificio blanco, Zosine tembló otra vez violentamente, y dirigió al padre Vadier una mirada suplicante. Él la cogió de una mano, y tendió la otra a Lucan. Olympia se quedó en la terraza. En el vestíbulo, Lucan vio cómo el criado que les abrió la puerta se quedaba petrificado al ver su enorme y extraña figura.

La larga estancia a la que el padre Vadier condujo a las dos muchachas era luminosa y alegre. Había aquí tantas cosas bellas que parecían acogerlas con afecto,

que a Lucan se le llenaron los ojos de lágrimas al mirar lenta y tímidamente en torno suyo. Y seguidamente, sus ojos descubrieron algo que le cortó la respiración. Era el retrato de una joven en un jardín, con una cesta de flores en el brazo; la cara y la figura de esta joven, así como la sonrisa feliz y confiada con que parecía mirar al espectador, eran tan parecidas a las de Zosine, que Lucan estuvo a punto de gritar su nombre. Incluso la manera descuidada de llevar sujeto su cabello castaño era idéntica a como Zosine se había arreglado el pelo la noche anterior. ¡Qué maravilloso, encontrar aquí a Zosine, en la pared azul, entre dos altos ventanales! ¡Y qué doloroso, el contraste entre la figura feliz y graciosa del retrato, rodeada de un ambiente idílico, y el cuerpo exhausto y quebrantado de su amiga!

Junto a la ventana del otro extremo de la estancia, una anciana ocupaba un mullido sillón. Otra mujer, delgada y tiesa, la misma dama de compañía que Lucan y Zosine habían visto en el coche en Peyriac, le estaba arreglando los cojines; y al ver a las visitantes, se situó detrás del sillón.

—*Madame* —dijo el padre Vadier suave y respetuosamente a la anciana—; le traigo a las dos señoritas inglesas que han estado visitando su vecindad. Se han ido de Sainte-Barbe. Ha ocurrido algo allí, no sé el qué, que las ha asustado y trastornado. Tienen necesidad de ese refugio que Joliet puede brindarles frente al tumulto y las aflicciones del mundo.

Madame de Valfonds miró a las desconocidas con sorpresa y, como es costumbre en las personas muy viejas, con una especie de reserva.

La señora de Joliet era una mujer grave y agraciada. Aún se le notaba que en su juventud había sido bella y animada. Pero había envejecido desde el día en que la vieron las muchachas en la fiesta de la vendimia; su rostro noble y sus manos delicadas eran casi transparentes; sus ojos brillantes y negros se alojaban en unas cuencas profundas. Se levantó del sillón con ayuda de su acompañante, dio un paso, y saludó al sacerdote y a las muchachas con dignidad y cortesía. Su mirada se posó complacida un momento en el rostro encantador de Lucan. Pero al reparar en la cara de Zosine, la anciana se enderezó.

—Me han dicho cómo se llaman, señoritas —dijo tras un largo silencio, con voz temblorosa—. Pero me perdonarán si les confieso que no me acuerdo. Les ruego que tengan la bondad de decirme sus nombres.

Sus ojos no se apartaron del rostro de Zosine. La muchacha aspiró profundamente:

—Yo me llamo Zosine Tabbernor —dijo.

Madame de Valfonds palideció intensamente; y sus párpados temblaron.

—¿Por qué le pusieron Zosine? —preguntó con suavidad.

—Por Mamá —dijo Zosine—, y por su madre.

Madame de Valfonds se llevó las manos al corazón.

—¿Y qué más se llamaba su Mamá, aparte de Zosine? —murmuró.

—Mi abuela era francesa —contestó Zosine—, y se llamaba d'Aciers de

l'Orville.

Un rubor intenso, manifiesto, asomó a las mejillas de la vieja dama; su rostro se iluminó, aunque al mismo tiempo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Zosine! —exclamó.

La intensa emoción, el gozo, y una abrumadora abundancia de recuerdos dejaron momentáneamente paralizada a la anciana, que no pudo despegar los brazos de ambos costados. Un instante después, en un gesto extático y majestuoso, los levantó, los extendió, y estrechó con ellos a la muchacha.

Zosine se abandonó al abrazo de la vieja dama, pero a continuación se libró de él.

—No, *madame* —dijo—, no debe tocarme.

—¡Oh, no me llame *madame*! —exclamó *madame* de Valfonds con las lágrimas resbalándole por la cara—. Somos de la misma sangre. Su abuela era mi querida prima y amiga. Llámeme abuela, en su lugar.

—*Madame* —gimió Zosine—, no debe abrazarme; ¡he matado a un ser humano! Lo he matado por justicia. Era un malvado, un asesino. Pero no puedo permanecer en Joliet. Deje que me vaya; deje que me vaya. ¡Abuela! —gritó súbitamente con voz terrible, desgarrada—. ¡Me moriría si me tocase usted!

Lentamente, la comprensión de algo extraño y fatal pareció penetrar en el espíritu de la anciana. Su rostro se volvió grave, atento. Pero mientras contemplaba a la muchacha que, vacilante, se había apartado de ella, esta sombra dejó paso a una orgullosa, profunda, generosa ternura. Extendió la mano hacia ella.

—¡Zosine! —exclamó—. ¡Zosine! *Durior ferro...* —Los ojos de Zosine, oscuros, muy abiertos, miraron una última vez a los de la vieja dama.

—¡*Purior auro!* —exclamó sonora, claramente, como sin saber apenas lo que decía. Y se habría desplomado en el suelo si el padre Vadier no la hubiese rodeado rápidamente con el brazo, y hubiese sostenido su cuerpo inconsciente.

15. *La historia de madame de Valfonds*

—Zosine d’Aciers de L’Orville era hija de la hermana de mi padre. Como sabrá, Zosine es el nombre de una reina, esposa del rey Tigranes, a quien Pompeyo llevó en su cortejo triunfal por Roma. La hermana de mi padre representó su papel en una tragedia, en la Corte, y tuvo tal éxito que bautizó a su hija con el nombre de su personaje. Mi prima y yo éramos muy parecidas. Jugamos con las mismas muñecas, y fuimos educadas en el mismo convento. Llevaba yo casada dos años, y mi prima Zosine estaba prometida, cuando estalló la Revolución en París, y empujó a muchas personas al exilio; al futuro esposo de Zosine entre ellas. Camino de Inglaterra, pasó por Joliet, donde estaba ella entonces, y nuestro sacerdote los casó en el salón. Antes de marcharse, mi prima me prometió con lágrimas en los ojos que cuando terminasen los tiempos terribles volverían a Joliet. ¿No cree que sería dulce y razonable si ahora, mi querida Zosine, hiciera usted feliz mis últimos años, aquí en Joliet, como su abuela hizo mi niñez y mi juventud?

Era *madame* de Valfonds quien hablaba de este modo a Zosine en la habitación de la joven, en Joliet. Zosine había dormido unas horas; pero se había levantado y se había vestido. Ahora, muy pálida, estaba sentada junto a la ventana, y escuchaba a la vieja dama que ocupaba un sillón frente a Zosine.

—No puedo seguir en Joliet —dijo tras una larga pausa—. No debe ser a una joven de Joliet a la que interroge el juez de Lunel, y a la que el pueblo de Peyriac señale con el dedo. Debe dejar que me vaya.

—No habrá ningún dedo en la provincia —dijo *madame* de Valfonds— que señale a una joven de Joliet.

—Ninguno —dijo Zosine—, excepto el de ella misma. —Las dos mujeres se quedaron calladas otra vez largo rato.

—¿Sabe que mi nieto me ha confesado —dijo *madame* de Valfonds— que si no consigue casarse con la joven que ama, que es usted, no se casará? ¿Quiere que desaparezca un apellido que lleva escrito tantos siglos en la historia de Francia?

—No puedo volverle a ver —dijo Zosine—. Cuando nos conocimos, yo era inocente y feliz. Este horror que me mata no había entrado todavía en mi vida. Es mejor que me recuerde como era entonces. Ahora, debe concederme permiso para que me marche de aquí.

—Mi nieto me culpa —dijo *madame* de Valfonds, presa de una fuerte agitación espiritual—, en el fondo de su corazón, de que usted se haya alejado de él, y de que

no se vean ya. Siempre me ha querido. Es la niña de mis ojos; un ángel. ¿Permitirá usted que un hijo de Joliet odie a su abuela? ¡Oh, Zosine, he sufrido angustiosamente por usted todo este tiempo! Ahora le imploro a una joven de otro país que se quede en Joliet el tiempo suficiente para que mi nieto hable con ella. ¿No querrá concederme esto que le pido?

—No puedo seguir en Joliet —dijo Zosine—. Le vería y hablaría con él si me fuera posible. Pero no puede ser. No hace siquiera veinticuatro horas que estoy en Joliet. Pero creo que en este corto espacio de tiempo he comprendido las cosas más claramente que en toda mi vida. Me doy cuenta de que aquí viven personas buenas, amables y serviciales unas con otras; aquí nadie odia ni miente, sino que todos contribuyen al mismo fin, y esto es lo que hace de Joliet un lugar justo y feliz. Me lo dicen incluso los muebles de las habitaciones y los árboles que veo desde la ventana. No traeré la conciencia del mal y de la falsedad a esta casa. Los espejos de Joliet no reflejarán un rostro pálido y entenebrecido por el odio como el mío. He vivido demasiado tiempo en Sainte-Barbe. ¡Madame! ¡Abuela!, debe dejarme marchar.

La anciana permaneció largo rato sin hablar. Zosine la miró, y observó con sorpresa que le asomaba un intenso y delicado rubor a las mejillas, se disipaba otra vez, y se quedaba pálida y traslúcida como el alabastro.

—Zosine —preguntó *madame* de Valfonds—, ¿no cree que una mujer puede pecar de una forma mucho más espantosa que odiando?

»Le voy a contar una historia —dijo tras una pausa.

»Zosine —empezó de nuevo—, supongo que conoce la tradición de nuestra familia según la cual no se permite a nadie de Valfonds abandonar la provincia. Yo, hace cincuenta años que no salgo de aquí. Mi hijo jamás puso los pies fuera de la región de Languedoc. Mi nieto ha cumplido también fielmente la tradición. Pues bien, le haré una promesa que jamás en mi vida habría soñado con hacérsela a nadie: si se casa con mi nieto, renunciaré a esa tradición, y podrán viajar y visitar todas las bellezas del mundo.

»Pero a fin de que pueda darse cuenta de lo que supone para mí esta promesa, y demostrarle la confianza que tengo en la nieta de mi Zosine, y sí, a fin de hacer que pertenezca usted a Joliet, le voy a contar el origen de esa tradición. Hasta hoy, sólo he contado dicha historia a una persona, el padre Vadier, hace dos años, el día en que mi nieto hizo la primera comunión. Al contársela ahora a usted, me parece que vuelvo a estar en los tiempos de mi niñez, y que hablo con mi joven prima Zosine.

»Hubo una dama de nuestro apellido —empezó— que se casó con un hombre valiente y generoso, bastante mayor que ella. Tuvieron un hijo. El marido, señor de Joliet, era un auténtico noble, dueño de su tierra, y un padre para sus campesinos. Conocía cada roble de sus bosques, cada arroyo de sus prados, y cada hijo de sus aldeas, y se preocupaba más por el bienestar de sus colonos que por el suyo propio. Era leal a su rey, jamás decía una mentira, y no creía que nadie pudiera mentirle a él.

»Pero su joven esposa se aburría en Joliet. Soñaba con viajes y aventuras; la vida

diaria aquí le parecía demasiado monótona y simple. Era una joven alegre y apasionada; en su ociosidad, empezó a leer a los nuevos filósofos y a jugar con las poderosas y peligrosas ideas de su tiempo. No tardó en dejar de creer en el Derecho Divino de los reyes, y en poner en duda la gracia de Dios. Calificó de débil al rey Luis, y de depravada a su familia. Cuando estalló la Revolución en París, se leyó todo lo referente a ella con entusiasmo, y se inflamó con sus grandes hombres y corifeos. Al principio, su marido se sonreía de su extravagancia; pero poco a poco, al ensombrecerse los tiempos, y verla a ella cada vez más obstinada, se alarmó. Tomó medidas para que, en caso de que él muriese, quitaran a su esposa la custodia de su único hijo, y la confiaran a su primo, que era una alta jerarquía eclesiástica. La joven madre amaba a su hijo; se sintió herida e indignada ante esta decisión. Marido y mujer se enemistaron, y el hijo se convirtió en manzana de la discordia.

»En aquel tiempo llegó un joven a Joliet huyendo de París. Era un príncipe de la casa real; pero no puedo decir su nombre porque prometí que jamás lo pronunciarían mis labios. El señor de Joliet ocultó a este joven durante tres semanas en un pabellón del jardín, y le atendió personalmente, a fin de no exponer a ninguno de sus criados al peligro que esto podía significar. Su esposa al principio no quiso colaborar con él en esta empresa; pero más tarde accedió a hacerlo por curiosidad, y porque los últimos tiempos estaban tan repletos de acontecimientos importantes que tuvo deseos de participar en alguno de ellos. Le llevó la comida al fugitivo y le dio conversación.

»Como ahora el joven príncipe no tenía nada que hacer, en medio del peligro y la desventura, decidió seducir a la esposa de su benefactor. Ella no era mucho mayor que una niña, y no conocía el mundo. Cuando el príncipe le habló de su eterno e invencible amor, ella le creyó. Finalmente, accedió a abrirle su alcoba una noche en que su marido había ido a visitar una de las granjas.

»Esa misma noche, Baptistine Labarre, de Sainte-Barbe, delató al fugitivo ante el comisario de la Convención, que se alojaba allí, y los soldados de la Revolución fueron a buscarle a Joliet. El barón de Valfonds fue arrestado y devuelto a su casa. El comisario había mandado derribar las puertas del pabellón, y lo habían encontrado vacío; pero habían descubierto también que alguien había estado viviendo allí, y ahora estaban registrando el *château*.

»Al final, llegaron a la habitación de la señora. Como se sabía que era partidaria de las ideas de la Revolución, no derribaron la puerta como habían hecho en las demás habitaciones, sino que el oficial llamó. Abrió ella, vestida con un camisón y el cabello suelto, y vio que los soldados del corredor traían a su marido con ellos. Sólo le hicieron unas preguntas, e inspeccionaron de manera superficial el dormitorio.

»Sin embargo, decidieron que había pruebas suficientes contra su marido para juzgarle, y le comunicaron que debía acompañarles a Sainte-Barbe.

»El señor de Joliet entonces solicitó tener unas palabras aparte con su esposa, y le fue concedida la petición. Le dijo: “He visto el retrato de mi madre que hay en tu dormitorio. Está torcido. Adivino que, a riesgo de tu propia vida, has traído a nuestro

invitado del pabellón a tu dormitorio, y lo has ocultado en el cuarto secreto que hay detrás del cuadro. Te ruego que me perdones por haber dudado alguna vez de tu lealtad a mí y a la buena causa. Ahora nos queda poco tiempo. En el cajón de mi escritorio encontrarás el documento que te priva de la custodia de nuestro hijo. Cógelo y rómpelo a la vista de esta gente.” Porque él, Zosine, tenía las manos atadas con una cuerda. “Lo mejor”, le aconsejó a continuación, “es que mañana, de madrugada, convenzas a nuestro invitado para que se ponga ropas tuyas y se marche en tu calesa. Que lleve echada la capucha, y que el carruaje vaya despacio cuando salga por la avenida. Porque esta gente puede volver a buscarle. Dile que me siento orgulloso de morir por él”. Los soldados se rieron y el comisario de la Convención aplaudió cuando la joven hizo lo que le había dicho su marido, y rompió el documento. “Y ahora, esposa”, dijo el barón de Valfonds, “te ruego que gobiernes Joliet, y eduques a mi hijo en el mismo espíritu que te ha inspirado esta noche. Pues ese espíritu responde al nombre de Valfonds. Por último, te ruego humildemente, como prueba de tu perdón, que te acerques y me des un beso de despedida, ya que no nos volveremos a ver.” Inmediatamente después, los soldados se lo llevaron.

»La señora de Joliet, después de marcharse su marido, permaneció sentada mucho tiempo delante del cuadro de su habitación. Pensó: “No abriré la puerta; dejaré que el prisionero muera de hambre y de sed ahí dentro.” Pero por la noche recordó las palabras de su marido, y sacó la llave del cuarto secreto.

»Siete veces puso la llave en la cerradura, y siete veces la retiró. Pensaba: “¿Cómo podré mirar la luz del día mañana, y pasado, y el otro? ¿Qué cara me mostrarán los espejos de Joliet?” Pero cuando empezó a clarear, decidió dejarle con vida como su marido había pedido, en nombre de Joliet. “A partir de ahora”, se dijo, “ninguno de mis descendientes abandonará nuestra provincia, para que no le corrompa el mundo exterior. Enterraremos nuestros corazones en el suelo de Joliet hasta la muerte.”

»Al amanecer, abrí la puerta del cuarto secreto. Sí, Zosine, era yo esa mujer, y el hombre al que se habían llevado a Sainte-Barbe con las manos atadas era mi marido. Al amanecer le di al huésped mi vestido de seda, las enaguas y la pañoleta, que había sacado para él, y le dije: “Aquí tenéis las ropas que convienen a vuestra alteza; como veis, son de mujer. ¡Por vos, han fusilado a un hombre esta noche!”

»Corría peligro; tenía prisa. De todos modos, cuando estuvo vestido, me dijo: “No voy a irme de Joliet sin un beso.” Pues hasta entonces no le había besado.

»”Tengo en mis labios”, dije yo, “el beso del barón de Valfonds, cuyas últimas palabras fueron que se sentía orgulloso y feliz de morir por vos. Muy mal cuadraría a vuestro honor y a vuestra real dignidad el que ese beso lo borrara cualquier otro beso en el mundo.”

16. *Todo esta tranquilo en Sainte-Barbe*

Hacia el anochecer del día siguiente al que llegara a Joliet, Lucan, sentada en su habitación, repasaba un volante de su vestido que se había descosido empujando el cofre, en Sainte-Barbe. Zosine estaba en cama, en la habitación contigua. Tenía fiebre. De cuando en cuando se sumía en un breve sopor y gemía en sueños; pero cuando despertaba, permanecía callada. «Está bien», pensaba Lucan, «que se haya dado cuenta de que se encuentra demasiado débil para viajar. Pero ¿cómo va a recobrar la paz y la fortaleza espiritual?» Zosine quería estar sola. Miraba a Lucan con ojos sombríos y mudos.

Olympia se había sumido en un sueño profundo, letárgico, desde que había llegado a Joliet. Y Lucan pasaba los días en un estado extraño, soñador, en el que no conseguía discernir del todo entre pasado y presente. Cuando le hablaba *madame* de Valfonds, no encontraba respuesta. No sabía qué le traería el futuro, ni en qué medida había participado en la tragedia de Sainte-Barbe. Cuando le venía a la cabeza Inglaterra, y reflexionaba sobre lo que pensarían o dirían sus amigos cuando se enteraran de que había sido juzgada en Francia, se le emborronaban las ideas o parecían retroceder ante ella. Ya no veía con claridad su destino, ni podía decidirlo. Ahora debía dejarlo en manos de otros.

Varias veces, en el transcurso del día, habían llegado carruajes a Joliet, y había bajado gente de ellos. El padre Vadier había visitado a la vieja dama. Lucan esperaba que le comunicasen qué se había hablado y decidido. Mientras cosía, el padre Vadier entró en la habitación. Tenía el semblante muy tranquilo; la saludó y se sentó frente a ella.

—Tengo que decirle algo a usted y a su amiga —dijo—, en cuanto *mademoiselle* haya recobrado la fuerza suficiente para poder escucharme —el padre Vadier y *madame* de Valfonds sabían ya que Lucan y Zosine no eran hermanas.

—¿Cómo va a recobrar sus fuerzas? —contestó Lucan con tristeza—. Durante mucho tiempo, ha estado consagrando todas las que tenía a una sola causa, como no podría haber hecho ninguna otra muchacha en el mundo. ¡Y en qué horror ha terminado todo!

El padre Vadier permaneció callado un rato, mirándola.

—*Mademoiselle* Lucan —dijo mirándola—, ¿quiere contarme todo lo que les ha sucedido a usted y a su amiga en Francia?

Lucan palideció ligeramente.

—Sí —dijo.

Entrelazó las manos en su regazo. Pensó que estaba bien que le hubiera tocado primero a ella contar los sucesos de Sainte-Barbe. Zosine habría empezado a acusarse a sí misma violentamente.

En su relación, retrocedió hasta su primer encuentro con la señora Pennhallow delante de la posada de Staines. Lenta, detalladamente, relató todo lo ocurrido desde entonces. Incluso hablar de ello le resultaba como un sueño; y en esta atmósfera de ensoñación, pudo contar todo como si le hubiese ocurrido a otra joven. Pudo incluso, con apenas un leve estremecimiento en la voz, citar la carta que había encontrado en el cajón de la señora Pennhallow, y decir qué había pasado en su última noche en Sainte-Barbe. Al terminar, miró de frente al padre Vadier y esperó su opinión.

El padre Vadier siguió callado largo rato. Por último dijo:

—De todos modos, es necesario que hable con su amiga. Ahora comprendo su sufrimiento. Pero no tiene otra forma de salir de él que contándole a alguien la verdad. Creo que en este momento es lo que necesita. —Oyó a Zosine moverse en la habitación contigua—. Entre a verla —dijo el padre Vadier—, y hágame saber si puedo pasar.

Lucan entró a ver a Zosine.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó Zosine.

—Con el padre Vadier —dijo Lucan—. Tiene algo que decirnos.

Zosine aspiró profundamente.

—Me alegro de que haya venido —dijo.

Lucan le arregló las almohadas para que pudiera incorporarse, y arrastró un sillón hasta la cama. Estaba oscuro. Zosine le pidió que encendiese la lámpara. Cuando Lucan alzó el globo, observó con dolor lo pálida y débil que parecía su amiga.

—Sí, me alegro de que haya venido, padre Vadier —dijo Zosine—; porque aquí todos creen que puedo seguir viviendo entre las personas, como antes. Pero no es posible. Porque he empujado a la muerte a un ser humano. Durante estos últimos meses, he soñado una y otra vez que veía al viejo con la soga alrededor del cuello. ¡Y mis sueños han sido muy poderosos, padre Vadier! Al final, se la ha tenido que poner. Escúcheme. Se lo voy a contar todo.

—No necesita contarme lo que ha ocurrido en Sainte-Barbe —dijo el padre Vadier—. Lo sabía ya antes de venir aquí esta noche. Hablemos de lo que va a hacer ahora.

—No crea que me arrepiento de lo que he hecho —dijo Zosine, y movió la cabeza sobre sus cabellos oscuros desparramados sobre la almohada—. Lo volvería a hacer, si volviese a Sainte-Barbe, y se repitieran las cosas igual que antes. Ese viejo merecía la muerte. Ha sido justo y equitativo que muriese. Pero ¿sabe usted, padre Vadier, que la justicia es algo terrible? El que no puede renunciar a la idea de justicia en la vida, y llega a enfrentarse con un ser humano tan malvado como el maestro, está condenado.

Se excluye de la sociedad de las personas honestas e inocentes. Aquí, padre Vadier, las personas honestas e inocentes, *madame* de Valfonds y Lucan, creen que puedo arreglar mi persona, pasear por el jardín, sentarme bajo la lámpara, coser con ellas, como si nada hubiese ocurrido. Pero es imposible, padre Vadier. Quizá pueda seguir viviendo en la celda de una prisión. ¡Pero si continúo aquí, me moriré!

—Hija mía —dijo el padre Vadier—, he venido aquí para decirle algo. Escúcheme ahora.

»Ayer por la mañana le llegó una carta a *monsieur* Tinchebrai, de Peyriac. Venía de Sainte-Barbe. Su ama de llaves conocía al mensajero. Cuando la leyó *monsieur* Tinchebrai le dijo a esta mujer que tenía que ausentarse para resolver un asunto de importancia, y que no regresaría. Nadie lo ha visto desde entonces. Pero imagino que fue a Sainte-Barbe. Cuando, horas más tarde, y después de traerlas a ustedes aquí, fui a Sainte-Barbe, encontré la puerta abierta; pero no se percibía signo alguno de vida en la casa. En el comedor encontré lo que debió de descubrir *monsieur* Tinchebrai. De los dos ganchos del techo colgaban el viejo maestro, el señor Pennhallow y la mujer que se hacía pasar por su esposa. Los dos llevaban muertos varias horas. La mujer debió de llegar a la casa poco después de marcharse ustedes, y al descubrir al hombre muerto se quitó la vida. La soga de la que colgaba él era bastante larga para los dos. Cortó un trozo con un hacha que encontró sobre la mesa.

«¡Ah, pobre desdichada!», pensó Lucan. «No pudo soportar la idea de seguir viviendo cuando él había muerto. Pero en su última hora, cuando nos habló, él no la mencionó ni una sola vez.»

—En la casa —prosiguió el padre Vadier— había claros indicios de qué era lo que había llevado a la muerte a los dos. El juez de Lunel, que manifestó gran consternación y espanto ante este descubrimiento, ha abierto sus cajas fuertes, y ha encontrado pruebas de una larga serie de fechorías inconcebibles. Aunque el nombre del señor Pennhallow no era conocido por la policía de Francia, hacía tiempo que iba detrás de su pista; y de haberle cogido, la ley del país lo habría condenado inevitablemente a muerte, cosa que ha hecho él mismo. Por los documentos y cartas encontrados en la casa, se ha averiguado también que la pareja de Sainte-Barbe no eran marido y mujer, sino hermano y hermana.

»No habrá encuesta ni veredicto en el caso, *mademoiselle* Zosine. *Madame* de Valfonds y yo hemos hablado con *monsieur* Belabres. Hemos conseguido que vea el caso con nuestros ojos. Por una singular coincidencia, acaba de ser informado por el cochero de Peyriac que, la víspera de la tragedia, usted y su amiga salieron de Peyriac en la diligencia de Les Matelles, donde se hace el cambio para Marsella. Sin duda, me ha explicado *monsieur* Belabres, fue la huida de ustedes lo que convenció al señor Pennhallow de que estaban al tanto de sus crímenes. Y esta convicción es lo que ha hecho que el asesino haya vuelto su mano ensangrentada contra sí mismo. Baptistine no estaba ya en Sainte-Barbe.

Los tres se quedaron callados un rato.

—¿Y Clon? —murmuró Lucan.

—Al chico de Sainte-Barbe —dijo el padre Vadier— lo encontraron en un cobertizo, donde se había refugiado a su regreso de casa de *monsieur* Tinchebrai. En su delirio, nos ha contado muchas de las cosas que ocurrieron allí la última noche, y durante todo el tiempo que ha estado al servicio del señor Pennhallow. Parece haberle cobrado afecto a usted, *mademoiselle* —añadió, volviéndose hacia Lucan—; pero no recuerda su nombre. La llama *mademoiselle* Rosa. Dice que él no quería tomar parte en su asesinato, pero que fue obligado por personas a las que llama «los otros». Después de esperar mucho tiempo en vano a que apareciera luz en la ventana, que era la señal para que entraran esos otros en la casa, fue al otro lado del edificio y se estuvo de pie allí toda la noche, soportando el viento y la lluvia. No sabemos si sobrevivirá. Ahora, todo está tranquilo en Sainte-Barbe.

Todo estaba tranquilo, también, en la habitación de Joliet, cuando el padre Vadier terminó de hablar.

Fue el primero en romper el silencio.

—Me pregunta, Zosine —dijo—, si sé que la justicia es algo espantoso. Sí; en nuestras manos indignas, es algo espantoso. Y la venganza aplastará al individuo que pretenda llevarla a cabo por su cuenta. Para ejercer la justicia, se ha dado a la ley y a las autoridades la facultad de juzgar al criminal y aplicar la sentencia, sin odios ni rencores, en nombre de toda la comunidad humana. Era de justicia que ese malvado muriese. Pero fue arrogancia pecadora por parte de usted el instituirse en juez.

»Sin embargo, ¿no se ha dado cuenta, Zosine —prosiguió—, de que Dios, en su misericordia, la salvó en el último momento de convertirse en eso? Usted no es culpable de la muerte de ningún ser humano, y ninguna prisión abrirá sus puertas para recibirla. La pistola falló en manos de quien se había erigido en juez. Fue la misericordia, personificada en esta joven buena, la que hizo fracasar su rencor y su desafío, y la que mató al malvado. Su tenebroso espíritu no pudo soportar el rayo luminoso del perdón. Y ante la intercesión de una joven inocente, retrocedió, y se precipitó en el abismo.

»Me ha contado su amiga —dijo— que el último grito del señor Pennhallow fue: “¡Rosa reza por mí!” ¿No le demuestra eso que Rosa, cuya causa había asumido usted, y cuyo martirio se proponía vengar, ha podido más que usted misma? ¡Ella hizo valer una justicia más pura y elevada, en el momento en que renunció a su venganza, y mostró misericordia!

El padre Vadier tomó a Lucan de la mano, y la acercó a la cama de Zosine.

—Zosine —dijo—, ahora debe besar a su amiga, ante mis ojos.

Profundamente conmovida y emocionada, Lucan se inclinó sobre Zosine. Sintió la fría mejilla de ella contra la suya.

—No está excluida de la sociedad de las personas honestas e inocentes, Zosine —dijo el padre Vadier—. Debe vivir con ellas como antes. Y con ellas, debe aprender a aceptar y a mostrar misericordia.

Cuando Lucan se sentó junto a la cama de Zosine, y vio que su rostro pálido y tenso se suavizaba, de forma que volvía a parecerse a la niña que hacía tiempo, en el colegio, había dormido en la cama contigua a la suya, tuvo un súbito impulso.

—Voy a leer mi carta.

Pasado algún tiempo, las personas de Joliet se enteraron de que un joven había ido a casa del obispo de Nîmes a altas horas de la noche, y había solicitado verle. Poco después, el desconocido había abandonado la casa precipitadamente, y como sumido en la confusión y la desesperación. La entrevista había consternado al obispo. A consecuencia de ella estuvo enfermo en cama mucho tiempo. No se volvió a ver más al desconocido.

17. ¿No lo crees?

Cuando la primera Zosine llegó a Joliet, en tiempos de la Revolución, se trajo su ajuar entero consigo. Pero los tiempos eran demasiado inseguros, y cada hora era demasiado preciosa, para que la pareja de recién casados viajase con todo un cargamento de cajas y cofres. La joven esposa se separó de su tesoro con un mar de lágrimas. «¿Cómo voy a poder vivir», pensó, «sin encajes ni fina lencería?» Su prima mandó subir los cofres al ático, y las dos jóvenes se consolaron mutuamente imaginando cómo, en tiempos venideros, los abrirían juntas. Desde entonces, los pesados cofres habían acumulado el polvo de casi medio siglo en el ático de Joliet.

Ahora *madame* de Valfonds los mandó bajar otra vez. Pues todo lo que contenían pertenecía a la joven Zosine. La llegada y la presencia de Zosine en Joliet había agitado de modo extraño el espíritu de su dueña. Era como si su propia juventud hubiese retornado, y hubiese tomado posesión de la casa. La vieja dama no distinguía con claridad el pasado del presente. ¡Zosine había vuelto! ¡Qué alegría! El antiguo amor de la amiga de su niñez, el nuevo placer ante la presencia de la juventud y la belleza en las habitaciones de la vieja casa, y la dulce esperanza de una felicidad infantil que traían con ella, todo se amalgamaba en su espíritu en una especie de pasión curiosa y extática. No obstante, había algo que ensombrecía su felicidad: por razones incomprensibles para ella, era dudoso que Zosine se quedara en Joliet. Siendo una joven madre, *madame* de Valfonds, en contra de la costumbre de su época, se había empeñado en amamantar a su hijo; pero el niño no quiso tomar el pecho cuando ella se lo ofreció. Ahora volvió a renovarse este viejo dolor; y de la misma manera que entonces se había lamentado y había tratado de persuadir a su hijo, la vieja dama se lamentó y trató de persuadir ahora a la hija de su amiga, que no parecía querer el pecho que le ofrecía: la vida misma, y cuanta felicidad podía contener.

Mandó trasladar los cofres a las habitaciones de Zosine, y pidió a Lucan que la convenciera para que examinase el contenido.

—Ya no cree que puede vivir y ser feliz —dijo con lágrimas en los ojos. Lucan se dio cuenta de que la vieja dama añadía para sus adentros—: ¿Y qué puede consolar y animar el corazón de una mujer, si no lo consiguen los encajes y la fina lencería?

Lucan fue mostrando en alto pieza tras pieza, frente al sillón de Zosine; y mientras lo hacía, recordó cómo, en *Tortuga*, había visto a su amiga vaciar los armarios y los cajones de cosas casi tan finas como éstas, y esparcirlas por la

habitación. «¡Ha cambiado!», pensó. «Entonces decidía en un abrir y cerrar de ojos el valor de todas las cosas del mundo, y las aceptaba o las rechazaba según su estado de ánimo. Pero ahora vacila y las mira con indiferencia. Mira este ajuar, cuya pérdida lloró amargamente su abuela, y se pregunta si vale la pena conservarlo.» Los ojos graves y negros de su amiga apenaban profundamente a Lucan.

—¿Es mío todo eso? —preguntó Zosine por fin.

—Sí, tuyo —dijo Lucan.

—Entonces quédatelo —dijo Zosine—. No debes ir a Wanlock Hall como una esposa desheredada. Si tu Noel encuentra mi nombre en ello, dile que lo has mandado bordar para que, cuando durmáis tú y él entre esas sábanas y almohadas, me recordéis de vez en cuando.

—¿Crees que necesito doce docenas de camisones? —exclamó Lucan—. ¡Yo, que en la vida he llegado a tener más de seis!

—¡Pues claro que sí! —dijo Zosine—. Vas a vivir para hacer feliz a todos los de tu alrededor, hasta que te conviertas en una ancianita encantadora, y los hayas gastado todos. Y vas a sentirte contenta y dichosa con cada uno de ellos.

Lucan dejó lo que tenía en la mano.

—¿Y tú, Zosine? —preguntó—. ¿No crees que puedes ser feliz?

—Eso es lo que no sé —dijo Zosine, pero al ver la cara de desaliento de Lucan, añadió—: No soy desgraciada. Ya no me siento desesperada. Pero no soy la misma que era, y no creo que pueda volver a vivir de la misma manera que antes. Si tuviese la religión de mi Mamá, ahora mismo me metería en un convento.

—¿Sabes —preguntó Lucan— que el barón Thésé regresa de su viaje, y que estará aquí mañana?

—Sí, me lo ha dicho su abuela —dijo Zosine.

—Entonces, ¿lo verás, y hablarás con él? —preguntó Lucan suavemente.

Zosine no contestó en seguida:

—Si lo veo —dijo—, podré contestar a la pregunta que me has hecho hace un momento. Pero ¿podré verlo otra vez? ¿En qué lugar del mundo podremos vernos y hablarnos?

—Claro que podrás, Zosine —dijo Lucan—; os veréis, ten la seguridad.

El barón Thésé de Valfonds regresó a Joliet al día siguiente. Todavía con su capa de viaje, entró en el salón donde su abuela y Lucan se encontraban bordando. La vieja dama fue a su encuentro, y lo abrazó.

Empezó a contarle todo lo ocurrido durante su ausencia, lentamente, como suelen hacer las personas muy ancianas. Se confundía en el orden de los acontecimientos, y tuvo que pedir ayuda a Lucan. Ella no se extendió en la tragedia de Sainte-Barbe, como si de una vez por todas hubiese borrado la vieja granja de su mente, y no quisiera volver a ella ni siquiera con el pensamiento. Pero le refirió cómo habían llegado a Joliet, la relación de Zosine con el reloj encontrado en la tienda del viejo comerciante de Peyriac, y el milagroso descubrimiento de su parentesco con la casa

de Joliet; y le repitió diversos detalles de su relato varias veces. Al concluir, la vieja dama prolongó intencionadamente su informe. Temía la impaciencia de su nieto, pero aún temía más el momento de la decisión de Zosine. Zosine no se encontraba bien, dijo. Estaba en cama desde que había llegado a Joliet. Iría a ver si estaba en disposición de recibir visitas. Se levantó y salió de la habitación.

Lucan se quedó a solas con el joven. Recordaba su cara y su figura desde el primer encuentro en el cercado; pero al saludarla ahora él amablemente y, tras ausentarse su abuela, hablarle como a la hermana y amiga de Zosine, le sorprendió notar una especial nobleza y sinceridad en su ademán, en su mirada y en su voz. Era muy joven; tal vez sólo un año o dos mayor que ella. Ahora comprendió las palabras que había dicho su amiga, hacía tiempo: que ese ademán modesto y equilibrado tardaba en conseguirse más de una generación. El joven le hizo unas cuantas preguntas sobre su estancia en Sainte-Barbe, y Lucan comprendió que ya había hablado con el padre Vadier y que éste le había puesto al corriente. Palideció cuando Lucan le habló del peligro y la angustia a que se habían visto sometidas, aunque ella se sintió aliviada al contarlo. «Vamos a ser amigos, él y yo», pensó Lucan. Un instante después, otro pensamiento le pasó por la cabeza. «Sí», se dijo; «al fin y al cabo, es comprensible que Zosine esté enamorada de él; ¡incluso después de haber conocido a Noel!»

A mitad de conversación, regresó *madame* de Valfonds seguida de Olympia, presas de gran alarma y angustia. Zosine no estaba en su habitación, y no la encontraban por ninguna parte. Al oír detenerse el carruaje delante de la puerta, Zosine había obligado a Olympia a vestirla apresuradamente; y tras alejar a la mujer negra con cualquier pretexto, se había ido, Olympia no sabía adónde.

Madame de Valfonds y Thésé miraron a Lucan. La muchacha trató de tranquilizarles.

—Quizá —dijo— se ha escondido en las caballerizas.

En ese mismo instante, un terrible presentimiento se apoderó de ella. En las caballerizas, sabía, había un pozo profundo que databa de los tiempos en que el edificio era el principal baluarte del viejo Joliet. Ella misma había oído la última y burlona advertencia que el señor Pennhallow les había hecho a ella y a Zosine, de pie en el taburete, con el nudo corredizo de Olympia alrededor del cuello.

¿Resonaban ahora esas palabras en los oídos de Zosine: que no permitiría que el joven que amaba le pusiera un anillo en el dedo, y no se atrevería a mirarse en el espejo? ¿Acaso la voz baja e hipnótica del viejo la estaba atrayendo hacia él? Sintió que palidecía, y que su rostro reflejaba algo que producía terror en los demás.

Pero el joven había bajado corriendo la alta escalinata de piedra, en dirección al patio. Lucan, temblando, le siguió con la mirada hasta que se perdió en las caballerizas.

Las caballerizas de Joliet habían sido siempre el orgullo de la familia. A través de las ventanas, el sol de la tarde daba en los caballos espléndidamente almohazados y

sobre las letras doradas de sus nombres, en lo alto de sus compartimientos. En el compartimiento del caballo blanco, que llevaba el nombre de «Mazeppa» en memoria del padre de Zosine, se encontraba ella. Tenía al caballo cogido por el mechón de la frente, y le estaba dando azúcar con la mano.

El aire de la cuadra y el olor de los caballos le llegaron a Thésé como algo conocido y familiar; y la visión de la muchacha junto al caballo le pareció tan encantadora que se detuvo un momento. Zosine no alzó los ojos hacia él.

—Lita —gritó Thésé—, ¿por qué huye de mí?

«Mazeppa» volvió la cabeza y relinchó suavemente al oír la voz de su amo; pero Zosine no le miró ni contestó.

—¡Lita! —volvió a gritar el joven—. He sufrido terriblemente por usted.

Dio un paso hacia la muchacha, pero ella, a la vez, pasó por debajo del cuello del animal, de forma que se situó en el otro lado.

—¡No me contestó la última vez que nos vimos! —exclamó él—. ¡Y no volvió a venir! ¿No es suficiente lo preocupado que me ha tenido y lo que la he echado de menos? Ahora me he enterado del peligro que ha corrido, y que ha pasado un miedo mortal, aquí en mi tierra. ¡Y no ha mandado buscarme!

Pasó al otro lado del caballo, y ella se agachó nuevamente por debajo del cuello, y se separó de él.

—Me dijo que podíamos ser amigos —dijo él—. ¿Quién tiene derecho, aquí en Joliet, a proteger a una joven inocente, y castigar a sus perseguidores, sino yo? ¿Sino yo, que la amo?

Los dos jóvenes experimentaron la más violenta agitación espiritual; el caballo blanco, en medio, levantó las orejas ante el timbre insólito de la voz de Thésé, y dejó de frotar el hocico contra la mano temblorosa de Zosine, al dejar ella de acariciarlo.

—¿Cómo vamos a vivir después de esto? —exclamó Thésé otra vez—. ¿Cómo podré perdonárselo?

Exasperado por el silencio de ella, puso una mano sobre el lomo de «Mazeppa» y, con un impulso repentino, saltó por encima del animal, y cayó junto a ella. Con el fin de no empujarla contra el tabique, se dejó caer de rodillas sobre la paja. En esta postura humilde todavía, le cogió las dos manos y, atrayéndola hacia sí, repitió:

—¿Cómo puedo perdonarla?

Zosine, que entendía un poco de caballos, se quedó sin aliento ante este salto ágil y audaz. Abandonó sus manos en las de él, y le miró de frente. Un momento después susurró, mientras algo en su garganta, un sollozo o una risa, medio le ahogaba la voz:

—¡Sí, ahora sé cómo vamos a vivir, después de haber hablado con «Mazeppa»! ¡Me ha dicho que voy a cuidar gansos aquí, en Joliet, y a observar cómo mi marido trabaja la tierra! Es más inteligente que nosotros. Yo confío en él. ¡Y tú debes confiar en él también, Thésé!

»Dice —prosiguió—, dice Mazeppa, que todo lo que me ha pasado ha sido, quizá, para enseñarme precisamente esto. Y para hacerme ver, también, algo que me

ha costado mucho aprender. Lucan lo sabía ya, y podía habérmelo enseñado; pero yo no quise hacerle caso. Ahora “Mazeppa” me dice que quizá sepas tú el modo de enseñarme y hacerme comprender. Pero no me debes regañar, Thésé; no debes decirme que no me perdonarás. “Mazeppa” jura que jamás le han enseñado con rudeza; y dice que debo ser tratada igual que él. ¡Es más, me ha dicho, me ha susurrado hace un momento, que tú sabes un modo extraño, maravilloso, de amaestrar a una potranca salvaje y revoltosa, a una chica tonta y alocada! ¡Y ha conseguido que le crea, Thésé!

El joven se levantó, cogió a la muchacha en sus brazos, y la besó. Cuando la soltó por fin, ella le miró con ojos sonrientes, radiantes, llenos de lágrimas, y susurró:

—Sí, tiene razón. ¡Es así!

Esa misma noche, antes de que los reunidos en el salón de Joliet se separasen para retirarse a dormir, *madame* de Valfonds cogió afablemente la mano a Zosine y la llevó a un gran retrato que colgaba de la pared. Entre sus períodos de incoherencia y de desvarios, la vieja dama tenía momentos de lucidez y de dignidad en los que hablaba con la fuerza de una sibila.

—Zosine —dijo—; el día que viniste aquí, me hablaste de los espejos de Joliet. Ahora quiero enseñarte el espejo en el que te debes mirar. Te ha estado esperando desde antes de que nacieras. ¿No vas a concederle el derecho de guiarte y aconsejarte? Cuando, en otro tiempo, sonreía y hablaba esta cara, Joliet, como ves, le daba todas sus flores a cambio. ¿No crees que puede volver a ser así?

Zosine miró el cuadro muda de sorpresa. No había salido de su habitación desde el día de su llegada, y en aquella ocasión apenas se había fijado en nada de cuanto la rodeaba. Ahora permaneció delante del cuadro largo rato. En él se veía a sí misma, alegre y feliz, en el jardín de Joliet. Cuando se volvió hacia *madame* de Valfonds, que todavía la tenía cogida de la mano, fue la tierna, misteriosa sonrisa del retrato lo que descubrieron los ojos llenos de lágrimas de la anciana.

—¡Sí, lo creo, abuela! —dijo—. ¡Ahora me parece que lo he sabido todo el tiempo!

18. Ahora, no nos volveremos a ver

El elegante carruaje de Joliet que llevaba a sir Noel Hartfrant y a su joven esposa a Lunel, primera etapa de su viaje de bodas, rodaba por la avenida del *château*. Se habían sucedido las despedidas una tras otra en las habitaciones y en la escalinata. Ahora Lucan volvió a sentarse, después de agitar su pañuelo hacia la terraza, desde la que se dominaba una última perspectiva del camino. Había llorado en brazos de Zosine. Todavía estaba llorando, y no intentaba ocultar las lágrimas a su marido. Le parecía que formaba parte de su nueva e inconcebible felicidad el poder dar rienda suelta a sus efusiones junto a él.

Hacía tres días, se había celebrado una doble boda en Joliet.

Sir Noel había venido de Inglaterra a recoger a la que iba a ser su esposa. Iba a enseñarle Italia y Grecia, antiguas rutas suyas, antes de llevarla a su futuro hogar. El capellán del consulado inglés en Marsella les casó en la misma estancia en la que habían contraído matrimonio la abuela de Zosine y su esposo, de paso para Inglaterra, y a la que el padre Vadier había traído a las muchachas la mañana siguiente a la última noche en Sainte-Barbe.

Al mismo tiempo, Zosine se había convertido en esposa de Thésé de Valfonds. Había escrito a su Papá, y éste le había dado su consentimiento para casarse; ahora esperaba con la mayor alegría su llegada a Joliet. Pero Zosine había querido verle sólo después de haber fijado definitivamente su destino, y de haberse unido a su nuevo país y a su nueva familia.

Madame de Valfonds hubiese deseado reunir a todos sus parientes de Francia para celebrar un acontecimiento tan feliz como era esta boda, esta unión milagrosa de dos ramas de la familia Valfonds. A regañadientes, había cedido a los deseos de la pareja. Hubo muy pocos testigos en la boda, en la capilla de Joliet. Pero por la tarde, se celebró un gran banquete en el patio del *château*, para todos los campesinos del señorío.

Zosine había llevado el velo de novia y los zapatos de su abuela, que había sacado de uno de los cofres. Los viejos de la vecindad, que recordaban haber visto en lejanos días felices a una muchacha con su cara y su sonrisa cabalgando por los senderos del bosque, o arrodillada en la capilla, se emocionaron extrañamente al verla otra vez como futura señora del *château*. Los sucesos de Sainte-Barbe, de los que se habló mucho, pero de los que se sabía muy poco en realidad, constituían un fondo oscuro para su figura luminosa. Los campesinos de Joliet tenían la impresión de que les

había sido devuelta por los caminos desconocidos y complicados de un cuento de hadas.

Sainte-Barbe quedó vacía. Se dijo que la casa iba a ser demolida. Se dijo también que Baptistine Labarre, a quien nadie había visto desde la muerte de sus inquilinos extranjeros, andaba por la casa de noche, como alma en pena que no se atreve a manifestarse, y que, sin embargo, no puede abandonar el lugar al que pertenece.

Ahora Lucan iba a Lunel con un vestido de viaje que *madame* de Valfonds había encargado para ella a su modista de Nimes. Los preciosos vestidos y sombreros, únicos vestigios del elegante ropero de Zosine que ella y Lucan habían traído al llegar a Francia, habían desaparecido nadie sabía cómo; pero de haberlos encontrado, ninguna de las dos habría sido capaz de tocarlos. Lucan se había visto en el espejo con un chal de cachemir, como pocas damas de Inglaterra podían vanagloriarse de tener, y un sombrero que enmarcaba su dulce rostro como una nube y le transmitía un delicado color rosa. Detrás de su figura, palmoteo la de Zosine, asegurando que nunca había estado tan encantadora. «Como una rosa», pensó sir Noel. Sabía que carecía de ingenio para inventar comparaciones poéticas con que referirse a la belleza de su joven esposa. «Como una flor, como una rama de manzano en flor», repitió; y se sintió como un abejorro embriagado en el cáliz de una flor, y demasiado torpe y pesado para esta dulzura y encanto florales.

En el coche, sir Noel le cogió la mano.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Lucan no contestó en seguida. Pensó en Zosine; pero no fue capaz de expresar con palabras sus pensamientos, ni siquiera para sí misma. De todas las aventuras que habían unido a las dos muchachas, ninguna las había atado tan extraña y fatalmente como esta última: la de contraer matrimonio el mismo día. Ninguna pareja de héroes nórdicos que, siguiendo la costumbre vikinga, hubiera mezclado su sangre habría podido sentir una unión más eterna y misteriosa que la que sintieron las dos muchachas después de su boda.

En los días previos a tal acontecimiento, Zosine había estado pegada a Lucan, de forma que incluso había desatendido a su prometido por su amiga.

—¿Recuerdas lo que dije la primera vez que fuiste a *Tortuga*? —le preguntó—. Le pedí a John que fuese a decirle a Papá que me había sucedido algo maravilloso; ¡mi mejor amiga había venido a ayudarme! Pero, ¡quién iba a imaginar en qué medida lo ibas a hacer, mi dulce y querida Lucan!

En los días siguientes a la boda, Lucan y Zosine apenas se habían hablado. Este silencio no se debía sólo al hecho de que sus jóvenes esposos reclamasen la presencia y atenciones de ellas. Las dos sentían con igual fuerza que ahora no necesitaban de palabras. Las breves, dulces, profundas, amables miradas que de vez en cuando intercambiaban eran más elocuentes que lo que ellas se habían dicho ni podrían decirse nunca.

—Estoy pensando en Clon —dijo Lucan.

Había pensado muchas veces en la suerte del chico, desde la última vez que le viera en la niebla matinal, junto a la tapia de Sainte-Barbe. Se alegró al enterarse de que la vieja *madame* de Valfonds lo tomaría a su servicio.

—Y en Olympia —prosiguió, con una sonrisa—. ¡Qué maravillosamente a gusto se siente aquí, en Joliet! Después de dormir tres días seguidos, le pidió al padre Vadier que la confesara. Dijo que hacía cincuenta años que no se confesaba. Desde ese momento, se ha sentido tranquila y feliz de una forma enteramente nueva. Es tan fiel a Zosine como siempre, y está muy satisfecha con su esposo; pero es en el padre Vadier en quien piensa más y con quien más habla, de manera que creo que el padre Vadier la rehuye un poco; pero ella está pensando ya en su siguiente confesión. Ahora se dedica a arreglar el pabellón del jardín para su viejo amo. Zosine quiere que sea de su Papá; y piensa que será feliz allí, y que le alegrará poder volver la espalda de vez en cuando a los amigos de Inglaterra, viniendo a pasar temporadas con ella.

—Volvió a sonreír ante sus propios pensamientos, al recordar que Zosine le había dicho con ojos graves y muy abiertos: «Ahora Papá debía casarse con tía Arabella. ¡Después de todo, ha sido tía Arabella quien nos ha salvado la vida a ti y a mí!»

Pero otra vez se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en Zosine. Recordó cómo el día después de la boda, Thése había querido ponerle a su esposa una antigua sortija de diamantes, y había sonreído al descubrir en su dedo un pequeño anillo infantil, hecho con minúsculas cuentas de vidrio, de las que emplean las mujeres en sus labores. Preguntó a Zosine quién se lo había regalado. Zosine alzó sus ojos limpios, oscuros, y le miró a la cara. Se quitó el anillo del dedo y se lo dio.

—Ahora te lo regalo yo a ti —dijo—. Tiene un significado. Representa la lucha por los indefensos, los oprimidos y los que sufren injusticias. Es justo y digno que lo lleves tú. —Calló. De repente, le subió a la cara una intensa oleada de sangre, y un momento después palideció—. ¡Pero no dejes que yo lo vuelva a ver! —exclamó—. ¡No debo verlo nunca más!

Enfrente de los viajeros, el sol surgió de entre las nubes.

—Vamos en dirección sur —dijo Noel—, hacia Genova, que es el primer puerto continental en el que desembarqué yo cuando era guardiamarina. Te gustará el Mediterráneo, creo, porque me acuerdo de él cuando miro tus ojos azules. Dentro de una semana veremos el Vesubio, y pasaremos entre las grandes y viejas ruinas de Roma. Allí tendrás que repasar historia conmigo, ya que he olvidado todo lo que me enseñaron sobre los romanos.

Estas palabras despertaron un eco débil y lejano en el corazón de Lucan. Alguien, en algún lugar, hacía mucho, mucho tiempo, le había hablado de los paseos por las ruinas de Roma. Buscó mentalmente, recordó su conversación con el señor Armworthy, y se quedó muy callada. Noel vio que su esposa se ruborizaba intensamente bajo su sombrero rosa, y le encantó esta visión, de forma que no la distrajo con preguntas. En silencio, se llevó la mano de ella a los labios.

Lucan se preguntó si debía contarle a su marido lo que le había sucedido en

Fairhill, y si debía haberlo hecho hacía tiempo. ¿Podía reprocharle él que un hombre se hubiera atrevido a hacerle unas proposiciones como las del señor Armworthy?, pero si se lo contaba, pensó, tal vez se enfureciera de manera peligrosa. Lucan no sabía qué terrible venganza podría tomarse del hombre que la había ofendido. «Verdaderamente», pensó, «la venganza no es cosa mía». Sabía que no había tenido culpa en este asunto; que sólo porque ella era demasiado inocente y confiada, el señor Armworthy se había atrevido a ofenderla. Tenía una razón más para ocultar todo aquello a su marido. Cuando regresara a Inglaterra, pensó, sería feliz si las cosas sucedieran de forma que volviese a encontrar al niño ciego de Fairhill. Como esposa de Noel, podría borrar, cara a cara con el señor Armworthy, lo que había sucedido entre ellos, y que antes le había parecido inolvidable, como si jamás hubiese ocurrido. Se demoró un rato en este pensamiento; y era tan grande su felicidad, y tan fuerte su sensación de seguridad, que se dijo: «¡Jamás ha sucedido!»

Le parecía como si durante muchos años hubiese llevado una carga invisible, una prenda a la vez pesada y deleitable. Había tenido la custodia de un tesoro. Perteneía a Noel, era suyo por derecho, y lo había sido desde el principio mismo de las cosas; y habría preferido morir, antes que haberle fallado o traicionado. Armada siempre, vigilante y alerta, había guardado este tesoro para él, detrás de sus ojos modestos y sus labios cerrados, como detrás de un velo y de un sello. Se había cepillado su precioso cabello y lo había ocultado en el sombrero, porque era de él. Había preservado su corazón de toda tormenta, crudeza o amargura porque era de él. Había mantenido su talle esbelto y delicado firmemente ceñido con ballenas, a fin de que encajase con soltura entre sus brazos. En los tres días que habían transcurrido desde su boda, había descubierto, sorprendida y feliz, que había sido relevada de este cometido. Había entregado a Noel lo que era su propiedad legal, su tesoro enterrado. Lo había hecho rico para toda la vida, y era él quien debía vigilarlo ahora. Bajo su cuidado, no sólo estaba a salvo, sino que se sentía maravillosamente ligera y libre. Durante algún tiempo, quizá le produjera un poco de timidez levantar los ojos o la voz. Pero pronto aprendería a mirar libre y valerosamente en todas direcciones, a escuchar las voces del mundo, y a contestar sin temor. Y ahora que había sido liberada de todo cuidado, y se había vuelto despreocupada como una niña, iba a convertir la celosa vigilancia de su esposo en un juego de niños.

—Sólo por estos tres días y noches que llevamos casados —dijo Noel, cuando desapareció el rubor de las mejillas de ella—, te debo cuanto poseo en este mundo. ¡Qué deuda contraeré, si vivimos para celebrar bodas de oro! Pero quiero que me digas en qué cosas de mujer bonita debo transformar esta riqueza, que es preciosa para mí sólo porque puede darte gusto a ti. Quiero que me digas qué bellezas debo enseñarte en primer lugar. ¡Con todo tu candor, eres muy misteriosa, mi adorada chiquilla!

Lucan le sonrió.

—¡Quisiera haberte conocido hace quince años! —exclamó él—. ¡Quisiera haber

podido seguir tus pasos desde que eras niña, para conocer todos tus gustos, y saber lo que una niña como tú podía anhelar o esperar!

Su esposa alzó los ojos.

—Una vez —dijo suavemente—, una noche, en Inglaterra, le hice a mi corazón esa misma pregunta que ahora me haces tú: «¿Qué es», pensé, «lo que le pido a la vida, y lo que siempre he anhelado y esperado?». Y pude contestarla sin la menor duda ni vacilación. Porque es amor, Noel.

Un momento antes, no habría creído posible pronunciar estas palabras. Fue como si su corazón hubiese hablado por sí mismo. Sus labios temblaron al dejar escapar esta confesión, como la cuerda de un arco, cuando la mano fuerte que la sujeta deja volar la flecha.

Noel no pudo contentarse ya con la mano. Incluyó su rostro bajo el precioso sombrero y la besó.

En ese momento, el cochero, sentado en el pescante, detuvo los caballos. Sin volverse, ni molestar a los jóvenes señores que viajaban en el interior, llevándose el mango del látigo al sombrero, llamó respetuosamente la atención al hecho de que desde este punto del camino se podían contemplar a lo lejos, por última vez, los blancos muros, el tejado y las torres de Joliet.

Notas

[1] *One*, «una»; evidentemente, cada anillo simboliza la unidad de las tres. <<